



SAN JUAN DE LA CRUZ Y LA VIRGEN

R2039.418

(10)

R 25

INTRODUCCION
"SANTAS Y SANTAS SANTAS"
**SAN JUAN DE LA CRUZ
Y LA VIRGEN**

OBRA EN COLABORACION

DIRECCION

ISMAEL BENGOCHEA

MIRIAM

SEVILLA

Introducción

Alguna vez tenía que ser. Un libro entero sobre San Juan de la Cruz y la Virgen María. Pero ¿cómo? Juan de la Cruz fue mucho sin duda de la Virgen, pero en él hay poco sobre la Virgen. Sabemos que como santo fue devotísimo de Nuestra Señora, pero son más las generalidades que sabemos sobre su devoción mariana que las particularidades sobre sus prácticas devocionales y sobre sus vivencias marianas. Comúnmente se relatan unos pocos episodios en que interviene María en favor de su siervo, alguna que otra frase, algún acto piadoso, cierta exclamación admirativa, una recomendación epistolar y pare usted de contar como dato mariano reseñable explícito.

Algo semejante ocurre con Juan de la Cruz como doctor en relación con María Santísima. En el conjunto de sus cuatro libros principales, que en la última edición suman 880 páginas, apenas se llenaría una sola página entera con los textos que Juan de la Cruz dedica expresamente a la Virgen María. Eso sí, esos breves textos mariano-sanjuanistas ganan en densidad lo que desmerecen en extensión.

Lo propio acontece con su poesía. Esta fue breve en su totalidad y cortísima en su referencia mariana. Se limita ésta a dos escenas del romance "In principio". También aquí romances pletóricos de contenido, que compensan su levedad con un fondo que los convierte en poesía teológica y en teología poética.

A pesar de todo, hemos podido acumular materia para colmar un respetable volumen, y aquí está.

Hemos dividido este libro, como todo en este personaje de la triple dimensión, en tres partes: su vida, su doctrina y su poesía, vistas esta vez desde la óptica de la Madre de Dios. La Virgen María en la vida de San Juan de la Cruz, en la doctrina del Doctor y en los versos del Poeta.

LA VIDA.— No escribimos ahora la Vida de San Juan de la Cruz. Ya está hecha por muchos autores antiguos y modernos y aún está vigente de forma no superada la que escribió el padre Crisógono de Jesús para el anterior centenario sanjuanista de 1942.

Aquí contemplamos esa vida juancruciana desde la Virgen María. María en favor de Juan de la Cruz, Juan de la Cruz en servicio de Nuestra Señora.

Sabemos que Juan fue profundamente mariano. Es un matiz que afirman y recalcan todos los testigos que declaran en los procesos canónicos para su beatificación y canonización y muchos otros que por diversos motivos dejaron testimonio escrito de su vida espiritual. Procuraremos hacer uso generoso de estas manifestaciones de personas que le conocieron, convivieron con él y le trataron íntimamente. No hay por qué poner en tela de juicio sus declaraciones, pues se trata de religiosos y religiosas de probada rectitud y que además declaraban las más de las veces respondiendo de su veracidad bajo la gravedad de un juramento sagrado.

Para probar lo que nos proponemos bastaría en rigor con saber que la vida de Juan de la Cruz fue tan mariana que toda ella era el reflejo de su sincera y plena consagración a Nuestra Señora, de modo que todo lo hacía conscientemente para honrarla y servirla, y que por eso mismo no hay nada espectacular que resaltar, porque todo en su vida era para Ella y con Ella. Y esto lo cumplía el santo siendo sencillamente un cabal y auténtico carmelita. Era como su definición religiosa, su característica. La mejor forma de honrar a María es simplemente hacerse santo en su Orden, cumpliendo su regla, llevando su hábito y morando en su Casa. Nada más y nada menos que eso. No era menester que estuviera a todas horas invocando a la Virgen, rezando sus devociones, poniendo flores ante su imagen, organizando novenas y procesiones, visitando santuarios y haciendo obras grandiosas en su nombre. Juan de la Cruz no cuida tanto de exterioridades, mira más a lo hondo y a lo interior. Y no vamos a inventar un Juan de la Cruz que no existió ni le vamos a adjudicar hechos y cosas que no nos consta que las hubiera llevado a cabo.

En cambio, como un hecho reflejo de las interioridades de la persona de Juan, suceden en su existencia repetidas y sorprendentes intervenciones de la Virgen María en favor de su hijo predilecto. Lo

sabemos por confidencias hechas por el mismo Juan de la Cruz y nos han sido transmitidas por testigos fidedignos que las oyeron directamente al mismo santo o a través de otros inmediatamente depositarios de sus interioridades. Así satisfacemos con estos testimonios la demanda de nuestra curiosidad. Por lo demás, tampoco hay que exagerar la sobriedad de datos marianos en Juan de la Cruz. Esa es la tónica de su espiritualidad, es su modo sencillo de ser. Análoga actitud se da también en otras expresiones de su piedad. Si sabemos poco en concreto en cuanto a hechos externos de su devoción a la Virgen, también es escaso lo que conocemos acerca de sus extremos de devoción al Santísimo Sacramento y a la Santísima Trinidad; y eso que nos consta la grandísima devoción que nutría por estos misterios. Pero no son numerosos ni frecuentes los actos perceptibles especiales que la exterioricen. Dedicó a ellos, como a la Virgen, más la vida que unos hechos, más su oración y su contemplación que sus rezos, más su corazón y su alma que sus labios y sus manos.

LA DOCTRINA. – San Juan de la Cruz no escribió un tratado sobre la Madre de Dios, ni siquiera un libro de devoción dedicado a la Virgen. ¿Por qué no lo escribió? Precisamente porque había ya mucho escrito acerca de Nuestra Señora. El tema mariano ha sido muy socorrido en todo tiempo en las letras españolas. Juan de la Cruz no era amigo de tratar cuestiones que ya habían sido debatidas. Lo mismo le ocurre con algunos otros temas espirituales y de oración, sobre los que tampoco delibera gran cosa porque los encuentra suficientemente expuestos por otros autores. Le place más bien ir por sus propios derroteros y dar doctrina sobre materias apenas tocadas por otros escritores. De ahí la originalidad de los libros de San Juan de la Cruz. Pero el no tratarlas él de intento no significa que las ignorara o que no las tuviera en cuenta en la elaboración de sus propios libros. Aunque sólo sea de pasada las menciona o alude a esas otras cuestiones con relativa frecuencia.

Esto pasa en relación con la Virgen María. Juan de la Cruz conoce a fondo lo que es y lo que significa el papel de la Madre de Dios en todo el proceso de la redención y de la santificación de las almas y ha calado profundamente en su misterio. De ahí las tan características y singulares referencias que hace de vez en cuando a Nuestra Señora.

Esto ha bastado para que algunos mariólogos y sanjuanistas hayan buceado en los escritos sanjuanistas y hayan extraído de los mismos interesantes filones de auténtica y bien argumentada mariología.

No se puede en rigor y en detalle escribir un tratado completo sobre la Virgen María sólo con cuatro textos marianos del santo carmelita, pero sí se pueden estudiar algunos aspectos mariológicos a la luz de la doctrina del místico doctor. Es lo que se ha hecho.

Por eso nos ha parecido oportuno y útil recoger aquí los trabajos especialmente elaborados en esta perspectiva. No son muchos, pero creemos que han sido cuidadosamente preparados y claramente expuestos por sus autores. Los estimamos también merecedores de un mayor conocimiento y difusión (ya que aparecieron en su día en revistas especializadas) y pensamos que esta es una buena ocasión para ello. Así tendremos la más acabada y variada visión mariana de San Juan de la Cruz y la más exacta visión sanjuanista del misterio central de Nuestra Señora.

Sus autores son todos carmelitas descalzos, muy acreditados como maestros de espiritualidad y especializados en mariología como miembros que son en su mayoría de la Sociedad Mariológica Española. Son estos:

OTILIO DEL NIÑO JESUS.—Socio fundador de la Mariológica Española, puede decirse que Otilio casi inauguró la serie de “Estudios Marianos” publicando en su segundo volumen, en 1943, nada menos que una *Mariología de San Juan de la Cruz*.

GABRIEL DE LA MAGDALENA.—Este benemérito y conocido autor espiritual publicó en los primeros años de la “Rivista di vita spirituale” (1951) un trabajo de gran valor mariano-sanjuanista: *Aspectos y desarrollo de la gracia de María Santísima según la doctrina de San Juan de la Cruz*.

GREGORIO DE JESUS CRUCIFICADO.—Este bien recordado mariólogo, cuando se ventilaba el tema de la muerte o no muerte de María en vísperas de la definición dogmática de la Asunción, aplicó a la muerte de María la doctrina de San Juan de la Cruz sobre la muerte de amor, trabajo que se publicó en “Estudios Marianos” (1950).

SEBASTIAN DE LA SANTA FAZ.—Este carmelita descalzo inglés publicó en la revista londinense “Mount Carmel” sobre Nuestra Señora en la teología de San Juan de la Cruz (1961).

EFREN DE LA MADRE DE DIOS.—El padre Efrén, tan buen sanjuanista como teresianista, a instancia nuestra aplicó en MIRIAM (1963) la doctrina de San Juan de la Cruz a las Apariciones de la Virgen y en su última obra “El Monte y el Castillo” ha trazado un compendioso *Retablo de Santa María* inspirado en el doctor del Carmelo (1987).

ILDEFONSO DE LA INMACULADA.—El padre Ildefonso ha presentado en varias ocasiones el principio místico mariano de San Juan de la Cruz, en trabajos publicados en MIRIAM (1963) y “Estudios Marianos” (1974).

ENRIQUE LLAMAS.—El presidente de la Sociedad Mariológica Española, padre Enrique, ha estudiado la imagen mística de María a la luz de San Juan de la Cruz y así la presentó en un Congreso Mariológico Internacional (“Estudios Marianos”, 1980).

JOSE VICENTE RODRIGUEZ.—El consumado sanjuanista padre José Vicente, con la meticulosidad que le caracteriza, recogió todo sobre *la presencia de María en los escritos de San Juan de la Cruz*, publicado en su libro “Profeta enamorado de Dios y Maestro” (1987).

JOSE FERREIRA.—El padre Ferreira ha comentado la cita sanjuanista de Juan Pablo II en su encíclica mariana “Redemptoris Mater”. Comentario publicado en “*María, Hoy - 3*” (Sevilla, 1988).

ISMAEL BENGOCHEA.—Por nuestra parte, uniendo mariología y pneumatología en nuestro santo, publicamos un extenso artículo sobre *el Espíritu Santo y la Virgen María, según San Juan de la Cruz* (“Ephemerides Mariologicae”, 1981). Corren también por nuestra cuenta en este presente libro las secciones primera y tercera: María en la Vida y en la Poesía de San Juan de la Cruz.

Estos estudios mariológico-sanjuanistas los publicamos aquí ahora formando el núcleo central de esta obra. Pensamos que valía la pena dar a conocer este fondo disperso sobre una cuestión tan poco divulgada y contribuir de esta manera a realzar la figura de San Juan de la Cruz en el campo de la mariología. Así se podrá comprobar que la valía personal de este doctor de la Iglesia no se agota en las ciencias de la pura espiritualidad y de la literatura. También alcanza a la teología mariana.

Los dejamos así, tales como los publicaron sus autores, para regusto y examen de estudiosos y devotos.

Don Baldomero Jiménez Duque ha publicado un artículo que versa sobre el mismo tema del que trata este libro, naturalmente restringido al espacio que ofrece una revista. Sus apreciaciones coinciden en sustancia con los trabajos que recogemos en este volumen, donde se desarrollan con toda amplitud. (*La Virgen María y San Juan de la Cruz* - "Teología Espiritual" 33 -1989- 47 - 60). Lo propio acontece con otros estudios mariano-sanjuanistas: de David Conaghan, Jean Mondel, Nilo de San Brocardo y R. M. Valabek.

LA POESIA.— En torno a la poesía de San Juan de la Cruz mucho está dicho. No vamos a descubrir viejos mediterráneos, más que explorados, explotados. En la parte que nos atañe: la presencia de María en los versos del Poeta, nos ceñimos a sus romances, que es donde explícitamente Juan de la Cruz se refiere a Nuestra Señora con dos décimas a la Anunciación y otras dos a la Natividad del Señor.

En esta breve sección final rozamos levemente algunas cuestiones que interesan tanto a la poética como a la teología mariana.

I

**LA VIRGEN MARIA EN
LA VIDA DEL SANTO**



*Nacimiento de Juan. La Madre de Jesús lo acoge con sus rayos de luz.
Grabado de Matías de Arteaga.*

LA VIRGEN MARIA EN LA VIDA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

¿Queda algún flanco de la polifacética personalidad de San Juan de la Cruz que no haya sido estudiado, ponderado y expuesto en artículos y libros? Será difícil encontrar todavía grandes novedades inéditas en la diminuta a la vez que gigantesca figura de este “lindo frailecillo de corazón incandescente”. No inédita, pero sí menos persistente ha sido la consideración global de la presencia de la Virgen María en la vida del Santo, en la doctrina del Doctor y en los romances del Poeta, fray Juan de la Cruz.

Nos ceñiremos en estas líneas a presentar levemente la acción perenne, visible o invisible, de la “Graciosa Madre de Dios” (como él la llamó en sus versos) en la vida de este gran creyente, que es el Cisne de Fontiveros. Intentaremos hacer nuestra exposición fundándonos preferentemente en relatos y testimonios fehacientes de primera mano transmitidos por testigos directos y expresados en declaraciones juradas que responden de su autenticidad y de su veracidad histórica.

La Virgen María en la vida de San Juan de la Cruz

Es constante la presencia de María a lo largo de la existencia de Juan de la Cruz. Es sintomático que, entre los 59 episodios que grabó Matías de Arteaga para ilustrar la vida del Santo, en nueve de ellos aparezca como protagonista la Madre de Dios.

Vemos a María en el *niño* de los juegos y peligros del agua; en el *adolescente* que escoge la Orden de Nuestra Señora; en el *joven* sacerdote a quien reconquista la Madre Teresa para la Orden de la Virgen; en el *hombre maduro* que de diversas maneras es protegido

por la Madre de Dios; en el *moribundo* que un sábado de la octava de la Inmaculada se va a cantar con la Virgen maitines al cielo.

Juan de Yepes es educado en el hogar por su madre Catalina Alvarez en espíritu profundamente religioso y en las prácticas tradicionales de la piedad cristiana de aquellos tiempos. El culto y la devoción a la Virgen María era como el santo y seña de aquella incipiente espiritualidad, y lo fue de nuestro personaje. Todos los testigos que declaran en los procesos informativo y apostólico del Santo a la pregunta tres que versa sobre su devoción a María, declaran de la manera más rotunda acerca de su intensa, sincera, constante y tierna piedad mariana.

Muy señaladamente lo hizo fray Martín de la Asunción, que acompañó al Santo en muchos viajes y convivió con él largas temporadas: "Era tan devoto de Nuestra Señora, dice, que todos los días rezaba el Oficio de Nuestra Señora de rodillas..., y cuando iba de camino, todas sus pláticas y conversaciones era tratar del Santísimo Sacramento y de la Virgen Santísima y cantar himnos de Nuestra Señora" (1).

Esto era lo ordinario. En esas pláticas de caminantes el propio Juan de la Cruz contaba a fray Martín casos y cosas que le habían sucedido a él mismo y confidencialmente se los revelaba (a pesar de ser tan comedido en descubrir sus intimidades personales) para acrecentar en él el amor a la Virgen. Este es el origen de esos favores dispensados por la Virgen a su siervo Juan y que nos han llegado por testimonio recibido del propio Santo. No son, pues, invenciones de los llamados biógrafos barrocos Quiroga, Jerónimo y Alonso de la Madre de Dios.

(1) Biblioteca Mística Carmelitana, BMC 14, 84-88. Tenemos en cuenta la *Biografía mariana de San Juan de la Cruz* del padre Otilio del Niño Jesús publicada en "Monte Carmelo" 43 (1942) 451-476, aunque nosotros damos otro tratamiento a la cuestión.

Salvado de las aguas por María

Por tres veces salvó de las aguas la Virgen María a su devoto Juan. Dejemos que nos lo cuente Fernando de la Madre de Dios:

—«El lo sabe “por habérselo oído decir al padre fray Luis de San Angelo, religioso antiguo, grave y de crédito, que estando en la ciudad de Granada en compañía del santo fray Juan de la Cruz le contó el Santo cómo siendo niño, jugando con otros niños junto a una laguna honda, cayó dentro de ella, y estando en gran peligro de ahogarse, por tener mucha agua y lodo, se le apareció la Virgen Santísima y le pedía la mano para sacarle de ella, y contaba el santo Padre esto, diciendo: *“Miren mi bobería y simpleza, que me pedía la mano, y como yo la tenía llena de lodo no se la quería dar por no la ensuciar la suya, que era tan hermosa y linda. Y estando en esta contienda llegó allí un labrador, y como le vio en tan grave peligro y que no podía salir, me alargó una vara larga que traía en la mano y me así de ella, y así salí de la laguna”* (2). El mismo suceso lo refiere fray Martín de la Asunción, que se lo oyó contar “muchas veces”» (3).

La segunda vez que la Virgen salvó al niño Juan fue en el hospital de Medina del Campo, donde cayó en un pozo profundo de noria empujado al parecer por un compañero de juegos. Son innumerables los testigos, incluso algunos presentes en el suceso, que se refieren a este caso. El hecho fue histórico y pronto se divulgó entre la gente. El mismo Juan de la Cruz lo referirá más tarde a muchos de los declarantes en los procesos y estos mismos lo relatan como algo público y notorio. Entre ellos Inocencio de San Andrés, Martín de la Asunción, Fernando de la Madre de Dios y Antonio del Espíritu Santo.

(2) BMC 14, 321.

(3) BMC 14, 83.

Entre los carmelitas calzados, informados por fuentes distintas, lo atestiguaron también como cosa muy conocida José de Velasco y Gabriel de San José. Este último, que conoció y trató al Santo, dice:

—“Cayó en un pozo y habiendo estado mucho tiempo dentro, salió vivo y sano, por merced que le hizo Nuestra Señora” (4).



*La Virgen y San José le echan una mano.
Grabado de M. de Arteaga*

(4) *Proceso de Medina del Campo* (1627), edición de Pablo Garrido: *Santa Teresa y San Juan de la Cruz y los carmelitas españoles*, Madrid, 1982, 349, 358.



Juan sacado milagrosamente del pozo por la protección de la Virgen.

Grabado de Matías de Arteaga.

Valga por todos los testigos el relato de la Madre Francisca de la Madre de Dios:

—«Dice que ella: “tuvo comunicación con fray Juan de la Cruz, de cuyas palabras conoció era muy devoto de la Virgen y le contó que siendo muchacho había caído en un pozo y que no se había hundido, sino se sostuvo sobre el agua hasta que llegó la gente a sacarle, y que Nuestra Señora le había hecho mucha merced de tenerle de la mano dentro del pozo; y que desde entonces le había cobrado a Nuestra Señora grande amor, tanto que donde quiera que la veía pintada le daba gran consuelo mirarla y le regalaba en mirarla, con que le crecía más el amor, viendo con el cuidado que le hacía oficio de madre. Así lo sabe esta testigo por habérselo oído al padre fray Juan, a cuyas palabras se le debía dar tanta fe y crédito, porque en ellas y en sus obras parecía una cosa del cielo”» (5).

Por tercera vez se encontró Juan de la Cruz metido en aguas con grave peligro de su vida y también entonces la Virgen María acudió en su auxilio. Nos lo cuenta su compañero de viaje fray Martín de la Asunción:

—“Caminando con el venerable padre fray Juan de la Cruz desde la villa de la Manchuela hacia Jaén le contó que viniendo de Castilla para Andalucía, llegando a un río que venía algo crecido, halló cuatro arrieros que estaban detenidos y no osaban pasar, y el padre Juan entró en el río, y en llegando el venaje del agua venía un tamarón grande río abajo, y que entró por entre las piernas a la cabalgadura y le volcó y cayó en el agua, y estando en el agua le pareció haber visto a Nuestra Señora que le asió de los cabos de la capa y le sacó fuera del agua. Así llegó a una venta próxima a tiempo de poder allí asistir a un moribundo malherido necesitado de confesión” (6).

(5) BMC 14, 167.

(6) BMC 14, 84.

La Orden de la Virgen

Un momento fuerte de decisión plena para Juan de Yepes fue cuando hubo de escoger el destino de su existencia terrena. Convencido de que se había de consagrar a Dios de por vida se le presentaban diversas opciones en Medina del Campo: ser sacerdote capellán del Hospital, religioso de la Compañía, tal vez franciscano... Sin embargo, Juan optó por la Orden del Carmen. La razón bien patente para esta elección la apuntan todos los contemporáneos y todos los biógrafos: por tratarse de una Orden de la Virgen. Valga por todos la declaración de su primer biógrafo, carmelita de la Observancia, de Medina del Campo, José de Velasco:

–“Juan de la Cruz había sido siempre muy devoto de la Virgen nuestra Señora, y movido su pecho y corazón de esta devoción, tomó el hábito de la Orden de Nuestra Señora la Virgen María del Monte Carmelo... Y siempre le estuvo muy agradecido por haber recibido el hábito en su santa religión, donde se mostró siempre muy su devoto y capellán y dio muchas muestras de lo mucho que la amó” (7).

Esto mismo corroboró el también carmelita calzado Jerónimo de Olmos, contemporáneo del Santo:

–“Fray Juan tomó el hábito de fraile carmelita, y fue muy devoto de la Virgen Nuestra Señora, pues la escogió por madre y patrona y se entró en su religión” (8).

Lo propio confirma María del Sacramento en su *Dicho* de Caravaca:

–“Por haber oído decir por cosa cierta sabe esta testigo que fray Juan de la Cruz, con la devoción tan grande que tenía a la Virgen Nuestra Señora, entró en la Religión” (9).

(7) *Proceso de Medina* (1614), Ed. P. Garrido, 326.

(8) *Ibid.*, 344.

(9) BMC 14, 203.

Esto mismo lo repiten como voz común muchos otros testigos. Citemos la frase de Fernando de la Madre de Dios:

—“Todo el tiempo que este testigo conoció y trató al santo fray Juan de la Cruz le vio como fue devoto de Nuestra Señora la Virgen María, y cree que si no lo fuera no tomara el hábito de su Religión del Carmen” (10).

(10) BMC 14, 321.



*Con el favor de María, Juan estrecha los instrumentos de la Pasión.
Grabado de Matías Arteaga.*

Entre el Paular y el Carmelo

Recién ordenado sacerdote, fray Juan de Santo Matía siente ansias de una mayor perfección y para darse más de lleno al amor de su Dios está rumiando en su interior el pasarse a la Cartuja.

En ese mismo tiempo la Madre Teresa de Jesús está gestionando la extensión de su reforma descalza a los religiosos varones de la misma Orden del Carmen. Así se lo pide al Padre General Rubeo "poniéndole delante el servicio que era de Nuestra Señora (de quien era muy devoto). Ella debía ser la que lo negoció" (11)..

La Cartuja era la gran atracción en aquellos tiempos para las almas deseosas de una mayor santidad en clima superior de retiro, silencio y oración. De este imán se sintió tocado el misacantano carmelita fray Juan.

No es poco honor para la Orden de San Bruno que estuviera en trance de conquistar para su gloria al doctor y poeta fray Juan de la Cruz. Pero dos mujeres, Teresa de Jesús y la Virgen María, se coaligaron para reconquistar para el Carmelo al humilde hijo de Fontiveros. La Cartuja nada perdió de su prestigio de santidad y el Carmen Descalzo no sólo alcanzó prestigio sino que recuperó la razón misma de su ser.

Y la Virgen envió a Teresa al futuro San Juan de la Cruz. La santa y el santo tuvieron el primer encuentro en el monasterio de las carmelitas descalzas de Medina (1567). Fray Juan se le confía y le descubre su intento de pasarse a la Cartuja del Paular. La Madre aprueba sus anhelos de perfección pero le sugiere "el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma Orden y cuánto más serviría al Señor" (12).

(11) *Fundaciones* 2, 5.

(12) *Ibid.* 3, 17.



La Virgen ofrece un lirio a fray Juan en premio a su pureza. Es confirmado en gracia. Grabado de Matías Arteaga.

Así quedó prendido fray Juan de nuevo en la Orden de la Virgen. Todo lo que pretendía lo hallaría en la Orden de Nuestra Señora. Y él inauguró la nueva vida siendo el primer carmelita descalzo.

—“En llegando a Duruelo, recogido en oración, hablando con Cristo y su Santísima Madre, quitado el hábito delgado de calzado, se puso el grueso sayal, con los pies descalzos por el suelo. Mucho se agradó con esto la Virgen María, en cuya posesión y honra se levantaba esta obra” (13).

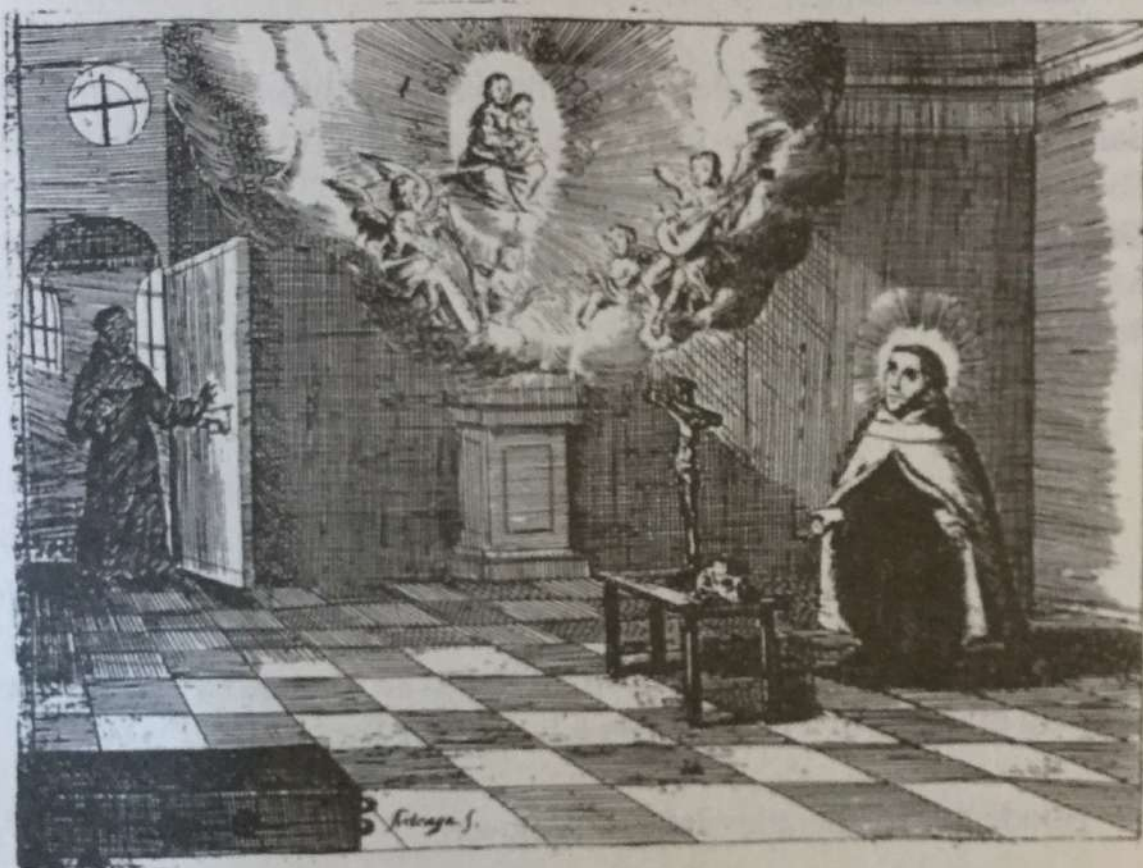
La Virgen en la cárcel de Toledo

Juan de la Cruz aludirá más tarde a las grandes mercedes que en la cárcel conventual de Toledo recibió del Señor y de la Virgen María. Entre esas mercedes se cuentan visiones y apariciones de Nuestra Señora.

Sí es cierto que a los nueve meses de estar allí encerrado, la Virgen bendita provocó su escapada. La cosa comenzó de este modo. El 14 de agosto de 1578 entra en la carcelilla el prior padre Maldonado y viendo a fray Juan tan recogido, le pregunta: “*¿En qué pensabais ahora?*”; a lo que contesta fray Juan: “*Pienso en que mañana es día de Nuestra Señora y gustara mucho decir misa*”. “*No en mis días*”, replicó el padre Maldonado y cerró la puerta, marchándose.

Pero el prisionero fray Juan, sin duda inspirado y alentado por la Virgen, llevó a efecto su plan y de forma bien rocambolesca y misteriosa consiguió escaparse de la cárcel “en una noche oscura / con ansias en amores inflamada”. Sin una protección muy especial parece imposible que hubiera salvado la vida, el pellejo y la libertad en un trance tan arriesgado. Así lo atestiguan los numerosos testigos que recibieron confidencias del Santo a este respecto.

(13) *Vida de San Juan de la Cruz*, Alonso de la Madre de Dios (1568-1635), edic. EDE 1989, p. 81.



*La Virgen consuela a fray Juan en la cárcel de Toledo.
Grabado de Matías de Arteaga.*

El padre carmelita calzado Gabriel de San José, que conoció y trató al Santo, dijo:

—“Vi que, estando preso en el convento de Toledo... padeció con mucha paciencia, y sé que por orden y mandado de la Virgen nuestra Señora, por una ventana muy alta de la cárcel, se salió, siendo por todos tenido por cosa milagrosa haber salido con vida de parte tan alta... y Nuestra Señora le levantó y sacó fuera de las tapias” (14).

Lo confirmó su carcelero, el también carmelita calzado Juan de Santa María, quien tuvo esto “por cosa milagrosa, ordenada por Dios, para que su siervo no padeciese más y ayudase a su Reforma y Descalcez” (15). Otros 19 carmelitas descalzos y descalzas certificaron esta salida milagrosa con la intervención de la Virgen en favor de Juan de la Cruz (16).

Dice fray Martín de la Asunción:

—“Luego aquella noche siguiente (de la repulsa del padre Maldonado) se le apareció Nuestra Señora con mucho resplandor y claridad, y le dijo: *“Hijo, ten paciencia, que presto se acabarán estos trabajos y saldrás de la prisión y dirás misa y te consolarás”*. Y esto todo el dicho Santo se lo contó a este testigo para aficionarlo a la devoción a la Virgen Santa María” (17).

Añade nuevos detalles José de Velasco:

—«Nuestro buen Jesús le socorrió enviándole a la Virgen Santísima (a quien él tanto amaba) que le sacase de la prisión donde estaba lleno de trabajos y tribulaciones. Libróle y púsole en salvo cuando más sin esperanza estaba de poderse librar de tan estrecha cárcel y rigurosas prisiones. Buscáronle con gran dili-

(14) *Proceso de Medina* (1627), edic. P. Garrido, 357.

(15) BMC 14, 291.

(16) BMC 13 y 14.

(17) BMC 14, 96.

gencia, luego que le echaron de menos, y hasta Avila y Medina le siguieron, y como la Virgen fue en darle libertad, no consintió en que le topasen los que le buscaban» (18).

A mayor abundamiento certifican la salida milagrosa de la cárcel con la intervención de la Virgen Santísima todos estos testigos (indicamos la página correspondiente del volumen 14 de los Procesos en BMC):

Fernando de la Madre de Dios, 146; Leonor de Jesús, 157-159; Francisca de San Eliseo, 164; Florencia de los Angeles, 191; Ana de San Alberto, 200; María de la Encarnación, 221; María de la Concepción, 260; Ana María, carmelita de La Encarnación, 304; Alonso de la Madre de Dios, 388; Jerónimo de San José, 422.

Del volumen 13 de la Biblioteca Mística Carmelitana: Constanza de la Cruz, 364; Beata María de Jesús (Rivas), 366-367; Isabel de Jesús María, 371; Inés de Jesús, Isabel Bautista, Petronila Bautista, Ana de los Angeles, Ana de San José, 406; Beata Ana de San Bartolomé (*Obras completas*, ed. Roma, 1981, p. 63).

(18) *Vida de Francisco de Yepes* (1616), edic. Pablo Garrido, Salamanca, Sígueme, 1989, 175.

“La de la capa blanca”

Otra merced mariana registran los anales del Carmelo en favor de fray Juan de la Cruz. Nos la refiere asimismo fray Martín de la Asunción, que se halló presente al suceso:

—“Estando fray Juan de la Cruz en la fundación del convento de San Roque de carmelitas descalzos de la ciudad de Córdoba andando derribando una parte para labrar la iglesia, habiéndose cavado la pared por los cimientos, queriendo los oficiales derribarla con unas sogas a una parte, la pared se cabeceó a la parte donde estaba el venerable padre fray Juan de la Cruz, y lo hundió el aposento y derribo, y acudiendo los peones y frailes para sacarle, entendieron que estaba muerto y lo hallaron, después de haber quitado muchas piedras y tierra de un rincón de dicho aposento, riéndose, diciendo que había tenido grandes puntales, que *la de la capa blanca* (aludiendo a la Virgen del Carmen) le había favorecido sin lesión ni otro daño alguno” (19).

Resumiendo las gracias y favores especiales de la Virgen para su siervo declaraba Jerónimo de San José en el Proceso de Segovia (1628), como testigo que había oído y tratado a quienes conocieron a fray Juan de la Cruz:

—“Fray Juan de la Cruz, desde su tierna edad, fue devotísimo de la Madre de Dios, en cuya devoción su misma madre Catalina Alvarez le crió desde niño, y que la gloriosa Virgen Nuestra Señora le consoló milagrosamente muchas veces. Sostúvole una vez sobre las aguas de una laguna honda; otra vez sobre las de un pozo muy profundo; otra vez le libró de las de un río impetuoso pasando por él; ayudóle a salir de la cárcel en que le tuvieron preso en la ciudad de Toledo los padres carmelitas calzados; desvióle una pared de un edificio que derribaban enfrente de su celda en la ciudad de Córdoba, la cual iba a dar sobre él” (19 bis).

(19) BMC 14, 83.

(19 bis) BMC 14, 414-415.



*La Virgen salva a fray Juan en el derribo de la casa de Córdoba.
Córdoba. Antiguo convento carmelita de San Roque.
Anónimo del siglo XIX.*

Las fiestas con María

Este fiel devoto de la Virgen que era Juan de la Cruz gustaba celebrar las fiestas de Nuestra Señora de forma muy activa y participativa. Veamos cómo celebró una *Navidad* en Granada:

—“Llegada la noche del santo Nacimiento, hizo poner a la Madre de Dios en unas andas, y, tomada en hombros, acompañada del siervo del Señor y de los religiosos que la seguían caminando por el claustro, llegaban a las puertas que había en él a pedir posada para aquella Señora cercana al parto y para su



esposo, que venían de camino. Y llegados a la primera puerta pidiendo posada cantaron esta letra que el santo compuso: *Del Verbo divino, / la Virgen preñada, / viene de camino, / si le dais posada.*

Y su glosa se fue cantando a las demás puertas respondiéndoles de la parte de adentro religiosos que había puesto allí, los cuales secamente los despedían. Entonces les replicaba el Santo con tan tiernas palabras, así del explicar quién fuesen los huéspedes que la pedían, de la cercanía al parto de la doncella, del tiempo que hacía y hora que era, que el ardor de sus palabras y altezas que descubría enternecía los pechos de quienes le oían y estampaba en sus almas este misterio y un amor grande a Dios" (20)

La Purificación.— No menor ternura sentía en otras fiestas de la Virgen, como cuando en Baeza "un día de la Purificación, haciendo él el oficio de celebrante, acabadas de bendecir las candelas, tomó en sus manos el Niño Jesús, tomándole de los brazos de Nuestra Señora, y así le llevó toda la procesión, representando bien las ansias del santo Simeón. Fue acto que llenó a muchos de devoción" (21).

La Inmaculada.— Devotísimo de María Inmaculada, Juan de la Cruz "daba gracias a Nuestro Señor por la luz que había dado en su Iglesia para que en ella se celebrase su Purísima Concepción, fiesta que esta Orden la celebra con octava desde el año de 1306" (22).

Las Imágenes.— El doctor místico era tan devoto como ilustrado, por eso apreciaba debidamente las imágenes y pinturas de Nuestra Señora, y él mismo las labraba y las encargaba a veces para sus conventos e iglesias; pero quería que su culto fuera bien entendido y practicado. Por eso hay en sus escritos sabia doctrina sobre oraciones, imágenes, rosarios, santuarios, romerías, fiestas, ceremonias, visiones y revelaciones, que en todo procuraba razón y cordura, aparte de la sincera piedad (23).

(20) *Vida*, Alonso, 402.

(21) *Vida*, Alonso, 403-404.

(22) *Vida*, Alonso, 403.

(23) *Subida del Monte Carmelo*, libro III.

Un buen apellido.— El Padre Fernando, novicio carmelita en los Mártires de Granada, nos refiere cómo el Santo le escogió su apellido religioso:

—“Fray Juan de la Cruz era devotísimo de la Virgen, tanto que a este testigo al tiempo y cuando se le dio el hábito que trae, los religiosos que se hallaron presentes, unos decían se pusiese tal sobrenombre u otros otro, diferente cada uno, conforme a su devoción, y el Santo le dijo: *“Hijo, no se llame así, sino Fernando de la Madre de Dios, porque la Virgen Santísima se huelga mucho la llamen Madre de Dios”*. Y así se llama este testigo *fray Fernando de la Madre de Dios*, por habérselo puesto el santo fray Juan de la Cruz y por ser tan excelentísimo nombre” (24).

“A cantar maitines con la Virgen”

Han pasado ya casi cuatrocientos años desde que Juan de la Cruz murió en Ubeda (1591-1991) y todavía está presente entre los humanos la memoria de los últimos momentos de aquel frailecillo sobre la tierra.

La muerte de San Juan de la Cruz fue la de un místico enamorado de Dios y tal como él mismo la había descrito en su “Llama de amor viva” (1, 29-30): una muerte de amor. Por eso fue una muerte anunciada.

Entre los entresijos y pormenores de ese gozoso anuncio siempre a flor de recuerdo la dulce presencia de la “Graciosa Madre de Dios”. Es que la “Bendita Señora” fue su confidente de esos secretos de la última hora.

Su última enfermedad y muerte son ampliamente conocidas porque muchos testigos estuvieron presentes en ese tránsito. Entre sus recuerdos no descuidaron de subrayar matices de carácter mariano muy significativos en aquella noche luminosa del 13 al 14 de diciembre de 1591.

(24) Proceso de Ubeda (1627), BMC 14, 321.

Rasgos marianos de la muerte de San Juan de la Cruz que podemos resumir en estas ráfagas: desde la víspera de la Inmaculada (sábado 7 de diciembre), fray Juan pregunta insistentemente: “¿*Qué día es hoy?*” (se infiere que en esa fecha ha recibido buenas nuevas para muy pronto); se descubre que Juan sabe que va a morir al despuntar el alba del sábado, día consagrado a la Virgen, 14 de diciembre; al recordarle los frailes el significado de esa fecha, fray Juan sonríe pensando en la gracia sabatina de su escapulario carmelitano; Juan pide al prior en limosna “el hábito de la Virgen” para ser enterrado; al oír tocar las campanas para maitines, Juan de la Cruz anuncia que él “va a cantarlos con la Virgen al cielo”.

Todo esto nos lo dejaron declarado y escrito el padre Bartolomé de San Basilio y Francisco García, presentes en la muerte de San Juan de la Cruz.

—“Estando un día de estos el Santo con otros religiosos pasando el tiempo en pláticas del cielo, vino a hablar de los favores que en la hora de la muerte hace la Madre de Dios a sus devotos al partir de esta vida, y asimismo después, si bajan al purgatorio. Llegó a ponderar el singular favor que la Madre de Dios había hecho a esta Orden y a sus religiosos y cofrades que traen su escapulario, en haber puesto su palabra de que los acudiría con su intercesión y favor en el purgatorio para sacarlos de allí y particularmente en el día del sábado. Veíasele cómo se regalaba dentro de sí con la memoria de este beneficio. Dijéronle los religiosos: “*Padre nuestro, ciertos estamos de como premio de esta devoción de VR a Nuestra Señora ha de llevarle nuestro Señor de esta vida en día de sábado por si fuere al purgatorio salga luego de allí*” (25).

(25) Vida, Alonso, 557-564.

—“Ocho días antes de su muerte supo el día y hora de su tránsito, y de lo que se le vio y oyó se coligió había sido avisado de ello por la Madre de Dios, porque vuelto a ella dijo: *“Bendita seáis Vos, Señora, que en vuestro día sábado queréis que parta de esta vida”*. Y asimismo se entendió que el tal aviso había sido sábado, vísperas de la Inmaculada Concepción, siete de diciembre, porque desde este día fue preguntando todos los días: *“¿Qué día es hoy?”* En la noche del día 13, “oyendo una campana, preguntó: *¿A qué tañen?”* Respondiéronle que las monjas de la Madre de Dios tocaban la campana a maitines a las diez. El dijo: *“Y yo también, por la bondad del Señor, los tengo de decir con la Virgen Nuestra Señora al cielo”*. Y luego, enternecido, con esta dulce memoria de la sacratísima Virgen, hablando con ella le dijo: *“Gracias os doy infinitas, reina y señora mía, por este favor que me hacéis en querer que salga de esta vida en vuestro día, sábado”* (26).

Por su parte, Catalina de Cristo, una de aquellas mujeres ubetenses que lavaban las vendas del Santo, hija de Fernando Díaz, presente éste en la muerte de fray Juan al que sostenía la vela antes de morir, recogiendo lo que en aquellos momentos pasó en la celda carmelitana, declaró: “A las once preguntó qué hora era y qué día es mañana; y como le dijeran que era sábado, respondió: *“Dichoso día para mí, que a rezar maitines con la Virgen tengo de ir”*. En tan buena compañía, con Jesús y la Virgen, Juan de la Cruz entregó su alma a Dios. (27).

Exactamente lo mismo dijeron los religiosos presentes a la muerte del santo al padre Alonso de la Madre de Dios, que vino a Ubeda y residió en este convento año y medio: “Preguntó a qué tañían; dijéronle que unas monjas tañían a maitines; él añadió: *“Yo, por la misericordia de mi Dios, los tengo de ir a decir con la Virgen Nuestra Señora al cielo”*, y diciendo de ella algunas alabanzas, entre ellas le dio de nuevo gracias por quererle llevar en su día, sábado” (28).

(26) Proceso de Segovia, BMC 14, 399.

(27) BMC 14, 426.

(28) Proceso de Segovia, BMC 14, 399.



*La Virgen visita a fray Juan durante su última enfermedad.
Grabado de Matías de Arteaga.*

Y, si se extasió fray Juan cierta vez en Caravaca viendo una imagen de nuestra Señora hasta exclamar: “*¡Qué bien me estuviera yo en un desierto solo con esta imagen!*” (29); ahora en el desierto inmenso de la gloria la felicidad de Juan de la Cruz será plena, no contemplando imágenes, sino alabando cara a cara a la Trinidad augusta en unión con María, la Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

Con la Virgen en la Gloria

Juan de la Cruz, a fuer de buen carmelita, fue un alma consagrada a la Virgen todos los días de su existencia terrena. Pero es que en el cielo sigue siendo carmelita y por eso mismo sigue siendo profundamente mariano. Nos han llegado señales muy significativas de ese su marianismo celestial por testimonios de la más calificada solvenencia. Nos lo va a contar su hermano de sangre y de espíritu, Francisco de Yepes.

En efecto, Francisco de Yepes gozó del privilegio de ver en una reliquia de su hermano Juan de la Cruz que llevaba al cuello “a la Santísima Virgen del Carmen, vestida con hábito y capa blanca de su Orden, con un Niño Jesús en brazos, a cuyos pies estaba el santo fray Juan de la Cruz, y se le dio a entender que estar allí fray Juan tan cerca de la Virgen era en muestras de lo mucho que la amó y sirvió y de la gran devoción que siempre le tuvo” (30).

Aparte de esto, un día en que Francisco andaba muy afligido en su espíritu y lleno de trabajos, tuvo la siguiente visión:

—“Estando retirado en su aposento, vio con mucha claridad y luz su aposento, y luego entró la Reina de los Angeles, acompañada de muchos santos, trayendo a su lado al santo fray Juan de la Cruz. En viendo la visita de la gloriosa Virgen y de su santo hermano, se fueron las tinieblas y oscuridades que sentía en su alma y comenzó a resplandecer en su corazón una luz divina de

(29) BMC 14, 203.

(30) *Vida de Francisco de Yepes*, ed. P. Garrido, 199.



*La Virgen en las reliquias del Santo.
Segovia, Catedral. Anónimo del siglo XVII.*

tanto gozo y consuelo que no le cabía el corazón en el pecho, y se quisiera hacer lenguas para poder dar muchas gracias y decir muchas alabanzas a esta gran Señora por merced tan grande y regalo tan señalado como le hacía en tiempo que estaba necesitado de consuelo. Y así, con grandes júbilos de alegría que en su interior sentía, la llamaba María Virgen y Madre de Dios. Estando embebido en decir estas cosas a la purísima Virgen y en darle el parabien de sus heroicas virtudes y gracias, se llegó su santo hermano cerca de él y estuvieron un rato hablando los dos, en dulce y amigable conversación, cosas del cielo. Pasado esto, comenzó el santo a cantar un prefacio de los que se dicen en la misa, con tanta gracia y armonía que se suspendió el siervo de Dios por mucho tiempo. En llegando a *Sanctus*, luego que acabó el prefacio, se fue el santo padre con la Virgen y los santos que venían en su compañía” (31).

(31) Ibid. p. 181-182.



*Visión de la Virgen en las reliquias de fray Juan.
Grabado de Matías de Arteaga.*

“La Madre de Dios es mía”

En la oración del alma enamorada, en la que el santo de las nadas se regala el oído repitiéndose a sí mismo una cascada de posesivos: *Míos, míos...* (“Míos son los cielos y mía es la tierra...”), Juan de la Cruz toma posesión también de la Virgen María: “¡La Madre de Dios es mía!”.

Y da la razón de tan fabulosas posesiones poseídas con tan absoluta y radical propiedad: “Porque Cristo es mío”.

Todas las cosas son de Cristo; pero Cristo es mío; luego todo es mío. El silogismo en bárbara es concluyente y como decían los antiguos: *tumbativo*. Jamás hubo hombre tan ambicioso como Juan de la Cruz; nunca hubo hombre más rico y opulento que él, porque acaparó todas las propiedades de una tacada e hizo suyo el caudal de todos los caudales y el capital de todos los capitales: “Todo para mí”.

Ahora bien, se nos ocurre insistir: Ciertamente, todo es mío porque Cristo es mío; pero ese Cristo fue antes y primero de María, y María, la Esclava del Señor, nos lo concibió, nos lo engendró, nos lo dio a luz, nos lo cuidó, nos lo conservó y nos lo entregó para nosotros. Nos lo dio en Belén, en Nazaret, en Jerusalén, en el Calvario. Nos lo sigue dando desde el cielo.

¿Cómo pagaremos a la Virgen Madre todo el bien que nos ha hecho dándonos a Jesús, si en Cristo y por Cristo todo es nuestro y podemos exclamar y reclamar con San Juan de la Cruz?

—“¡Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes. Los justos son míos y míos los pecadores. Los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí!” (1).

(1) *Dichos de luz y amor*, obras de San Juan de la Cruz, BAC, 10.^a ed. 412-13.

Los reparos marianos de Juan Baruzi

Juan Baruzi, uno de los más ilustres escritores sanjuanistas del siglo XX, dedicó en 1924 un esmerado estudio al manuscrito autógrafa de Andújar que contiene los *Avisos* del Santo. Baruzi les dio el título acreditado de *Aforismos*.

En ese texto iliturgitano de los *Dichos de luz y amor* aparece la *Oración del alma enamorada*, y en ésta la referencia del doctor místico a la *Madre de Dios*.

Esta al parecer incidental alusión a la Virgen María en Juan de la Cruz le sirvió a Baruzi para plantearse en nota el tema de la devoción mariana en nuestro Santo y su impresión a ese respecto fue más bien negativa: "Es muy importante, escribe, advertir que Juan de la Cruz, por su obra, es totalmente extraño, no sólo a una devoción mariana (lo mismo que a cualquier otra devoción particular), sino a todo lo que en este aspecto manifieste formas de piedad popular" (*Aphorismes de Saint Jean de la Croix*, Bordeaux-Paris, 1924, p. 57).

Además, según este autor francés, "nada nos habla tampoco de cuál fuera la sensibilidad de Juan de la Cruz en su vida de cada día. Hay que acudir a su obra" (Ibídem).

De la obra del Santo el doctor Baruzi señala los dos textos marianos conocidos de la *Subida* III, 2 y *Cántico* A, 30, y esta referencia de los *Dichos*, en tanto que pone en tela de juicio la autenticidad de la *Oración a la Virgen* del manuscrito de Beas.

Acerca de estas reservas expresadas por Baruzi en torno al minimarianismo de Juan de la Cruz como deducido de su vida y de su obra sirvan estas puntualizaciones:

1) Juan Baruzi, cuando escribía eso en 1924, parece no conocer la ingente cantidad de testimonios de los contemporáneos de fray Juan en los que resaltan la profunda y tierna devoción mariana del Santo, testimonios que fueron dados a conocer en 1931 por el padre Silverio en el volumen 14 de la Biblioteca Mística Carmelitana.

2) Baruzi tampoco aduce todo el caudal existente de los textos marianos esparcidos en las obras del santo doctor y menos aún supo calibrar y exponer el rico contenido mariano y mariológico que se desprende de los mismos.

3) Finalmente, la mejor réplica a los reproches de Baruzi son los trabajos mariano-sanjuanistas que publicamos en el presente libro, cuya conclusión obvia es totalmente contraria a la precipitada afirmación baruziana de que Juan de la Cruz “est tout á fait étranger á une dévotion mariale”.

La “Oración a la Virgen” (*)

Un presunto autógrafo sanjuanista aparece en Beas: la “Oración a la Virgen”, que, en escrito original, se conserva al frente del Libro de las Elecciones de las descalzas del convento beacense.

El padre Gerardo publicó la reproducción fotográfica de este texto en “Autógrafos de San Juan de la Cruz” (6).

Se trata de un papel que se pegó en este libro a mediados del siglo XVIII. Se ignora de dónde procedía ese papel.

El texto de esa oración es como sigue:

“Jesús, María y José = Santísima María, Virgen de Vírgenes, Sagrario de la Santísima Trinidad, Espejo de los Angeles, Refugio seguro de los pecadores, apiádate de nuestros trabajos, recibe con clemencia nuestros suspiros y aplaca la ira de tu Hijo Santísimo”.

Al pie de esta breve oración y con fecha 25 de mayo de 1759 los padres Vicente del Espíritu Santo, Andrés de la Encarnación y Pedro de Santa Teresa declaran que este texto tiene “grandísima probabilidad de ser escrito por mano de Nuestro Glorioso Padre San Juan de la Cruz”. El padre Gerardo lo da por autógrafo del santo y como tal lo insertó también en su edición de las obras completas de San Juan de la Cruz. El padre Silverio dice de ella “que parece escrita de puño y letra del Santo”, y sin reproducirla aquí se remite a la edición toledana (7). La publicó por primera vez Muñoz y Garnica en su “Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz”.

(*) “Monte Carmelo”, 99 (1986) 465-467.

(6) L. c., p. 88.

(7) P. GERARDO, *Obras*, III, p. 113; BMC 6, 198.

(8) BMC 6, 198.

Respecto a su autoría sanjuanista exponemos aquí la opinión de los expertos.

Muñoz y Garnica y padre Gerardo se pronuncian a favor de este alto supuesto siguiendo a Andrés de la Encarnación. El padre Silverio, que en 1919 se declaró conforme con la hipótesis positiva (8), posteriormente cambió de opinión. En 1931 distingue entre la letra y su composición. Es decir, que esa oración tal como aparece escrita no es de puño y letra de Juan de la Cruz, sino de la Madre Magdalena del Espíritu Santo (a la que llama *Francisca* por distracción). Eso no quita que el texto de la oración no sea del santo y que la compusiese él mismo, si bien añade Silverio que pudiera haberla compuesto "cualquiera que tenga un poco de cultura religiosa y de devoción a la Virgen" (9).

En 1953 el padre Eulogio de la Virgen del Carmen dedicó a este texto un detenido estudio caligráfico llegando a la conclusión de que "no es un verdadero autógrafo del Reformador del Carmelo" (10). El mismo Eulogio vuelve a negar en 1980 la autografía sanjuanista de esta oración mariana (11).

El padre Lucinio Ruano incluyó esta oración en las dos primeras ediciones de las obras del Santo en la BAC (1946 y 1950) y la eliminó a partir de la tercera (1955). Los editores subsiguientes de San Juan de la Cruz no insertan esta plegaria en sus obras.

Nosotros nos inclinamos a pensar igual. Esta oración no la estimamos como genuino autógrafo de San Juan de la Cruz. El breve escrito no presenta el aire y traza de los auténticos escritos del santo y no resiste el análisis de determinadas letras, ápices y rasgos. Por otra parte, en cuanto a su texto, si bien parece muy de Juan de la Cruz llamar a María "Sagrario de la Santísima Trinidad", no puede decirse lo mismo sobre su frase final: "*Aplaca la ira de tu Hijo*". Para tan corta súplica se nos antoja mucha "*ira*", siendo así que Juan de la Cruz se muestra tan fino y gozoso toda vez que se refiere a la Virgen María.

(9) BMC 13, LXXVII.

(10) *Sobre un autógrafo de San Juan de la Cruz*. "Monte Carmelo". (1953) 291, 295.

(11) *Cántico Espiritual*, Madrid, FUE, 1980, p. 508.

Hubo sobre todas una Mujer (*)

Hubo sobre todas una Mujer en fray Juan de la Cruz que fue el amor de su vida; tan profundo y secreto, que la adoró silente a todas horas en el altar iluminado e incandescente de su corazón.

Apenas osó pronunciar su nombre para no turbar la atención de su contemplación absorta.

Abrazó su Orden, profesó su Regla, llevó su veste, adoptó su nombre, habitó en su casa e imitó su vida de oyente, orante y oferente.

Escribió libros fray Juan de alta ciencia y mística teología, pero todo su saber lo centró y cifró en un modelo impar: MARIA, *"la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo"* (33).

María fue aliento de su *Subida*, luna llena de su *Noche oscura*, melodía de su *Cántico*, ardor de su *Llama*.

En la peregrinación de fray Juan por la tierra no pudo haber más bello itinerario: De mujer a Mujer, de madre a Madre, de virgen a Virgen, de hermana a Hermana, de señora a Señora. De María a Dios.

Y el gozo final fue la posesión de tal prenda, que colmó de gloria su corazón de hombre: *"¡Y la Madre de Dios es mía, porque Cristo es mío. Y todo es para mí!"* (34).

(*) *San Juan de la Cruz y la mujer* - 1986, 127. Respetamos para las citas de los textos reproducidos los números que tuvieron asignados estos trabajos en el lugar de origen de donde las hemos tomado. Sirva este aviso para todos los demás casos similares.

(33) *Subida* 3, 2, 10.

(34) *Oración del alma enamorada*.



*San Juan de la Cruz y la Virgen.
 Retrato primitivo del Santo. Lienzo anónimo del siglo XVII.
 Carmelitas descalzos de Valladolid.*

El Ave María y la Llama de amor viva

Este enunciado, expresado así sin más aditamentos, puede parecer peregrino por la inverosimilitud de su acoplamiento. Sin embargo, ha sido objeto de todo un libro por parte del carmelita descalzo Agustín de la Cruz.

En 1987 apareció en Zaragoza este libro: *Más que tú, solo Dios*, con este subtítulo aclaratorio: *Profundización del Ave María con San Juan de la Cruz, a la luz y al calor de la Llama de amor viva y del Cántico Espiritual*.

Se trata, en efecto, de exponer y comentar la oración del Ave María en clave sanjuanista, aplicando a la primera parte de la salutación angélica las estrofas y comentarios de la *Llama de amor viva*, y a la segunda parte de la misma plegaria –Santa María, Madre de Dios–, las cinco últimas estrofas del *Cántico Espiritual*.

El intento no deja de ser original y audaz, y el autor, consciente de su temeraria empresa, nos previene que se ha arriesgado a hacer por su cuenta esta personal interpretación mariano-sanjuanista aprovechando la licencia que San Juan de la Cruz otorga al lector de sus canciones para que éste no se ate a una sola letra ni a una única declaración, sino que las entienda con abierto espíritu como palabras de Dios que están henchidas de misterios y de sentidos. Por eso el padre Agustín se ha permitido interpretar “*el Cántico y la Llama como canción y beso de amor de María a su Amado Dios*” (p. 32). Obsesionado con esta idea, que ha sido calificada de “genial”, el padre Agustín llega a persuadirse de que “*El Cántico y la Llama son la historia espiritual de María, su biografía íntima y personal. Son la fotografía de su espíritu*” (p. 32).

Arrebatado con el eufórico *eureka* de su particular descubrimiento, el autor de este libro lanza una afirmación que quizá no todos se atrevan a compartir:

–“Estoy convencido de que no hay en todos los escritos de los Santos Padres, nada más propio y adecuado que las cuatro canciones de la Llama para iluminar el misterio de María, y que son la radiografía espiritual más fantástica que existe del alma de la Virgen” (p. 36).

Concedamos al padre Agustín el beneficio que se dispensa a los grandes inventores, que llegaron a descubrir unos principios impresionantes, como Arquímedes y como Newton, por el procedimiento ya clásico de: *pensando en ello continuamente*. Este carmelita de Zaragoza, pensando continuamente, obsesionadamente, en la equiparación del Ave María y la Llama de amor viva, ha llegado a conclusiones que tal vez a los que se sitúan lejos de esa esfera no se les alcanzan.

Este libro ha sido fruto de una larga y paciente reflexión:

—“Nunca me hubiera decidido a escribir mi Ave María en clave sanjuanista, si no me hubiera percatado de que los escritos de San Juan de la Cruz tienen luces y fuerzas verdaderamente milagrosas para iluminar todos los misterios del Ave María” (p. 37).

No se olvide, por tanto, que se trata aquí de una consideración del Ave María a través de la letra y del espíritu de la Llama y del Cántico hecha por el padre Agustín de la Cruz, no por San Juan de la Cruz. No era ése, ni remotamente, el intento del santo doctor en este caso. Si tal hubiera sido su intento ya lo habría manifestado él en la presentación de sus obras. Pero en éstas ni por asomo se refiere a semejante planteamiento, que se nos antoja bastante lejano, al menos como glosa de una oración vocal, a su intención. San Juan de la Cruz escribió el Cántico para la madre Ana de Jesús y para otras almas donde declara “*efectos de oración que pasan por los que han pasado de principiantes*” (Prólogo). Ese es el intento que él se propuso al escribirlo. Algo semejante puede decirse de la Llama. La escribió para doña Ana de Peñalosa y para “*declarar algunos efectos que hace en el alma*” el fuego del amor divino (Prólogo).

Nos imaginamos que San Juan de la Cruz sería el primer sorprendido de ver convertida en lectura avemariana la glosa de su Llama de amor viva. No le pasó seguramente por el pensamiento tal idea, aunque eso no significa que repugne esa lectura de su obra. Bien mirado, la Virgen María tenía un alma que superó desde el origen esas pasadas de principiantes y que en ella hizo grandes efectos la oración y soberanas operaciones el divino amor.

Independientemente de secundar o no la iniciativa del carmelita aragonés, es obligado reconocer a su favor un válido criterio: Dado que el propio doctor del Carmelo admite y hasta invita a ver variedad de sentidos y aplicaciones en sus canciones, será legítimo hacer de ellas una versión espiritual y sobrenaturalmente mariana.

Como, por otra parte, el mismo San Juan de la Cruz presenta a María como paradigma perfectísimo de las almas que han llegado al alto estado de la unión con Dios (*Subida III*, 2, 10), será razonable que se pueda aplicar a la Virgen toda la doctrina positiva de perfección que enseña el santo doctor en el Cántico y en la Llama, adaptada ésta convenientemente al grado excepcional de santidad que comporta la Madre de Dios. Y esto es lo que ha hecho el autor de este libro en su peculiarísima compostura sanjuanista del Ave María. Y aunque el santo rara vez menciona expresamente a María en sus obras, sin embargo, sus enseñanzas cuadran admirablemente al alma de María, modelo de toda perfección. Por eso es aplicable a muchos momentos del estado de unión de la Virgen lo que en alguna ocasión se manifiesta en este libro "*Más que tú, solo Dios*":

—“Este texto de la Llama parece escrito primaria y principalmente para María, en la cual se cumplió con la mayor perfección que pueda concebir la inteligencia humana” (p. 99).

Quede, pues, aquí constancia de esta entusiasta y osada hermenéutica mariano-sanjuanista de nuestros días dejando que los devotos se solacen con las ingeniosas exégesis que el autor vierte tanto sobre el Ave María como sobre la Llama de amor viva.

Los expositores sanjuanistas y los intelectuales quizá sean más exigentes en sus planteamientos y argumentaciones, por lo que su rigor dialéctico no les permita secundar esos fervores ni emular esos alunizajes.

Al fin y al cabo, el autor de la Llama era un santo y un poeta. Sospechamos que el comentador de esta Ave María debe tener a su vez bastante de santo y mucho de poeta. En su honor ha escrito el padre Efrén de la Madre de Dios que esta es "*la mejor glosa del contenido auténtico del Ave María*" (p. 8).



*La Virgen ayuda a fray Juan a pasar enjuto un río.
Segovia. PP. Carmelitas descalzos. Anónimo del siglo XVIII.*

II

LA VIRGEN MARIA EN LA DOCTRINA DEL DOCTOR

DE SAN JUAN DE LA CRUZ

José Vicente Rodríguez

Presencia de María en los escritos de San Juan de la Cruz*

Desde la perspectiva de Cílico y es radica a él y a toda su obra, a saber, sus *Avísos*, hay que ver la vida y el misterio de la Virgen María, cuya existencia se caracteriza por lo teológico, lo ontológico, lo parapsicológico.

Hay que verla también, y ya está dicho equivalentemente bajo estas denominaciones sucesivas: bajo la perspectiva de la "nueva cruzada", del "hombre nuevo", del "hombre nuevo" y ayuda de esta sociedad en una pura estructura de nuestra familia.

ASPECTOS GENERALES

PRESENCIA DE MARIA EN LOS ESCRITOS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

José Vicente Rodríguez

Además que nuestra consideración deje a un lado lo que pudiera ser el misterio más mariano de Juan de la Cruz y su vida más personal en el caso, aunque podemos estar seguros de que la coherencia existente entre su persona y sus dos angélicos funciona también en este punto.

Temas Marianos

Advertencia: en las obras de Juan de la Cruz no aparece la Virgen María tantas veces como algunos acusan podría esperar.

Pero aparece lo suficiente como para darnos cuenta de lo que pensaba de ELLA, y de cómo se la integró en la historia de la salvación en su síntesis doctrinal y espiritual y en la vivencia cristiana del creyente.

* Los Juan de la Cruz. *Temas marianos de Juan de la Cruz*. Madrid, 1977. 156 p.

Presencia de María en los escritos de San Juan de la Cruz*

Desde la perspectiva de Cristo y en orden a él y a toda su obra, a todos *sus nombres*, hay que ver la vida y el misterio de la Virgen María, cuya existencia se caracteriza por lo teologal, lo cristológico, lo pneumatológico.

Hay que verla también, y ya está dicho equivalentemente bajo estas dimensiones apuntadas, bajo la perspectiva de la “nueva creatura”, del “hombre nuevo”, siendo ella la expresión más eximia y lograda de esa novedad en una pura creatura de nuestra familia humana.

En este recorrido mariano, señalaremos primeramente los pasajes en que habla de Ella, deteniéndonos a continuación en algunos de los textos, dándoselos, como quien dice, leídos al lector y al discípulo, sin quitarle la oportunidad de profundizar y ampliar más por su cuenta.

Advierto que nuestra consideración deja a un lado lo que pudiera ser el magisterio oral mariano de Juan de la Cruz y su vida más personal en el caso, aunque podemos estar seguros de que la cohesión existente entre su persona y sus dos magisterios funciona también en este punto.

Textos Marianos

Advertencia: en las obras de Juan de la Cruz no aparece la Virgen María tantas veces como alguien acaso pudiera esperar.

Pero aparece lo suficiente como para darnos cuenta de lo que pensaba de ELLA, y de cómo se la integra en la historia de la salvación en su síntesis doctrinal y espiritual y en la vivencia cristiana del creyente.

* *San Juan de la Cruz, Profeta enamorado de Dios y Maestro*. Madrid, 1987, 350-364.

Como los lugares *explícitos* en que habla de ELLA son pocos, los señalo o recojo aquí, de entrada:

1º) en *ROMANCE sobre el evangelio "in principio erat Verbum"* acerca de la Santísima Trinidad, aparece explícitamente cuando habla de:

la ANUNCIACION (versos 267-286)

y del NACIMIENTO (versos 287-310).

2º) *Letrilla navideña*: 4 versos del estribillo.

3º) *Oración del alma enamorada*: aparece la Madre de Dios como un bien, una riqueza del alma.

4º) 3S 2,10: el texto fundamental más profundo. Examen del mismo más adelante.

5º) 3S 36,1: hablando de imágenes. Véase 3S 42,5.

6º) CB 2,8=CA 2,8: sobre la intervención de María en las bodas de Caná de Galilea. Se comenta más adelante.

7º) *Llama B*, 3,12; *Llama A*, 3,12: explica la palabra y la realidad de "la obumbración". Se comenta más adelante.

8º) CB 20,10: acerca de los sufrimientos de la Virgen y el por qué de ellos.

9º) *Carta 12* a una aspirante a carmelita descalza: le aconseja que tome por agobada a "Nuestra Señora y a san José en ello": en aquella coyuntura vocacional.

10º) *Carta 8* a las descalzas de Beas inicia con "JESUS-MARIA sea en sus almas"; lo mismo en la carta 20.

11º) CB comenzaba con IHS+MAR.

12º) *Cuatro avisos a un religioso* comienza con IESUS MARIAE FILIUS. (174).

Esta escasez de citas literales-*nominales* no tiene que engañarnos, pues puede haber muchas cosas implícitas dichas de ELLA, aunque no se la nombre.

No está la cosa en decir o escribir mucho sino en lo mucho que acaso se dice en pocos períodos.

El lugar estratégico que ocupan en la exposición algunos de los pasos sanjuanistas es de la mayor importancia.

Si quisiéramos establecer una especie de orden cronológico en los textos, no en cuanto a la cronología de los mismos sino en cuanto a la cronología en la vida de la Virgen, tendríamos que comenzar por el más denso y doctrinal de 3S 2,10, ya que en él se alude al primer

instante de la vida de María, asegurando que ya desde ese primer instante, "desde el principio", ELLA estaba elevada a la unión perfecta con Dios. Aquí implícitamente se afirma *la inmaculada concepción*, cosa, por otra parte, defendida tradicionalmente por la Orden del Carmen.

LA ANUNCIACION (Romance: versos 267-286)

- cuando en el seno de la Trinidad, en esa especie de consejo eterno de Dios, se acuerda la Encarnación del Hijo, se está pensando, sin duda, en la Madre, pero no se hace explícita memoria de ELLA hasta el momento de la ANUNCIACION:

Entonces llamó a un arcángel
que san Gabriel se decía
y enviólo a una doncella
que se llamaba MARIA
de cuyo consentimiento
el misterio se hacía;
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía;
y aunque TRES hacen la obra,
en el uno se hacía;
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María
Y el que tenía sólo Padre
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía,
que de las entrañas de ella
él su carne recibía;
por lo cual Hijo de Dios
y de el hombre se decía.

Adquiere particular relieve el consentimiento personal y libre de María para la realización del misterio de la Encarnación, que es obra de las Tres Personas de la Santísima Trinidad.

Se afirma asimismo la concepción virginal de Cristo y la maternidad divina de María.

Del modo más sencillo y en verso popular se engarzan los diversos misterios de la doctrina cristiana, tal y como Juan de la Cruz la

pudo enseñar en los pueblos cercanos a Duruelo o en el barrio de Ajates de Avila.

OBUMBRACIONES (Llama B 3,12 - Llama A 3,12)

• *contexto*: está hablando de los resplandores de las lámparas de fuego (=atributos divinos) y dice cómo “estos resplandores son inestimables mercedes y favores que Dios hace al alma” (Llama A 3,12) y que por otro nombre se llaman *obumbraciones* - *obumbramientos*, lo cual “quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como *amparar*, *favorecer* y *hacer mercedes*, porque, cubriendo la sombra, es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar”.

texto: Y ahora llega la aplicación mariana:

“por eso, aquella gran merced que hizo Dios a la VIRGEN MARIA en la concepción del Hijo de Dios la llamó el ángel san Gabriel obumbración del Espíritu Santo, diciendo:

El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra” (Lc 1,35).

Así en Llama B 3,12; en Llama A, 3,12: “*La virtud del Altísimo la haría sombra*, porque había de llegar tan cerca de ELLA el Espíritu Santo que había de venir sobre ELLA”.

En orden a esclarecer el tema, el lector ha de fijarse en ciertas afirmaciones sanjuanistas:

– “cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa”;

– “... la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz”;

– la sombra y las sombras de Dios “han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen; y así, estas sombras, serán resplandores” (LB 3,13-14).

La Virgen María será algo así como *Dios en sombra* y, añadimos nosotros, Madre de la Luz, de la Sabiduría, de la Hermosura, etc., que es su Hijo Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Juan de la Cruz se pregunta, como quien se abre a un horizonte de posibilidades y perspectivas sin término: “Según esto, ¿cuáles

serán las sombras que hará el Espíritu Santo a esta alma de las grandezas de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de ella, que no sólo la toca en sombras, mas está unida con ellas en sombras y resplandores, entendiendo y gustando en cada una de ellas a Dios, según la propiedad y talle de él en cada una de ellas?" (Ibid., n. 15).

Se puede también fácilmente inducir cómo la Virgen María llena de la sombra luminosa de Dios y hecha *Dios por participación de Dios*, conforme a la terminología sanjuanista, es o queda constituida en imagen viva y revelación de Dios, de modo que por ella y en ella rastreamos un poco más y mejor qué será el mismo Dios. Así subimos desde esta gran realización divina al prototipo que es el mismo Dios. Subimos desde ella y mucho más desde su Hijo concebido por obra y gracia del Espíritu Santo que la *obumbró*.

Estudiando la Escritura y reflexionando sobre lo que significa *la sombra* en la Biblia se recuerde cómo "a la idea de protección se añade, a veces, (1Re 8,12) la de presencia íntima de Dios; en este sentido Jerusalén, como la Esposa del Cantar, puede "sentarse a su sombra deseada" (Ct 2,3). En María se hizo el sueño realidad cuando le hizo sombra el poder de Dios (Lc 1,35) y ella concibió a aquel sobre el que reposaría la nube en la transfiguración".

EL NACIMIENTO DE CRISTO (Romance: versos 287-310)

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había
así como desposado
de su tálamo salía
abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía
al cual la graciosa Madre
en un pesebre ponía
entre unos animales
que a la sazón allí había.
Los hombres decían cantares,
los ángeles melodía
festejando el desposorio
que entre tales dos había;
pero Dios en el pesebre
allí lloraba y gemía,

que eran joyas que la Esposa
al desposorio traía;
y la Madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía:
el llanto de el hombre en Dios
y en el hombre la alegría,
lo cual del uno y de el otro
tan ajeno ser solía.

Como guía para el discípulo-lector ante estos versos, en los que se une la religiosidad popular del "belén" con la profundidad del teólogo contemplativo y místico, le sugiero que una vez que haya leído atentamente los versos que anteceden, se conteste a sí mismo:

a) ¿qué hace la Virgen María? ¿en qué se fija? ¿qué epíteto especial se le da?

b) ¿se habla de joyas? ¿cuáles son? ¿qué significan?

c) ¿qué hacen los hombres, qué hacen los ángeles?

d) ¿qué hace Dios en el pesebre?

e) ¿qué era lo ajeno de Dios, qué era lo ajeno del hombre?

Por debajo de esto más cercano a los sentidos y a la representación, hay en los versos de Juan de la Cruz un profundo repensamiento, algunos de cuyos detalles conviene no perder de vista:

– la Encarnación es como un desposorio entre la Persona del Hijo y la naturaleza humana. Desposorio entre esas dos naturalezas en la única Persona del Verbo. Aludiendo sin duda a la liturgia, a los textos litúrgicos, y al salmo 18,6, compara a Jesús naciente a ese esposo que sale de su tálamo: ese tálamo es el vientre de María, donde se desposaron. Es ella, la Virgen-Madre, quien toma a estos desposados en sus brazos, es decir, al Hijo hecho hombre y hecho niño y lo pone en el pesebre, lo deposita sobre las pajas;

– este que llamaríamos desposorio hipostático hecho en el tálamo de María será como modelo o ejemplar del desposorio-matrimonio espiritual entre los hombres y Dios;

– el desposorio de Dios con la humanidad en la Persona del Verbo es celebrado y festejado en Belén por hombres y ángeles con cantares y melodías. Cuando el alma enamorada llega a la perfección en el matrimonio espiritual, es el mismo Esposo, Cristo el Hijo de

Dios, quien convoca a “los ángeles y almas santas” a que participen de su gozo, llamando al alma “su *corona*, su *esposa* y la *alegría* de su corazón, trayéndola ya en sus brazos y *procediendo* con ella como *Esposo de su tálamo*” (CB 22,1). Es bien significativo que por dos veces, citando Juan de la Cruz el texto del Cantar de los Cantares: 3,11, alusivo al Rey Salomón y a la corona con que le coronó *su madre* en el día de su desposorio, lo aplique del modo más pleno a *Cristo coronado de almas* (CB 22,1; CB 30,7). En la aplicación, esa madre del nuevo Salomón=Cristo ¿quién es: la Virgen María, la Iglesia?; o ¿es pura cita sin mayor captación de su transcendencia?

Leído todo en clave mariana, se amplia nuestra visión de un modo sorprendente y creo que, según el santo, el tálamo del que Cristo sale o procede *coronado* es el mismo del que salió cuando vino a este mundo. ¿No es María Madre de la Iglesia? Y ¿no alcanza la Iglesia una alta cumbre mariana cuando alguien llega a la más elevada comunión con Dios? En relación con el NACIMIENTO tenemos también la letrilla sanjuanista ya copiada más arriba en la *unidad segunda*, al reseñar los escritos poéticos (Véase Obras, p. 110, nota con asterisco. Véase también BMC 14,25, donde un testigo ocular refiere cómo celebraba la noche del Nacimiento Juan de la Cruz en Baeza, con procesión y villancicos).

María en las bodas de Caná: CB-CA 2,8

Contexto: anda comentando la segunda canción de su Cántico: *pastores los que fuerdes* y al llegar al verso *decidle que adolezco, peno y muero*, explica cómo la dolencia, pena y muerte se fundan en las tres virtudes teologales. Y configurando al orante, lo hace de la siguiente manera:

“Y es de notar que el alma en el dicho verso no hace más que representar su necesidad y pena al Amado, porque el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido, como cuando *la bendita Virgen* dijo *al amado Hijo* en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: *no tienen vino* (Jn 2, 3)”.

A continuación da las razones de la eficacia de este modo de orar, después de haber puesto también como modelos de discreción en la oración a las hermanas de Lázaro (Ibid.,).

Quiero llamar la atención sobre las dos frases que he subrayado: *la bendita Virgen y el amado Hijo*. Tengo la impresión de que Juan de la Cruz está recordando que el Hijo era verdaderamente *el Amado* de la Virgen María y de aquí también la eficacia de su oración, “porque, cuando Dios es amado, con grande facilidad acude a las peticiones de su amante” (CB 1, 13). Si la intuición sugerida no falla, tendríamos en esta pincelada sutil un gran elogio de María como de esa alguien que tiene bien entero en Dios y en su hijo el corazón (Ibi.,).

Otro texto sanjuanista mariano tenemos en CB 20, 10 - CA 29, 7:

Anda fray Juan soñando con la semblanza del alma santa llegada a la unión con Dios y, por lo que se refiere al dolor, —una de las cuatro pasiones clásicas— piensa que también debería desaparecer en ese estado de perfección, cuando, espiritualmente hablando, se haya superado el pecado que lo producía o causaba.

Esto, en pura teoría; pero, llegan las excepciones que él mismo identifica de esta manera: “aunque algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir cosas y a padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor, o por otros respetos, como hizo con la madre Virgen y con San Pablo y otros, pero el estado de suyo no lo lleva”.

Estamos una vez más ante un texto con breve alusión mariana, pero muy rico de contenido y que se prestaría a largos comentarios:

- ante todo, reafirma el estado de perfección altísima en que se encuentra la Virgen María;
- con ella el Señor hace una excepción particular y permite que —sin tener pecado— padezca, sienta, le duelan las cosas y los acontecimientos. Aquí cabría recordar los sufrimientos de María tal como el Evangelio nos los presenta y hace sospechar, por poca psicología que uno tenga;
- los dolores de la Señora que la piedad cristiana ha encerrado

en siete principales que se pueden desdoblar, sin duda, en setenta veces siete;

– los *motivos divinos* de estos dolores y sufrimientos los deja indicados: para que merezca más; para que se afervore en el amor (cfr. LB-prólogo, n. 3); por otros respetos, como pueden ser la ejemplaridad para nosotros, para que sepa por experiencia lo que cuesta obedecer y sufrir, para que se asocie a la Cruz de su Hijo Jesucristo, para la salvación del mundo, etc.

Juan de la Cruz es sobrio: apunta a la realidad sin mayores comentarios que no habrían evitado otros escritores más barrocos.

Para terminar puede leerse en Obras, p. 793, la nota puesta al texto en cuestión. Interesa más que nada la última línea: “Los casos de María y de Pablo no son excepción, sino la norma.”

Texto principal mariano: 3S 2, 10:

“Tales eran las (obras y ruego, oraciones) de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.”

Así es el texto. Parece claro en algunas partes; en otras es más oscuro-difícil, y, cierto, para una buena comprensión, hay que situarlo exactamente en el contexto.

Contexto: ha comenzado Juan de la Cruz a hablar de *la noche oscura activa de la memoria* y quiere explicar lo más claramente posible cómo el alma ha de vaciarse de las aprensiones o noticias naturales de la memoria, es decir, de las que le vienen de los objetos de los cinco sentidos corporales: ver-oír-oler-gustar-palpar. Insiste fuertemente en ello, en la necesidad de ese vacío para que la memoria se una perfectamente con Dios.

Fundamenta, a mi ver, esta necesidad de ir trabajando activamente, en lo que sucede a las personas cuando la memoria está unida con Dios: grandes olvidos de otras cosas, suspensión de la imaginación, etc., (3S 2, 4-6).

Para que Dios se comunique por este camino a la memoria, la persona humana ha de tratar de desunirla de todas las noticias aprensibles.

A este punto se propone una duda u objeción, cuya dureza no disimula lo más mínimo:

“Dirá alguno que bueno parece esto; pero que de aquí se sigue la destrucción del uso natural y curso de las potencias, y que quede el hombre como bestia, olvidado, y aún peor, sin discurrir ni acordarse de las necesidades y operaciones naturales; y que Dios no destruye la naturaleza, antes la perfecciona; y de aquí necesariamente se sigue su destrucción, pues se olvida de lo moral y racional para obrarlo y de lo natural para ejercitarlo porque de nada de esto se puede acordar, pues se priva de las noticias y formas que son el medio de la reminiscencia” (n. 7).

Responde a la duda y testifica que los olvidos, despistes, etc., acerca de las cosas son pasajeros, pues cuando llega ya a tener hábito de unión, todos esos inconvenientes van desapareciendo (n. 8).

De aquí se sigue que “en habiendo hábito de unión, que es ya estado sobrenatural, desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural” (n. 8).

Acaso la consecuencia que pone sea más clara, o al menos más explicativa desde Dios:

“Por lo cual, dice, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad.

Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas; que, por cuanto, como dice San Pablo (1 Cor. 6, 17), *el que se une con Dios, un espíritu se hace con él*, de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu divino, y son divinas.”

Transformadas en ser divino las potencias del alma, se sigue que todas sus operaciones sean divinas, con estas connotaciones:

- obras convenientes y razonables;
- el espíritu de Dios las hace a esas personas:
 - saber lo que han de saber
 - ignorar lo que conviene ignorar
 - acordarse de lo que se han de acordar
 - olvidar lo que es de olvidar
 - amar lo que han de amar
 - no amar lo que no es en Dios, según Dios.

A continuación pone ejemplos:

- de oración de una persona por otras. Rogará por ellas, si esa es la voluntad de Dios, que, en ese caso le moverá la voluntad para que haga esa oración, pues EL la va a escuchar y atender.

Da de nuevo la razón de todo esto: de *el por qué*:

“Y es porque Dios sólo mueve las potencias de estas almas, para aquellas obras que convienen según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y así, las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto” (N. 10).

Aquí en este contexto se integra inmediatamente el texto sanjuanista mariano transcrito: *“Tales eran... /hasta/ ... Espíritu Santo”*.

Puntos claros ante el texto sanjuanista:

La Virgen Santísima, por haber estado elevada desde el principio al estado de perfecta unión con Dios, no padeció esos olvidos e inconvenientes que, según Juan de la Cruz, padecen, quienes se van acercando, se van llegando a la perfección.

El tema de más entidad filosófico-psicológica de formas mentales o de reminiscencia a que se refiere en el texto no es nada fácil. Por encima de la explicación que Juan de la Cruz pueda dar, para él,

lo más importante en la vida de la Virgen MARIA, que aquí pone como moviéndose en esa mayor altura de perfección “desde el principio”, lo más importante es la acción de Dios en ella, y la respuesta a esa moción, respuesta plenamente positiva y libre de otros impedimentos y tropiezos.

¿Cómo se puede explicar algo de esa acción de Dios, del Espíritu Santo en el alma, en concreto de esa acción en la vida, en la oración, en las operaciones de MARIA ? Aparte lo que dice Juan de la Cruz en todo el contexto en que sitúa sus afirmaciones en ese texto-cumbre, habría que repetir —y quiero hacerlo transcribiéndolo literalmente— lo que ya hemos dicho tratando de “el hombre nuevo perfecto en Cristo”, “la nueva criatura perfecta”, (cual es la Virgen María): “No se define simplemente por una rectitud moral, por una perfección moral o psicológica sino que llega mucho más allá en cuanto participante de la vida divina y de la acción de Dios, en virtud de la cual “toda la actividad cognoscitivo-afectiva del alma se hace divina por participación”; esta “divinización” significa que todos los actos proceden del alma *vitalmente*, pero que Dios coopera con ella dando el impulso inicial para obrar, acompañando al alma en la realización y siendo el objeto final al cual el acto se dirige” (175).

Ante las obras de Dios, ante el misterio de la vida de Dios en nosotros y muy en particular ante el triunfo de la gracia en la Virgen María, no es ni lo más principal, no lo imprescindible saberlas explicar satisfactoriamente.

Juan de la Cruz escribe desde su experiencia y desde la experiencia ajena, muy en concreto desde la gran experiencia teresiana y desde ahí y desde su ciencia bíblico-teológica ha configurado la semblanza de la persona encumbrada en la perfección, en la unión perfecta con Dios, y desde ahí, a su vez, se explaya e incursiona, por así decir, en la biografía interior y espiritual de MARIA.

Desde este texto mariano sanjuanista se puede escribir esa biografía del Espíritu Santo en ELLA, se la puede ir configurando o conformando, atendiendo a lo que Juan de la Cruz dice del Espíritu Santo, como principal agente de la santificación de las personas (cfr. Llama B, 1, 4).

(175) Barrientos, U. *Purificación y Purgatorio*. Madrid 1960, 60.

Se ha escrito con toda razón, refiriéndose a este paso sanjuanista: "Creo que no es posible decir más sobre la perfección de María con menos palabras. El Espíritu Santo es el motor divino y el principal agente de cuanto se refiere a Nuestra Señora y lo es en el modo más eminente y en el grado máximo que realiza el Espíritu en las almas. Porque ninguna otra estuvo exenta de toda forma de criatura desde el origen y ninguna otra había de recibir en sí el don supremo de la Encarnación del Verbo" (176).

¿Muerte de amor? Una vida tan llena de Dios, de su presencia, de su voluntad como fue la vida de MARIA, *una vida que fue todo amor*, parece que no podía terminar sino con *una muerte de amor*.

Creo que con toda razón se ha hablado y se ha escrito ya más de una vez de esta muerte de María como muerte de amor, teniendo en cuenta la doctrina de San Juan de la Cruz. Uno de los que mejor ha estudiado el tema ha escrito:

"Todas las características del amor de muerte y de la muerte de amor que indica Juan de la Cruz en la *Llama* pueden aplicarse a MARIA, si bien la intensidad de su amor fue incomparablemente mayor que en ninguna otra alma mística.

Supuesta la mortalidad de MARIA, no podemos menos de admitir que la muerte de amor entraba dentro del desarrollo de la vida de la gracia en la Santísima Virgen y que puede aplicársele con mayor razón que a ningún otro santo cuanto de ella escribió San Juan de la Cruz" (177).

María, modelo de vida espiritual, de vida cristiana

Persona tan encumbrada como la Virgen María y, además, interpretada o leída desde las alturas místicas en las que la sitúa Juan de la Cruz, ¿cómo puede ser nuestro modelo, nuestro ejemplar?

(176) Bengoechea, I. *El Espíritu Santo y la Virgen María, según San Juan de la Cruz*, en "Ephemerides Mariologicae", 31 (1981), 58.

(177) Gregorio de J. C. *La muerte de amor de María*, en "Estudios Marianos", 9 (1950), 239-268. También habla de esto Ismael Bengoechea en el artículo citado, pp. 64-66.

Esta pregunta por lo que tenga de duda u objeción se desvanece inmediatamente, si recordamos que más alto es Dios y tenemos obligación de imitarle, que más alto y encumbrado que María es Cristo y es nuestro modelo sin discusión alguna.

Afirmamos, pues, pacíficamente lo modélico y ejemplar de María para el creyente. Modelo, aquí no significa que haya tenido la Virgen María que recorrer literalmente y tramo a tramo el mismo camino, el camino trazado por Juan de la Cruz hasta la cima del Monte de la Perfección. Esto es así de evidente ya que, como hemos venido diciendo, la Virgen María se vio “desde el principio levantada a este alto estado” (3S 2, 10). Podemos decir que ella nació y se crió en la cumbre; pero desde la cumbre ve y ayuda y estimula a quienes van subiendo, a quienes van escalando el Monte, que es Cristo Jesús, su Hijo (cfr. CB 26, 6 y ss.), habiendo pasado también ella por el camino y experiencia de la cruz con la que se sigue a su Hijo.

La ejemplaridad de este modelo y la imitabilidad por parte nuestra, desde nuestra situación concreta, es muy variada:

- en María se realiza la definición perfecta de *hijo adoptivo* de Dios, es decir, de la persona que es movida por el Espíritu de Dios a divinas obras en sus potencias (Rom. 8, 14: 3S 2, 16);
- modelo en *la disponibilidad* frente a Dios; ella, al ser visitada por el ángel Gabriel dio su SI, su Fiat: “*de cuyo consentimiento el misterio se hacía*” (Romance: versos 270-271). La vida espiritual del creyente consiste en ir “dando”, “dejando lugar” a Dios para que le transforme (2S 5, 7). Dios es el protagonista de la unión con él. El hombre, con plena disponibilidad, lo que tiene que hacer es “dar el consentimiento” (2N 11, 2);
- modelo de *discreción en la oración*. Ya queda dicho al hablar de la presencia de María en las bodas de Caná de Galilea y en su intervención ante el Hijo;
- modelo de *virtudes teologales*. María hizo *la peregrinación de la fe* y es modelo en ella (178). Dentro de la espiritualidad sanjuanista en la que lo teologal lo abarca todo, se puede y debe aplicar con todo derecho esa culminación en la fe, en la esperanza y en la caridad a María, por el simple hecho de vivir, como vivió bajo la acción continua del Espíritu Santo. Para Juan de la Cruz hay un postularse

recíprocamente estas dos cosas; y así, dirá de un modo definitivo:

“digo que el Espíritu Santo alumbra al entendimiento recogido, y que le alumbra al modo de su recogimiento, y que el entendimiento no puede hallar otro mayor recogimiento que en fe; y así no le alumbrará el Espíritu Santo en otra cosa más que en fe; porque cuanto más pura y esmerada está el alma en fe, más tiene de caridad infusa de Dios; y cuanto más caridad tiene, tanto más la alumbra y comunica los dones del Espíritu Santo, porque la caridad es la causa y el medio por donde se les comunica” (2S 29, 6).

Está claro también en Juan de la Cruz que:

cuanto más fe tiene el alma, tiene también

más esperanza y

más caridad, y

cuanto más esperanza, tiene también

más fe y

más caridad, y

cuanto más caridad, tiene también

más fe y

más esperanza, “por cuanto estas tres virtudes teologales andan en uno” (2S 24, 8; 3S 32, 4).

De este modo quien es modelo en la fe, lo es asimismo, por necesidad intrínseca, en la esperanza y en la caridad.

En la peregrinación de la fe que le tocó recorrer a María tuvo que ver no poco la respuesta que recibieron María y José de parte del hijo perdido y hallado en el templo. Refiere San Lucas: “Cuando le vieron quedaron sorprendidos, y su madre le dijo:

—”Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando”. El les dijo:

—”Y ¿por qué me buscábais? No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2, 48-49). La apostilla del evangelista subraya la prueba de la oscuridad, la prueba de la fe: “*Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio*” (vers. 50).

Traigo aquí este paso evangélico por la devoción que tenía al mismo Juan de la Cruz, que enseñaba que “diciendo con devoción las palabras del santo evangelio: *nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse*” se reviste el alma de un deseo de hacer la voluntad de Dios a imitación de Cristo, Señor nuestro, con ardentísimo deseo de padecer por su amor y por el bien de las almas”.

La imitabilidad de María a proponer desde el magisterio sanjuanista se puede alargar aún más. Acaso la podríamos resumir con palabras de Pablo VI, cuando el 21 de noviembre de 1964 en la sesión de clausura de la tercera etapa conciliar decía: La Virgen María “en su vida terrena realizó la perfecta figura del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes, y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual toda la Iglesia, en su incomparable variedad de vida y de obras, encuentra en ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo” ... y ve en ella “el modelo de la fe y de la plena correspondencia a todas las invitaciones de Dios, el modelo de la plena aceptación de la doctrina de Cristo y de su caridad”.

María agradable a los ojos de Dios

Para captar cuán agradable fue toda la vida de María a los ojos de Dios y cuán agradable será la de aquellos que se acerquen a esa realización, bastaría aplicar un principio medularmente evangélico que Juan de la Cruz glosa de un modo estupendo de esta manera:

“¿Quién podrá decir hasta dónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella?

No hay poderlo ni aun imaginar, porque, en fin, lo hace como Dios, para mostrar QUIEN él es.

Sólo se puede dar algo a entender por la *condición que Dios tiene* de ir dando más a quien más tiene, y lo que le va dando es *multiplicadamente*, según la proporción de lo que antes el alma tiene... De donde los mejores y principales bienes de su casa, esto es, de su Iglesia, así militante como triunfante, acumula Dios en el que es más amigo suyo y lo ordena para más honrarle y glorificarle, así como una luz grande absorbe en sí muchas luces pequeñas” (CB 33, 8).

Se trata, ante todo de un texto añadido en la segunda redacción: CB. La novedad de este paso está revelando que el tema interesaba particularmente al autor que está sensibilizado con la condición generosa y liberal de Dios y desde el Evangelio la recuerda con una referencia también precisa a lo eclesial, a la Iglesia.

En el texto sanjuanista lo único que falta para que sea explícitamente mariano es el *nombre de María*, pues todo lo demás es claro que es plenamente aplicable a ella. Así es modelo y ejemplar y revelación de la plenitud de las riquezas que Dios acumula en la persona humana que no pone obstáculos a su acción y a su generosidad. No sólo no pone obstáculos sino que está del todo abierta a Dios por la humildad, por la pobreza espiritual, por la vida teologal, etc., (cfr. 2S 26, 10, donde hay otro filón aplicable a lo mariano que nos llevaría a la inhabitación de Dios en la persona de la Virgen: inhabitación de tipo dinámico, lo mismo que el que se perfila en LB, prólogo, n. 2 y LB 1, 15-16).

En sintonía con estos lugares citados de 2S 26, 10 y de LB se encuentra el diálogo entre el Padre y el Hijo en el seno de la Trinidad. Dice el Padre al Hijo:

“Al que a ti te amare, Hijo,
a mí mismo le daría
y el amor que yo en ti tengo
ese mismo en él pondría,
en razón de haber amado
a QUIEN tanto yo quería” (Romance: versos 71-76).

Desde esta previsión o dialéctica del amor del Padre, podemos explicar perfectamente la vida de María como la de aquella persona a la que más se comunicó Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, “en razón de haber amado” como la que más al Hijo de Dios, que es también hijo suyo.

Unos versos antes en ese mismo Romance, hay otra clave interpretativa igualmente válida en las aplicaciones marianas que se puede hacer, sin traicionar ni el espíritu ni la letra de Juan de la Cruz. Dice el Padre al Hijo:

"El que a ti más se parece
a mí más satisfacía
y el que en nada te asemeja
en mí nada hallaría" (versos 61-64).

La parte positiva, es decir, los dos primeros versos, son los que aquí valen:

– ella, María, fue la más parecida al Hijo y por lo mismo la persona que más satisfacciones ha dado y sigue dando a Dios Padre.

MARIOLOGIA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Otilio del Niño Jesús

Mariología de San Juan de la Cruz *

Introducción

Por lo general, siempre fue San Juan de la Cruz en todas sus cosas menos afortunado que Santa Teresa; y si ésta no ha visto estudiado hasta tiempos muy recientes y de un modo completo y sistemático su espíritu mariano (1), ya se adivina que al Santo no le ha cabido en esto mejor suerte. Ni tienen de ello toda la culpa los biógrafos y escritores sanjuanistas —quienes de un modo uniforme y monótono narran los episodios marianos de su vida—, sino más bien el modo peculiar que tuvo de revelarse este espíritu mariano en la vida del Reformador del Carmelo, vida que, como es sabido, es un himno vibrante a la humildad y al voluntario retiro y olvido de sí mismo. Por otra parte, de la respetable actividad literaria del Doctor místico, no ha llegado hasta nosotros trabajo alguno suyo mariológico, y aun las alusiones a la Virgen, o a temas mariológicos, con que tropezamos en sus escritos, son mucho más escasas que en Santa Teresa; pues mientras ésta, en uno u otro sentido, nombra a la Virgen más de cien veces en sus admirables escritos, aquél solamente alude a ella de un modo claro y expreso una media docena de veces. Bien vale, pues, la pena de tomarse un poco trabajo y tentar con serena objetividad un estudio de conjunto sobre un tema tan interesante, que refleja una de las facetas más hermosas y desconocidas de este gigante de la espiritualidad católica, a quien para tenerlas todas, Dios Nuestro Señor concedió también ésta, que en nuestro amado Santo brilla con destellos propios e inconfundibles.

* “Estudios Marianos”, 2 (1943) 359-399.

(1) Cfr. FR. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O. C.D.: *Espíritu mariano de Santa Teresa de Jesús*. Apud: “El Monte Carmelo”. t. XLII (1941), págs. 154-165, 211-226, 247-266.

Pero antes de pasar adelante, es necesario resolver un problema, de cuya solución depende la justificación del título con que encabezamos este trabajo. El problema es este: ¿puede hablarse con verdad de una mariología de San Juan de la Cruz, o tendremos que limitarnos a la comprobación de su espíritu mariano? En otras palabras: ¿fue San Juan de la Cruz un mariólogo, o un simple devoto de la Virgen María?

Si tomamos la palabra *mariólogo* en su estricta significación, como sinónimo de *tratadista de la Virgen*, es evidente que el epíteto le viene sobrado holgado al Doctor de Fontiveros, ya que no se conserva tratado alguno en que ex profeso trate de la Virgen, a pesar de lo que luego hemos de dejar asentado sobre la historia de una célebre imagen de María, que se dice fue escrita por el Santo. Sin embargo, los escasos textos marianos que hallamos en sus obras auténticas, no pueden reducirse fácilmente al campo de la devoción a la Virgen, como ya en el trabajo arriba citado hicimos con los de Santa Teresa. San Juan de la Cruz es un profundo teólogo, que tiene conciencia del valor dogmático de sus expresiones marianas; y cuando las aduce, sabe muy bien el hondo significado que entrañan la suma excelencia de la persona a quien se refieren. De ahí que lícitamente y con todo rigor crítico podamos nosotros pretender colegir el pensamiento mariológico del Santo a través de sus textos marianos, y por lo tanto, hablar de su mariología en este sentido amplio, pero verdadero y real, que acabamos de exponer.

Y para que ya en el umbral de nuestro estudio pueda tener el lector una idea de su amplitud, damos a continuación un esquema de conjunto del presente trabajo.

I. Fuentes de su mariología

Por lo modesto de nuestras pretensiones, ya puede suponerse que las fuentes de la mariología sanjuanista no son tan copiosas y explícitas como sus devotos habríamos deseado. Pero esta devoción filial que al Santo Padre profesamos no cegará nuestro austero criterio de investigador objetivo e imparcial, y así nos limitaremos a indicar los pocos materiales con que contamos para llevar a feliz término nuestros intentos. Sin olvidar los datos que pueden ofrecernos los proce-

sos del Santo (2) y las más antiguas biografías sanjuanistas (3), las únicas fuentes que podemos utilizar son los textos marianos que hoy nos quedan, pocos, desgraciadamente. Es una pérdida irreparable, que la pluma del Santo Doctor —tan maravillosa y singular cuando estudia y describe los fenómenos místicos que se operan en el trato íntimo de las almas con Dios— no se ocupase nunca directa y expresamente de temas marianos. Su mente de águila nos habría revelado en ese campo muchas maravillas del alma de la Virgen en sus ascensiones místicas y tal vez habría señalado —con esa originalidad que revelan todas sus obras— nuevos derroteros a la mariología ascética. ¡Lástima grande que entre sus amistades no hubiese habido otra Ana de Peñalosa enamorada de la Virgen, que con sus ruegos le hubiese hecho abordar temas tan gratos a los devotos de María! Pero ya no es tiempo de inútiles lamentaciones. El estudioso serio y objetivo debe atenerse a la realidad y la realidad es esta: quien quiera estudiar el pensamiento mariológico del Doctor místico, tiene forzosamente que limitarse en su investigación a los siguiente pasajes marianos de sus obras:

- a) Los romances VIII y IX de su poema sobre la Encarnación.
- b) Los capítulos XXXV al XLIV, inclusive, del libro III de la *Subida del Monte Carmelo*.
- c) Cuatro textos aislados, que como otras tantas joyas esplenden con vivos fulgores marianos en la inmensidad de su obra ascético-mística; a saber: *Subida*, lib. III, c. II, n.º 10; *Cántico Esp.*, estro-

(2) El P. SILVERIO DE SANTA TERESA, O. C. D., ha publicado los más interesantes en un abultado tomo. Cfr. Biblioteca Mística Carmelitana (Sigla: BMC, t. 14, Burgos. Tip. "El Monte Carmelo", 1931, in-8.º, XVIII-505 págs. El resto de los Procesos no publicados hemos podido consultarle en el archivo de la citada Biblioteca.

(3) P. JOSÉ DE JESÚS MARÍA (QUIROGA): *Historia de la vida y virtudes del venerable Padre Fr. Juan de la Cruz*. Bruselas, 1628. Cito las páginas por la ed. de Burgos. Tip. "El Monte Carmelo", 1927. Cit. *Historia*. P. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ: *Historia del ven. Padre Fr. Juan de la Cruz*, Madrid, 1641, in-8.º (XXXII)-906-(CXII). Cit. *Historia*. P. JOSÉ DE SANTA TERESA: *Resunta de la vida de N. Bienaventurado Padre San Juan de la Cruz*, Madrid, 1675; in-8.º (XXII)-150-(XXII). Cit. *Resunta...* P. FRANCISCO DE SANTA MARÍA: *Crónicas del Carmen Descalzo*. Obra esta que, en nuestro caso, puede preterirse, pues es un calco de la obra del P. Jerónimo. P. SILVERIO DE SANTA TERESA: *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, t. V., Burgos. Tip. "El Monte Carmelo", 1936, in-8.º, gr., 810 págs. (Sigla: HCD.)

fa II, n.º 8; *ibid.*, estrof. XX, n.º 10, y *Llama*, estrofa III, número 12. Unas breves indicaciones contribuirán a ilustrar estas tres fuentes del pensamiento mariológico del Santo.

a) *Los romances VIII y IX sobre la Encarnación*

En todas las ediciones completas de las de San Juan de la Cruz, se han publicado entre sus poesías nueve romances sobre el Evangelio: *In principio erat Verbum*. Forman un conjunto de 316 versos, distribuidos en nueve romances, cuyo objeto es cantar el gran misterio de la Encarnación. Si el Santo hubiese acometido su exposición, se le habría ofrecido magnífica ocasión para hacernos patente su pensamiento mariológico, ya que de esos nueve romances, los dos últimos están dedicados a cantar el consentimiento de la Virgen (el VII) y su divina maternidad (el IX).

Que estos romances sean fruto maduro del estro poético de San Juan de la Cruz, nadie que sepamos lo ha puesto en duda todavía, y por lo tanto, podemos descansar sobre el fallo de los editores críticos de sus obras. Verdad es que en ellos la inspiración del poeta nos parece más fría y la veste poética que la adorna más modesta y austera; pero que nadie vea en esto una objeción contra su paternidad sanjuanista. La impronta de su pensamiento concrecionado y hondo está en ellos como gravada a fuego, y muy ciego será quien por ella no reconozca a su autor. "No se halla en los Romances —dice su último editor crítico— la sublime entonación que en las poesías líricas, sobre todo las que dieron ocasión a sus tratados místicos, ni el género lo pedía tampoco; pero se admira, como siempre, al teólogo profundo, al místico enamorado, al poeta fácil, fluido y delicado. Si hay alguna disonancia, acháquese a la misma facilidad con que se versificaba y al ningún cuidado que puso en limar asperezas y corregir acentos. No escribía para hacer alardes de pulcritud de forma, sino para satisfacer devociones hondas, y ambas cosas logra sin esfuerzo casi siempre" (4).

(4) P. SILVERIO: BMC, t. 13, introd., p. LXXXII, nota 1.

El Santo compuso estos romances durante su prisión de Toledo, que, como es sabido, duró nueve meses, desde octubre de 1577 a 1578. Así lo depone María Magdalena del Espíritu Santo, sobrina del venerable P. Rodríguez, S. J., por estas palabras: "Sacó el Santo padre, cuando salió de la cárcel, un cuaderno, que estando en ella había escrito de unos romances sobre el Evangelio: *In principio erat Verbum...* Este cuaderno, que el Santo escribió en la cárcel, le dejó en el convento de Beas, y a mí me mandaron trasladarle algunas veces. Después me le llevaron de la celda, y no supe quién. Causándome admiración la viveza de las palabras y su hermosura y sutileza, le pregunté un día si le daba Dios aquellas palabras que tanto comprendían y adornaban, y me respondió: "Hija, unas me las daba Dios, y otras las buscaba yo" (5).

b) *Los cap. XXXV al XLIV, incl., del lib. III de la Subida del Monte Carmelo*

Queremos destacar la importancia que estos capítulos tienen para conocer el pensamiento mariológico de San Juan de la Cruz. Que nosotros sepamos, nadie les ha interpretado desde este punto de vista, y, sin embargo, creemos que esta interpretación, aparte de su innegable importancia doctrinal, tal vez sea la clave para resolver una importante cuestión histórica, que ha torturado la mente de los más autorizados editores críticos de sus obras. Son, pues, dos cuestiones muy diversas. La primera, indiscutible, como lo probaremos en nuestra exposición de la doctrina del Santo acerca del verdadero culto y devoción a la Virgen. La segunda, será tal vez discutible, y por lo mismo la proponemos como mera hipótesis, cuya aceptación dependerá de la mayor o menor fuerza probativa de los argumentos aducidos. Los que nosotros aquí proponemos, nos parecen sólidamente probables, y como tales los exponremos al recto y ponderado criterio de nuestros lectores.

He aquí la cuestión. Si damos fe al P. Jerónimo de San José, y a lo que después de él han repetido biógrafos y editores de las obras del Santo, éste compuso un libro mariano titulado: *Reglas para dis-*

(5) P. SILVERIO: BMC, t. 10, p. 133.

cernir los milagros verdaderos de los falsos, y para conocer los buenos y los malos espíritus. La ocasión que motivó este escrito fueron los milagros obrados en el hospital de la villa de Guadalcázar por dos imágenes, una de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, llamada Nuestra Señora de la Caridad, y otra de Jesús Crucificado. Según el historiador de la Reforma, D. Antonio Fernández de Córdoba donó este hospital a los Carmelitas Descalzos, para que atendiesen al culto y veneración de tan santas imágenes; y éstos, el año 1585, le transformaron en convento (6). Siendo nuestro Santo Vicario de Andalucía, visitó este convento y en él cayó enfermo, y durante la convalecencia de esta enfermedad fue cuando compuso este libro, como quiere el P. Alonso de la Madre de Dios (7). Lo mismo testifica el citado P. Jerónimo, aunque discrepando respecto del lugar y tiempo de su composición: En este lugar (la Peñuela, 1591) y tiempo, dicen algunos religiosos escribió el Santo *un Tratado sobre las imágenes milagrosas de Guadalcázar*, declarando cómo los milagros pueden ser falsos y verdaderos y así mismo los espíritus, dando reglas para conocer uno y otro, del cual Tratado leyó un religioso antiguo unos cuadernos y testifica que eran admirables; pero el descuido, envidia o injuria del tiempo, nos ha robado este tesoro. Podrá ser lo descubra Nuestro Señor en algún tiempo para honra de su siervo y provecho de su Iglesia" (8). El P. Andrés de la Encarnación nos transmite el testimonio de otro religioso: "El P. Fr. Agustín de S. José, a quien el Santo dio la Profesión, dice que escribió San Juan de la Cruz *un libro sobre las Imágenes de Guadalcázar*, que si no se perdiera, fuera de gran provecho, porque trataba cómo podían ser verdaderos y falsos los milagros y del espí-

(6) P. FRANCISCO: *Reforma...*, t. II, p. 142. Años adelante el jesuita P. Martín de Roa escribió una Relación sobre los milagros hechos por estas imágenes y la publicó en Málaga el año 1621. Id., *ibid.*, p. 139.

(7) P. ALONSO DE LA MADRE DE DIOS: *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fray Juan de la Cruz*, sacada de las informaciones para su beatificación. Lib. II, cap. 12 (Ms. 13.460 de la Bibl. Nac. de Madrid). Cit. *Vida...*

(8) P. JERÓNIMO: *Historia...*, lib. VII, c. III, n. 7. Y en otra parte, añade: "Hay noticia, que estando en la Peñuela compuso otro libro sobre las imágenes milagrosas de nuestro convento de Guadalcázar, el cual tuvo en sus manos el P. Fr. Alonso de la Madre de Dios, natural de Linares, y dice era cosa admirable; pero de éste no se sabe otra cosa, ni hasta ahora se ha descubierto" (*Ibid.*, lib. IV, c. VIII, n. 5).

ritu verdadero y falso" (9). Finalmente, los editores de las obras del Santo, fundados en estos testimonios que preceden, admiten con más o menos reticencias y reservas la escritura de esta obra mariana de mano del Cisne de Fontiveros; su último editor crítico la admite también como muy verosímil, inclinándose en cuanto al tiempo y al lugar al parecer del P. Alonso (10).

Parece, pues, que no cabe dudar de la existencia y paternidad sanjuanista de la obrita; pero este escrito del Santo se dio por perdido bien pronto, tanto que ya el P. Alonso no pudo hallarle en su tiempo, a pesar de las diligencias que hizo, cuando se instruían los Procesos de Beatificación y Canonización. "Este Tratado —dice— se perdió, y aunque D. Luis de Córdoba, Obispo de Málaga, que tenía su entierro en la iglesia de estas sacras Imágenes, le buscó con cuidado, y yo, por pedírmelo él, cuando asistí a las Informaciones del Santo, hice lo mismo, no pudimos hallar más que la noticia que daban los que sabían lo había escrito" (11).

Pero aun admitiendo la existencia de la obrita y no quedándonos otras referencias sobre su contenido que lo que indica el título, cabría preguntar: ¿se trata de una obra mariológica, o es más bien un libro de índole ascético-mística? Ya al malogrado P. Gerardo de San Juan de la Cruz, primer editor crítico del Santo, se le ofreció esta duda, pues escribe: "Debemos también notar, que no consta claro si en esta obra hizo el Santo alguna reseña histórica de las imágenes que dieron ocasión para escribirla" (12).

Estos datos parecen definitivos, y ante ellos no cabría otra actitud, que la resignada conformidad con un hecho, que no depende de nosotros, ni está en nuestras manos remediar. Sin embargo, el estudio detenido del pensamiento mariológico del Santo, me ha sugerido una solución de este problema, que yo me tomo la libertad de exponer aquí por vez primera ante esta respetable Asamblea de Académicos.

Según mi humilde modo de ver, ese libro a que se alude no se ha perdido, sino que se conserva íntegro, insertado en el Libro III de la *Subida del Monte Carmelo*, y abarca los capítulos XXXV al XLIV,

(9) P. ANDRÉS DE LA ENCARNACIÓN: *Memorias historiales*, t. I, n. 34 (Sigla MH).

(10) P. Silverio: HCD, t. V, c. XXX, p. 726.

(11) P. ALONSO DE LA MADRE DE DIOS: *Vida...*, lib. II, c. 12.

(12) Cfr. *Obras de San Juan de la Cruz*, Toledo 1912: t. I, Prelim., p. XXVI, nota 1.

inclusive, donde el Santo —para encajarlo en el plan general de su admirable síntesis espiritual— compendia toda su doctrina sobre el verdadero culto y devoción a la Virgen y a los demás santos (pues su doctrina es de índole general), bajo el título: *bienes espirituales sabrosos que distintamente pueden caer en la voluntad, y de los cuales es preciso que ésta se despoje, si quiere disponerse para la unión*. A cuatro reduce el Santo esos bienes, que él designa con los nombres de: motivos, provocativos, directivos y perfectivos. Entre los motivos enumera las imágenes y retratos de los santos, los oratorios y las ceremonias.

Nótese que el Santo no trató más que de los bienes motivos, sin decir nada de los tres grupos restantes de bienes, por lo que su obra de la *Subida* ha quedado incompleta.

En dos clases de argumentos se apoya esta hipótesis: unos negativos y otros positivos.

1) *Argumentos negativos*.—En primer lugar, no deja de ser extraño, que sea ésta la única obra del Santo que, a pesar de haberla visto y leído muchos testigos, y estar escrita para dar luz sobre los milagros y prodigios que se decían obrados por aquellas santas imágenes, que atraían todos los años al santuario de Guadalcázar numerosas peregrinaciones, haya desaparecido totalmente, sin dejar huella ni rastro alguno, en alguna copia íntegra o parcial, contra todo lo que ha acontecido con el resto de sus obras. Al decidirse el Santo a escribirla, lo hizo sin duda para guía e instrucción de los fieles guardianes del Santuario, que eran súbditos suyos, y para provecho de los numerosos devotos de las milagrosas imágenes, y no ya sólo para ejercicio literario. No negamos que sea posible, absolutamente hablando, la desaparición tan radical de un escrito; afirmamos sólo que es inverosímil, atendidos el motivo y las circunstancias que provocaron su composición.

Pero, hay más. Nótese la incoherencia entre el título de la obra y lo que se dice sobre su contenido. Afírmase que era un *Tratado sobre las imágenes milagrosas de Guadalcázar*, pero en él no se habla propiamente de la historia de las imágenes, o de la excelencia de su devoción, o de sus milagros, sino en general *de las reglas que se han de tener presentes para discernir los verdaderos de los falsos milagros, de los verdaderos y los falsos espíritus*; temas perfecta-

mente ascético-místicos, que el Santo repite en varios pasajes de sus obras, preferentemente en la *Subida*.

Por otra parte, de los tres testigos que afirman la existencia de esa obra, uno nada dice del lugar donde se escribió, y los otros dos que le indican, disienten entre sí; pues mientras el P. Alonso dice que le compuso por los años de 1585, siendo Vicario de Andalucía, durante la convalecencia de una enfermedad que tuvo en el mismo convento de Guadalcázar, en cambio, el P. Jerónimo dice que le escribió en 1591, siendo conventual de la Peñuela.

Finalmente, estos tres testimonios se reducen propiamente a uno solo, es decir: al del P. Fr. Agustín de San José, de quien dependen. Por lo tanto, sus afirmaciones valen tanto cuanto vale el testimonio del citado Padre. ¿Vale algo su afirmación? No le negaremos veracidad ni sinceridad; creemos sencillamente que el P. Agustín se equivocó al juzgar obra distinta y sobre las imágenes milagrosas de Guadalcázar, los cuadernillos que él leyó sobre los temas que apunta y que bien pudieron ser otros tantos capítulos de la *Subida*.

Los argumentos positivos —que paso a exponer— hacen legítima mi sospecha.

2) *Argumentos positivos.*—La cronología de la *Subida* ¿permite afirmar que el Santo pudo escribir algunos capítulos de ella en Guadalcázar, durante la convalecencia de su enfermedad, por los años de 1585?

Comencemos por repetir aquí la advertencia de su último editor crítico: “Acerca del tiempo y lugar en que San Juan de la Cruz escribió sus obras, así como el número de éstas, hay bastante discrepancia y confusión, comenzando por los mismos que conocieron al Santo y escribieron o depusieron de estas cosas. De los propios escritos de San Juan de la Cruz no se saca ilustración alguna referente a estos extremos; hay que ir la haciendo con espíritu ágil del examen cuidadoso de noticias sueltas, a veces contrarias entre sí, que nos quedan de documentos antiguos” (13).

Por lo que a la *Subida del Monte Carmelo* se refiere, he aquí lo que de las varias deposiciones se deduce. Por los años de 1578, en que el Santo moró en el Calvario, tenía ya compuestos varios capítu-

(13) P. SILVERIO: BMC., t. 10, págs. 130-31.

los del libro primero, puesto que la M. Magdalena trasladó algunos pasajes que se encuentran en el capítulo XIII de dicho libro (14). Algunos capítulos más debió componer durante el tiempo de su rectorado en Baeza; pero donde completó su composición fue durante su permanencia en Granada (1581), como lo afirma el P. Juan Evangelista, discípulo predilecto del Santo, en una carta que escribió al P. Jerónimo de San José, historiador de la Reforma, fechada en Granada a 18 de febrero de 1630: "El (libro) de la *Subida del Monte Carmelo* —dice dicho Padre— hallé comenzado, cuando vine a tomar el hábito, que fue año y medio después de los principios de esta casa (fundóse el convento de Granada en 1573) la primera vez, y podría ser que lo trajese de allá comenzado" (15). Resumiendo estos datos —tan vagos e imprecisos—, el P. Silverio, que es sin duda alguna el juez más competente que actualmente tenemos sobre estas materias, concluye así: "Se puede inferir con certeza de los datos que hoy poseemos, que el período de 1578 a 1585 fue de grande fecundidad literaria para San Juan de la Cruz, y que sus principales Tratados —*Subida, Noche, Cántico, Llama y Cautelas*— los escribió en los dos grandiosos escenarios jienense y granadino, alternando esta ocupación científica con otros quehaceres... Resumiendo, podemos decir, que buena parte del poema del Cántico, el de la Subida y unas cuantas poesías más, los compuso en la cárcel de Toledo; que durante su estancia en el Calvario (1578-1579), a petición de las religiosas, escribió algunos capítulos de la Subida y puso comentarios a algunas estrofas del Cántico Espiritual; que otras estrofas las compuso estando en Baeza (1579-1581), también, quizá, con sus comentarios respectivos; y que por fin, en Granada, completó el Cántico y la *Subida*, y escribió íntegramente la *Noche* y la *Llama*, ésta en quince días, como nos dijo el P. Juan Evangelista. Todo esto lo tenía concluido dentro de 1585, primer año de su Vicariato provincial, en que escribió la *Llama*, el último cronológicamente de los Tratados del Doctor Carmelita" (16).

(14) Cfr. Bibl. Nac., MS. 12.944, fol. 132.

(15) P. SILVERIO: BMC., t. 10, p. 141.

(16) Id., ibid., p. 142.

Ahora, bien. Según lo que arriba nos dijo el P. Alonso, siendo el Santo Vicario provincial, visitó el convento de Guadalcázar en 1585, donde cayó enfermo, y en su convalecencia compuso el pretendido Tratado sobre las imágenes milagrosas que se veneraban en el convento. ¡Coincidencia singular! Ese mismo año pone su editor crítico la conclusión, o, mejor, los últimos capítulos de la Subida —pues la obra quedó incompleta—, y precisamente por ser los últimos los capítulos donde el Santo habla del culto debido a las imágenes. De ahí nuestra sospecha más que fundada: ¿no serían esos capítulos los que el P. Agustín leyó y que tanto le gustaron?

Y aquí viene, en confirmación de nuestra sospecha, el segundo de nuestros argumentos positivos: el contenido doctrinal de esos capítulos. Dice el P. Agustín, que la obrita mariana del Doctor Místico, daba *reglas para discernir los milagros verdaderos de los falsos y para conocer los buenos y los malos espíritus*. Esto, naturalmente, no conviene a la Llama, que pudo haber escrito ese mismo año; porque sobre no constarnos de fijo el año de su composición, el P. Juan Evangelista nos dice expresamente que la escribió en Granada (17), y en ella no se encuentran pasajes que contengan la materia apuntada por el P. Agustín, que lo leyó personalmente. En cambio, la materia a que alude está maravillosamente expuesta en esos capítulos, donde —como luego veremos— al exponer su doctrina, el Santo Doctor da reglas para discernir los verdaderos milagros que Dios obra por medio de las imágenes de la Virgen y de los santos, de los falsos, que como dice él: “es uno de los medios con que el demonio coge a las almas incautas con facilidad y las impide el camino de la verdad del espíritu” (18).

En fin, y sea este el último de nuestros argumentos positivos: todos los testimonios aducidos para probar la composición por el Santo de esa obra sobre las Imágenes milagrosas de Guadalcázar, tienen perfecta explicación, entendidos de los últimos capítulos de la *Subida*. El Santo llegaría al Santuario de Guadalcázar en calidad de

(17) He aquí el texto del P. Juan Evangelista: “La llama de amor viva escribió siendo Vicario provincial, también en esta casa (Granada), a petición de D.^a Ana de Peñalosa, y lo escribió en quince días que estuvo aquí con hartas obligaciones” (Bibl. Nac. MS. 12.738, fol. 1.431).

(18) *Subida...*, lib. III, c. XXXVII, n. 1.

Visitador, ya que era Vicario Provincial (19), y al ver la piedad sencilla de los muchos romeros que acudían de los pueblos circunvecinos al famoso Santuario, pero también el uso y el abuso que se hacía de los objetos de dar culto a la Virgen y al Crucifijo, se decidió a aprovechar la convalecencia de una enfermedad que allí le asaltó para escribir algo sobre la verdadera devoción a las sagradas imágenes, cómo deben discernirse los verdaderos de los falsos milagros que por ellas se obran, y sobre el verdadero y falso espíritu de devoción. Estos cuadernillos fueron los que parcialmente leyó el P. Agustín, y hablándose en ellos de las imágenes de la Virgen, creyó se trataba de una obra especial sobre las milagrosas Imágenes allí veneradas, cuando en realidad no eran —en la intención de su autor— más que unos capítulos que encajaban admirablemente en el vasto plan de su obra *Subida del Monte Carmelo*, cuyo manuscrito aguardaba en Granada su complemento y terminación, que desgraciadamente no llegó nunca, porque el Santo murió sin terminarle. El que dicho P. Agustín llamase a estos cuadernillos de la Subida *libro o tratado*, y después de él lo hayan repetido los demás, no es un caso nuevo e insólito. Nadie ha afirmado jamás, por ejemplo, que San Juan de la Cruz escribiese un *libro y tratado* especial sobre la fe, y, sin embargo, un testigo escribe en los Procesos: “Ha visto este testigo un tratadico escrito de la misma letra y mano del dicho siervo de Dios, que lo escribió a petición de unas religiosas que llamaban las de Armeña, en el cual hablaba de la virtud de la fe altísimamente,

(19) Nótese que las relaciones del Santo con el convento de Guadalcázar fueron muchas. Algunos testigos de los procesos llaman al Santo fundador de esta casa. Así, el P. Luis, dice: “Sabe (este testigo) que el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz fundó el Colegio de Baeza y los conventos de Guadalcázar y de San Roque de Córdoba” (Procesos de Alcaudete en 1618. Cfr. Archivo de la S. C. de Ritos. Vaticano. Sig. 47. fol. 118). Lo mismo dice el H.^o Sacristán de nuestro convento de Baeza, Fr. Agustín de la Concepción: “De allí (del Cap. de Pastrana donde salió el Santo por Vicario de Andalucía) pasó a la villa del Marqués de Guadalcázar donde fundó otro convento, y este testigo fue llamado por el dicho siervo de Dios para que asistiese en el dicho convento” (Procesos de Baeza, 1627, Ibid., sig. 25, fol. 66). De hecho, aunque el Santo no era Provincial, puede llamársele en cierto modo Fundador de este convento, pues él fue quien hizo las escrituras en nombre del Provincial, Fr. Jerónimo Gracián, que andaba entonces por Portugal (Cf. P. Silverio: HCD, t. V, lib. V, c. XVII, p. 426).

como también lo hace en su libro que se intitula "Obras espirituales que encaminen un alma a la perfecta unión con Dios" (20). Este texto fue interpretado —y con razón— como un trozo parcial de la Subida, donde el Santo toca ampliamente este tema, y no como una obra nueva. Es lo mismo que nosotros afirmamos del pretendido Tratado sobre la Virgen. Se refiere el P. Agustín a los últimos capítulos de la Subida y nada más.

Muy justamente observa el último editor crítico del Santo sobre el contenido de estos capítulos: "En algunas cosas creemos insiste (su autor) demasiado, y aun a veces parece como que se posa en los puntos de su pluma la hipérbole reprensora, como al tratar de la devoción a las imágenes, uso de rosarios, medallas, peregrinaciones y romerías, y otras devociones análogas; pero acaso las estimaremos justas y muy en razón si nos trasladamos a su tiempo, en que de estas cosas, por una fe malamente entendida, pero disculpable en gentes sencillas y de mucho sentimiento e imaginación —no se olvide que el Santo pasó la mejor y más activa parte de su vida en Andalucía, dicho sea sin segunda intención y sin ánimo de ofender a región ninguna— usaban y abusaban de los objetos del culto mucho más que ahora, que se ha saltado al opuesto cabo, por exceso de prudencia humana y penuria de fe divina" (21). Y ¿dónde mejor —preguntamos— pudo el Santo observar este uso y abuso de los objetos del culto, que en las ruidosas peregrinaciones y romerías al famoso Santuario? ¿No es verdad que a la luz de estos hechos y puestos en este ambiente se entienden mejor esos capítulos, que parecen desentonar por su viveza y realismo del resto de la obra tan severa y universalizadora?

(20) En los Procesos Apostólicos de Baeza (Cfr. Archivo de la S/C/ de Ritos. Vaticano. Sig. 51, fol. 59 sigs.), el P. Luis de San Jerónimo, depone: "Ha visto este testigo un tratadico escrito de la misma letra y mano del dicho siervo de Dios, que lo escribió a petición de unas religiosas que llamaban las de Armeñá, en el cual hablaba de la virtud de la fe altísimamente, como también lo hace en su libro que se intitula: "Obras espirituales que encaminan un alma a la perfecta unión con Dios".

(21) P. SILVERIO: BMC., t. 10, p. 273.

c) *Cuatro textos aislados de sus obras: Subida, lib. III, c. II, n.º 10; Cántico Esp., estrofa II, n.º 8; ibid., estr. XX, n.º 10, y Llama, estr. III, n.º 12*

Siendo estos textos de innegable autenticidad, nada especial ocurre notar sobre ellos. Unicamente haremos observar, que aunque alisados materialmente, obedece su aparición en los diversos lugares a una idea muy concreta y definida, que el Santo tenía de la dignidad de la Virgen y del importantísimo papel que desempeña en el plano de la santificación de las almas.

Pero de esto hablaremos más explícitamente y con mayor detención en la parte doctrinal de este nuestro estudio.

Con esto creemos haber determinado de una manera clara y precisa las fuentes a que hay que acudir, si queremos percibir de un modo conjunto y armónico el pensamiento mariológico del gran Doctor místico de la Iglesia, San Juan de la Cruz.

4. *Bibliografía mariana de San Juan de la Cruz.*—Réstanos ahora decir algo de la escasa bibliografía que este punto de la fisonomía espiritual del Santo ha producido a través de los tiempos. Su devoción a la Virgen, cálida y encendida, es un hecho histórico de tanto relieve en su vida, que ninguno de sus biógrafos pudo pasarlo en silencio. Destácanse, entre otros, sus dos primeros biógrafos. Fue el primero el P. José de Jesús María (Quiroga).

Este, que fue además el primer historiador de la Reforma, recoge en seis capítulos los rasgos marianos más expresivos de nuestro Santo; por ejemplo: Cuán temprano comenzó (San Juan de la Cruz) a ser favorecido de la Virgen (lib. I, c. II). Por la devoción que tenía a la Virgen Nuestra Señora, toma el hábito de su Orden (ibid., c. III). Devoción que el Santo tuvo a la Virgen y al misterio de su Inmaculada Concepción (ibid., c. XLII). Algunas grandes mercedes que Cristo Nuestro Señor y la Virgen le hicieron en la cárcel (lib. II, c. VII). Manda la Virgen al Santo que salga de la cárcel y le da traza para la salida (ibid., c. IX). Peligros de que le libró la Virgen contra el demonio (lib. III, c. III).

Estos mismos datos, si bien de forma más amplia y precisa, nos ofrece el P. Jerónimo de San José, el segundo gran biógrafo del Santo, y después de él todos los historiadores sanjuanistas.

También los escritores extraños a la Orden tuvieron en cuenta este espíritu mariano. El P. Marraccio le coloca entre los fundadores marianos (22) y el P. Antonio de Balinghem, S. J., en su diario de la Santísima Virgen el día 15 de diciembre –aniversario de la muerte del Santo– hace conmemoración del entonces venerable P. Fr. Juan de la Cruz, recopilando los episodios marianos de la vida del Santo (23).

Fuera de estos trabajos de carácter estrictamente biográfico, no conozco ninguno que estudie de una manera sistemática y doctrinal, el pensamiento mariológico del Santo. En un estudio reciente sobre la Llama de amor viva, su autor ha juzgado necesario dedicar un capítulo a estudiar: *La unión a María en medio de la unión transformante*, pareciéndole que sin esto la síntesis del libro sanjuanista quedaba incompleto (24). Pero el autor, para llenar su cometido, ha tenido que recurrir a la conocida obra del venerable P. Miguel de San Agustín, Carmelita Calzado del siglo XVII (1622-1684), para poder apoyar sus conclusiones sobre un fundamento sólido. Ya veremos en la Segunda Parte de este trabajo, cómo en el Santo no se halla semejante doctrina, más que de un modo implícito y como en germen, que no logra su madurez hasta llegar al autor citado.

Esto es todo lo que sobre la bibliografía mariano-sanjuanista puede decirse, que como se ve es bien poca cosa.

II. El consentimiento de María

El modo cómo han venido imprimiéndose los nueve romances que el Santo Doctor dedicó a comentar el evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum*, tal vez haya contribuido a relajar en ellos la unidad con que su autor los concibiera. De hecho, aparecen esos romances en las diversas ediciones, como algo separado y disconti-

(22) Fundatores Mariani, seu, De Sacrorum Religionum, Congregationumque Fundatoribus, Mariae Deiparae Virgini, singulariter addictis. Romae, 1643, págs. 197-300.

(23) *Diario de la Santísima Virgen*, publicado en 1628 y trad. al castellano por el P. VALERIO PIQUER, S. J. Zaragoza, Impr. de Miguel de Luna, 1654.

(24) P. JUAN JOSÉ, O. C. D. *El último grado del amor*. Santiago de Chile. Imp. Leblanc. 1911, in-8.º mens., 210 págs.

nuo, como si en ellos su autor hubiese tomado por tema de sus cantos, diversos asuntos teológicos, v. gr.: la Trinidad, la Creación, la Encarnación, el Nacimiento, etc., etc., sin otro lazo de unión que el que les presta su afinidad temática.

Y es sensible que tal haya acontecido, porque con esta idea errada, no se ha dado a estas composiciones del Santo toda la importancia que en sí encierran. Quien las lea atentamente echará bien pronto de ver que no son composiciones separadas, sino que forman un todo armónico y obedecen a un plan prefijado por su autor, que quiso hacer de esos nueve romances un poema sobre la Encarnación. Pues bien; en ese plan el Santo asigna a la Virgen María un lugar preeminente. Para que esa idea aparezca en toda su prestancia y belleza, permítaseme una breve exposición del plan que el excelso vate de Fontiveros se trazó de su poema.

En el primer romance, presenta ya de lleno el misterio de la Santísima Trinidad con su vida íntima, inmensa y feliz en el Ser del Padre, la generación eterna del Hijo, y la procesión amorosa del Espíritu Santo, tres distintas Personas en la estrechísima unidad de su única esencia.

En el segundo romance prosigue comentando la vida íntima de la Santísima Trinidad, la comunicación de las tres divinas personas, la complacencia del Padre con el Hijo, las palabras y regalos dulcísimos con que eternamente en El se deleita.

En el tercero, nos presenta un acto de esa vida íntima, una especie de consejo de familia —para hablar al modo humano— en el que el Padre trata y consulta con el Hijo dos de sus obras *ad extra*: la creación del mundo y la del hombre, con ansias divinas de comunicarse y unirse a éste sobrenaturalmente.

Decidida en ese consejo la creación, describe el Santo Poeta en el cuarto romance la creación de todas las cosas y particularmente de la naturaleza racional —humana y angélica—, cantando las bellezas de los mundos recién criados y la promesa que hace el Padre de engrandecer la naturaleza humana por un medio estupendo e inaudito: por medio de la encarnación de su Verbo.

Desde que el mundo oyó esta promesa, un ruego grandioso y unisonal llega de continuo a los oídos del Padre. Los santos Padres y las almas de todos los justos del Antiguo Testamento aparecen en el quinto romance, suspirando de continuo por la venida de ese Verbo, Hijo de Dios.

Decide por fin el Padre acceder a tanto ruego, y en la hora que su Majestad se prefijó, anuncia en el sexto romance al anciano Simeón como inminente el cumplimiento de su promesa.

En el séptimo romance aparece el Padre eterno proponiendo a su Hijo divino la Encarnación, y Este, identificado con la voluntad del Padre la acepta, enamorado del hombre.

Y aquí entra en escena la Virgen María. Todo está ya preparado: el Padre lo quiere así y el Hijo acepta gustoso su voluntad; pero para realizarse este misterio, Dios solicita el concurso de una mujer, que deberá prestarse a vestir al Hijo divino con los harapos de nuestra mortalidad. Punto culminante de este poema de amor. Y en este punto culminante, San Juan de la Cruz pone a María de cuyo consentimiento depende ya exclusivamente la realización de este gran misterio; pues Dios, que tiene un dominio absoluto sobre lo criado, trata con cada ser de un modo conforme a su naturaleza, y siendo la Virgen criatura racional, y por lo tanto, libre, Dios subordina, por decirlo así, el cumplimiento de su promesa al libre consentimiento de María. El Santo Poeta está bien explícito:

Entonces llamó (Dios) a un arcángel
que San Gabriel se decía
y enviolo a una doncella
que se llamaba María
de cuyo consentimiento
el misterio se hacía,
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía.

Y aunque tres hacen la obra
en el uno se hacía,
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.

Y el que tenía sólo Padre
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía,
que de las entrañas de ella
El su carne recibía,
por lo cual Hijo de Dios
y del hombre se decía.

No por afán de sutilizarlo todo, sino por el deseo de interpretar fielmente el pensamiento del santo Doctor, quisiéramos llamar la atención sobre la forma en que están redactados los dos versos que encierran el consentimiento de la Virgen.

Entonces llamó a un arcángel
que San Gabriel se decía
y enviolo a una doncella
que se llamaba María
de cuyo consentimiento
el misterio se hacía.

La originalidad del Santo, respecto del particular, consistiría en suponer en la Virgen una espiritualidad tan honda y un trato tan íntimo con Dios, que Este no necesitó de arcángeles para comunicarle en la oración sus grandiosos designios sobre ella, sino que se los comunicó El mismo, entregándole ella su voluntad; de suerte que cuando a El le pluguiese se obrase en ella el misterio, y a comunicarle este instante de su realización, sirvió el mensaje del arcángel.

Si el Santo quisiese dar a las palabras del arcángel valor de primera embajada, habría podido construir el verso de esta forma más fácil y directa que la del texto:

...y enviolo a una doncella
que se llamaba María,
*ya que su consentimiento
tal misterio requería.*

Pero al decir:

de cuyo consentimiento
el misterio se hacía,

parece aludirse a un consentimiento dado ya con anterioridad a la embajada.

Pero, tal vez, el verbo *hacía* no tenga aquí otro valor que la exigencia del asonantado, caso muy frecuente en el romancero español que el Santo conoció, cosa hoy fuera de toda duda; en cuyo caso

nuestra interpretación perdería mucho de su fundamento, pero que tal interpretación no carezca de fundamento lo veremos al tratar del concepto mariológico del Santo sobre la Virgen, modelo del alma perfecta. En todo caso, ninguna objeción podría hacerse desde el campo de la historia y la exégesis ortodoxa, pues —como es sabido— el Santo da a los textos escriturísticos una interpretación a que él llama mística, sin negar por eso —antes la supone y admite— la verdadera interpretación dogmática y textual.

Obtenido el consentimiento de María, en el último romance, el Santo nos describe el Nacimiento del Hijo de Dios entre el pasmo de su Madre Santísima, ante un trueque tan maravilloso como este: la alegría en el hombre y el llanto en los ojos de Dios, como veremos enseguida.

En resumen: el poema de la Encarnación, según el Santo Poeta de Fontiveros le concibió y le cantó, consta de cuatro cuadros, a pesar de su división artificial en nueve romances, a saber: I) La Santísima Trinidad decreta la Encarnación del Verbo y Este la acepta (Rom. 1-11). II) La humanidad, conocedora de los planes divinos llora y suspira por su pronta realización (Rom. 5-7). III) Dios Nuestro Señor recaba de la Virgen María su consentimiento del que únicamente depende esa realización (Rom. 8). IV) Obtenido ese consentimiento, se realiza el misterio (Rom. 9) (25).

De donde se sigue, que para San Juan de la Cruz, el consentimiento de María es el eje sobre el que gira todo el misterio de la Encarnación, y, por consiguiente, de nuestra reparación.

(25) Según el P. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ: *Historia...* lib. III, c. XIII, la división del poema en nueve romances obedeció en el Santo autor a la idea "de los nueve coros celestiales acompañando por ventura a cada uno de ellos en las alabanzas que le ofrecen a Dios eternas en la Jerusalén triunfante"; pero tal vez sea más obvio y natural pensar que la única idea que el Santo tuvo presente en la división fue de orden práctico, es decir: evitar que los romances no le resultasen excesivamente largos. De hecho, de los nueve romances, cuatro no tienen título propio, y de los cinco que la tienen, en varios se trata de la misma materia, como puede fácilmente comprobarse.

III. La maternidad divina de María

San Juan de la Cruz nos presenta la maternidad divina de María bajo una bella figura poética: la Virgen es un santuario en que se realizó el desposorio de la Encarnación. El esposo es Cristo, que viene a su esposa —la naturaleza humana— como desposado que sale de su tálamo. Se realiza el desposorio, que hombre y ángeles celebran con cantares y melodías, mientras los desposados se cambian sus regalos de boda: Cristo trae al hombre la más sana y regocijada alegría, y éste da a Dios las joyas de sus lágrimas y dolores; y la Virgen Madre, santuario racional donde tal trueque de joyas se efectúa, asiste muda por el pasmo a este intercambio. Permítaseme traerle aquí íntegro el regusto del lector.

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había,
así como desposado
de su tálamo salía.

Abrazado con su esposa
que en sus brazos la traía,
al cual la graciosa Madre
en un pesebre ponía.

Entre unos animales
que a la sazón allí había,
los hombres decían cantares,
los ángeles melodías.

Festejando el desposorio
que entre tales dos había,
pero Dios en el pesebre
allí lloraba y gemía.

Que eran joyas que la esposa
al desposorio traía;
y la Madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía:

El llanto del hombre en Dios
y en el hombre la alegría,
lo cual del uno y del otro
tan ajeno ser solía.

Como se ve, el Santo no hace más que apuntar el hecho y glosarle poéticamente; pero aun así y todo, cuán excelsa aparece la figura de la Virgen "la graciosa Madre" —que dice el Santo—, recostando en duro pesebre a Aquel a quien los cielos y la tierra festejan, mudos de pasmo ante su inmensa dignidad, primer testigo de las lágrimas de Dios y de las primicias que recoge de sus redimidos el Hijo de Dios y suyo.

Parece superfluo comentar las palabras del Santo Doctor. Para él —como para cualquiera de nuestros fieles—, cuando se habla de María Madre de Dios, se habla de una verdadera *madre*, ya que la presenta ejerciendo todas las funciones que las demás madres ejercitan, cabe sus hijos naturales: la Virgen le da a luz, le envuelve en pobres pañales, le trae en sus brazos, le recuesta en la cuna del pesebre belenista.

Maternidad, por otra parte, consciente de la divina dignidad del recién nacido, puesto que se pasma de ver llorar a su Hijo; pasmo que sería inexplicable si se admite que la Virgen creía a su Hijo como uno de tantos mortales que vienen al mundo.

Concluamos, pues, que en el pensamiento sanjuanista esta maternidad divina de la Virgen, es la misma que Dios solicitó de Ella, cuando requirió su consentimiento al misterio de la Encarnación, pues todas las características de aquélla están en perfecta conformidad con este.

IV. El culto que se debe a María

Antes de pasar a exponer la doctrina del Santo sobre el verdadero culto que todo cristiano debe tributar a la Virgen, es preciso hacer dos observaciones fundamentales, que deberán tenerse presentes durante toda la exposición de este Capítulo.

La primera, es el carácter universalizador de la doctrina sanjuanista; no restringe él su consideración a la veneración que se debe a las imágenes y retratos de María, sino en general a todas las imágenes y retratos de santos; ni cuando habla de la verdadera devoción, de las diversas advocaciones, romerías, locuciones de imágenes, oratorios y ermitas, funciones religiosas, etc., etc., lo hace expresamente desde el punto de vista mariano, sino desde un punto de vista gene-

ral, pues no debe olvidarse que en su sistema doctrinal ascético-místico lo encuadra todo precisamente en la purgación de la voluntad de los bienes espirituales que el Santo reduce a cuatro: motivos (imágenes y retratos de santos, oratorios y ceremonias), provocativos (predicadores), directivos y perfectivos, de los que nada nos dejó escrito. Pero al aplicarlo nosotros a la Virgen, no creemos sacar de quicio el pensamiento del Santo; porque a parte de no hacer otra cosa que aplicar a un particular, lo que el Santo afirma universalmente de todos (la clásica "resolutio suppositionis universalis" de los lógicos), hay muchos indicios para creer que el Doctor Místico tenía presente cuando escribió todo esto la devoción y las imágenes de la Virgen, pues apenas si puede silenciar, para dar universalidad a sus afirmaciones, el nombre de la Virgen, a la que de hecho, nombra en tres ocasiones a lo largo de su exposición, escrita además —según nuestra hipótesis— en el Santuario mariano de Guadalcázar.

La segunda observación digna de ser tomada en cuenta para poder justipreciar su severísima doctrina, es que sus enseñanzas se dirigen al alma perfecta, o que quiere eficazmente llegar a serlo; porque con los principiantes e imperfectos no se muestra tan duro e inexorable, pues afirma expresamente: "conviene advertir que a los principiantes bien se les permite, y aun les conviene, tener algún gusto y jugo sensible acerca de las imágenes, oratorios y otras cosas visibles, por cuanto aún no tienen destetado ni desarrimado el paladar de las cosas del siglo, porque con este gusto dejen el otro. Como al niño —añade este profundo conocedor del corazón humano— que por desembarazarle la mano de una cosa, se la ocupan con otra, porque no lllore, dejándole las manos vacías" (26).

Y hechas estas dos advertencias, entremos ya de lleno a exponer su doctrina sobre la verdadera devoción a la Virgen. Para mayor claridad reagruparé su doctrina en torno a los siguientes temas que la compendian: *a)* En qué consiste la verdadera devoción y culto a la Virgen. *b)* Naturaleza y fines de las imágenes. *c)* Doctrina sobre las diversas advocaciones de la Virgen. *d)* Qué debemos pensar de las locuciones y apariciones de sus imágenes. *e)* Santuarios marianos y sus romerías. *f)* Solemnidades y fiestas de María. *g)* Oraciones y ceremonias dedicadas a la Virgen. *h)* Censúranse nueve abusos que cometen los devotos de la Virgen.

(26) Subida, lib. II, c. XXXIX, n. 1.

a) *En qué consiste la verdadera devoción y culto a la Virgen*

Todo cuanto enseña San Juan de la Cruz sobre la verdadera devoción a la Virgen, no viene a ser más que un amplio y cualificado comentario al texto evangélico: "Veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate... Spiritus est Deus, et eos qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare" (27). Por eso escribe: "La persona devota de veras, en lo invisible principalmente pone su devoción, y pocas imágenes ha menester y de pocas usa" (28). Y no es que el Santo sea una especie de iconoclasta que odie y abomine de las imágenes, sino que se contenta con salir al paso de esa devoción tan corriente como mal entendida de algunos cristianos, que hacen consistir toda su devoción a la Virgen, en la multiplicación de sus imágenes, estatuas, estampas, etc., etc., cuando lo que en realidad sucede es que asido a ellas el corazón, no piensan poco ni mucho en la persona que representan. De ahí que en vez de tomarlas como un medio o motivo, se pare en ellas su corazón como en su término. Por el contrario, "el verdadero devoto ni en esas (imágenes) de que usa tiene asido el corazón, porque si se las quitan, se pena muy poco, porque la viva imagen busca dentro de sí" (29).

¡Qué bien entendía el Santo la esencia de la verdadera devoción! De ahí que dejase a todos los fieles devotos esta magnífica instrucción: "Tenga por cierto el alma, que cuanto más asida con propiedad estuviese a la imagen o motivo, tanto menos subirá a Dios su devoción y oración; que aunque es verdad que por estar unas más al propio que otras, y excitar más la devoción unas que otras por esta causa sólo..., no ha de ser con la propiedad y asimiento que tengo dicho; de manera que lo que ha de llevar el espíritu volando por allí a Dios, olvidando luego eso y esotro, se lo coma todo el sentido, estando todo engolfado en el gozo de los instrumentos, que habiéndome de servir sólo para ayuda de esto, ya por mi imperfección me sirva para estorbo y no menos que el asimiento y propiedad de otra cualquier cosa" (30). Y en otra parte: "Muchas personas tiene devo-

(27) JOAN. IV, 23-24.

(28) Subida, lib. III, c. XXXV, n. 5.

(29) Id. *ibid.*

(30) *Ibid.*, n. 6.

ción más en unas hechuras que en otras, y en algunas no será más que su afición y gusto natural, así como a uno contentará más el rostro de una persona que de otra, y se aficionará más a ella, naturalmente, y la traerá más presente en su imaginación, aunque no sea tan hermosa como las otras, porque se inclina su natural a aquella manera de forma y figura. Y así pensarán algunas personas, que la afición que tienen a tal o tal imagen es devoción, y no será quizá más que afición y gusto natural" (31). ¿Cuántas personas, grandes devotas de la Virgen tal o cual, podrían sufrir el contraste de este principio sanjuanista? Personas que se dicen muy devotas de la Virgen, pero la de su aldea o de su parroquia, porque las demás les dejan frías, y sin devoción. Son estas tales, personas enamoradas no de la Virgen María, sino de un retrato, de una imagen suya, porque tiene la cara a su gusto, porque —digámoslo francamente—, porque tiene la cara más bonita que las demás.

Con esto tocamos ya el tema de la naturaleza y fines de las imágenes.

b) Naturaleza y fines de las imágenes

Comienza el Santo por asentar la importancia y aun necesidad que para el culto católico tienen las sagradas imágenes de María. "Las imágenes y retratos —dice— son muy importantes y tan necesarios para mover la voluntad a devoción, como la aprobación y uso que de ellos tiene nuestra Madre la Iglesia nuestra; por lo cual, siempre conviene que nos aprovechemos de ellos para despertar nuestra tibieza" (32). Y en otra parte: "Las imágenes son de gran provecho para acordarse de Dios y de los santos, y mover la voluntad a devoción" (33). Y que el Santo así lo entendió y practicó lo prueba el hecho tan hermoso, como poco conocido, de que él mismo, siendo Superior de Baeza, encargó diversas pinturas y esculturas. Así lo depone el artista a quien las encargó: Este testigo —dice— conoció al Santo Padre Fr. Juan de la Cruz..., religioso Descalzo de

(31) Ibid., c. XXXVI, n. 5.

(32) Ibid., c. XXXV, n. 2.

(33) Ibid., c. XXXVII, n. 1.

la Orden del Carmen, que vino a fundar el Colegio de Descalzos que hay en esta ciudad (Baeza), al cual trató y comunicó este testigo por tiempo de tres o cuatro años que estuvo en ella, y le hizo algunas obras de escultura y pintura en el dicho convento; y asistía con este testigo el dicho Santo Padre muchos ratos mientras las hacía, y comió con él hartas veces en el refectorio del dicho convento" (34).

Así, pues, para el Santo las imágenes son medios o motivos de devoción, y para que rindan todo su fruto será menester tener bien en cuenta, qué fines persigue la Iglesia cuando ordena y manda el culto de esas imágenes sagradas. Oigamos de nuevo al Santo Doctor: "El uso de las imágenes para dos principales fines le ordenó la Iglesia, es, a saber: para reverenciar a los Santos en ellas, y para mover la voluntad y despertar la devoción por ellas a ellos" (35).

Tal es el criterio que rige toda la doctrina del Doctor Místico sobre el uso de las imágenes en nuestra devoción mariana; nada de razones patrióticas, ni tradiciones de familia, ni inclinaciones artísticas; el principio sólido en la elección de imágenes, de tal o cual hechura, será siempre el mismo: "las que más al propio y vivo están sacadas, y más mueven la voluntad a devoción, se han de escoger, poniendo los ojos en esto más que en el valor y curiosidad de la hechura y su ornato" (36). Y esto mismo vuelve a repetir más adelante: "Es bueno gustar de tener aquellas imágenes que ayudan al alma a más devoción; por lo cual, siempre se ha de escoger la que más mueve" (37).

c) *Doctrina sobre las diversas advocaciones de la Virgen*

A la luz de estos principios, ya podemos nosotros ver claro en un punto que a tantos abusos se presta. ¿Qué pensar de las diversas advocaciones de la Virgen? ¿Cuál debemos preferir: la del Carmen, la del Rosario, la del Pilar? La respuesta del Santo es tajante: debemos preferir aquella que más despierte nuestra devoción a María, y

(34) Declar. de Juan de Vera, pintor y escultor. BMC., t. 14, p. 31.

(35) Subida, lib. III, c. XXXV, n. 3.

(36) Ibid.

(37) Ibid., n. 5.

si ninguna de ellas la despierta, no debemos preferir ninguna. Obrar de otra suerte sería —usemos la frase del Santo— *hacer el bobo*. Véase con qué energía y dureza se expresa: “Mucho había que decir de la rudeza que muchas personas tienen acerca de las imágenes; porque llega la bobería a tanto, que algunas ponen más confianza en unas imágenes que en otras, entendiendo que les oirá Dios más por éstas que por aquéllas, representando ambas una misma cosa... como dos de nuestra Señora. Y esto es porque tienen más afición a la una hechura que a la otra; en lo cual va envuelta gran rudeza acerca del trato con Dios y culto y honra que se le debe, el cual sólo mira a la fe y pureza del corazón del que ora” (38).

Pero se objetará: si las diversas imágenes o advocaciones de María son cosa de suyo indiferente para la verdadera piedad, ¿por qué entonces Dios Nuestro Señor despacha más favorablemente las gracias que uno le pide por mediación de una imagen o advocación, que si se le pide por medio de otra? El mero hecho de otorgar Dios gracias especiales por medio de determinada imagen o advocación ¿no será un motivo sólido de preferencia? La doctrina del Doctor Místico es a este particular neta y terminante: “Porque el hacer Dios a veces —dice— más mercedes por medio de una imagen que de otra de aquel mismo género, no es porque haya más en una que en otra para este efecto (aunque en la hechura tenga mucha diferencia), sino porque las personas despiertan más su devoción por medio de una que de otra. Que si la misma devoción tuviesen por la una que por la otra..., las mismas mercedes recibirían de Dios” (39).

Pero aún va más allá el pensamiento del Santo Doctor. Supongamos que una persona no siente devoción ante ninguna imagen de la Virgen María bajo ninguna advocación; que no la ayudan a encender o avivar su piedad mariana: ¿podría prescindir de esas imágenes y dedicar ese tiempo al trato íntimo con la Virgen santísima? San Juan de la Cruz está por la afirmativa, y aún sostiene que recibiría de Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre las mismas mercedes y favores que otros reciben por medio de sus célebres imágenes y advocaciones” (40).

(38) Ibid., c. XXXVI, n. 1.

(39) Ibid.

(40) Ibid.

Demos un paso más. Ahora ya no se trata de conseguir más prontamente y con mayor certeza un favor, una gracia especial por medio de esta imagen o la otra, por medio de esta advocación o la otra; se trata de saber cuál ha de ser nuestra actitud ante una imagen o advocación milagrosa de la Virgen y otra u otras que no lo son, y uno que quiere ser verdadero devoto de la Virgen se pregunta: ¿debo yo venerar más y tener mayor devoción, por ejemplo, a la milagrosa imagen del Carmen, venerada en el Monte Carmelo, o a la imagen de Lourdes, de Fátima, etc., etc., que a una imagen de la Inmaculada deslucida y sin nombre, que unos devotos suyos colocaron en pobre y rústica ermita? Los milagros que la celestial Señora ha obrado por medio de esas hoy célebres advocaciones ¿no serán una razón muy poderosa para que se estimen más que otras, por las que no ha obrado un solo milagro? San Juan de la Cruz no vacila en afirmar que no, ya que como él dice, “la causa porque Dios despierta milagros, y hace mercedes por medio de algunas imágenes más que por otras, no es para que estimen más aquéllas que las otras, sino para que por aquella novedad se despierte la dormida devoción y afecto de los fieles a oración. Y de aquí es, que, como entonces por medio de aquella imagen se enciende la devoción y se continúa la oración (que lo uno y lo otro es medio para que oiga Dios y conceda lo que se le pide), entonces, y por medio de aquella imagen, por la oración y afecto continúa Dios las mercedes y milagros en aquella imagen; que cierto está que no los hace Dios por la imagen, pues en sí no es más que pintura, sino por la devoción y fe que se tiene por el santo que representa. Y así, si la misma devoción tuvieses tú y fe en nuestra Señora delante de ésta su imagen que delante de aquélla, que representa la misma (y aun sin ella, como hemos dicho), las mismas mercedes recibirías: que aun por experiencia se ve que si Dios hace algunas mercedes y obra milagros, ordinariamente los hace por medio de algunas imágenes no muy bien talladas ni curiosamente pintadas o figuradas: porque los fieles no atribuyan algo de esto a la figura o pintura” (41).

(41) Ibid., n. 2.

d) *Qué debemos pensar de las locuciones y apariciones de sus imágenes*

Intimamente relacionado con lo que acabamos de exponer, está lo que el Santo enseña sobre las locuciones o apariciones de las imágenes de María. Porque si no son motivos de preferir una imagen o advocación de la Virgen sobre las demás, ni los favores que otorga, ni los milagros que Dios por ella obra, ¿no será acaso motivo suficiente el que la celestial Señora nos hable por ella y se nos ofrezca en forma corpórea? ¿Cómo debe portarse el verdadero devoto de María ante tales fenómenos?

Dos clases de fenómenos sobrenaturales distingue el Santo. En primer lugar, los que él llama *efectos místicos*. “A algunas imágenes —dice— da Dios espíritu particular en ellas, de manera que quede fijada en la mente la figura de la imagen y devoción que causó, trayéndola como presente; y cuando de repente de ella se acuerda, le hace el mismo espíritu que cuando la vio, a veces menos y a veces más; y en otra imagen, aunque sea de más perfecta hechura, no hallará aquel espíritu” (42). En segundo lugar, nos habla de *efectos milagrosos*. “Otras veces acaece que, mirando una imagen, la vean moverse o hacer semblantes y muestras, y dar a entender cosas, o hablar” (43).

El Santo no pone en duda el que a veces ambos efectos sean reales y buenos, verdaderamente sobrenaturales; pero nos pone en guardia para no hacer demasiado caso de unos y otros, porque si algunas veces pueden causar en los devotos que las experimentan efectos muy buenos y deseables, siempre se corre peligro de que el demonio se valga de ellos para sus engaños y ardidés diabólicos. Por eso escribe, que aunque ambos efectos “muchas veces son verdaderos efectos y buenos, causando Dios aquello, o para aumentar la devoción, o para que el alma tenga algún arrimo, a que ande asida por ser algo flaca y no se distraiga; muchas veces lo hace el demonio para engañar y dañar” (44). “Porque —añade el Santo— uno de los medios con que el demonio coge a las almas incautas con facilidad y

(42) Ibid., n. 4.

(43) Ibid., n. 5.

(44) Ibid.

las impide el camino de la verdad del espíritu, es por cosas sobrenaturales y extraordinarias, de que hace muestra por las imágenes, ahora en las materiales y corporales que usa la Iglesia, ahora en las que él suele fijar en la fantasía debajo de tal o tal santo, o imagen suya, transfigurándose en ángel de luz para engañar. Porque el astuto demonio en esos mismos medios que tenemos para remediarnos, se procura disimular para cogernos más incautos" (45). A tres reduce nuestro Doctor los daños que el demonio causa en las personas devotas que buscan con afán o creen fácilmente en estas locuciones o apariciones de las imágenes de la Virgen, y los tres gravísimos: 1) impedirla de volver a Dios, y en nuestra caso a la Virgen, fijando su atención y voluntad en la imagen que cree haberle hablado o aparecido; 2) usar con bajo estilo e ignorantemente de las imágenes; 3) engañarla natural o sobrenaturalmente (46).

Así, pues, es sumamente útil y provechoso al alma saber cómo ha de portarse en estos casos, para sortear tales peligros. Aquí, como en tantas cosas, la verdadera devoción mariana debe al Doctor carmelita el haber precisado bien un punto tan importante, fijando las reglas generales por las que el alma debe gobernarse.

La primera regla para tales casos, será recibirlo siempre no sólo con indiferencia, sino hasta con prevención: "El alma buena —dice—, siempre en lo bueno se ha de recelar más, porque lo malo lo trae consigo el testimonio de sí" (47). La segunda es esta: "Pues las imágenes nos sirven para motivo de las cosas invisibles, en ellas solamente procuremos el motivo y afición y gozo de la voluntad en lo vivo que representan..., no haciendo caso de lo que la imagen le dijere" (48).

Y después de estas dos reglas tan cuerdas, el modo práctico de haberse en ellas: "Tenga el fiel cuidado, que en viendo la imagen, no quiere embeber el sentido en ella, ahora sea corporal la imagen, ahora imaginaria; ahora de hermosa hechura, ahora de rico atavío; ahora le haga devoción sensitiva, ahora espiritual; ahora le haga muestras sobrenaturales, no haciendo caso de nada de estos acciden-

(45) Ibid., c. XXXVII, n. 1.

(46) Ibid. m b, 2,

(47) Ibid., n. 1.

(48) Ibid., n. 2.

tes, no repare más en ella, sino luego levante de ahí la mente a lo que representa, poniendo el jugo y gozo de la voluntad en Dios con la oración y devoción de su espíritu, o en el santo que invoca; porque lo que se ha de llevar lo vivo y el espíritu, no se lo lleve lo pintado y el sentido. De esta manera no será engañado, porque no hará caso de lo que la imagen le dijere, ni ocupará el sentido ni el espíritu que no vaya libremente a Dios, ni pondrá más confianza en una imagen que en otra; y la que sobrenaturalmente le diese devoción, se la dará más copiosamente, pues que luego va a Dios con el afecto" (49). Como se ve, el Santo es terminante: no se debe hacer caso en absoluto de lo que las imágenes digan o dejen de decir, porque de hacerle se siguen al alma grandes peligros.

Y esta es también la voluntad de Dios, pues como dice en otra parte: "Dios siempre que hace estas y otras mercedes, las hace inclinando el afecto del gozo de la voluntad a lo invisible, y así quiere que lo hagamos, aniquilando la fuerza y jugo de las potencias acerca de todas las cosas visibles y sensibles" (50).

e) *Santuarios marianos y sus romerías*

Otro de los medios que mueven la voluntad y provocan la devoción a la Virgen son sus Santuarios. ¿Quién puede dudar de que es este un medio muy eficaz para excitar en los fieles la piedad mariana? No se ora lo mismo bajo el magnífico templo mariano del Pilar, o en la imponente basílica de Covadonga, que en una pobre y desmantelada ermita; ni se siente la misma devoción en la pulcra y ordenada magnificencia de un Montserrat, Aránzazu o Guadalupe, que en una sucia y maloliente capilla de una iglesia rural. Esto parece obvio. Nuestro Santo, tan pulcro y atildado —sin renegar nunca de su pobreza y humildad—, quería para las imágenes de María templos bien ataviados y curiosos. Por eso escribió: "Todo ornato y atavío y reverencia que se puede hacer a las imágenes es muy poco; por lo cual los que las tienen con poca decencia y reverencia son dignos de mucha reprensión" (51). Un testigo ocular nos dice expre-

(49) Ibid.

(50) Ibid.

(51) Ibid., c. XXXVIII, n. 2.

samente que Fr. Juan de la Cruz “fue muy amigo de la curiosidad y limpieza del culto divino y de la iglesia” (52). Pero siempre consciente de sus grandes principios de espiritualidad, es decir: que por muy bello y magnífico que sea, nunca pasará de ser un *medio o motivo* de devoción, no quiere que el corazón se pegue demasiado a él, y se gaste en tales exterioridades su devoción. Por eso hace notar: “Adviertan [los devotos] que aunque el lugar decente y dedicado para oración es el templo y oratorio visible, y la imagen para motivo, que no ha de ser de manera que se emplee el jugo y sabor del alma en el templo visible y motivo, y se olvide de orar en el templo vivo, que es el interior recogimiento del alma... Porque muy poco caso hace Dios de tus oratorios y lugares acomodados, si por tener el apetito y gusto asido a ellos, tienes algo menos de desnudez interior” (53).

Esto supuesto y asentado, el Santo admite que, efectivamente, hay lugares que Dios Nuestro Señor y la Virgen Santísima escogen para ser particularmente alabados y que esos lugares deben estimarse, porque en esos Santuarios “hay mucha más ocasión de ser oídos, por tenerlos la Iglesia señalados y dedicados para esto” (54). Lo que importa es no atar el afecto y la devoción de tal modo a un templo o a un santuario en particular, que fuera de él no se acierte a orar o amar a la Virgen. Y ese es precisamente uno de los fines providenciales de por qué hace Dios más mercedes y favores por medio de imágenes apartadas y solitarias, que, como nos prueba la historia del culto a María, han dado pie a la erección de magníficos santuarios, a saber: “para que con aquel movimiento de ir a ellas, crezca más el afecto y sea más intenso el acto” (55) que si se hiciese en un lugar cómodo y regalado, sin esfuerzo ni sacrificio alguno. Un segundo fin providencial apunta el Santo como revelador de la voluntad de Dios y de su Santísima Madre en escogerse santuarios alejados del ruido de las ciudades, esto es: “porque se aparten [los fieles] del ruido y gente a orar como lo hacía nuestro Señor” (56). Y por este principio

(52) FR. JUAN DE SANTA EUFEMIA. Cfr. BMC., t. 14, p. 25.

(53) Subida..., lib. III, c. XL, n. 1.

(54) Ibid., c. XLII, n. 6.

(55) Ibid., c. XXXVI, n. 3.

(56) Ibid.

se regula todo cuanto el Santo enseña sobre las romerías a los Santuarios marianos. Bajo su pluma parecen reverdecer las áureas páginas de la Imitación. Dice nuestro Santo: "El que hace la romería, hace bien de hacerla cuando no va otra gente, aunque sea tiempo extraordinario. Y cuando va mucha gente, nunca yo se lo aconsejaría, porque ordinariamente, vuelven más distraídos que fueron. Y muchos las toman y hacen más por recreación que por devoción" (57).

f) *Solemnidades y fiestas de María*

No menos austera es la doctrina de nuestro Santo sobre las fiestas y solemnidades que las personas devotas organizan en honor de María. Viene a ser una especie de censura de los abusos que él presencié tal vez en la convalecencia de su enfermedad en Guadalcázar.

Tres grandes defectos descubre San Juan de la Cruz en la mayor parte de esas fiestas pomposas que se hacen a la Virgen, defectos que su fino espíritu observador señaló a los devotos de María para que los eviten. El primero es holgarse y alegrarse más que de la gloria que en ellas se sigue a Dios y a su bendita Madre, del propio placer y diversión que de ellas se les sigue. "Acaece a muchos el día de hoy —observa el Santo— que cuando hay alguna solemne fiesta en alguna parte, más se suelen alegrar por lo que ellos se han de holgar en ella, ahora por ver o ser vistos, ahora por comer, ahora por otros sus respectos, que por agradar a Dios; en las cuales inclinaciones e intenciones ningún gusto dan a Dios" (58). Peor es todavía valerse de esas grandes fiestas y de los mismos actos que de suyo van encaminados a honrar a la Virgen, como son: procesiones, sermones, rogativas, ofrendas públicas, etcétera, etc., para ridiculizar la Religión y hacer chacota de las personas devotas. Pues a ello contribuyen "los mismos que celebran las fiestas, cuando inventan para interponer en ellas cosas ridículas e indevotas para incitar a risa a la gente, con que más se distraen; y otros ponen cosas que agraden más a la gente, que la muevan a devoción" (59). Por fin, fustiga nuestro

(57) Ibid.

(58) Ibid., c. XXXVIII, n. 2.

(59) Ibid.

Santo a otra laya de personas que se dicen devotas de María, pero que toman las fiestas que en su honor se organizan como un medio de medrar y hacer dinero. Estos tales, no es a la Virgen a quien pretenden orar, a pesar de sus protestas, sino a sí mismos; la Virgen para ellos no viene a ser más que una especie de reclamo que les atraiga mucha gente y les haga más redondo el negocio. "Pues ¿qué diré —añade el Santo— de otros intentos que tienen algunos de intereses en las fiestas que celebran?; los cuales, si tienen más el ojo y codicia a esto que al servicio de Dios, ellos se lo saben, y Dios que lo ve" (60).

Realmente, no sabe uno cuál de estos tres vicios es más detestable; porque tales fiestas descienden del orden sublime de la verdadera devoción al plano rastrero de un negocio vil y hasta sacrílego. De ahí la severa admonición de San Juan de la Cruz, que viene a ser un aldabonazo en la conciencia de todos los sedicentes devotos de María. "En las unas maneras y en las otras, cuando así pasan, crean que más se hacen a sí la fiesta que a Dios. Porque lo que por su gusto o el de los hombres hacen, no lo toma Dios a su cuenta, antes muchos se estarán holgando de los que comunican en las fiestas de Dios, y Dios se estará con ellos enojando" (61). Con cuánta razón exclama el Santo apesadumbrado: "¡Cuántas fiestas, Dios mío, os hacen los hijos de los hombres, en que se lleva más el demonio que Vos!; y el demonio gusta de ellas, porque en ellas, como el tratante, hace él su feria" (62).

g) *Oraciones y ceremonias dedicadas a la Virgen*

Todavía es más rígido el Santo respecto de las oraciones que algunas almas devotas hacen y las ceremonias de que las acompañan. Todos los vicios que hasta el presente ha corregido, le parecen ir atenuados por la buena fe de los devotos; pero las oraciones y las ceremonias extravagantes denotan tanta ignorancia e incultura religiosa, que se le hacen insufribles. Dice él: "Los gozos inútiles y la propiedad imperfecta que acerca de las cosas que habemos dicho

(60) Ibid.

(61) Ibid., n. 3.

(62) Ibid.

muchas personas tienen, por ventura son algo tolerables, por ir ellas en ello algo inocentemente. Del grande arrimo que algunos tienen a muchas maneras de ceremonias introducidas por gente poco ilustrada y falta en la sencillez de la fe, es insufrible (63).

Dos clases de ceremonias reprensibles señala: A) las que son abiertamente malas, como son oraciones en las que se intercalan nombres extraordinarios, o términos que no significan nada, que “gente necia y de alma ruda y sospechosa suelen interponer”; y en ellas no se detiene, pues no deben suponerse en personas devotas; b) las que usa la gente devota, y contra éstas que el Santo llama *oraciones ceremoniáticas*, van sus enseñanzas.

Censura él estas novedades de orar a la Virgen; porque si la oración —según la clásica definición tradicional— “es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes”, ¿a qué vienen esas fórmulas extravagantes de orar y ceremonias ridículas, cuando la Iglesia nos las ofrece bellísimas y tan expresivas como el Ave-María y la Salve?

h) Censúranse nueve abusos que suelen cometer los devotos de la Virgen

Toda la doctrina que San Juan de la Cruz nos ha dejado escrita sobre el culto a la Virgen santísima va encaminada a extirpar nueve abusos que el Santo advirtió en la devoción mariana de su tiempo y que desgraciadamente no han perdido actualidad para los del nuestro. Los resumiré aquí brevemente, restringiendo lo más que me sea posible el comentario, por otra parte obvio, copiando sus mismas palabras.

PRIMER ABUSO.—*Sobre las imágenes.* Poner el gozo más en la pintura y ornato de las imágenes de María en la curiosidad y su valor material que no en lo que representan (64). No es que el Santo desprecie la figura, y prefiera las imágenes toscas y mal hechas. Precisamente, él que de joven ensayó el oficio de tallista o escultor, estaba bien capacitado para admirar las obras de arte de nuestros imagineros y es un crítico muy severo de los malos artistas, contra quienes escribe estas duras palabras: “que son dignos de mucha

(63) Ibid., c. XLIII, n. 1.

(64) Ibid., c. XXXV, n. 2.

reprensión... los que hacen algunas imágenes tan mal talladas, que antes quitan la devoción que la añaden, por lo cual habían de impedir a algunos oficiales que en este arte son cortos y toscos" (65). Pero quiere —de acuerdo con su doctrina expuesta más arriba— que la devoción no se pare en lo material de la imagen.

SEGUNDO ABUSO.—*Sobre los vestidos de las imágenes.* No fue San Juan de la Cruz muy amigo del vestido de las imágenes, tan corriente en España, especialmente en su tiempo. He aquí sus palabras: "El uso abominable que en estos tiempos usan algunas personas, que no teniendo ellas aborrecido el traje vano del mundo, adornan a las imágenes con el traje que la gente vana por tiempo va inventando para el cumplimiento de sus pasatiempos y vanidades, y del traje que en ellas es reprendido visten las imágenes..., procurando en esto el demonio y ellos en él canonizar sus vanidades.... Y, de esta manera, la honesta y grave devoción del alma, que de sí echa y arroja toda vanidad y rastro de ellas, ya se les queda en poco más que en ornato de muñecas, no sirviéndose algunos de las imágenes más que de unos ídolos en que tienen puesto su gozo. Y así veréis algunas personas que no se hartan de añadir imagen a imagen, y que no sea sino de tal o tal suerte y hechura, y que no estén puestas sino de tal o tal manera, de suerte que deleite al sentido, y la devoción del corazón es muy poca" (66).

TERCER ABUSO.—*Acerca de los rosarios.* "La imperfección, que comúnmente tienen [algunos devotos] en los rosarios, pues apenas hallarás quien no tenga alguna flaqueza en ellos, queriendo que sea de esta hechura más que de aquélla, o de este color y metal más que de aquél, o de este ornato o de estotro; no importando más el uno que el otro para que Dios oiga mejor lo que se reza por éste que por aquél; antes aquélla que va con sencillo y verdadero corazón, no mirando más que a agradar a Dios, no dándose nada más por este rosario que por aquél, sino fuese de indulgencias" (67). Y en otra parte: "Es nuestra vana codicia de suerte y condición, que en todas las cosas quiere hacer asiento; y es como la carcoma; que roe lo sano, y en las cosas buenas y malas hace su oficio. Porque ¿qué otra

(65) Ibid., c. XXXVIII, n. 2.

(66) Subida..., lib. III, c. XXXV, n. 4.

(67) Ibid., n. 7.

cosa es gustar tú de traer el rosario curioso, y querer que sea antes de esta manera que de aquélla, sino tener puesto tu gozo en el instrumento, y querer escoger antes esta imagen que la otra, no mirando si te despertará más el amor divino, sino en si es más preciosa y curiosa?... Y es grande enfado ver algunas personas espirituales tan asidas al modo y hechura de estos instrumentos y motivos, y a la curiosidad y vano gusto en ellos; porque nunca los veréis satisfechos, sino siempre dejando unos por otros, y trocando y olvidando la devoción del espíritu por estos modos visibles, teniendo en ellos el asimiento y propiedad, no de otro género a veces que en otras alhajas temporales, de lo cual no sacan poco daño" (68).

CUARTO ABUSO.—*Sobre las advocaciones de la Virgen.* "Mucho había que decir de la rudeza que muchas personas tienen acerca de las imágenes; porque llega la bobería a tanto, que algunas ponen más confianza en unas imágenes que en otras, entendiendo que les oirá Dios más por éstas que por aquéllas, representando ambas una misma cosa, como dos de nuestra Señora" (69).

QUINTO ABUSO.—*Sobre hablas y apariciones.* "Hay almas incautas que con mucha facilidad creen que la imagen les ha hablado o se les ha aparecido, siendo frecuentemente obra del astuto demonio que se transfigura en un ángel de luz para engañar" (70).

SEXTO ABUSO.—*Sobre los santuarios y oratorios.* "Algunas personas no se hartan de añadir unas y otras imágenes a su oratorio, gustando del orden y atavío con que las ponen, a fin de que su oratorio esté bien adornado y parezca bien, y a Dios no le quieren más así que así, mas antes menos, pues el gusto que ponen en algunos ornatos pintados, quitan a lo vivo" (71).

"Algunas personas atavían sus oratorios más por su gusto que por el de Dios, y algunos hacen tan poco caso de la devoción de ellos, que no los tienen más que sus camarines profanos, y aun algunos no en tanto, pues tienen más gusto en lo profano que en lo divino" (72).

(68) Ibid., n. 8.

(69) Ibid., c. XXXVI, n. 1.

(70) Ibid., C. XXXVII, n. 1.

(71) Ibid., c. XXXVIII, n. 2.

(72) Ibid., n. 4.

“Es cosa notable ver algunos espirituales que todo se les va en componer oratorios y acomodar lugares agradables a su condición o inclinación, y del recogimiento interior, que es lo que hace al caso, hacen menos caudal, y tienen muy poco de él” (73).

SEPTIMO ABUSO.—*Sobre las romerías*. “Muchos toman y hacen [las romerías] más por recreación que por devoción” (74).

OCTAVO ABUSO.—*Sobre las fiestas de la Virgen*. “Muchos, el día de hoy, cuando hay alguna solemne fiesta en alguna parte, más se suelen alegrar por lo que ellos se han de holgar en ella, ahora por ver o ser vistos, ahora por comer, ahora por otros sus respetos, que por agradar a Dios” (75).

NOVENO ABUSO.—*Sobre las ceremonias*. “Muchas personas, el día de hoy, con devoción indiscreta usan de maneras sospechosas (de orar), poniendo tanta eficacia y fe en aquellos modos y maneras con que quieren cumplir sus devociones y oraciones, que entienden que si un punto falta y sale de aquellos límites, no aprovechará ni la oirá Dios, poniendo más fiducia en aquellos modos y maneras que en lo vivo de la oración, no sin grande desacato y agravio de Dios; así como que sea la misma con tantas candelas y no más ni menos; que la diga sacerdote de tal o tal suerte; y que sea a tal o tal hora, y no antes ni después; y que sea después de tal día, y no antes ni después; que las oraciones y estaciones sean tantas y tales y a tales tiempos, y con tales o tales ceremonias, y que no antes ni después, ni de otra manera; y que la persona que las hiciere tenga tales y tales partes o propiedades. Y piensan que si falta algo de lo que ellos llevan propuesto, no se hace nada” (76).

V. María, modelo del alma perfecta

Réstanos estudiar en este último Capítulo de nuestro trabajo unos cuantos textos marianos del Santo, que se encuentran esparcidos acá y allá en sus obras. Son —como hemos indicado más arriba—

(73) Ibid., c. XXXIX, n. 3.

(74) Ibid. Ibid., c. XXXVI, n. 3.

(75) Ibid., c. XXXVIII, n. 2.

(76) Ibid., c. XLIII, n. 2.

cuatro textos que aparecen cada uno de ellos en una de sus tres grandes obras: *Subida del Monte Carmelo*, *Cántico Espiritual* y *Llama de amor viva*... Disociados y separados unos de otros, es grato reconocer, después de un detenido examen, que los cuatro responden a una idea muy hermosa y concreta, reveladora del alto concepto que el Santo se había formado de la grandeza de María, y de su vida espiritual, cuya altura inefable pocos santos, doctores y teólogos católicos han sabido apreciar como el Doctor de Fontiveros, tal vez porque ninguno tuvo el don particular que a él le concedió el Señor de poder aquilatar, describir y ordenar, sistemática y científicamente, todos los fenómenos del espíritu en sus comunicaciones con Dios.

Después de no pocas discusiones sobre la universalidad de la doctrina sanjuanista, hoy día en que la Santa Sede ha reconocido al Santo una misión doctoral que cumplir en la Iglesia de Dios, apenas si es lícito dudar de que sus escritos, lejos de ser un coto cerrado para una familia religiosa, son un tesoro espiritual que pueden y deben beneficiar todas las almas amantes de su perfección y de su trato íntimo con Dios. Por eso pudo afirmar Su Santidad Pío XI, que “justamente son reputadas sus obras como el código y escuela del alma fiel, deseosa de emprender una vida de mayor perfección” (77).

Esto parece hoy fuera de toda duda. Sin embargo, no es menos cierto que al escribir sus obras tuvo el Santo preferentemente ante sus ojos a los miembros de la Orden religiosa que le reconoce por su Padre y Fundador, a quienes quiso dejar delineado en sus escritos el ideal de perfección a que todos debían aspirar. Sus palabras son claras a este respecto: “Ni aun mi principal intento —escribe en el prólogo de la *Subida*— es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra Sagrada Religión de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes como monjas, por habérmelo ellos pedido, a quien Dios hace merced de meter en la senda de este Monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor la doctrina de la desnudez del espíritu” (78).

Ahora bien; ya es sabido, que el ideal que el Santo traza a las almas a quienes dirige sus enseñanzas, es el *estado de unión perfecta del alma con Dios*. Siendo éste un *estado*, ya se entiende que se trata

(77) Pío XI: *Lit. Apost.* 21-VIII-1936. Cfr. AAS., t. (1926).

(78) *Subida*... Prólogo n. 9.

de algo estable, permanente, habitual; pero ese estado es algo sublime, divinamente hermoso, que exige mucho al alma, esto es: exige al alma un despojo total de todas las criaturas y en todas sus facultades; en el entendimiento, por medio de la fe; en la memoria, por medio de la esperanza; en la voluntad, por medio de la caridad. cuando el alma llegue a este estado sublime, entonces podemos decir que ha llegado a su plena madurez espiritual y en él la gracia y los dones del Espíritu santo habrán conseguido tal desarrollo en el alma, que éste será el único motor de todas sus acciones, despojada ya de la atracción que sobre ella ejercían las criaturas de las que se ha despojado, acciones que, por lo tanto, podrán llamarse en cierto modo *divinas*, siguiéndose de aquí una especie de divinización de todas las obras hechas por el alma en este estado. Aquí estamos ya en la cima del Monte Carmelo y el alma que llegue a estas alturas habrá conseguido el ideal de la vida cristiana y carmelitana.

Tal es, en brevísima síntesis, el ideal de la vida espiritual propuesto por el Santo.

Pues bien, nótese bien: precisamente en este momento, cumbre de la vida espiritual del alma perfecta, aparece bajo los puntos de la pluma de San Juan de la Cruz el nombre de la Virgen Santísima, como el mejor ejemplar y modelo humano de esta vida divinizada, que él propone a la imitación de todos los espirituales. Aludiendo el Santo a la eficacia de las obras u oraciones hechas bajo la pura moción divina, escribe: "Tales eran las de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (79).

Esta sola cita del Doctor Místico vale por todo un libro de Mariología; ella nos revela el concepto elevadísimo que el Santo tenía de la grandeza y santidad del alma de la Virgen, puesto que el grandioso y divino ideal que él traza a las almas selectas, afirma habersele concedido Dios a la Virgen, *ya desde el principio*, y por lo tanto, lo que pocas almas consiguen después de grandes luchas y trabajos, derrotas y victorias, la Virgen santísima lo tuvo todo por

(79) Ibid., lib. III, c. II, n. 10.

junto. Es decir –para usar el símil del Santo–; lo que las almas selectas consiguen después de una áspera y ruda ascensión por la estrecha y empinada senda del Monte, empedrada de *nadas*, Dios Nuestro Señor se lo concedió al alma de la Virgen ya desde el principio de su limpia Concepción, tomándola en los brazos de su omnipotencia y colocándola en la cima del místico monte, para que con doble razón pudiésemos cantarla el estribillo aquel que le aplica la sagrada liturgia: *Decor Carmeli et Saron* (80).

Llevada la Virgen a estas alturas místicas, ya desde el primer instante de su ser, el Santo concibe toda la vida de la Virgen como algo completamente supernaturalizado, de suerte que para él –sin dejar de reconocerles realidad viva e histórica–, todas las gracias y privilegios, hasta la maternidad divina de María, aparecen como otras tantas gracias místicas. Así, declarando la tercera canción de la Llama –canción que evidentemente se refiere a un estado místico–, dice: “En esta canción el alma encarece y agradece a su Esposo las grandes mercedes que de la unión que con él tiene recibe, por medio de la cual, dice aquí que recibe muchas y grandes noticias de sí mismo, todas amorosas...” (81). Y al hacer la exégesis del primer verso –¡Oh, lámparas de fuego!– nos dice que esas lámparas son los atributos de Dios, que El comunica a las potencias del alma amigable y amorosamente transformándola de suerte que, como dice hermosamente el Santo: “el alma está hecha Dios de Dios por participación de él y sus atributos, que son lo que aquí llama lámparas de fuego” (82).

Pues bien: los resplandores de esas lámparas son las noticias amorosas que las lámparas de los atributos de Dios dan de sí al alma, resplandores que por otro nombre se llaman *obumbraciones*. “Para inteligencia de lo cual –dice el Santo–, es de saber que obumbración quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y favorecer y hacer mercedes, porque cubriendo la sombra es señal que la persona, cuya es, está cerca para favorecer y amparar. Y por esto, aquella gran merced que hizo Dios a la Virgen María de la concepción del Hijo de Dios la llamó el Angel

(80) Off. lit. 16 Julii.

(81) Llama..., c. III, n. 1.

(82) Ibid., n. 8.

San Gabriel obumbración del Espíritu Santo, diciendo: "el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra" (83). Y para que no nos quede lugar a duda sobre la naturaleza carismática de esta obumbración y del alto estado místico que ella supone, el Santo añade, a mayor abundamiento de su idea, esta estupenda explicación: "Para entender bien como sea este hacimiento de sombra de Dios, u obumbramiento o resplandores, que todo es uno, es de saber que cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa: si la cosa es opaca y oscura, hace sombra oscura, y si la cosa es clara y sutil, hace la sombra clara y sutil; y así, la sombra de una tiniebla será otra tiniebla al talle de aquella tiniebla, y la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz. Pues, como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean lámparas encendidas y resplandecientes..., estas sombras serán resplandores" (84).

Una objeción notable podría oponerse a esta idea sanjuanista sobre María, modelo de alma perfecta. Realmente ocurre preguntar: ¿cómo ha de ser la Virgen santísima modelo del alma en la vida de unión si Ella se vio colocada por Dios, ya desde el punto inicial de su existencia, en la cima del Monte de la perfección y no sintió nunca el peso tremendo de las criaturas, que a nosotros nos fascinan y separan del camino de nuestro ideal? Otros dos textos marianos del Santo disiparán esta dificultad.

Comencemos por hacer observar que el concepto de modelo no ha de tomarse en su concepto genético, sino en su concepto formal de causa ejemplar; es decir, que el concepto de modelo no debe extenderse a las actividades que implican imperfección, sino a las que implican perfección: así, para que una escultura de Hernández o Salcillo nos sirvan de modelo, no es necesario que nos enseñen cómo ellos aserraron el bloque, le desbastaron, etc., etc., sino cómo ellos plasmaron en ese bloque el ideal bello que su mente de genio concibió. De igual modo, para que la Virgen santísima pueda ser propuesta como modelo insuperable del alma perfecta no es necesario que Ella experimentase las dificultades del camino y nos enseñase a vencerlas; basta que en su estado de término sea la plasmación real de ese estado perfectísimo a que aspiren las almas selectas.

(83) Luc. I, 35. Ibid., n. 12.

(84) Ibid., núms. 13-14.

Pues bien, esto es lo que afirma el Santo Doctor de la Virgen.

De hecho, dos son las actividades más salientes en que se desglosa el "solo ejercicio" de ese estado de unión, que es amar a Dios: la oración y el sacrificio; y en ambas cosas ve San Juan de la Cruz un modelo perfecto en la Virgen santísima. El ha reparado con agudeza que el verdadero espíritu de oración es una uniformación de nuestra voluntad con la del Señor, que no trata, por lo tanto, de imponer su voluntad a la del Señor, sino conformar la nuestra con la suya, convencido de que Nuestro Señor quiere y busca siempre nuestro mayor bien. Y en tal conformidad de voluntad, movida no por miras humanas, sino por la acción total del Espíritu Santo en el alma del que ora, radica el Santo la eficacia suplicante todopoderosa de María. Enseñando el Santo Doctor cuál es el modo más perfecto de orar, nos ofrece la oración de María como un modelo insuperable de oración. Escribe el Santo: "El que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido, como cuando la Bendita Virgen dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: no tienen vino" (85).

Al espíritu de oración debe añadirse el espíritu de sacrificio, para que aquélla sea más eficaz. Este espíritu de sufrimiento y sacrificio parecería excluido de este elevadísimo estado de transformación y unión con Dios, ya que una de sus características más destacadas es el dominio total de las pasiones sensibles. Pero el Santo enseña que Dios Nuestro Señor, por una disposición especial de su amorosa providencia con las almas que han llegado a este sublime estado, anula, por decirlo así, esa consecuencia connatural al estado de unión, en bien y provecho del alma, a fin de que pueda aquilatar más sus virtudes y merecimientos, conformándose cada vez más a la acción redentora de Jesús Crucificado. Realmente, si alguna persona debió quedar en este alto estado, libre de todo sufrimiento, fue la Virgen Santísima. Y, sin embargo, Dios Nuestro Señor, para darnos un perfecto modelo en su santísima Madre y hacer que su acción corredentora fuese más amplia y meritoria, derogó, por decirlo así,

(85) *Cántico espiritual*... Estrof. 2.^a, n. 8.

este privilegio de las almas transformadas. Así lo enseña el Santo Doctor: "Algunas veces y por algunas razones dispensa Dios con ella (con el alma, la supresión de las aflicciones sensibles inherente al estado de unión), dándole a sentir cosas y a padecer en ella, porque más merezca y se afervore en el amor, o por otros respetos, como hizo con la Madre Virgen" (86).

A través de estos textos vemos cuán alta y profunda era la idea que el Santo tenía de la grandeza de María santísima; indicando con gran precisión la riqueza de su gracia inicial, la pureza perfecta de su vida, la unión perfecta de su voluntad con la de Dios, movida ya únicamente por la acción del Espíritu Santo, y esa especie de derogación de las leyes místicas, para hacer más efectiva y extensa su asociación y cooperación a la obra redentora de Jesucristo.

De esta grandiosa concepción de la unión íntima de María con Dios Nuestro Señor a la hermosa doctrina místico-mariana de la vida mariforme en María y por María no hay más que un paso. Y este paso lo dará, decidido y resuelto, un autor carmelita del siglo XVII, el Venerable P. Miguel de San Agustín. San Juan de la Cruz, que no hizo exprofeso obra de mariología, echó los cimientos de esa gloriosa escuela místico-mariana, que tantos autores cuenta en la Orden del Carmen, y está aguardando una pluma paciente y laboriosa, que nos dé a conocer tantas glorias marianas, como duermen el sueño del olvido bajo el polvo secular de archivos y bibliotecas. ¡Que Dios Nuestro Señor y la Virgen Santísima concedan a nuestra Academia la gloria de aventar ese polvo!

(86) Ibid. Estrof. XX, n. 10.

Ildefonso de la Inmaculada

Nuevo principio místico de la Mariología *

San Juan de la Cruz descubre la técnica de la perfección de María

Si alguien, un turista, un amante de la naturaleza, un cazador culto, va recorriendo las templadas y jugosas sombras de una floresta, y por suerte descubre un arroyo bullicioso, entre sauces y juncos, formando quizá cortos remansos, a buen seguro que sentirá honda impresión de bienestar; y si encuentra un lugar propicio para el descanso, tal vez contemplará feliz desde allí durante largo rato los deliciosos espejos y el movimiento de la corriente, y oirá el murmullo de las aguas como la mejor música que podrían regalarle la soledad y la tranquilidad del paisaje.

Pero, sin duda, todavía más profunda sería la emoción si, discuriendo por entre aquellos términos, descubriese el nacer, el secreto maravilloso del cauce o torrentillo. ¡Qué delicia sentiría en tal punto el viajante, el poeta, el cazador fino! Entonces, ante su hallazgo, se admiraría sobremanera y se adelantaría con gozo hacia la roca prodigiosa, y con seguridad pondría su mano trémula bajo la frescura del chorro vivo y palpitante de la fuente, y allí permanecería recogido, cerciorándose de la realidad encontrada.

Yo imagino que algo semejante debió suceder un día a San Juan de la Cruz, recorriendo los caminos de la mística, cuando escribía sobre lo más alto de la Subida del Monte Carmelo, entrando en el collado y en la deliciosa espesura, y de pronto, con gran sobresalto y contento, acertó con una cristalina fuente, un descubrimiento en el fondo de las almas perfectas; y en rápido y afanoso oteo quiso averi-

* "Miriam", 15 (1963) 115-118.

guar todo el horizonte que se extendía ante sus ojos de buen teólogo místico. Y quedaría asombrado al dirigir la mirada hacia la criatura más perfecta nacida del pecho de Dios. La contempló sublime, hermosa en extremo, sin límites. Y lo prodigioso y particular del caso era que la veía en su fuente, en su secreto interior. Había dado con lo más puro del torrente. Y me figuro que el Santo, en esos momentos de contemplación, se llenaría de impaciencia por pasar al papel lo que había comprendido. Y escribió en la Subida lo siguiente:

La gloriosísima Virgen Nuestra Señora "*estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo*". (Lib. III, c. 2, n. 10. Edic. P. Silverio, Burgos, 1931).

Había hallado el principio técnico de la suprema perfección de María, libre de todo defecto y aureolada de todos los carismas. Y yo, trasladándome con la mente a este punto histórico, me pregunto con regosto: ¿Qué grado de gozo percibiría el santo al escribir estas líneas sobre la cuartilla? ¿Acaso no quedaría fuera de sí, en sublime éxtasis, al catar tanta pureza, como hurtándose a la tierra de pecado, no osando desde ella tocar la blancura de María: como un día, siendo él niño y viéndose en un estanque de agua y cieno, no se atrevió a dar su mano manchada a la blanca y limpia de Nuestra Señora que se la brindaba con cariño?

El mérito del santo de Fontiveros no reside, evidentemente, en el hallazgo de la excelsa santidad de María, bien notoria a los teólogos, sino de la técnica de que Dios se valió para tornar divinas todas las acciones humanas de su Madre en la tierra. El mérito de Copérnico no consistió en descubrir el sol, sino en adivinar y demostrar las leyes del movimiento de la tierra y los planetas alrededor del astro rey. Es más bien descubrimiento de técnica, que en ocasiones resulta muy importante. Y el principio mariológico que averiguó San Juan de la Cruz irradia abundante luz sobre toda la vida íntima y maravillosa de la Virgen desde el origen de su obrar en este mundo.

Explicación del pensamiento del santo

En ese capítulo citado de la Subida habla el santo de las almas perfectas. Las operaciones de tales almas, en determinados tiempos, no proceden del natural, sino de la moción del Espíritu Santo. En María, la escogida y perfecta criatura de Dios, toda moción, desde el principio, viene de Dios. Y descubre el proceso y saca las consecuencias.

Tratemos de esclarecerlo para percatarnos de la lógica y fuerza del principio. El alma es movida y tenemos los *primeros movimientos*. Se mueve por su intrínseca fuerza, libremente, y poseemos los *segundos movimientos*. Si los primeros y los segundos movimientos los controla y guía Dios, resulta que el alma no obra por su natural, sino por moción divina.

Es movida. ¿Por quién? El alma se halla cercada del cuerpo, de los sentidos y las pasiones. Y ese mundo sensible es el que mueve al alma. Imaginémosla en el centro, en lo alto, en un recinto señorial. Toda noticia y conocimiento viene de afuera a dentro, de los sentidos a la región espiritual. Procede de los ojos, del oído, etc. Y siendo como es una sensación burda y material, se transforma, mediante proceso rápido y maravilloso, en imagen grácil, donosa, capaz de presentarse al espíritu. Esa imagen limpia y sutil, que trae las noticias del mundo exterior, que halaga, importuna y empuja al alma, es llamada por los filósofos, *forma impresa*.

Y dicha imagen que por vez primera ha penetrado en el mundo de la conciencia luego no se destruye, sino que se almacena en la memoria. Y, aquí, en archivos invisibles, se van hacinando con cierto orden, por leyes de simpatía o repulsión, hasta que en un cierto momento y hora, debido a resortes misteriosos, surgen, unas con más viveza y realismo que otras, y se vuelven a presentar al alma. Y es un hervidero de entrar, almacenarse, resurgir, volver a reposar, de tales formas. El número de ellas es con el tiempo en extremo incalculable.

Lo sorprendente y hasta trágico es que tales formas son dinámicas y producen siempre un primer movimiento en el espíritu: se colocan frente al entendimiento o voluntad, y, sugestivas o apremiantes, le marcan una pauta determinada, hacia el bien o hacia el mal. Y es curioso observar el momento en que una pasión se enseño-

rea, cómo se avivan y despiertan las imágenes almacenadas, incluso en tumulto, y se lanzan sobre los dominios del alma. Poseen algo de parecido con las turbas en las revoluciones. Esto sucede con el amor, con el odio, la envidia, el orgullo... ¡Qué vitalidad, qué torbellino!

El resultado es que el alma parece una navecilla en medio del mar, con incesante oleaje. Y la mecén, zarandean, retienen y entorpecen, y hasta la pueden hundir.

Este campo de las formas impresas es de todo punto interesante. La ascesis cristiana pretende dominarlo. Las pasiones desordenadas y el tentador también. La guarda de los sentidos, las buenas lecturas y compañías, la meditación, la ayuda de Dios, todo es una batería buena dirigida a tomar en su mano las riendas y control de tan poderosas energías que marcan los *primeros movimientos* del alma.

Además de esta primera moción del alma, producida por las formas, está el *segundo movimiento*, el que procede del alma reaccionando con su libertad frente a la moción del sentido. Es interior, autónomo, libre, también nacido del natural. Es una moción, importantísima y decisiva. Como natural, sujeta al error, a la malicia, a la debilidad y cobardía. A estas dos mociones explicadas se reduce toda la inmensa actividad humana interior y que redundan en el exterior.

San Juan de la Cruz enseña que en todos estos puntos es necesario, si el alma ha de alcanzar la perfección, que Dios intervenga sobrenaturalmente y controle todas esas mociones y formas. De lo contrario, ella se ve acosada y movida por el natural, que, puesto el germen de la concupiscencia, se mostrará desorientada y en alboroto constante. Y Dios lo puede controlar y guiar, salva la libertad, cortando, templando, suprimiendo formas y ofreciendo al alma las que crea más oportunas, según su beneplácito, de tal suerte que en verdad quedan controlados todos los movimientos que influyen en la operación humana. A este propósito dice el santo: *Las obras de las tales almas son las que conviene y son razonables, y no las que no convienen; porque el Espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar sin formas, y olvidar lo que es de olvidar, y las hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es de Dios. Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos.* (Ibid., n. 9).

Añadamos a esto que el alma perfecta se deja guiar, libre y sin resistencia alguna, en los segundos movimientos, bajo el soplo sutilísimo y eficaz de Dios.

Apliquemos, pues, ahora toda esta doctrina a la vida operativa de Nuestra Señora la Virgen, en tres puntos, conforme al pensamiento del Santo.

Primero.—Afirma que todá moción y forma no le vino de criatura ni de su natural, sino del influjo del Espíritu Santo.

Ya los Santos Padres y los escritores de la Iglesia enseñaron, según hace constar la Bula *Ineffabilis Deus*, “que la Madre de Dios era sede de todas las gracias divinas y que estaba adornada de todos los carismas del divino Espíritu”; y la llamaron “fuente siempre limpia y sellada por el Espíritu Santo”; “tabernáculo creado por el mismo Dios”; “convertida totalmente en domicilio de todas las gracias del Espíritu Santo”. Y la encíclica “*Mystici Corporis*” añade que su “*alma santísima fue, más que todas las demás creadas por Dios, juntas, llena del espíritu divino de Jesucristo*”.

Por consiguiente, no se puede suponer en la Madre de Dios lo que se ha de negar en las almas perfectas. Y si bien es verdad que el natural de María no se hallaba viciado por el pecado original, también es verdad que las almas perfectas se han de mover en plano sobrenatural. En María quedaría la limitación y la inferioridad de las obras naturales. Es menester, pues, si el espíritu de la Virgen había de alcanzar la suma perfección en criatura después de Cristo, que todas sus operaciones y mociones se hallasen bajo el control y dominio del Espíritu Santo, a semejanza del Hijo.

Segundo.—Todo esto se realizó con la mayor perfección desde el principio. Esta es una de tantas diferencias radicales entre la Virgen Santísima y las demás almas perfectas, que solo por algún tiempo son movidas de Dios. Unicamente la Virgen fue siempre como un cristal del todo limpio y transparente que dejaba pasar toda la energía y luz divinas plasmadas en sus obras, sin resistencia alguna, resultando una belleza y perfección de todo punto sorprendentes y sublimes. De esta suerte no hubo ni pudo haber movimiento, palabra, pensamiento o latido de su corazón inmaculado, por más insignificante que pareciere, que en absoluto no perteneciese a Dios.

Con este principio San Juan de la Cruz descubre la fuente pura y

viva de la santidad operativa de Nuestra Señora, la técnica maravillosa de Dios. Ella viene a ser la navicilla perfecta y hermosa que navega por el mar, henchidas sus velas, empujada firme y suavemente por el soplo delicioso divino. No hay un paso en falso. Todo está calculado, querido, sin viento en contrario. Así, segura, bajo el mando de tan buen Capitán, sale del puerto de la divinidad, y salta a la mar, sosegada, sin temor, cruzando frontera a las tierras desiertas, que la contemplan señora, como aurora luciente, y la aclaman única, escogida entre millares, y se preguntan, ¿quién es ésta?

Tercero.—Este tercer punto es importantísimo. Es conclusión lógica de lo dicho, a saber, que toda operación de María fue divina, si se mira la moción perfecta del Espíritu Santo, la completa ductilidad de la Madre de Dios y su eficaz resultado. Leamos al autor de la Subida: *"Por lo cual las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino Espíritu y voluntad. Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino las que obra el alma son de Dios, y son operaciones divinas"*. (Ibid., n. 8).

La conclusión es evidente. ¡Qué grandeza, qué sublimidad y qué infinitud! ¡Y desde el principio, siempre, toda de Dios, Dios obrando en ella! Esto es lo magnífico que contempló el santo místico en aquel día memorable: ¡la divinidad operativa de María!

Es la unión más cercana a la hipostática. Precisemos. En Cristo toda acción personal es del Verbo; toda moción, del Espíritu Santo que obraba en Él plenamente. Por esta doble consideración las acciones de Jesucristo eran divinas. En María la persona es humana, pero toda moción procede del Espíritu Santo que habitaba en ella con plenitud, como su domicilio, de tal suerte que las obras en cuanto al ser son humanas, y en cuanto derivan del Espíritu Santo que controla y mueve toda potencia han de llamarse con toda verdad divinas, perfectas, verdaderas.

Proyección de este principio sobre la Mariología.—Sin duda que este principio proyecta inmensa luz:

1) Sobre todo el interior del alma de María. Nada en absoluto procedió de su puro natural. Sus palabras todas, sus pensamientos y

decisiones, sus pasos, todo es divino. Su respuesta al ángel, el Magnificat, sus palabras al Hijo entre los doctores, en las bodas de Caná, todo va inspirado y movido desde arriba. La Virgen es cera y es cristal transparente.

2) Derrama potente luz sobre la virginidad de María. María debía desearla desde el principio como flor escogida y perfecta, la entrega absoluta a Dios en cuerpo y alma de la manera más sublime.

3) Penetra en la perfecta asociación de María al Salvador, con misión consciente.

4) Se introduce en la misma maternidad divina, haciéndolo todo divino y digno del Verbo humanado.

5) Respecto a la Inmaculada hemos de decir que ésta es anterior, pues se refiere fundamentalmente al ser y luego a la operación. Pero la Inmaculada limpieza se une estrechamente al principio de las mociones divinas. La Inmaculada santifica el ser, lo hace diáfano, sin opacidad alguna, lo eleva y transforma. Sobre esa transparencia y ductilidad completa viene la operación divina, y lo que se realiza en tan maravillosa unión es de Dios y es de María. Ella con su personalidad y libertad no deforma lo más mínimo ni tamiza la acción divina.

Precisamente por esa diafanidad perfecta cabe la acción corre-dentora, pues es obra del Redentor en María, vertiendo en ella su fuerza salvadora, con lo que queda íntima y perfecta asociada. Como María fue elevada a la maternidad divina, meta infinita, por la acción divina, así pudo ser elevada por la acción divina a la corredención. Todo es divino en María.

Principio fértil y luminoso que ha de incorporarse a la Mariología.

María realmente es vestida del sol. Deslumbrado de tanta belleza exclamaba el santo Abad de Claraval: *"Con todo derecho se muestra revestida del sol la que penetró el profundo abismo de la sabiduría más de lo que se puede entender: todo cuanto puede sufrir la condición de criatura sin la unión personal, como si apareciese sumergida en aquella luz inaccesible"*.

NUESTRA SEÑORA EN LA TEOLOGIA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Sebastián de la Santa Faz

Entre los muchos problemas que rodean al Santo está su concepto de la Bienaventurada Virgen. Juan perteneció a una orden marianista cuya cultura filosófica de la vida sigue el ejemplo de la Madre de Dios. ¿Puede ser posible que Juan escribiera sus tratados de espiritualidad sin nunca referirse a ella, que es el fundamento de la vida del Carmelo? A la vez que procuramos presentar una exposición definitiva de la teología mariana del Miliciano Doctor, este artículo intentará dar alguna luz sobre esta faceta desconocida de su espiritualidad.

De aquí indicamos a dos autores de artículos sobre esta materia: Padre Calisto del Niño Jesús, O. C. D., y Padre Gabriel de Sta. María Magdalena, O. C. D.

La santidad caracteriza la personalidad y las obras de San Juan de la Cruz. La consecuencia natural es obvia: si alguien busca la Bienaventurada Virgen (al menos en sus vacíos) debe conllevar la misma santidad. El principio tradicional mariano citado por San Alfonso de Liguori en las "Glorias de María": "todo lo que es bueno debe ser atribuido a la Virgen María en grado eminente" - es citado a Juan

Nuestra Señora en la Teología de San Juan de la Cruz *

San Juan de la Cruz intriga a los cristianos del siglo veinte. Un hombre reservado y silencioso que a través de sus escritos, llenos de paradojas, lleva a una región impresionante. Muchos, después de una lectura superficial, tratan de explicar su doctrina; pero se les aumenta el misterio a causa de la interpretación contradictoria a que les lleva. Hay una gran verdad en lo que se dice que San Juan de la Cruz aún carece de un comentador que domine la totalidad de su doctrina.

Entre los muchos problemas que rodean al Santo está su concepto de la Bienaventurada Virgen. Juan perteneció a una orden tradicionalmente mariana cuya entera filosofía de la vida sigue el ejemplo de la Madre de Dios. ¿Pudo ser posible que Juan escribiera sus tratados de espiritualidad sin nunca referirse a ella, que es el fundamento de la vida del Carmelo? A la vez que procuramos presentar una exposición definitiva de la teología mariana del Místico Doctor, este artículo intentará dar alguna luz sobre una faceta fascinante de su espiritualidad.

De paso indicamos a dos autores de artículos sobre esta materia: Padre Otilio del Niño Jesús, O. C. D., y Padre Gabriel de Sta. María Magdalena, O. C. D.

La sobriedad caracteriza la personalidad y las obras de San Juan de la Cruz. La consecuencia natural es obvia: su actitud hacia la Bendita Virgen (al menos en sus escritos) debe conllevar la misma característica. El principio tradicional mariano citado por San Alfonso Ligouri en las "Glorias de María" —"todo lo que es bueno debe ser atribuido a la Virgen María en grado eminente"— es extraño a Juan

* "Mount Carmel", 9 (1961) 44-50.

de la Cruz. En cambio, el principio formulado por sus hijos Carmelitas en la Universidad de Salamanca es más peculiar de él: "Debemos atribuir a la Bendita Virgen todo lo que es más perfecto, ya que puede ser atribuido a ella sin un milagro o una nueva manifestación extraordinaria de la Providencia, porque su gran dignidad así lo requiere."

Aunque la alusión a la Madre de Dios anda dispersa a lo largo de sus escritos (p. e. sus pocas cartas existentes y sus poesías), las referencias teológicas importantes se limitan a cuatro. Son las siguientes:

- a) *Subida al Monte Carmelo*, Libro III, Cap. II, párrafo 10.
- b) *Cántico Espiritual*, Redacción B, comentario canción 2, párr. 8.
- c) *Cántico Espiritual*, Redacción B, comentario canción 20, párr. 10.
- d) *Llama de Amor Viva*, Redacción B, comentario canción 3, párr. 12.

El pensamiento de Juan de la Cruz respecto a la Virgen María se centra, naturalmente, en el alto aprecio que él tiene de su santidad. Para él María es el modelo de un alma perfecta desde el mismo instante de su concepción. No obstante esta perfección básica que comúnmente la exceptuaría de experimentar intensas sensaciones naturales, Nuestra Señora supo del dolor de la espada de Simeón; y lo aceptó como una manifestación de la Voluntad Divina. A cambio le produjo una caridad más intensa en su alma y le aumentó sus méritos. La espiritualidad de Nuestra Señora no fue un quietismo pasivo. Ella fue inspirada por el Espíritu Santo y no por criatura alguna, ciertamente, pero esto no disminuye el papel de su voluntad humana en sus actividades. En resumen, San Juan de la Cruz dice que la Madre de Dios llevó una vida divinizada en unión con Dios.

Nuestro esfuerzo por explicar esta visión sintética de la actitud del Santo hacia la Reina del cielo insiste en tres puntos:

- a) El alma divinizada y la vida teologal.
- b) La cercanía de Dios a un alma divinizada.
- c) El alma divinizada y el sufrimiento.

El alma divinizada y la vida teologal

La perfección, según Santa Teresa y San Juan de la Cruz, consiste en la unión con Dios. El hombre durante su vida terrena puede llegar a la unión divina, aunque no en su celestial plenitud. San Juan de la Cruz dice que un alma en estado unitivo es un alma divinizada. Obviamente, este concepto requiere una explicación si queremos entenderlo cuando él lo aplica a la Bendita Madre.

Un alma divinizada es un alma transformada en Dios; es un alma en unión con Dios. Las virtudes reinan en ella. Cada una de sus potencias (inteligencia, memoria y voluntad) están ahora en total posesión de sus particulares virtudes teologales y rebosan en sus propias actividades. San Juan de la Cruz afirma:

“... porque en acabándose de aniquilarse y sosegar las potencias, pasiones, apetitos y aficiones de mi alma, con que bajamente sentía y gustaba de Dios, salí del trato y operación humana mía a operación y trato de Dios; es, a saber, mi entendimiento salió de sí, volviéndose de humano y natural en divino; porque, uniéndose, por medio de esta purgación, con Dios, ya no entiende por su vigor y luz natural, sino por la divina sabiduría con que se unió.

Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina, porque, unida en el divino amor, ya no ama bajamente con su fuerza natural, sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo, y así la voluntad ya acerca de Dios no obra humanamente; y, ni más ni menos, la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria.

Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purgación del viejo hombre, todas se renuevan con temples y deleites divinos.” (2N 4, 2).

Por lo tanto, en virtud de su unión con Dios, el alma merece el título de divina; la inteligencia está unida con la Divina Sabiduría, la voluntad con el divino amor y la memoria por visiones de gloria. San Juan de la Cruz lo explica más extensamente en su libro *Llama de Amor Viva*. Allí enseña que la operación del alma consiste en el armonioso esfuerzo de sus potencias, pasiones y apetitos para conseguir algún fin. Cada persona manifiesta su vida por sus movimientos; los externos traicionan a los internos; consecuentemente, si una

persona tiene su operación centrada en Dios, vive vida de Dios. Así que, un alma divinizada es la que ha dejado a un lado su modo humano de actuar para obrar en todo según Dios.

Un punto tan delicado necesita una explicación. Frecuentemente un lector de San Juan de la Cruz bien intencionado deduce que un alma en estado unitivo debe estar totalmente pasiva, consintiendo solamente el trabajo del Espíritu Santo en ella. Si se les pide que justifiquen esta interpretación, te señalan la siguiente declaración:

“Porque en habiendo hábito de unión, que es ya estado sobrenatural, desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural; y así, estando la memoria transformada en Dios, no se le pueden imprimir formas ni noticias de cosas.

Por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad. Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas” (3S 2, 8).

Ellos entienden que Dios gobierna las potencias completamente y que, como robots, son conducidos divinamente en sus operaciones. La pregunta es esta, ¿está el alma totalmente pasiva en el estado de “divinización”?

Juan de la Cruz lo explica ampliamente en el curso de sus exposiciones. Hay una gran confusión en esto. Para la mejor comprensión de su pensamiento debemos buscar pasajes paralelos que nos den más luz acerca de la cita anterior. Este pasaje podemos encontrarlo en el Cántico Espiritual, dentro del contexto que describe el estado del alma en el matrimonio espiritual, que había ocurrido anteriormente.

“... diciendo que ya está su alma y cuerpo y potencias y toda su habilidad empleada, ya no en las cosas, sino en las que son del servicio de su Esposo (...). En decir que el alma suya se ha empleado da a entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella unión de amor, donde quedó ya su alma con todas sus

potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada y mancipada al servicio de él, empleando el entendimiento en entender las cosas que son más de su servicio para hacerlas, y su voluntad en amar todo lo que a Dios agrada, y en todas las cosas aficionar la voluntad a Dios y la memoria y el cuidado de lo que es de su servicio y lo que más le ha de agradar." (C 28, 2-3).

En este texto el Santo se refiere obviamente a las operaciones del alma. Más adelante habla del mismo estado en el cual, a causa de la referencia anterior, parece que el alma estaba completamente pasiva. En otro párrafo posterior del presente texto, Juan amplía el concepto. Dice que estas almas —que son almas divinizadas—, desde los primeros movimientos de sus potencias se inclinan a obrar en Dios y por Dios. Sus movimientos salen de un centro dinámico —una intuición— que proviene de su nuevo modo de existencia en estado unitivo. En otras palabras, las potencias nunca cesan de practicar sus funciones; no son "pasivas", aunque el movimiento tiene sus raíces en el estado unitivo.

El alma en este alto grado de perfección espiritual posee las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) de un modo relevante. Sus ejercicios o, para expresarlo de otra manera, su influencia sobre las potencias y el consiguiente movimiento somete directamente las operaciones del alma a Dios. Esto se llama "vida teologal". Entonces el hombre vive la vida de Dios y se acerca a la cumbre de la perfección.

"... el alma no se une con Dios en esta vida por el entender, ni por el gozar, ni por el imaginar, ni por otro cualquier sentido, sino sólo por la fe según el entendimiento, y por esperanza según la memoria, y por amor según la voluntad." (2S 6, 1).

¿Qué hay acerca de los dones del Espíritu Santo? ¿Qué acerca de las virtudes morales? El Santo no habla de los siete dones, porque está convencido de que las tres virtudes teologales proporcionan una sólida base. En lo referente a las virtudes morales está convencido de que un esfuerzo diligente por profundizar dentro del alma el influjo de las virtudes teologales se reflejará en las virtudes morales. El hombre no puede tener una fe, esperanza y caridad fuertes, sin ser a la vez moralmente fuerte, justo, moderado y prudente. Existe una

sencillez maravillosa en esta doctrina, además de un profundo y fundamental sentido teológico.

Hay un punto más que aclarar antes de aplicar esta doctrina a la bendita Virgen. Es la pregunta acerca de la influencia del “instinto sobrenatural” en la ocupación del alma en el estado unitivo. Mientras más profunda e íntima es la unión entre Dios y el alma, mayor es la influencia divina en sus obras. Esta moción divina dentro del alma es un conjunto de gracias que producen un refinado “sentido” o “instinto” *para* la perfección. La posesión de este núcleo dinámico de actividad indica un alto grado de maduración espiritual.

San Juan de la Cruz considera a la bendita Virgen como *el* ejemplo de un alma divinizada *llevando la vida teologal*.

Escribe:

“Dios sólo mueve las potencias de estas almas para aquellas obras que convienen según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y así, las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto.

Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.” (111S 2, 10).

Anteriormente dijimos que las almas divinizadas, entre las que se distingue la bendita Madre, obran en Dios y para Dios. La fuente poderosa de este movimiento es la “intuición” espiritual que acompaña a un desarrollo refinado de las virtudes teologales. De hecho, Nuestra Señora nunca estuvo atada por criatura alguna, sino que su inclinación estuvo siempre al servicio de Dios, que moraba en su alma *atrayéndola hacia su mandato, que él culminaba* activando las virtudes teologales infusas. Por tanto, Nuestra Señora actuaba conforme el espíritu divino (o voluntad) ajustándose a él en un acto deliberado de su voluntad, más que al espíritu del mundo. La suya fue un alma perfectamente divinizada; y llevó la vida teologal. Aún más, San Juan asegura que éste era el estado de su alma “desde el principio”; su deducción es, “desde el momento de su Inmaculada Concepción”.

La cercanía de Dios a un alma divinizada

“En las Canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas Canciones tratan del amor ya más calificado y perfeccionado en ese mismo estado de transformación”. (*Llama*, prólogo, 3).

Así comienza San Juan de la Cruz la última de sus obras mayores, *Llama de Amor Viva*. En ella trata de poner de relieve las propiedades del alma divinizada y, como podíamos suponer por su actitud general hacia ella, una vez más *señala* a Nuestra Señora como modelo perfecto. El contexto en que se encuentra trata de la comunicación divina a un alma privilegiada.

La cita se encuentra en el comentario sobre la canción tercera:

“¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!”

El Santo nos advierte; la verdad que se encuentra en estas líneas es profunda.

“El alma encarece y agradece a su Esposo las grandes mercedes que de la unión que con él tiene recibe, por medio de la cual dice aquí que recibe muchas y grandes noticias de sí mismo, todas amorosas, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma, que antes de esta unión estaba oscuro y ciego, pueden ya estar esclarecidas y con calor de amor, como lo están, para poder dar luz y amor al que las esclareció y enamoró. Porque el verdadero amante entonces está contento, cuando todo lo que él es en sí y vale y tiene y recibe lo emplea en el amado...” (L 3, 1).

En este contexto el Santo consagra a la Madre de Dios. Después de explicar que estas “lámparas de fuego” significan el conocimiento infuso de sus propias virtudes y excelencias que Dios otorga al alma en el acto de unión, Juan dice que los “resplandores” que vienen de esas lámparas es la comunicación de la noticia amorosa. Esto le añade esplendor a la intimidad entre Dios y el alma. Unos párrafos más adelante Juan llama a estas comunicaciones “obumbraciones”. Y aquí introduce el texto mariano.

“Para inteligencia de lo cual es de saber que obumbración quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar, favorecer y hacer mercedes, porque, cubriendo la sombra, es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar. Y por eso, aquella gran merced que hizo Dios a la Virgen María en la concepción del Hijo de Dios la llamó el ángel Gabriel obumbración del Espíritu Santo, diciendo: ‘El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra’”. (Lc 1, 35) (LI 3, 12).

Temeroso de haber podido dejar alguna duda en nuestra mente, continúa explicando cómo los divinos atributos son como muchas lámparas haciendo sombra sobre el alma divinizada.

“De manera que, según esto, la sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura de Dios... y así de las demás lámparas, o, por mejor decir, será la misma sabiduría, y la misma hermosura, y la misma fortaleza de Dios en sombra, porque el alma acá perfectamente no le puede comprender; en la cual sombra, por ser ella tan al talle y propiedad de Dios, que es el mismo Dios en sombra, conoce bien el alma la excelencia de Dios.” (LI 3,14).

Puesto que la realidad (o verdad) es la ecuación del pensamiento y el objeto, San Juan de la Cruz entiende que la infusión del conocimiento divino efectúa en el alma una real participación —aunque en sombra— de los atributos divinos. Así, el alma divinizada de la bendita Madre, cuando el Espíritu Santo la cubrió con su sombra en el

momento de la anunciación, experimentó una muy sublime comunicación de los atributos divinos o, para ser más precisos, una unión más profunda que la habitual con Dios.

Esta armonía íntima entre Dios y el alma divinizada la dispone para desarrollar una manera nueva de acercamiento a Dios. San Juan de la Cruz aclara esta verdad indicando la gran delicadeza de la bendita Virgen en las bodas de Caná cuando, con una sencilla sugerencia, le pidió a su Hijo que tuviera compasión de los recién casados.

El alma divinizada y el sufrimiento

Estas almas gozan de gran serenidad y paz, porque la parte inferior está en conformidad con la superior. Nunca más se verá el hombre forzado a sufrir la vagante frustración de su imaginación "salvaje", o la rebeldía de sus apetitos. Las tres potencias —inteligencia, memoria y voluntad— ordenan los movimientos del hombre bajo la luz de las virtudes teologales. Además, San Juan de la Cruz nos afirma que el Señor calma las cuatro pasiones principales del alma. Aquí introduce el cuarto texto mariano. Pero antes de citar ese pasaje debemos investigar su teoría sobre las cuatro pasiones.

Según el Santo, estas cuatro pasiones pueden ser consideradas las principales, y abarcan todas las otras, son: gozo, esperanza, dolor y temor. En sus movimientos están ligadas y gobernadas por la voluntad y, a causa de su violencia, ejercen una gran influencia sobre ella. Cuando estas pasiones están mal controladas trastornan la voluntad y causan desasosiego; por el contrario, no se encuentra mayor paz que cuando están sujetas a la voluntad. Donde quiera que fuere una pasión de éstas irá también toda el alma. En las almas divinizadas, sin embargo, el Señor calma estas cuatro afecciones y les comunica su propia dulzura y paz.

Juan afirma que:

"Es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado que, si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquier cosa... (ahora) no le hacen dolor ni sentimiento. Y la compasión, esto es, el sentimiento de ella, no la tiene, aunque

tiene las obras y perfección de ella. Porque aquí le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas. Porque, a modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor sin sentir dolor...”

Aquí él introduce el texto mariano:

“... aunque algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándoles a sentir cosas y a padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor, o por otros respetos, como hizo con la Madre Virgen.” (C 21, 10).

En otras palabras, aunque un alma divinizada posea una gran paz y seguridad con el perfecto conocimiento de las virtudes teologales dentro de ella, cabe la posibilidad de que Dios permita que el alma tenga una fuerte experiencia de dolor o temor para incrementar sus méritos, o para beneficiar a otras almas. Parece que el Santo está hablando del pasaje mariano citado arriba acerca de la dolorosa Madre; hay algún indicio de que él podía haber tenido en la mente a la Medianera de todas las gracias.

Conclusión

El pensamiento de San Juan de la Cruz sobre la bendita Madre se centra en la gran estima que tiene de su santidad. Para él, María es el ejemplo perfecto de un alma en estado de unión. Defiende que esto fue desde el primer instante de su Inmaculada Concepción; pero, no obstante, Nuestra Señora no estuvo exenta de la ley del sufrimiento; aceptó la cruel espada de Simeón y, por ello, Dios aumentó su amor y merecimientos. Por ella ganó mucho para sus hijos. La espiritualidad de Nuestra Señora no fue un quietismo pasivo; su amor a Dios fue activo y emanaba del río de gracias de su alma que motivaron las virtudes teologales que residían allí. En una palabra, San Juan de la Cruz dice que la Madre de Dios fue ejemplo de vida divinizada en unión con Dios.

(Traducción de la señorita Pepita Pardo Pineda)

LOS MISTERIOS DE NUESTRA SEÑORA A LA LUZ DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Ildefonso de la Inmaculada

...esta persona a esta que está en este estado que la encuentro a Dios. Esta persona se acordará de hacerlo por amor de Dios y de la gloria que se le quede en la memoria de aquel que lo hizo, y se acordará encargarla a Dios, que verá que la persona se acordará de él por la tal persona, la moverá la conciencia, y así por la fuerza.

Que Dios sea.

...esta persona, que se acordará a tal tiempo a este negocio de... que se acordará por amor de Dios, que, sin saber... en el alma, y cómo en el alma... que haya tal.

Los misterios de Nuestra Señora a la luz de San Juan de la Cruz *

Damos por descontado que la mística no es el fruto de la psicología, elucubración de la doctrina materialista freudiana, por más sublimación que se le inyecte, sino una realidad que desde fuera del yo y extraño al subconsciente y *ello* freudiano invade un proceso psíquico proveniente de una acción trascendente o divina.

La acción divina tiene todas las puertas psíquicas del ser humano abiertas a su influjo. Actúa en la *conciencia* y en el *subconsciente*.

El doctor de Fontiveros afirma que la acción de Dios controla hasta los *primeros movimientos de las potencias*, que, traducido al lenguaje psicológico, es afirmar el control del *subconsciente*.

Los ejemplos que el Santo aduce para esclarecer su afirmación en los números 10 y 11 del capítulo II del libro II de la *Subida* corroboran nuestro aserto. Escribe así en el núm. 10:

“Pide una persona a otra que está en este estado que la encomiende a Dios. Esta persona *no se acordará de hacerlo por alguna forma ni noticia que se le quede en la memoria* de aquella persona; y, si conviene encomendarla a Dios, que será queriendo Dios recibir oración por la tal persona, *la moverá la voluntad dándole gana que lo haga...*”.

En el núm. 11:

“Otro ejemplo. Ha de acudir a tal tiempo a cierto negocio necesario. No se acordará por forma ninguna, sino que, *sin saber cómo, se le asentará en el alma cuándo y cómo convendrá acudir a aquello, sin que haya falta.*”

* “Estudios Marianos”, 38 (1974) 127-145.

Claro que este lenguaje del Santo ha de ser traducido al moderno, fijando su contenido, en cuanto lo permitan las exigencias teológicas o místicas, bajo los principios de la psicología.

Cuando afirma el Santo *por forma ninguna* no es necesario entender que el alma se ha de guiar por *ciencia infusa*, por noticias que no pasen por el subconsciente. Dios respeta los procesos psicológicos normales en tanto sean viables para sus fines. Para alcanzar los fines que el Santo aquí menciona basta, por lo general, que el Espíritu Santo controle y dirija el subconsciente, despertando aquellas formas que le son útiles y eficaces. En algunos casos, sin embargo, no habrá más remedio que admitir una *ciencia infusa*, como el Santo parece indicarlo concretamente en el núm. 12 del mismo capítulo. Un ejemplo concreto es el misterio de la Encarnación o de la plenitud de gracia en María.

No queremos dar a entender con ello que en la transformación del alma y sus potencias en Dios, las operaciones inteligentes y volitivas superiores se tengan que ceñir al solo contenido de las formas del subconsciente. El alma en tal estado entiende mucho más de lo que la forma impresa le pueda suministrar, de suerte que con frecuencia no puede utilizar para expresar sus conceptos palabra o imagen alguna que antes haya recibido: ha de expresarse vagamente o por símbolos, como lo comprobamos en las narraciones místicas de Santa Teresa de Jesús o en los versos del *Cántico* de San Juan de la Cruz, cargados de símbolos esotéricos que dicen más de lo que normalmente expresan por su semántica e incluso más de lo que comenta el Santo.

El alma perfecta se moverá, pues, en sus procesos psíquicos, por un abstracto base del subconsciente dirigido por la acción divina y llevado al yo consciente, y además por una luz infusa de fe que le amplía los horizontes del conocimiento normal y le introduce en el misterio.

Con estas anotaciones explicativas ofrecemos el principio de San Juan de la Cruz:

"Por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, El mismo es el que las mueve y manda di-

vinamente según su divino espíritu y voluntad. Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas...

Y de aquí es que las obras de las tales almas sólo son las que conviene y son razonables, y no las que no convienen; porque el espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar sin formas, y olvidar lo que es de olvidar, y las hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es en Dios. Y así todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos.

... Dios sólo mueve las potencias de estas almas para aquellas obras que conviene según su voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y así las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto.

Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (10).

Este es el principio clave de la doctrina mariana del Santo. María, como alma perfectísima, goza en grado eminente de aquellas cualidades santificantes y elevantes que se atribuyen a las almas perfectas en la vida mística, cuando no implican condición pecadora en el sujeto u otra condición incompatible con la singularidad sobrenatural de María. La doctrina es de tal importancia que se convierte en un principio mariológico de aquilatado valor (11).

Hay un supuesto en tal principio. Que un alma no puede ser perfecta sobrenaturalmente si sus actos sólo responden a resortes psíquicos o se limitan al campo de la razón, incluso ilustrada por la fe. Es menester que tales actos sean dirigidos por la acción divina. Su etiología se cifra en la consumada transformación del alma en Dios y esto no puede alcanzarse si las potencias no son controladas

(10) *Subida*, loc. cit., núms. 8 y 9.

(11) Ya escribí sobre este "principio" en la revista "Miriam", art. *Nuevo principio místico de la mariología*, abril, 1963, pp. 115-118.

totalmente por Dios. Huelga anotar que tal control no condiciona lo más mínimo la libertad; más bien la acrisola y ensancha.

Incluso la humanidad de Cristo, cuyo conocimiento era perfectísimo, fue dirigida en todos sus actos por el Espíritu de Dios: "*Requiescet super eum spiritus Domini; spiritus sapientiae et intellectus, spiritus consilii et fortitudinis, spiritus scientiae et pietatis*" (Is., 11, 2; cf. Lc., 4, 18).

El espíritu del hombre por sí es impotente para alcanzar la ciencia de Dios (cf. Sab., 7, 21). En cambio, en las almas perfectas, "porque Dios sólo mueve las potencias... para aquellas obras que conviene según su voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras..., las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto" (12).

¿Niega San Juan de la Cruz el *subconsciente* en la naturaleza psíquica de María o lo deja inactivo, lo cual nos conduciría a admitir otro tanto en Cristo? No. El subconsciente, como hemos dicho, forma parte de la naturaleza humana, partiendo desde la primera capa psicológica, que es la de los instintos. Cristo posee una naturaleza humana perfecta. María, asimismo, es una mujer perfecta.

San Juan de la Cruz escribe con unos presupuestos psicológicos de su tiempo. Su lenguaje no puede coincidir con los descubrimientos de la moderna psicología. ¿Qué puede significar, pues, para él que la Virgen nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura y que nunca se movió por ella?

En nuestro caso, propio de Cristo y de María, y en parte de todas las almas perfectas, significa que ninguna forma del *subconsciente* pasa al *yo* sin que el Espíritu Santo la controle y eleve, de suerte que el alma ni recibe forma alguna impresa de parte de las potencias inferiores ni se mueve por ellas sin que previamente pasen por la intervención del Espíritu del Señor. Subrayamos que no limitamos toda la ciencia de Cristo y de María a la dependencia del subconsciente. Admitimos la *ciencia infusa*, y sobre todo en Cristo, en quien hay que admitir una visión inmediata de Dios habitual. Pero dentro de ese estado privilegiado, Cristo podía alcanzar experiencias humanas, un desarrollo intelectual humano mediante un proceso psíquico

(12) *Subida, loc. cit.*, núm. 9.

normal. Con mayor razón hay que aceptar este proceso normal en María dentro de su estado característico.

María entera es un caso singular en el mundo terrestre. Su psicología debía ser también singular. En muchos aspectos, parecida a la nuestra; en algunos, semejante a Cristo. Ni idéntica a la nuestra, ni idéntica a la de Cristo. Unica. Para analizar a María es preciso usar de lentes muy finos y apropiados, porque se halla colocada en un plano muy difícilmente asequible a un observador profano que parta de una ciencia meramente natural.

El estado de justicia original consciente, el control del subconsciente y la amplitud inconmensurable del *yo* le creaban una psicología de equilibrio, serenidad, responsabilidad y seguridad muy singular. Ella no estaba expuesta al vaivén de la duda, o al temor del fracaso, o a la incertidumbre de la petición. Ella se siente con la fuerza de dar una respuesta concreta y decisiva, sin titubeos ni dilaciones, frente a una situación como la de la Anunciación. Ella ruega y se encuentra segura de la eficacia de su petición en las bodas de Caná. Ella conserva la majestad y fortaleza en un acto tan cruel y despiadado como el de la crucifixión de su Hijo.

El principio de San Juan de la Cruz ha de ser aplicado íntegramente, sin excepciones, en todas las intervenciones de María en el Evangelio. María era movida en todo momento por el Espíritu de Dios, de suerte que sus acciones y palabras pueden llamarse, en el sentido que le atribuye el Santo, *divinas*. Toda exégesis ha de tener presente dicho principio. Y realmente no hay un texto que lo pueda contradecir lo más mínimo.

En la *Subida*, en el texto citado, el Santo de Fontiveros proyecta su *principio* sobre todas las acciones de Nuestra Señora, "*la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de criatura alguna ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo*".

En el *Cántico espiritual* hace una aplicación concreta a la intervención de María ante su Hijo. Ya en la *Subida*, en el texto referido, hace una alusión clara a las bodas de Caná con estas palabras: "*Las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto*"; e inmediatamente menciona a la Santísima Virgen. En el *Cántico* nos presenta el ruego de la Virgen como modelo acabado de toda oración:

"El que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta o desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que le fuere servido, como cuando la bendita Virgen dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: No tienen vino (Juan, 2, 31)" (13).

Los textos del Evangelio a la luz de este principio

Psicología de humildad y virginidad

Los textos, comenzando por los de la Encarnación, van a ser estudiados bajo una perspectiva particularmente psicológica, pues estamos tratando de la psicología de María. Haremos, pues, hincapié en todos los aspectos de este tipo. Seguimos el orden histórico.

En la escena lucana de la Anunciación aparecen destellos muy importantes de la psicología de María.

La escena no se realiza dentro del marco de un éxtasis o arrobamiento. Como enseña Santa Teresa, en las *Moradas* séptimas, del matrimonio espiritual, hay escasez de arrobamientos, siendo regla general su desaparición. El arrobamiento implica una cierta imperfección de la naturaleza que se va superando en el progreso de los estados místicos. María, tal como la vemos en el Evangelio, conserva todas sus facultades frescas, con toda la capacidad de *reacción*. Se turba, reflexiona, pregunta, responde, usa del subconsciente.

El primer detalle netamente psicológico que nos presenta San Lucas es la *turbación* de María.

La *turbación* de María no encierra aquí la más mínima imperfección. Es una reacción psíquica normal en ciertas ocasiones. El original griego usa del verbo *diatarasso*, derivado del verbo *tarasso*, turbar, el cual es asimismo usado por San Juan en dos ocasiones, refiriéndose a los sentimientos de Cristo (cf. Juan, 12, 27 y 13, 21). Las tres veces la palabra griega es traducida por *turbar*: *Cum haec dixisset Jesus, turbatus est spiritu: et protestatus est...* (Juan, 13, 21).

(13) *Cántico esp.*, canción 2.^a, núm. 8.

No quiere significar San Juan un desequilibrio nervioso con cierta *inhibición* de facultades, sino una reacción emocional, un *choque psicológico* entre algo que a uno le sucede y algo que siente.

La *turbación* de María procedía —como indica el mismo San Lucas— de las mismas palabras del ángel, no de su presencia. La sublime salutación del ángel era inusitada para María, que se sentía la última *sierva del Señor*. Su significado de tanta grandeza contrastaba con la *psicología de humildad* de María, patente en todas las manifestaciones que Ella nos proporciona en todo el capítulo primero de San Lucas. Un alma profundamente humilde *teme* ante las grandes alabanzas. Es una especie de *confusión nacida* de la conciencia de la propia pequeñez. También nace del ansia de la verdad. Ella, en ese momento todavía desconoce la causa de tanta grandeza, insinuada en las palabras del ángel. La humildad es andar en verdad.

De aquí que el ángel le responda: *No temas, María, has hallado gracia ante el Señor...* Esto es, le manifiesta la verdad y la causa última de tanta verdad, la maternidad divina. Conociendo la verdad, el alma humilde ya no teme, sino que engrandece al Señor dador de todo bien. Las palabras del ángel, *no temas, María* producían lo que significaban. El temor se desvaneció.

El temor humilde de María, con la *turbación* subsiguiente, supone que si bien no experimentase psicología de *pecadora* —hubiera sido opuesta a la verdad— y aunque Ella hubiera experimentado en su vida la sublime unión con Dios junto con el desbordamiento del amor divino en su alma, no alcanzaba todavía a conocer toda su grandeza, su predestinación para Madre de Dios. Seguía pensando que era la última de las siervas del Señor. Su *psicología de humildad* fue tal vez la nota predominante de su espíritu.

Otra nota de la psicología de María antes de la Encarnación fue la de *virginidad*. Queda del todo manifiesta en la escena lucana de la Anunciación.

La pregunta de María al ángel sobre cómo ha de realizarse su maternidad, pues *no conoce varón* (cf. Lc., 1, 34) no procede de la duda. Ella no duda, como Zacarías, del hecho que se le anuncia. Cree firmemente en el misterio. La frase de Isabel, su prima, inspirada por el Espíritu Santo lo confirma: *Dichosa tú porque has creído...* (Lc., 1, 45). Zacarías fue reprendido por el ángel. María confirmada de modo sublime en su maternidad divina.

María, en la que moraba la plenitud del Señor (cf. Lc., 1, 28), pregunta movida por el mismo Espíritu, para recibir del mismo ángel la confirmación de su virginidad junto con la de su maternidad. Es el signo del respeto de Dios a la persona.

Aquí se enlazan dos aspectos fundamentales de la psicología de María a partir de la Encarnación. La pregunta de María supone una *psicología de virginidad ofrecida a Dios desde siempre*. Es una psicología hondísima en el *subconsciente*, como la de su humildad. Repárese en que es la única dificultad que aflora en su *yo* al anuncio de su maternidad. Repárese asimismo en la fuerza con que surge tal dificultad, como si fuese un muro infranqueable para el misterio, como si María estuviese dispuesta incluso a renunciar a tan alta dignidad si hubiese de sufrir menoscabo su virginidad. Digo, da la sensación. A todo esto añádase la circunstancia de *desposada* que todavía da mayor vigor a su pregunta.

En el subconsciente de María palpitaba desde siempre una psicología de virginidad, en el sentido que Ella misma expresa. Ella la ha sentido y ofrecido estimulada por el Espíritu que no ha permitido jamás que la Madre del Señor haya podido soñar con otra clase de maternidad. Es el mismo Espíritu que siempre la conservará virgen en toda la plenitud de la palabra, arrancando de la mente y del corazón.

Siguiendo también su *psicología de silencio* —como diremos luego—, María espera en el Señor y se adapta a las costumbres de su pueblo así como a la decisión normal de sus padres que la quieren desposada. Sin embargo, no renuncia a su profunda vivencia de virginidad. No puede renunciar porque es un impulso de Dios. Cuando se le anuncia el misterio de la maternidad divina, así como al principio contrastó la sublime salutación con su psicología de humildad, así luego tal anuncio de maternidad contrasta fuertemente con su psicología de virginidad. Ella reconoce los dos impulsos o designios de Dios, pero para infundir todo el valor y libertad personal a su decisión desea aclarar la conjunción de los dos impulsos divinos, el de la virginidad y el de la maternidad, que por fin se resolverán en su psicología en una vivencia de *maternidad sumamente consagrada*.

No tengamos prejuicios. Parece que nos causa extrañeza que María pregunte al ángel cómo se ha de realizar la maternidad anunciada. Ella, que se declara la sierva del Señor, quiere conocer el lazo

de unión entre su virginidad y la maternidad. Casi nos parece que es más perfecto acatar el anuncio sin querer aclarar nada.

No es así. Dios respeta la persona y quiere perfectas las decisiones personales. Aunque no puede usar del mismo trato con las almas imperfectas que con las almas transformadas en Dios, en perfecto matrimonio espiritual. A las almas perfectas hechas una misma cosa con él, las trata con un gran miramiento, con una cierta igualdad, y goza cuando estas almas se dirigen a El con gran confianza. Dios, viviendo en ellas, establece un diálogo, las mueve al diálogo. Dios desea que sepan lo que han de saber y El mismo provoca la pregunta. Es la transformación del matrimonio espiritual, donde Dios comparte todos sus bienes.

La pregunta de María era necesaria, para Ella y para la Iglesia. Sin duda, la Iglesia necesitaba desde el principio conocer claramente que la maternidad de María se debía exclusivamente a la obra del Espíritu Santo.

Una *virginidad consagrada* era la mejor y más digna preparación para recibir la *maternidad consagrada*. En realidad jamás soñó en otro hijo; no adelantó a nadie —el hijo que toda joven esconde en su pecho— su amor latente de madre. No dividió su corazón —como tal vez apostillaría el Apóstol.

Por lo general, se enfoca la virginidad en el plano del esposo y de unas relaciones conyugales, descuidando el *aspecto del Hijo*, en el cual piensa normal y psicológicamente una mujer, y al que en lo íntimo de su corazón arrulla, arropándolo con todo cariño. El amor de María únicamente debía pertenecer a un Hijo, el Hijo de Dios, y para eso María debía ofrendar toda su psicología de virginidad, como digna cuna, a la maternidad divina. Desde siempre.

A partir de la Anunciación la psicología de María da un vuelco de noventa grados. Se proyecta enteramente hacia el Hijo de sus entrañas, que ha bajado del seno del Padre. La vivencia de *maternidad consagrada* la embargará por entero para todo su vida. Aunque su virginidad permanece. Es un presupuesto de su maternidad que no puede desaparecer. Su amor sellado no puede ir a otro hijo, como no podía ir a otro hijo soñado antes de la Encarnación. Su amor maternal está consagrado para siempre. Sólo podrá extenderse a los hijos que son la prolongación espiritual del Hijo, todos los hombres redimidos, los hijos que *no nacen de la carne y de la sangre* (Juan, 1, 13).

El fiat. Psicología ilustradísima

"Dijo María: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y se fue de Ella el ángel" (Lc., 1, 38).

Eran las palabras más sublimes y eficientes que había de pronunciar criatura alguna. Palabras del Espíritu, como palabras de María. A ellas hay que aplicar, con mayor razón que en otro cualquier punto, por la sublimidad e importancia del caso, el principio de San Juan de la Cruz: *Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas (es decir, la de Dios y la de la criatura), sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas; que, por cuanto, como dice San Pablo (1 Cor., 6, 16), el que se une con Dios, un espíritu se hace con él, de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino, y son divinas (14).*

La expresión de la Virgen es primorosa, por su contenido y por su enunciación. No falta ni sobra una tilde. Ahí está toda la actitud precisa y bella de la Madre de Dios. Actitud serena, majestuosa. Implica, en primer término, una mirada penetrante hacia sí misma, confesando su nada. No es una mirada narcisista; es de arranque para engrandecer a Dios. Pero en este momento no se detiene a entonar un himno, sino se ciñe a cumplimentar debidamente el anuncio del ángel. No hay retóricas, diversiones, ampulósidades. Sobriedad, suma sencillez. No se percibe un leve titubeo en su conciencia. Todo es sobrio y categórico, propio de un alma que posee todo el dominio de su libertad.

Fiat, hágase, no es afirmación de pasividad o de resignada humildad. En ese caso hubiera dicho: *puede hacerse*. Su consentimiento avanza más. Muestra un *deseo vehemente* de que se cumpla la palabra de maternidad anunciada. En ese momento su psicología entera ya pertenecía al Hijo y superaba al fuego en ardor. El *fiat* es la misma palabra de la *creación*. María no aceptaba simplemente resignada; ya estaba embriagada de amor. Si había de recibir al Hijo por su propia voluntad, ya la tenía entregada por entero. Amaba con todas sus fuerzas al Hijo que se encarnaba en sus entrañas. Recibía

(14) *Subida, loc. cit., núm. 8.*

al Hijo mejor que madre alguna, con todo el amor dirigido a El, encerrándolo en esa palabra misteriosa, *fiat*. Tal vez una reflexión de este género le hizo afirmar a San Agustín que la Virgen concibió primero en la mente que en el cuerpo (15).

No son afirmaciones piadosas. La mística arroja luz suficiente sobre este misterio y sobre el alma de María colocada en una circunstancia como ésta de la Encarnación. San Juan de la Cruz se encarga de ello en la canción tercera de la *Llama*, la cual tomada en su sentido más sublime, enteramente se puede aplicar a María. La canción reza:

*¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!*

Como nos confiesa el Santo, la canción encierra una extraña profundidad. Se necesita mucho favor de Dios para declararla.

Se trata, con el nombre simbólico de *lámparas de fuego*, de grandes noticias de Dios, *con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma puedan ya estar esclarecidas, como lo están, y con calor de amor para poder dar luz y amor al que las encendió y enamoró, infundiendo en ellas dones tan divinos* (16).

La Encarnación fue para María la grande y más sublime noticia de Dios, potenciada de luz y amor.

"Según estas *noticias* —prosigue el Santo— que el alma tiene allí de Dios, distintas en un solo acto actualmente, le es al alma el mismo Dios muchas lámparas, que distintamente le lucen al alma, *pues de cada una tiene noticia y le dan calor de amor*, cada una en su manera y todas ellas en un simple ser, como decimos. Y todas

(15) "Prius concipere corde quam ventre" (Sermo 215, 4: PL 38, 1074). San Bernardo: "Esta palabra *hágase* significa el deseo que la Virgen tenía de este misterio" (*Super missus est*, 4, 11, BAC, 110, *Obras*).

(16) *Llama*, canción 3.^a, núm. 1.

ellas son una lámpara, que es el Verbo, el cual, como dice San Pablo (Hb., 1, 3), es resplandor de la gloria del Padre.”(17).

“El deleite y robamiento de amor que el alma recibe en el fuego de la luz de estas lámparas es admirable, es inmenso, es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una quema de amor... y el alma inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente...” (18).

Dios múestrase “en estas vías alegremente con esto, su rostro lleno de gracias, y diciéndote: *Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy para darme a ti, y por ser tuyo*” (19).

“¿Quién dirá, pues, lo que tú sientes, ¡oh dichosa alma!, viéndote así amada y con tal estimación engrandecida?.... En lo cual eres maravillosamente letificada según toda la armonía de tu alma y aún de tu cuerpo, porque se cumpla en ti el dicho del salmo (45, 5) que dice: El ímpetu del río letifica la ciudad de Dios” (20).

Páginas más adelante, comentando los postreros versos de la canción,

*con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido,*

enseña, entre otras cosas: “Estando clarificadas y encendidas en Dios, esos mismos resplandores que tiene recibidos con amorosa gloria..., hechas ellas también lámparas encendidas... aquí, de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo da, con los mismos primores que se lo da, como el vidrio hace cuando le embiste el sol; aunque estotro es en más subida manera, por intervenir en ello el ejercicio de la voluntad” (21).

(17) *Ib.*, núm. 3.

(18) *Ib.*, núm. 5, “Grandísimo deleite... Queda el alma... hecho una cosa con Dios... No se puede apartar El de ella” (Santa Teresa, *Mor VII*, c. 2, núm. 4).

(19) *Ib.*, núm. 6.

(20) *Ib.*, núm. 7.

(21) *Ib.*, núm. 67.

"Esta es la gran satisfacción y contento del alma, ver que da a Dios más que Ella en sí vale, dando con tanta liberalidad a Dios a sí mismo como cosa suya, con aquella luz divina y calor de amor que se lo dan. En la otra vida es por medio de la lumbre de la gloria, y en ésta, por medio de la fe ilustradísima" (22).

Primores: "Porque acerca del amor se hace el alma acerca de Dios con extraños primores, y acerca de este rostro de *fruición*, ni más ni menos, y acerca de la *alabanza* también y por el semejante acerca del *agradecimiento*" (23).

Perdón por lo extenso de la cita, pero la creo importantísima para nuestro asunto. Es una bellísima página no sólo de mística, sino de *psicología interna* que nos descubre el hondo sentir de las almas perfectas y, por consiguiente, de María.

Resumiendo la doctrina del Santo Doctor, él nos enseña que en estas sublimes noticias o comunicaciones de Dios, se le infunde al alma una poderosísima luz que ilustra la fe y a la vez un ardoroso calor de amor que abrasa o enciende al alma como en distintas lámparas, que se refunden en una, la comunicación del Verbo.

Por otra parte, la acción de Dios potencia al alma para que pueda devolver esa misma luz y amor recibidos, sin condicionar jamás su libertad. Ya aclara el Santo: *Teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida a Dios* (24). Tal capacidad de correspondencia a las finezas divinas produce en el alma una honda satisfacción, que prorrumpe en extraños primores de amor, alabanza y agradecimiento.

Cuando explica estas maravillas *psicológicas y místicas* el Santo no tiene el pensamiento ajeno de María. Sin duda está pensando de una manera particular en la Anunciación de María, la gran comunicación de Dios a la criatura. Naturalmente, por la lógica de los principios, hay que referir a María toda esa enseñanza.

(22) *Ib.*, núm. 70.

(23) *Ib.*, núm. 71.

(24) *Ib.*, núm. 68.

Expresamente recuerda a María al hablar del poder de los *resplandores* diciendo:

“Porque estos resplandores son inestimables mercedes y favores que Dios hace al alma, porque éstas se llaman por otro nombre “obumbraciones”, y éstas aquí, a mi ver, son las más altas que acá pueden ser en vía de transformación. Para inteligencia de lo cual es de advertir que “obumbramiento” quiere decir hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y hacer favores. Porque, llegando a tocar la sombra, es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar. Y por eso se le dijo a la Virgen (Lc., 1, 35) que la virtud del Altísimo le haría sombra, porque había de llegar tan cerca de Ella el Espíritu Santo que había de venir sobre Ella” (25).

Y un tanto más adelante añade:

Según esto, ¿cuáles serán las sombras que hará el Espíritu Santo al alma de todas las grandezas de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de Ella, que no sólo la tocan en sombra, mas está unida con ellas en sombra...? (26).

Estos descubrimientos místicos nos conducen luminosamente a penetrar en el alma y psicología de la Virgen en el momento de la Encarnación. La doctrina de San Juan de la Cruz es una contundente réplica a la de Erasmo y a la de no pocos erasmistas de hoy que estrechan pobremente el conocimiento de María frente al misterio de la Encarnación.

Ella, conforme a la mística, fue altamente iluminada como ninguna criatura en la comunicación de las noticias divinas. Modelo perfecto de la Iglesia, alcanzó mayor conocimiento que la Iglesia a través de su historia, así como mayor amor y perfección espiritual.

Por otro lado, Ella responde, llena de luz, libertad, agradecimiento y amor, a la comunicación de los “resplandores” de Dios. La respuesta que nos ha transmitido San Lucas, resumiendo todo el

(25) *Ib.*, núm. 12.

(26) *Ib.*, núm. 14.

arcano tesoro de los sentimientos de María, ha sido: *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra*. El *fiat* encierra un sentido para nosotros inconmensurable. Es consentimiento libre como ninguno, es deseo vehemente, es agradecimiento, es amor hacia el Verbo, el Padre y el Espíritu Santo, pero con un matiz psicológico muy especial para el Hijo de sus entrañas.

En el consentimiento de María se asentó la libertad con toda la anchura e intensidad que puede realizarse en una criatura. Nunca fue tan libre un ser, porque nunca ha estado ni estará tan unido a Dios, suprema libertad. El centro de la libertad es el centro del alma (27).

Escena continuada de la Encarnación

Para San Lucas, la Visitación de la Virgen a su prima Isabel es una prolongación *histórica, teológica y psicológica* de la Anunciación. Ambos pasajes se complementan.

Santa Isabel, llena del Espíritu Santo —notemos el detalle, sigue hablando y comunicándose Dios— repite más o menos las mismas palabras del ángel, acomodadas a una Encarnación realizada: “*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*” (Lc., 1, 42). El “*bendita tú*” corresponde al “*Salve, llena de gracia*”; y el “*bendito el fruto de tu vientre*” a “*el Señor es contigo*”. La bendición siguiente, “*dichosa tú la que has creído que se cumplirá lo que se te ha dicho de parte del Señor*”, refiérese a la actitud de María frente al mensaje del ángel. Por fin el himno del *Magnificat* armoniza perfectamente con la respuesta de María en la Anunciación y su estado psicológico. Los vv. 46-49 son una paráfrasis de la respuesta de María: “*He aquí la sierva del Señor; hágase...*”, trocando los términos. En el himno, primero el grito de júbilo y de agradecimiento, encerrado también en el *fiat* de la Encarnación; luego, el acto de humildad: “*ha mirado la humildad de su sierva*”.

Los primeros versículos del *Magnificat* se ajustan a la psicología íntima de María conforme a los principios místicos de San Juan de la Cruz tal como los hemos expuesto. Se amplía el conocimiento de la

(27) Cf. mi artículo *Libertad y personalidad en Edith Stein*, en “Rev. de Esp.”, núm. 123, 1972, pp. 231-241.

psique de María en el momento de recibir las sublimes noticias de la Encarnación. La Virgen se llena de luz. Es una comunicación —como diría la célebre carmelita y filósofa Edith Stein comentando la doctrina de San Juan de la Cruz— de *Personas a persona*. María necesitaba toda la luz que se requiere para dar un consentimiento digno de tal acontecimiento, céntrico en la historia del mundo. María se llena de amor. Y prorrumpe en un grito de extraños primores de alabanza, amor y agradecimiento.

“Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva; ha hecho en mí maravillas el Poderoso”.

Si analizamos psicológicamente el *Magnificat*, los dos primeros versículos manifiestan el *primer substrato de su conciencia*, coincidente con la experiencia fortísima de la Encarnación. Es lógico que aflore en primer término.

Luego se sobrepone *otra capa de su conciencia*, fruto de la reflexión posterior, pero muy reciente: *“Por eso me llamarán todas las generaciones bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso”*. Esta reflexión es una nueva ilustración profética del Señor, la visión de todo el futuro de María en la Iglesia, que tal vez lo atisbase ya en la comunicación de la Encarnación o a raíz de las palabras de Isabel. En la voz de Isabel oyó todo el clamor de la Iglesia llamándola: *Madre de mi Señor.*

El *tercer substrato psicológico* del *Magnificat* es el recuerdo de las manifestaciones de Dios en la historia de la salvación de su pueblo, pensamientos que Ella ha abrigado en su mente y en su corazón, ya que era reflexiva y conservaba las cosas, a través de las enseñanzas que se impartían en las sinagogas y se repetían en los hogares. Los recuerdos terminan en Abraham y en la promesa que se le hizo. El himno posee una gran fuerza de *síntesis*, remontando la historia hasta llegar al Padre de la promesa. La historia de la salvación está considerada y vivida bajo los aspectos de la misericordia de Dios y la bienaventuranza de la humildad y confianza en el poder divino, aspectos muy propios de las vivencias de María.

Los *tres pasos psicológicos* son, en realidad, muy lógicos en la conciencia. El más fuerte primero, el de mayor impacto en su psico-

logía; luego el más inmediato en el tiempo; por fin, todos los recuerdos de su fe, vividos durante los años de su infancia y adolescencia y guardados en su *subconsciente*: la reflexión sobre la historia de su pueblo, su significado, la promesa.

Es una prueba más, de tipo psicológico, de que el *Magnificat* responde enteramente a unas vivencias reales e históricas de María en el momento de la experiencia de la Encarnación y no un himno elaborado posteriormente por la conciencia del primer núcleo cristiano. No hay la menor alusión *al triunfo pascual de Cristo*, punto fundamental de la conciencia de la primitiva comunidad cristiana; y, sin embargo, hay una visión profética de la misión de María, derivada de la conciencia de la Encarnación.

Además, el himno ha de ser colocado donde está y no antes ni después. Porque, si bien, los tres primeros versículos pudiesen responder a la psicología de María en el instante de la Anunciación, no así los otros versículos, como hemos dicho.

Respecto al tercer substracto psicológico del *Magnificat*, donde hay un evidente tránsito del *subconsciente al yo* o conciencia, hay que anotar que las personas inteligentes y más perfectas poseen deslizante facilidad para franquear el *diafragma teórico* que los separa. Esto es, el consciente y subconsciente se hallan como separados por una especie de barrera sutilísima. El tránsito de un campo a otro es pobre en las personas mediocres. Es rico y llano en las geniales, en las personas de trascendentales decisiones, de gran visión y riqueza de pensamiento. El subconsciente, donde se halla todo el pasado, las vivencias y experiencias pretéritas asimiladas, ofrece un amplio tesoro a la conciencia para su visión y decisiones libres (28).

María, después de llenarse de júbilo y de agradecimiento, recuerda la historia de la salvación en maravillosa síntesis hasta el momento de su cumplimiento. Es una visión clara, panorámica y decisiva. Principio y conclusión en pocas líneas. Esto es genial.

(28) Cf. Eleuterio BOGANELL, *Cuerpo y espíritu*, Sociedad de Educ. Atenas, S. A., Madrid, 1953, p. 196.

Psicología de silencio

María estaba *desposada con un varón de nombre José* (Lc., 1, 27). El misterio de la Encarnación se había realizado antes de que María fuese recibida en casa de José: *"Antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo"* (Mt., 1, 18). Aún tardaron un tiempo en compartir un mismo techo. La Virgen, después de los tres meses que permaneció en Judea atendiendo a su prima Isabel, *"se volvió a su casa"* (Lc., 1, 56); es decir, a su propia casa. Solamente cuando el ángel dio a conocer a José el misterio que se había efectuado en María, éste obedeció *"recibiendo en casa a su esposa"* (Mt., 1, 24).

Dios permitió que José no conociese el misterio enseguida. De aquí que necesariamente tenía que sobrevenir el drama. Al volver María a Judea, con más de tres meses de embarazo, las señales eran ya evidentes. *"José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto"* (Mt., 1, 19).

En trance tan angustioso para María y José aparece un rasgo de la psicología de María: su espíritu de *silencio*. María, como puede comprobarse en otras coyunturas, sabe salir hacia afuera. En cambio, en esta circunstancia se encierra en sí misma. Guarda el secreto de la Encarnación, precisamente para su desposado José.

En realidad, sigue una norma de conducta invariable: se deja guiar por el Espíritu Santo; se abandona a sus designios, reflexiona sobre ellos. Cuando se consagró al Señor en virginidad lo hizo por impulso divino; cuando fue desposada, lo aceptó por impulso divino. Dios va trazando su vida y Ella es consciente de esta realidad.

Ahora ha sido el Espíritu Santo el que en un ambiente de profundo secreto le ha anunciado, por medio del ángel, el misterio de la Encarnación y realizado el misterio en su seno virginal. No es Ella la que tiene que adelantarse a manifestarlo a José. Es el mismo Dios el que tiene la palabra, y si lo cree conveniente lo hará. Siempre las acciones de María secundan la iniciativa de Dios, su designio, en cada momento. La actitud de María está a la escucha. ¿No obró de manera semejante Abraham con su hijo Isaac respecto al designio que Dios le había manifestado de inmolarlo? Dios se encargó de darle la solución más conveniente.

Dios tiene sus planes. No realiza programas con prisas. Poco a

poco y con firmeza: *fortiter et suaviter* (cf. Sab., 8, 1). Cuando el Señor se despidió de sus discípulos en la última cena, les avisó:

"Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquel, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa" (Juan, 16, 12-13).

La Iglesia también tiene que imitar a María en esa psicología de espera, confianza y silencio. Debe esperar, dejarse conducir por el Espíritu, no adelantándose a los planes de Dios. Debe descubrir en los *signos* el tiempo oportuno. Porque no es el hombre el que hace Iglesia, sino el Espíritu. Solamente su palabra y acción son eficientes.

Las bodas de Caná. Psicología de seguridad

San Juan de la Cruz aplica su principio de perfección de una manera concreta a la oración de la Virgen en las bodas de Caná. La Virgen rogó a Cristo no movida por un sentimiento incontrolado, por un subconsciente ciego de compasión. Su sentimiento y ruego fueron movidos y dirigidos por el Espíritu del Señor, de suerte que su oración fue del todo perfecta.

Recordemos el texto del Santo. *"El que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta o desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido, como cuando la bendita Virgen dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: No tienen vino"* (Juan, 2, 31).

En efecto, si analizamos psicológicamente las palabras y actuación de la Virgen descubrimos una seguridad absoluta de ser escuchada, a pesar de la respuesta del Señor de que no había llegado su hora. María sentía, como siempre, el respaldo de la acción del Espíritu Santo, que es el mismo Espíritu de Cristo. Jesús lo reconoció inmediatamente. María se sentía segura de su impulso y de su eficacia. Como apostilla San Juan de la Cruz: *"las obras y el ruego de estas almas siempre tienen efecto"*.

Edith Stein, en *La ciencia de la cruz*, comentario a la doctrina del santo Doctor, tiene unas largas páginas dedicadas a la libertad y

al centro del alma. El puro centro del alma, que se alcanza con la máxima perfección, coincide con la fuente última de la libertad, con su pleno dominio. Esto es, en el camino de la perfección van en relación directa libertad y unión con Dios (29).

La libertad auténtica no se conjuga con el capricho o voluntariedad. Es un don que va unido a Dios, a su poder, a su eficacia. Cuanto más tenga la libertad de perfección espiritual, esté más centrada en el alma, es menos fluctuante, más segura. De aquí que Edith Stein pueda afirmar: *"El alma tiene en razón de su 'yo', de su autonomía individual, la facultad de moverse a sí misma. El 'yo' es en el alma aquello por lo que ella se posee a sí misma y lo que en ella se mueve como en su propio campo. Su centro más profundo es también el centro de su libertad; el centro, donde, por decirlo así, puede concentrar todo su ser y señalarle una determinada orientación. Ciertas decisiones de menor importancia podrán, en cierto modo, ser tomadas desde un punto situado mucho más exterior; pero serán decisiones superficiales; será pura casualidad el que una decisión así sea la adecuada, porque únicamente partiendo desde el centro más profundo hay la posibilidad de medir todo con la regla exacta y suprema; y después de todo tampoco será una decisión libre, porque el que no es dueño absoluto de sí mismo no puede obrar sino inducido..."* (30).

Páginas más adelante completa su pensamiento: Cuando el alma *"ha llegado allá (al centro del alma), es Dios quien hace todo en ella... Sin embargo, en esta actitud receptiva es donde cabalmente se pone de manifiesto la participación de su libertad, participación que se hace mucho más efectiva, por cuanto, si Dios hace aquí todo, es porque primero el alma se le ha entregado más por entero. Y esta entrega constituye el ejercicio supremo de su libertad. El Santo mismo describe el matrimonio espiritual como una entrega libérrima de Dios al alma y del alma a Dios, y atribuye tal poder al alma que se encuentra en este grado de perfección, que no sólo es dueña de sí misma, sino que lo es también de Dios"* (31).

(29) *La ciencia de la Cruz*, Edic. Dinor, San Sebastián, 1959, pp. 216 ss.

(30) *Ib.*, p. 217.

(31) *Ib.*, p. 221.

María se hallaba en un estado que la situaba en el más puro centro de la perfección y de la libertad, y, conforme a los postulados místicos, sus decisiones no podían ser *superficiales*, abandonadas al azar del éxito o del fracaso, porque eran al mismo tiempo decisiones de Dios, conservando su carácter de libérrimas. De donde procedía su *psicología de seguridad y serenidad*. El éxito es siempre la corona de sus ruegos. Todo esto aparece claro en las bodas de Caná.

Se manifiesta también otro elemento. La psicología de la Virgen se nos muestra de *iniciativa*, exenta de timidez. Recordémosla en su gesto de subir sola a Judea para auxiliar a su prima Isabel. La "presteza" con que se puso en camino es propia de un alma de iniciativa, emprendedora, que sabe salir de sí misma para acudir en ayuda de los demás.

En las bodas de Caná no vemos un *espíritu introvertido*, a pesar de que nos consta que es un alma sumamente *contemplativa*. Vemos a María preocupada por la pena del prójimo, porque se han quedado sin vino los jóvenes esposos. Signo de madurez es la facilidad con que se puede pasar de la contemplación a la acción.

Toma la decisión de acudir a Jesús, y no obstante la aparente repulsa, manda a los criados que hagan lo que El les ordene. Es decir, precipita el acontecimiento. Toma una iniciativa y la prosigue sin vacilaciones ni cortes: como en la Anunciación, como en la Visitación. Más tarde, sobre el Calvario, el rasgo de estar de pie, sin desmayos, que la postren ante la terrible escena de la muerte del Hijo, revela toda la serenidad y fortaleza de su corazón: una psicología que sabe a dónde se dirige.

Pero ¿cómo se une la oración perfecta de la Virgen con la respuesta de Jesús que nos ofrece el texto? Las palabras de Jesús, en el original griego *ti émoi kai soi*, constituyen una frase idiomática semita o aramea repetida en otros pasajes evangélicos y aún del A. T. (cf. 1 Reg., 17, 18; Mt., 8, 29; Mc., 1, 24; Lc., 4, 34). Indican una especie de separación entre el que habla y su interlocutor sobre un asunto concreto. Aquí, en el texto de San Juan, la frase va relacionada con el concepto siguiente: "*Aún no ha llegado mi hora*". Esa "hora" de "*manifestación de su gloria*" (Juan, 2, 11), solamente la conocía Jesús. María no la conocía. Mas ella era inducida por la fe y la caridad a interceder: era un impulso divino. La oración de María era perfecta, pero se adelantaba a la "hora" hipotética de Jesús. Así

era el plan de Dios. San Juan comprende que hay un misterio en la intervención de la Virgen.

Existe cierto paralelismo entre la escena de Caná y la de la cananea (Mt., 15, 21-28), salvando las distancias y fijándonos más bien en la respuesta de Jesús y su posterior actuación. La cananea suplica la curación de su hija. El Maestro responde: *"No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel."* No obstante, la gran fe de la mujer le obliga a exclamar: *"¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres"*. Es decir, tampoco aquí había llegado la *"hora"* de Jesús, pues solamente había sido enviado a curar a las ovejas perdidas de Israel. La fe de la mujer, sin embargo, le mueve a realizar el milagro.

Y es que la hora de la fe puede obligar a adelantar la hora del tiempo mesiánico. María llevaba en su corazón la hora de la fe. Jesús esperaba el momento mesiánico de los milagros profetizados por Isaías. En realidad no se oponen. Jesús da más valor al momento de la fe y adelanta la hora.

La actitud de María es todo un signo. Se han unido la *"hora"* de María y la *"hora"* de Jesús. Todo procede de un mismo Espíritu. Por eso el éxito fue rotundo: *"Esto fue el principio de los milagros de Jesús, en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron sus discípulos en El"* (Juan, 2, 11).

Imagen mística de María, según San Juan de la Cruz

IMAGEN MISTICA DE MARIA, SEGUN SAN JUAN DE LA CRUZ

Enrique Llamas

San Juan de la Cruz en esta cuestión, podríamos poner en lugar de la Virgen María, con más propiedad que en los de cualquier otra cosa, aquellas imágenes que expresan los más elevados y trascendentes sentimientos en la vida humana.

"Cocintemo, Amado,
y vámonos a ver en la hermandad
el maric y alcolando
de mana el agua para
entremos más adentro en la espavida" (c. 36).

"El aspirar nel aire,
el choro de la dulce flama,
el amor y no de amor
en la noche oscura
con la luz que consume y no se para" (c. 10).

Imagen mística de María, según San Juan de la Cruz *

a) En el fondo, la que hemos descrito es la imagen de María, que ocupa el centro luminoso del pensamiento místico de San Juan de la Cruz; la que tiene ante sus ojos cuando contempla sus excelencias; la que pudo haber convertido en protagonista de las últimas y más sublimes canciones de su *Cántico espiritual*, o de la *Llama de amor viva*. Podríamos personificar en María el protagonismo del alma que dialoga con su Esposo y no alteraríamos el sentido, ni debilitaríamos la fuerza y la belleza del comentario, antes por el contrario conseguiríamos un realismo mucho más profundo. El sentido mariano es connatural, hablando lenguaje místico, al *Cantar de los Cantares* y a la mayor parte del *Cántico* de San Juan de la Cruz.

Situándonos en esta cumbre, podríamos poner en labios de la Virgen María, con más propiedad que en los de cualquier otra alma, aquellas estrofas que expresan los más elevados y encendidos sentimientos en la unión transformante:

“Gocémenos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura,
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura” (c. 36).

“El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donarie
en la noche serena
con llama que consume y no da pena” (c. 39).

* “Estudios Marianos” 45 (1980) B -29-33.

La llama es el amor del Espíritu Santo, que había cubierto con su sombra a María en la encarnación del Verbo. Al final de sus días, mejor que el alma del *Cántico espiritual*, Ella podía esperar y suspirar por que su Amado le diese a poseer en consumado y perfecto amor —del que habla la canción— todas las cosas, “absortas todas y ella con ellas en ese amor perfecto que no da pena”.

Juan de la Cruz no desarrolló el sentido mariano del *Cántico espiritual*. De haberlo hecho, nos hubiera regalado con una obra maravillosa e insuperable de mística mariana. Porque tal sentido encaja perfectamente en muchas de sus estrofas; ya que la visión y el concepto que el Santo tenía de la imagen mística de María es precisamente: como modelo, ejemplo singular y prototipo, como la más sublime verificación de todo cuanto vive y siente el alma en su más elevada perfección mística. Modelo de esa alma que en el estado de unión transformante y habiendo llegado al matrimonio espiritual, se emplea de continuo y sin reservas en el servicio amoroso de Dios, consagrada a El enteramente: *que ya solo en amar es su ejercicio* (canción 28); de esa alma que anhela llegar ya a la plena posesión de Dios en la visión beatífica y pide que se rompa la tela de ese dulce encuentro... (*Llama*, c. 1). Esta alma puede ser para San Juan de la Cruz la Virgen María, por antonomasia.

b) En efecto. Solo en cuatro ocasiones a lo largo de sus tratados espirituales —92 capítulos de la *Subida*, 39 de la *Noche*, 40 canciones del *Cántico* y cuatro de la *Llama* —se refiere el Santo Doctor a la Virgen María. En todas lo hace en sentido místico.

La referencia más importante la encontramos en la *Subida*. Su intento en este libro es adoctrinar a las almas para que puedan llegar “en breve a la unión divina”, a la “unión perfecta con Dios”, y a escalar la cima del monte de la perfección, donde solo mora “la gloria y honra de Dios”; llegar al “iuge convivium”, donde la caridad reina en el *divino silencio*, iluminada por la *divina sabiduría*.

El alma va disponiéndose para esa unión mediante la purificación sensitiva y espiritual: de los sentidos, del entendimiento, de la voluntad y de la memoria. Purificadas las tres potencias espirituales bajo el influjo de las tres virtudes teologales, el alma llega a la unión mística y perfecta con Dios. En ese estado todas sus acciones proceden de Dios; todos sus movimientos interiores son como divinos.

En el capítulo 2 del libro tercero explica el Santo la purificación total de la memoria, como remate de la labor purificativa del alma. Conseguida dicha purificación, el alma disfruta de un estado de madurez psicológica y espiritual; actúan en ella los dones del Espíritu Santo; la iniciativa en sus acciones es de Dios, como motivo y como finalidad; sus acciones son divinas, desde sus primeros movimientos.

San Juan de la Cruz era consciente de la singularidad radical de estas afirmaciones, y de la extrañeza que podrían causar a inteligencias meticulosas y a personas no experimentadas. ¿Podía aducir algún argumento, o un dato que garantizase sus enseñanzas?... El hablaba desde su experiencia; y en confirmación de ella proyecta su haz de luz maravillosa sobre la figura de la Virgen María, como una bella y excepcional constatación de cuanto había afirmado acerca de ese estado místico de las almas que llegan a esa alta perfección:

“Tales eran —dice— las (acciones) de la gloriosa Virgen Nuestra Señora; la cual habiendo sido elevada desde el primer instante de su existencia a este elevado estado, no tuvo jamás forma de creatura impresa en su alma, ni se movió nunca por ella, sino siempre su moción vino del Espíritu Santo” (36).

c) Este texto bien merecería un amplio comentario; pero, no es de este lugar. Es la *definición mística* de la Virgen María, a la que el autor ha llegado sobre la base de la teología tradicional y desde su experiencia mística personal. María “desde el primer instante de su existencia” estuvo adornada de gracia. Fue preservada del pecado original y se vio libre de todo pecado. Pero, esta preservación fue algo positivo en Ella. La Plenitud de gracia y su unión con Dios anuló en Ella la ignorancia y la debilidad de la voluntad.

Sobre estos datos de la teología y como irradiación de una experiencia personal, Juan de la Cruz descubre el estado de elevación mística y de unión perfecta de la Virgen María con Dios, en todo movida por el Espíritu Santo. El principio de eminencia tiene indudablemente aplicación en su razonamiento. María no podía carecer de esta merced ni de esta unión mística, dada su singularidad y su

(36) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*=S., III, 2,10.

plenitud de gracia en toda su dimensión óptica y funcional. Esa plenitud de gracia hizo que "no tuviese jamás forma de creatura impresa en su alma, ni se moviese nunca por ella".

Examinando los elementos esenciales de esta *definición mística* que San Juan de la Cruz nos da de la Virgen María, descubrimos las diferencias notables que tiene con las descripciones teológicas que nos ofrecen otros autores contemporáneos y posteriores. Podemos tomar como punto de referencia la que nos ofrece Francisco Suárez, creador de la mariología científica, y que presenta la particularidad de haber elaborado las cuestiones sobre la Virgen María precisamente "ayudado de una profunda piedad mariana", como advierte el P. José Antonio de Aldama (37).

Entre las grandes cuestiones mariológicas, Suárez desarrolló *amorosamente* —tal vez con mayor fervor que ninguna otra— la de la evolución vital de la gracia en el alma de Nuestra Señora. La imagen de María que nos ofrece bajo este punto de vista está definida por estas líneas fundamentales, que el Padre Aldama ha descrito de esta manera:

"María creció en gracia mediante todos los actos de su vida mortal y por cada uno de ellos, pues en ella no existieron actos indeliberados, y sus actos deliberados fueron siempre buenos. Con frecuencia y casi sin interrupción pensaba en las cosas divinas y tenía su espíritu fijo en Dios. El dominio que tenía sobre todos sus actos le evitaba cualquiera distracción; las ocupaciones exteriores no le impedían estar atenta interiormente a Dios; nada impedía que el fervor de su caridad se desarrollase siempre mirando hacia Dios. Su vida unía en sí lo mejor de la vida activa y la contemplativa; era realmente una vida celestial" (38).

(37) DE ALDAMA J. A., *Pieté et système dans la mariologie du "Doctor Eximius"*, en *María*, de H. DU MANOIR, II, PARIS 1952, 984.

(38) VER, SUÁREZ F., *De mysteriis Vitae Christi*, disp. 18,5,2 nº 2, y nº 11. Cf. ALDAMA, *loc. cit.*, 985. Nuestra apreciación no resta valor ninguno ni a la importancia de Suárez en mariología ni mucho menos a su santidad de vida, ni al sello espiritual y de piedad con que está marcada su doctrina mariana. Suárez fue también un místico, como ha expuesto largamente el P. E. Elorduy (cf. ELORDUY E., *Teología mística de Suárez*, en *Manresa* 13 [1943] 203-230; 16 [1944] 117-128; 220-240). Pero, el procedimiento que Suárez adopta en su mariología es el de un teólogo escolástico, más que el de un místico, que parte de su experiencia interior.

Sobre un mismo fondo teológico, no apreciamos aquí el destello de la experiencia mística. Suárez escribe con piedad de teólogo; San Juan de la Cruz con calor y con visión de místico. Por eso, el retrato que nos hace de la Virgen María, desde el punto de vista espiritual, puede ser considerado como el más profundo y auténtico, el que más fielmente corresponde a la realidad. Solo en él se reflejan las vivencias más íntimas del alma de María.

Otro aspecto de la imagen mística de María

En la *Llama de amor viva* San Juan de la Cruz detalla otros rasgos particulares de la imagen mística de María. Ella le sirve como una verificación, para *explicar mejor* y más cabalmente el significado del verso segundo de la canción tercera: “en cuyos *resplandores* (las profundas cavernas del sentido)” (39).

Los resplandores que el alma recibe en el estado de unión mística se derivan de las “virtudes y atributos de Dios”, que son como “lámparas encendidas y resplandecientes”. Por estar tan cerca del alma y por su exceso de luz, “no podrán por menos de tocarla con sus sombras”, o causar alguna “sombra”, u ofuscación en ella, como el exceso de luz en la visión natural.

El Doctor místico llama a este “tocar con sombra”, *obumbración*. Por ella y mediante ella el Espíritu Santo causa y comunica mercedes al alma. Así fue la gran “merced” de la concepción del Verbo, que Dios hizo a la Virgen María, y que en la Sagrada Escritura se designa como: *obumbración del Espíritu Santo*.

María es considerada aquí, no solo como quien recibe el don de la maternidad divina en la encarnación del Verbo; sino como alma mística que recibió en su interior la merced del Espíritu Santo. Tal vez a esta consideración obedece el que los autores de este tiempo, entre los que es testigo Fray Luis de Granada, afirmen que la Virgen María había recibido el mensaje del Ángel en la anunciación, estando en oración y en subida contemplación de los misterios de Dios.

(39) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llamar de amor viva*, c. 3,12.

RETABLO DE SANTA MARIA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Efrén de la Madre de Dios

El Retablo de la Cruz, no solo no ha perdido de vista la figura gloriosa de la Santísima Virgen, sino intuitivamente la ha ido buscando con el tiempo para calzar sus atributos en el alma que se unió con Dios.

El principio acertado era, "Dios solo mueve las potencias de las cosas por aquellas (cosas) que conviene, según la voluntad y ordenamiento de Dios, y no se pueden mover a otras. Y así las cosas y seres de estas cosas siempre tienen efecto".

Por eso el principio de su "teoría", pero luego descendiéndonos al "caso concreto" donde su teoría se ha inspirado.

Como una de las (obras) de la gloriosa Virgen nuestra Señora, el Retablo de la Cruz, desde el principio levantada a un alto estado, marca el punto de partida de la forma de alguna criatura si por ella se puede mover a su fin, como dice por el Espíritu Santo (191).

Como se ve en la tumba del Monte la dulce figura de la Virgen Santísima, Madre del Carmelo, en el oficio sagrado se dice de la Virgen: "Fundadora que in efrenis sacris" (192). Y así, en el Carmelo o en cualquier otro lugar, donde se vea la Virgen, como la cumbre de las montañas santas,

El retablo de la Santísima Virgen María *

Los maestros del Carmen Descalzo, como Baltasar de Santa Catalina, autor del mayor comentario que se hizo a *Las Moradas* de Santa Teresa, proponían cierto “desposorio espiritual con la Santísima Virgen”, y el aludido maestro, debajo de un retrato lineal de la Virgen, anotaba aquellas palabras bíblicas: “Hanc exquisivi a juventute mea” (Sab. 8, 2): “La amé y busqué desde mi juventud; procuré desposarme con ella, enamorado de su belleza”.

San Juan de la Cruz, no sólo no ha perdido de vista la figura sobrehumana de la Santísima Virgen, sino instintivamente la ha ido buscando todo el tiempo para calcar sus atributos en el alma que se desposa con Dios.

El principio asentado era: “Dios sólo mueve las potencias destas almas para aquellas (cosas) que conviene, según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras. Y así las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto”.

Este era el principio de su “teoría”; pero luego desciende al “caso concreto” donde su teoría se ha inspirado:

“Tales eran las (obras) de la gloriosísima Virgen nuestra Señora; la cual, estando desde el principio levantada a tan alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo” (101).

Quizá por vislumbrar en la cumbre del Monte la ínclita figura de la Virgen Santísima, Madre del Carmelo, en el oficio litúrgico se decía de la Virgen: “Fundamenta ejus in montibus sanctis” (Ps. 86, 1), que sus cimientos o comienzos empezaban a levantarse donde acaban todos los santos, sobre la cumbre de las montañas santas;

* *El Monte y el Castillo*, Avila, Tau, 1987, 213-218.
(101) 3 *Subida*, 2, 10.

pensando en esto, creemos, dio al monte el título sospechoso de *Monte Carmelo*, y también desde el principio coronó su cumbre con un texto circular muy significativo: "Introduxi vos in terram Carmeli, ut comederetis fructum eius et bona illius" (Jer. 2, 7).

Ahora, tratando de las almas unidas como esposas de Dios, vuelve a asomar la fisonomía fascinante de la Virgen María, y a su vista va trazando el siguiente retrato:

"Aquí le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas; porque a modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia y compasión sin sentir compasión, le acaece al alma en esta transformación de amor; aunque algunas veces y en algunas cosas dispensa Dios con ella, dándole a sentir y dejándola padecer, porque merezca más, *como hizo con la Virgen Madre* y con San Pablo y otros" (102).

Ella también es el dechado de las *divinas obumbraciones* de Dios en el alma, cuando se derrama sobre ellas la Santísima Trinidad, diciendo:

"Y por eso aquella gran merced que hizo Dios a la *Virgen María* en la concepción de el Hijo de Dios la llamó el ángel San Gabriel *obumbración* de el Espíritu Santo, diciendo: El Espíritu Sancto vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra" (103).

Y con los ojos puestos en la Santísima Trinidad, que descendió sobre ella, va tejiendo alusiones asombrosas de lo que siente el alma con aquel descenso de Dios:

"Todo lo que de nuevo le puede venir, ya ella se lo tenía, y así es más lo que en sí tiene que lo que de nuevo le viene".

(102) *Cántico*, 20-21, 11.

(103) *Llama de amor viva*, 3, 12.

“De donde todas las veces que a esta alma se le ofrecen cosas de gozo y alegría, luego se convierte a gozar de las riquezas que ella tiene ya en sí, y se queda con mucho mayor gozo y deleite en ellas que en las que de nuevo le vienen. Porque tiene, en alguna manera, la propiedad de Dios en esto, el cual, aunque en todas las cosas se deleita, no se deleita tanto en ellas como en Sí mismo; porque tiene El en sí eminente bien sobre todas ellas...”

“Porque el alma que ha llegado a este cumplimiento de transformación en que está tan crecida, no va creciendo con las novedades espirituales como las otras que no han llegado”.

“Pero es cosa admirable ver que, con no recibir esta alma novedades de deleites, siempre le parece que los recibe de nuevo, por ser su bien siempre nuevo, y así le parece que recibe siempre novedades, sin haber menester recibirlas” (104).

No menos alusiones descubrimos cuando considera el *abrazo* de Dios al alma, que para él era lo que había cantado en el romance del Nacimiento:

“Así como desposado
de su tálamo salía,
abrazado con su esposa
que en sus brazos la traía;
al cual la graciosa Madre
en un pesebre ponía...
Y la Madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía:
el llanto del hombre en Dios
y en el hombre la alegría”.

“Si quisiéramos hablar de la iluminación de gloria que en este ordinario *abrazo* que tiene dado al alma algunas veces hace en ella, nada se podría decir que declarase algo de ello; porque a manera del sol, cuando de lleno embiste en la mar..., así este divino sol de el Esposo, convirtiéndose a la esposa, saca de

(104) Cántico, 20-21, 12-13.

manera a luz las riquezas del alma, que hasta los ángeles se maravillan de ella... En la cual iluminación tampoco se le acrecienta nada a la tal alma, sino sólo sacarle a luz a que goce lo que antes tenía" (105).

Ante la posible humillación y el "lógico" aplastamiento del alma en la efusión infinita de la merced de Dios, San Juan de la Cruz esgrime un motivo genial, que es la "igualdad de amor", es decir, que aquí el alma da tanto a Dios como de El recibe, porque se le da en virtud de El mismo que de antemano se le entrega:

"Todas nuestras obras y todos nuestros trabajos, aunque sean los más que pueden ser, no son nada delante de Dios; porque en ellas no le podemos dar nada ni cumplir su deseo, pues no lo ha menester. Y así, si de algo se sirve es de que *el alma se engrandezca*.

"Y como no hay otra cosa en que más le pueda engrandecer que *igualándola consigo*, por eso solamente se sirve de que le ame... Por eso se llama *esposa del Hijo de Dios*, lo cual significa *igualdad con El*, en la cual igualdad de amistad todas las cosas de los dos *son comunes* a entrambos" (106).

Y aun aclara que "el fin por que el alma deseaba entrar en aquellas cavernas era por llegar a la *consumación de amor* de Dios que ella siempre había pretendido, que es *venir a amar a Dios con la pureza y perfección que ella es amada de El*, para pagarle en esto la vez (107).

En las condiciones de la presente vida mortal, donde el amor está siempre en continuo crecimiento, sin alcanzar la consumación definitiva, la igualdad sólo podía darse en posibilidad de perspectiva, tanto más cuanto que es siempre bajo los velos de la fe. Este punto obligó a San Juan de la Cruz a rehacer el *Cántico espiritual* con una nueva redacción B. En el *Cántico A* había subrayado ciertas restricciones a la pretendida plenitud de amor: "a lo menos en cuanto sufre

(105) *Cántico*, 20-21.

(106) *Cántico*, 28, 1.

(107) *Cántico*, 38, 2.

este estado de vida" (108); y concluía: "porque no puede el alma venir a esta igualdad y entereza de amor, si no es en transformación total de su voluntad con la de Dios" (109).

En el *Cántico B* se inspira en el amor beatífico como "inspirador" de lo que aquí sucede en germen: "Porque aunque en este alto estado que aquí tiene hay unión verdadera de voluntad, no puede llegar a los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte unión de gloria tendrá..." Y así concluye: "En este estado de *matrimonio espiritual*, aunque no haya aquella perfección de amor glorioso, hay, empero, un *vivo viso e imagen* de aquella perfección, que totalmente es inefable" (110).

Y como en ambos estados, el de *viadores y bienaventurados*, la raíz es la misma, con ella, que es el Espíritu Santo, adapta el viador lo que declaradamente será en la gloria, "el cual (Espíritu Santo), a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina levanta el alma y la informa y habilita para que ella *aspire la misma aspiración* de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que a ella la inspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo. Porque no sería verdadera y total transformación, si no se transformase el alma en las Tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado" (111).

De esta forma ve el nudo de conexión entre la presente y la futura vida en que es la misma acción del Espíritu Santo la que obra en gloria o en el tiempo; sólo varía nuestra condición temporal:

"Y cómo esto sea no hay más saber ni poder para decirlo, sino dar a entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado..., y así lo pidió al Padre, diciendo: Padre, quiero que los que me has dado que donde Yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean la claridad que me diste, es a saber, que hagan por participación en nosotros la misma obra que Yo por naturaleza, que es aspirar al Espíritu Santo".

(108) *Cántico A*, 37, 1.

(109) *Cántico A*, 37, 3.

(110) *Cántico*, 38, 3-4.

(111) *Cántico*, 39, 3.

“De donde las almas esos mismos bienes poseen por participación que El por naturaleza... De donde San Pedro dijo: Nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dio, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la divina naturaleza (Pe. 2, 1, 4). Da claramente a entender que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en El, acompañadamente con El, la obra de la Santísima Trinidad, de la manera que habemos dicho, por causa de la unión sustancial y por amor entre el alma y Dios” (112).

(112) Cántico, 39, 4-6.

ASPECTOS ESPECIALES

ASPECTOS Y DESARROLLO DE LA GRACIA EN MARIA SANTISIMA, SEGUN LA DOCTRINA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Gabriel de la Magdalena

Aspectos y desarrollo de la gracia en María Santísima, según la doctrina de San Juan de la Cruz *

Comienzo con una pregunta: ¿No es algo arbitrario, y por tanto temerario, querer servirse de la doctrina de San Juan de la Cruz para describir el desarrollo de la gracia en el alma de María? ¿No es acaso verdad que, en sus obras, el Doctor místico rarísimamente habla de modo explícito acerca de María Santísima, como tampoco de cualquier otro santo, por lo mismo que él lo que intenta siempre y únicamente es dar a conocer el estado de la unión con Dios —es decir, la meta a la que quiere conducir al alma— y del camino que efectivamente lleva a esa unión? ¿No será exponerse a caer en el reino de las pías fantasías querer reconstruir la vida espiritual de la Virgen, que fue una criatura totalmente singular, con los principios de una doctrina que intenta iluminar el camino común de las almas contemplativas? ¿Y esta doctrina será aplicable al estudio de la vida interior de Nuestra Señora?

Responderá a estas interrogantes el mismo santo. Es verdad que él no habla mucho de la Virgen: en sus obras mayores apenas podemos citar cuatro textos donde la recuerda de manera expresa (1), pero esos bastan para demostrar con toda evidencia que, según el pensamiento del santo doctor, las doctrinas expuestas por él se verifican también, aunque de modo más pleno y más perfecto, en la vida espiritual de María Santísima. Digo más: uno solo de estos textos bastaría para hacer plenamente legítimo lo que aquí pretendemos demostrar.

Se sabe que toda la doctrina de San Juan de la Cruz gira en torno al estado de la unión con Dios, que constituye de hecho el punto central de toda su enseñanza. Ahora bien, él declara explícitamente que este estado se ha verificado en la Virgen de manera verdaderamente singular: dice, en efecto, del modo más formal que María, “desde el principio” estuvo levantada a este alto estado (2) de unión con el Señor.

* “*Rivista di vita spirituale*”, Firenze, 5 (1951) 52-70.

(1) *Subida del Monte Carmelo*, III, 2, 10; *Cántico* 2,8; 2,10; *Llama* 3,12.

(2) *Subida* III, 2, 10.

El santo entiende evidentemente que la doctrina expuesta por él encuentra su aplicación también en la vida espiritual de la Virgen. Sin embargo, debemos tener en cuenta que en Ella no se puede hablar de un "camino para la unión", justamente porque desde el principio estaba ya levantada a este alto estado; pero sí se debe encontrar en ella y ciertamente de modo más perfecto todo lo que pertenece a la vida del alma que ha llegado a la unión.

Siendo así que la afirmación de la presencia del estado de unión en el alma de María es tan importante como para poder permitírnos contemplar su alma a la luz de la doctrina de San Juan de la Cruz, es necesario ante todo probar que esta afirmación está bien fundada, y luego sacar las consecuencias.

María levantada al estado de unión con Dios

Cuando San Juan de la Cruz propone a María como modelo al alma que quiere subir a las cumbres del Monte Carmelo, símbolo de la unión más íntima con Dios, no hace otra cosa que expresar de un modo personal y verdaderamente genial una antiquísima tradición de su familia religiosa recogida en un libro que se remonta al siglo XIII y se titula: *Institución de los primeros monjes*. San Juan de la Cruz lo ha tenido que conocer. Hacía parte de los preciosos documentos reproducidos en el famoso *Speculum Ordinis* impreso en Venecia en 1507, y que, en 1563, cuando el santo de veinte años entró en la Orden debía estar ya muy difundido en los conventos principales. Probablemente lo habrá encontrado en Medina del Campo donde hizo el noviciado y seguramente en Salamanca donde estudió y frecuentó la Universidad. En aquel libro encontró expuesto del modo más atrayente cómo, no sólo el profeta Elías, el gran contemplativo, es el modelo de la vida carmelitana, sino también María Santísima, a la que los antiguos carmelitas se complacían en llamarla su "Hermana", precisamente porque Ella había vivido de la manera más perfecta aquella vida de total pureza que ellos querían cultivar como medio más eficaz para llegar pronto a la unión con Dios.

En la nubecilla contemplada por el gran Profeta —la cual, surgiendo del mar, recubrió el Carmelo y se disolvió en abundante lluvia— el antiguo autor ve una prefiguración de María y enumerando

las diversas propiedades de la nubecilla, encuentra en ellas muchos símbolos de las prerrogativas de la Virgen: es la Inmaculada, la primera mujer que ha hecho el voto de virginidad, es la privilegiada Madre de Dios (3). Entre las criaturas ¿hay alguna otra en la que aparezca mejor la constatación de que la vida de pureza conduce a la mayor intimidad con Dios?

Juan, enamorado desde niño de la Virgen, debe gozar inmensamente al poder y deber ordenar en adelante toda su vida sobre la de Aquella que los antiguos escritores de su Orden se complacen en llamar también "Madre del Carmelo" (4). Es un gozo íntimo al que él nunca podrá renunciar; y cuando, con su genio, dará al ideal del Carmelo la formulación definitiva proclamando que consiste en el estado de unión que une al alma con Dios en el modo más íntimo, se sentirá espontáneamente impulsado a ver este ideal realizado en Aquella cuya vida sabe que se debe imitar, y verá con toda naturalidad en María el modelo del alma que ha llegado a la unión con Dios. De hecho, escribe: "Desde el principio María fue levantada a este altísimo estado".

¿Es ésta una intuición de su corazón o es el razonamiento profundo de un teólogo?

Para nosotros no hay duda: el amor por María le ha podido suscitar el presentimiento, pero su mirada penetrante de genial teólogo ha descubierto la luminosísima verdad.

Juan sabe que María es Inmaculada. Pero en la Inmaculada Concepción no ve solamente la preservación del pecado original; intuye en ella también el aspecto positivo, es decir, la presencia de la gracia santificante en el alma de María desde el primer momento de su existencia.

Por consiguiente, María fue levantada al estado de gracia "desde el principio". Pero eso no es todo. La gracia con que María inició la que podríamos llamar su "carrera espiritual" fue, según la enseñanza común de los teólogos, más grande, más intensa y más perfecta que la que los más grandes santos alcanzan al término de su carrera. Ahora bien, todos los santos alcanzan como última meta el estado de unión. María por tanto que, desde el origen, estaba en la vida de la

(3) *Institutio primorum monachorum*, libro VI, c. 1.

(4) Cfer. nuestro opúsculo *Mater Carmeli, la vie mariale carmelitaine*, Roma, 1931.

gracia por encima de los santos al término de su existencia, debía gozar desde el primer momento del estado de unión. La afirmación del doctor místico queda por tanto realmente justificada. Pero a condición de que el estado de unión signifique efectivamente la perfección, la plena madurez de la vida de la gracia. Para sacar en consecuencia una demostración completa es necesario exponer que el estado de unión no es otra cosa que la plena perfección espiritual.

Pero tampoco esto presenta gran dificultad, porque el doctor místico nos ha dejado una definición del estado de unión que demuestra lípidamente que en eso consiste la plena madurez de la vida espiritual. Dice así:

—“El estado de unión consiste —y cuando un teólogo emplea la palabra “consiste” quiere indicar cuáles son los elementos requeridos y suficientes para realizar el objeto de su definición— el estado de unión consiste en ser el alma, según la voluntad, del todo transformada en la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo, aquello que la mueve sea solamente la voluntad de Dios” (5).

El estado de unión consiste por tanto en la transformación de la voluntad humana en la voluntad divina, transformación que requiere dos condiciones: la primera, previa y negativa: en la voluntad humana no debe haber nada contrario a la voluntad divina, nada, es decir, ninguna afición que la haga prisionera de la criatura, de tal modo que ésta domine en alguna manera en su afecto y la impulse a actuar por amor a la misma criatura; todo esto debe ser eliminado.

La segunda condición, en cambio, es positiva y constitutiva, pero no se puede realizar si falta la primera, o sea: lo que mueve a la voluntad humana en todo y por todo es solamente la voluntad de Dios. Lo que quiere decir: ya no hay ningún impulso de amor propio, de amor desordenado a las criaturas que mueva a tal alma; ella recibe su impulso para actuar únicamente por la voluntad divina, por el beneplácito divino. Es un alma que vive a merced de la voluntad de Dios. Precisamente en esto consiste también la perfección de la

(5) *Subida* I, 11, 2.

caridad que es la sustancia de la perfección de la caridad, que es la sustancia de la perfección cristiana. Por tanto, el estado de la unión no es otra cosa en realidad que la verdadera perfección de la vida espiritual.

Nuestro santo ve con tanta claridad este estado realizado en María en la manera más perfecta, que le place contemplar su afirmación fundamental exponiendo el modo en que las condiciones del estado de unión se han verificado en María: *"nunca tuvo en su alma impre-
sa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su
moción fue por el Espíritu Santo"* (6).

Esta última expresión es particularmente sugestiva, justo porque determina cuál es el impulso que mueve al alma que ha llegado a la transformación de amor del estado de unión; este impulso es el impulso divino, es decir, la Persona divina del Espíritu Santo que, convertido plenamente en dueño del alma, la mueve en todas sus operaciones. Lo veremos en seguida continuando en nuestra investigación, que, a la luz de la doctrina del doctor místico, nos permitirá penetrar en el secreto de la más íntima vida espiritual de la Virgen.

Consecuencias

Efectivamente, una vez demostrado que el estado de unión se verificó en el alma de María desde el principio de su existencia para tomar después una forma cada vez más perfecta —porque en el alma de la Virgen, durante toda la vida, la gracia estuvo en continuo desarrollo— y más aun, que desde el principio, este estado de unión fue en Ella más perfecto que en los más grandes santos al término de su vida, resulta legítimo del todo atribuir explícitamente a la Virgen todas las propiedades y prerrogativas del alma que ha llegado a este sublime estado y que San Juan de la Cruz ha indagado y ha puesto en luz con insuperable maestría.

Basándonos sobre estas preciosas informaciones podremos lanzar la mirada en el íntimo santuario de la vida interior de María y contemplar el estado habitual de su espíritu —sus continuas ascensio-

(6) *Subida* III, 2, 10.

nes en Dios en la oración—, su más delicada adhesión al querer divino en la acción y en el cumplimiento de su misión: aspectos todos de una vida que en el mismo tiempo se revela particularmente fecunda para la Iglesia. Veremos finalmente cómo todas estas riquezas espirituales continuaron creciendo en Ella hasta su bienaventurada muerte.

Estado de unión habitual

Decíamos, con el doctor místico, que, viviendo en el estado de unión, el alma de María se hallaba en todo su actuar bajo el impulso del Espíritu Santo. Es la característica del estado de unión sobre la que el santo ha insistido mayormente y que parece también que sea la raíz de otras dos prerrogativas en las que se reverbera la alta cualidad espiritual del estado de unión: la plena pacificación y serenidad del alma y la magnífica armonía de todas sus facultades empleadas contemporáneamente en el único ejercicio del amor.

“¡Oh dichosa ventura!” canta el alma que, saliendo del tenebroso camino de la noche oscura de la purificación, llega finalmente al estado de unión en el que “pasó de la conversación y operación humana a la operación y conversación divina. Es a saber: mi entendimiento salió de sí, volviéndose, de humano y natural, en divino, porque uniéndose con Dios, ya no entiende por su vigor y luz natural, sino por la divina Sabiduría con que se unió. Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina, porque, unida “con el divino amor ya no ama bajamente con la fuerza natural, sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo, y así la voluntad acerca de Dios no obra humanamente. Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma se remueven en templos y deleites divinos” (7).

“El alma, como ya verdadera hija de Dios, es movida del espíritu de Dios, como dice san Pablo, que los que son movidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios” (8).

(7) *Noche oscura* II, 4, 2.

(8) *Llama* 2, 34.

El Espíritu Santo que moraba en el alma santísima de Cristo “como en su templo preferido” —para usar la bella expresión de la encíclica “*Mystici Corporis*”— y la tenía toda bajo su influjo, mora también en el alma que ha alcanzado la unión transformante. Más bien ha llegado a ser su verdadero principio de acción que la mueve en todo; como si fuese el alma del alma misma. Se entiende así pronto que un tal dominio del influjo divino en el alma, que imprime el “modo sobrenatural” a toda su actuación.

También el alma de María, tan rica de gracia, tan entregada al querer divino, debía ser un lugar de singular complacencia para el Espíritu Santo donde reinaba plenamente y la inundaba de paz y armonía.

El sentido cristiano rehusa ver en el alma de María ninguna especie de turbación humana: necesitamos verla toda serena, toda compuesta, también espiritualmente, dulce, amable, tranquila y segura. Y así es el alma que ha llegado al estado de unión precisamente porque bajo la moción pacificante del Espíritu Santo, que toma el mando de todo su obrar, desaparece todo movimiento no plenamente ordenado.

En especial las emociones de la sensibilidad, de la que el hombre nunca es dueño absoluto, se sosiegan perfectamente en cuanto el Espíritu Santo gobierna al alma. En tal estado, explica el santo, el Señor “da a la esposa caudal y fuerza y satisfacción en las amenas liras de su suavidad, para que no sólo no reinen en ella, pero ni aún en algún tanto la puedan dar sinsabor” (9).

Parece que con esta pacificación de las emociones sensibles deba desaparecer para el alma una gran causa de sufrimiento. Sin embargo, el santo añade a este propósito:

—“Aunque algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir cosas y a padecer en ellas por que más merezca y se afervore en el amor o por otros respetos, como hizo con la Madre Virgen; pero el estado de suyo no lo lleva”.

(9) *Cántico* 20, 10.

Es una nueva afirmación de la presencia del estado de unión en el alma de María, pero también es la ratificación de una "excepción" que se verifica en Ella en relación con una prerrogativa de este estado y sobre la que deberemos detenernos más adelante: para cumplir su misión, era necesario que la Virgen pudiese sufrir.

Con todo, bajo la continua moción divinizante que se extendía a todas las potencias, María constataba en su interior una admirable armonía de sus facultades todas ellas empleadas en el ejercicio del amor divino:

"Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio
.....
que solo en amar es mi ejercicio (10)

canta el alma que ha llegado a la unión y ninguna puede cantarlo mejor que la Virgen.

Comenta el santo:

—"Toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos interiores y exteriores y apetitos de la parte sensitiva y espiritual, todo se mueve por amor y en el amor, y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor... ¡Dichosa vida y dichoso estado y dichosa alma que a él llega!" (11).

¡Oh, sí, María: te dirán dichosa todas las generaciones porque eres Madre de Dios, pero también eres madre del amor hermoso que reina espléndidamente en tu corazón y lo transforma en el lugar de delicias para Dios! ¡Por eso tu corazón ha atraído al Verbo divino que ha querido nacer de ti!

(10) Cántico 28.

(11) Cántico 28, 8 y 10.

Ascensiones en Dios en la oración

Pero si el Espíritu Santo celebra en el alma de la que está totalmente adueñada las fiestas de amor espléndidamente descritas por San Juan de la Cruz en la primera estrofa de la *Llama de amor viva*, ¿cuáles serán las que celebrará continuamente en las ascensiones místicas del corazón de su Esposa predilecta?

—“El alma que está en este estado de transformación de amor, dice San Juan, podemos decir que su ordinario hábito es como el madero que siempre está embestido en fuego, y los actos de esta alma son la llama que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale cuanto es más intenso el fuego de la unión, en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el ángel que se subió a Dios en la llama del sacrificio de Manué (Jud 13,20)” (12).

Cuando el alma de María, tan profundamente unida y transformada en el amor, se recogía en la oración en la que su espíritu se levantaba al Señor siempre con renovado impulso, su acto de amor provenía del Espíritu Santo como arrebatado y absorto en aquella corriente de amor que es El mismo, y entonces se realizaba en Ella, en el modo más pleno, lo que San Juan de la Cruz solía repetir del alma transformada en los momentos más altos de su contemplación:

—“El alma ama a Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya; y así le amará tanto como es amada de Dios, pues le ama con voluntad del mismo Dios, en el mismo amor con que El a ella le ama, que es el Espíritu Santo, que es dado al alma” (13).

Así la Virgen llegaba a dar a Dios en su oración el contrapunto en el amor (14), alcanzando de ese modo el verdadero gozo en el amor “porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que

(12) *Llama* 1, 4.

(13) *Cántico* A, 37, 3.

(14) *Cántico* 38, 2.

ama cuanto es amado" (15). Pero el amor místico con la experiencia que comunica es revelador de las grandezas divinas. Intuimos así qué profundo debió ser en María aquel sentido contemplativo de Dios, característico de las almas místicas.

En estas sublimes elevaciones la Virgen debía sentirse también participante de la vida trinitaria al experimentar, en la corriente de vida divina que entonces la invadía, una doble procesión de luz y de amor en el que se reflejan las dos procesiones de las Divinas Personas (16).

Es verdad que tal conciencia de la participación en la vida trinitaria supone en el alma el conocimiento dogmático del altísimo misterio, pero nadie puede dudar que María, al menos desde el momento de la anunciación, haya tenido una clara revelación del misterio trinitario. El mismo ángel Gabriel, enviado por el Padre celestial, la habló del Espíritu Santo y de Aquel que tenía que nacer de Ella y que sería llamado el Hijo de Dios. ¡Qué intimidad con Dios supone todo esto! ¡Y qué poderosa será, por tanto, sobre el Corazón de Dios una criatura tan querida a El cuando le presente sus ruegos!

San Juan de la Cruz, metido en el surco de la transformación de amor, penetra en el misterio del poder intercesor de María y pone de manifiesto tanto su extrema delicadeza respecto a la divina voluntad como la práctica indefectibilidad:

(15) Ibid. n. 3.

(16) El alma llegada al estado de matrimonio espiritual siente continuamente dentro de sí, en el fondo más íntimo, un abrazo divino que la tiene ceñida y mediante el cual se le comunica la moción divina que la guía. En ciertos momentos, haciéndose sentir más fuertemente este abrazo y comunicándole así una más intensa fruición de Dios, resulta hasta en la inteligencia una nueva iluminación de las grandezas divinas de la cual deriva luego un nuevo impulso de amor que arrastra al alma a Dios. Por tanto, el alma siente efectivamente dentro de sí una doble procesión: a saber, de luz y de amor, que tiene su origen en el abrazo divino que se ha hecho más poderoso. El alma atribuye espontáneamente el abrazo al Padre, la iluminación al Verbo, la inflamación de amor al Espíritu Santo, viendo en esta gracia la plena realización de la promesa hecha por Cristo "que si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él (Jo 14, 23)"; lo cual es ilustrándole la voluntad en el Espíritu Santo y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abisal de su dulzura" (Llama 1, 15).

—“El que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido; como cuando la bendita Virgen dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: *No tienen vino* (Jo 2,3)” (17).

Así San Juan de la Cruz. Sin embargo, sabemos que bastó tal demanda para mover a Jesús a obrar su primer milagro, aunque “no había llegado aún su hora” (18).

¡Qué gran confianza nos infunde todo esto en la intercesión de la Virgen! Por otra parte, el doctor místico encuentra la razón profunda de esto en el hecho de que las obras y aún las oraciones de un alma llegada a la transformación de amor proceden de la moción del Espíritu Santo y entran así también ellas en el plano de las concesiones divinas que El, en su misericordia, se digne concedernos:

—“Dios sólo mueve las potencias de estas almas para aquellas obras que conviene según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y así las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto. Tales eran las de la gloriosísima Virgen nuestra Señora” (19).

Concluiremos por ello: ¡feliz aquella persona por la que ruega un alma llegada a la unión transformante, un alma *santa*. Y felicísima por demás será aquella por la que ora la Santísima Virgen!

Abandono en Dios en la acción

La absorción de la voluntad humana en la voluntad divina, característica fundamental del estado de unión, no se limita a los momentos de la oración y de la contemplación, sino que se extiende a toda la vida del alma precisamente porque, como dice San Juan de la

(17) *Cántico* 2, 8.

(18) Juan 2, 4.

(19) *Subida* III, 2, 10.

Cruz, "en este estado está hecha una voluntad de dos, la cual es voluntad de Dios, y esta voluntad de Dios es también voluntad del alma" (20).

Sería difícil expresar más vigorosamente el entero dominio ejercitado por la voluntad divina en la voluntad humana de un alma que llega a la unión, la cual entonces vive efectivamente y del todo "a merced de la voluntad divina". Y si esto se verifica incluso en las acciones más ordinarias de la vida, se entiende que no podrá faltar ciertamente en el cumplimiento de la misión que Dios ha confiado a un alma.

Nadie puede dudar que la Virgen, en sus acciones más ordinarias, en sus ocupaciones diarias y en sus trabajos domésticos no estuviera en continua correspondencia con el divino beneplácito, aún cuando las circunstancias no le eran fáciles ni agradables, aún en las contrariedades y contratiempos pequeños o grandes, que no faltan en ninguna vida humana y que fueron excepcionalmente graves y penosos en la de María. Y aquí admiramos en Nuestra Señora el perfecto modelo del alma que quiere vivir concretamente "a merced de la voluntad divina".

Y es aún más particularmente significativa la actitud que la vemos adoptar ante la invitación divina a la más completa asociación al misterio de la Encarnación redentora, invitación que aunque en menor grado se renueva para todas las almas que Dios llama al apostolado. Se ha preguntado alguna vez cómo Dios ha podido hacer depender la Encarnación de su Hijo del consentimiento de la Virgen. ¿Y si hubiera dicho *que no*? Pero una tal hipótesis aparece absurda si recordamos que María "desde el principio estaba levantada al alto estado de unión" en el que el alma vive a merced de la voluntad de Dios. ¿Cómo puede Ella, que está abismada en la voluntad divina, negarse a lo que le pide esa voluntad? Y efectivamente, oímos su pronta respuesta apenas el ángel le hace comprender lo que el Señor espera de Ella: "*Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*". Es la respuesta de un alma plenamente entregada a la voluntad divina, respuesta que constituía a María en Madre de Dios y Madre nuestra.

(20) *Subida* I, 11, 3.

Con la más entera adhesión y el más intenso y el más puro amor María acepta y abraza la invitación divina y continuará uniéndose a ella día tras día, hora tras hora, minuto a minuto, cuando el plan divino, al efectuarse en concreto, la colocará frente al dolor hasta que la conducirá en el Calvario a los pies de la cruz, donde ofrecerá al Padre el mismo sacrificio ofrecido por el Redentor: el de Jesús, que era a la vez el más profundo holocausto de sí misma, porque era el sacrificio de Aquel en el que estaba de hecho concentrada. Dios que la había dado su Hijo divino, se lo reclama, y Ella se lo ofrece con todo el afecto de su Corazón, con la más plena adhesión a la voluntad divina, *con amor puro*.

Justamente de esta manera María ha llegado a las más sublimes cimas de la cooperación a la redención de la humanidad, a las más encumbradas cumbres del apostolado; a saber, con su inmolación animada por aquel *amor puro* del que ha podido decir San Juan de la Cruz que "es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia que todas esas otras obras juntas" (21). ¡Oh, si pudieran entender bien esto todos aquellos que, hoy, acuciados por la urgencia de las obras de apostolado, quisieran atraer a todas las almas generosas al campo de la actividad externa, aún con detrimento de la vida contemplativa pura! Aquella que es la "Reina de los apóstoles" vivió únicamente el apostolado del amor sostenido por la oración y la inmolación; y, sin embargo, ninguna otra criatura humana ha tenido jamás un apostolado más fecundo. ¡Que la Virgen sea en la Iglesia la protectora de la vida contemplativa pura!

Desarrollo de la gracia de unión

Hasta ahora hemos presentado *los varios aspectos* del estado de unión en el alma de María. Sin embargo, es preciso que nos detengamos también un momento sobre el *desarrollo* de esta gracia en Ella. San Juan de la Cruz enseña que el progreso es posible aún en el

(21) Cántico 29, 2.

estado de unión (22); más bien parece que el progreso continuo en la gracia y en el amor esté más asegurado que nunca para un alma llegada a la transformación de amor, precisamente porque ella está bajo la moción habitual del Espíritu Santo, la cual la empuja a actos cada vez más fervorosos.

Ahora bien, nosotros sabemos que cuando un alma realiza sus buenas obras “con todo el corazón”, el mérito que consigue de esta manera —que consiste siempre en un aumento de gracia y de caridad— viene concedido al alma inmediatamente; y entonces su vida espiritual crece al punto en intensidad; en tanto que cuando estas mismas buenas obras se cumplen sin generosidad, con un poco de apatía o se disminuyen con miras humanas, el mérito, ya de por sí mucho menor, se pone en reserva y no se le da al alma si no es cuando llegue a la eternidad. En este caso su estado espiritual permanece estacionario y hasta en peligro de retroceso (23).

Aplicando estos principios a María Santísima, comprenderemos que Ella, movida continuamente por el Espíritu Santo con los demás poderosos estímulos del amor puro, ha debido crecer también de continuo en la caridad en todas sus obras, y precisamente en el modo que los aumentos de caridad merecidos por Ella venían concedidos inmediatamente a su alma, de forma que crecía inmensamente de día

(22) En efecto, escribe el santo en el prólogo de la *Llama*: “Que, aunque en las canciones que arriba declaramos (se refiere al *Cántico Espiritual*) hablamos del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas canciones tratan del amor ya más calificado y perfeccionado en ese mismo estado de transformación; porque, aunque es verdad que lo que éstas y aquéllas dicen todo es un estado de transformación y no se puede pasar de allí en cuanto tal, pero puede con el tiempo y ejercicio calificarse (como digo) y sustanciarse mucho más el amor; bien así como, aunque habiendo entrado el fuego en el madero le tenga transformado en sí y está ya unido con él, todavía, afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente e inflamado hasta centellear (fuego) de sí y llamear”. *Llama*, prol. 3.

(23) Hay que advertir que los actos virtuosos sobrenaturales hechos con mezquindad y sin poner todo el amor de que somos capaces —actos que en teología llamamos “actus remissi”— no sólo no procuran un inmediato aumento de amor sino que, cuando son tales advertida y deliberadamente, pueden constituir para el alma un peligro de regreso justamente porque permiten que se radiquen los impedimentos que dificultan la virtud superior y heroica no siendo ellos compensados por el fervor y por el esfuerzo.

en día su caudal de amor sobrenatural y de gracia. Por tanto estaban siempre creciendo en Ella las riquezas del estado de unión.

Sabiendo, sin embargo, que para la criatura humana que quiere darse totalmente a Dios la inmolación a la que viene invitada por las circunstancias de la vida es un acicate de los más eficaces para la intensidad del amor, deberemos creer que la introducción progresiva de María en la vía del dolor, que debía llevarla al Calvario, estuvo acompañada por un maravilloso desarrollo de todas las prerrogativas de la que hemos hablado.

Viene así plenamente justificada aquella especie de excepción señalada por San Juan de la Cruz y que hemos recordado —una de las condiciones normales del estado de unión, es decir, que “de suyo” el alma en tal estado no debería sufrir por parte de las emociones de su sensibilidad. El santo advierte a ese propósito que “en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir cosas y a padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor... como hizo con la Madre Virgen” (24).

Ciertamente el Señor permitió que María sufriese para que mereciera más y se afervorara aún más en el amor. ¡Qué ejemplo consolador para nosotros! De Ella aprendemos el valor del sufrimiento, que debe ser siempre fuente de una mayor santidad y fecundidad.

Pero todo desarrollo llega finalmente a su término y el término aquí es la muerte que determina para el alma que ha llegado al estado de unión el inmediato tránsito a la vida bienaventurada sin pasar por el purgatorio.

Estudiando el estado del alma en este final de la vida espiritual San Juan de la Cruz insiste sobre su deseo de llegar allá arriba donde ella intuye que le aguarda una vida de amor más perfecta todavía, ya no abatida por el peso de un cuerpo no glorificado, no espiritualizado. Este deseo, dice el santo, está totalmente abandonado al divino beneplácito, pero no deja de encenderse todas las veces que un impulso más fuerte del Espíritu Santo arrebatara al alma en su corriente amorosa y la lleva en Dios con una fuerza irresistible y entonces grita ella al mismo Espíritu Santo: *¡Rompe la tela de este dulce encuentro!*

(24) *Cántico* 20, 10.

Habla de la tela de la vida terrena, la única tela que subsiste todavía en el alma y que impide la inmediatez de los sublimes encuentros con Dios sobre la tierra, porque las otras telas, es decir, las de las imperfecciones humanas, como explica San Juan, han sido destruidas desde hace tiempo mediante las purificaciones espirituales (25).

En María nunca existieron estas otras telas y por tanto se puede decir que en Ella debía estar siempre viva la aspiración a la unión inmediata con Dios en la visión beatífica, aunque siempre templada por el abandono en el divino querer.

Se comprende, sin embargo, que también en Ella, cuando llegó al fin la hora del Señor, el alma fue arrancada del cuerpo por la fuerza del amor, a saber: "un ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma" (26).

Y sigue el santo:

—"Que por eso dijo David que *era preciosa la muerte de los santos ante el acatamiento de Dios* (Salmo 115, 15), porque aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí ya tan anchos y represados que parecen ya mares, juntándose lo primero y lo postrero de sus tesoros para acompañar al justo que va y parte para su reino oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra" (27).

(25) En la *Llama* (1, 29) el santo ha explicado cómo existen *tres telas* que impiden la perfecta unión del alma con Dios: "Las telas que pueden impedir esta junta y que se han de romper para que se haga y posea perfectamente el alma a Dios, podemos decir que son tres, conviene a saber: temporal, en que se comprenden todas las criaturas; natural, en que se comprenden las operaciones e inclinaciones puramente naturales; la tercera, sensitiva, en que sólo se comprende la unión del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice san Pablo: *Sabemos que, si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitación de Dios en los cielos* (2 Cor 5,1). Las dos primeras telas de necesidad se han de haber rompido para llegar a esta posesión de unión de Dios, en que todas las cosas del mundo están negadas y renunciadas, y todos los apetitos y afectos naturales mortificados y las operaciones del alma de naturales ya hechas divinas".

(26) *Llama* 1, 30.

(27) *Ibid.*

¿No parece que esta poderosa descripción se pueda aplicar óptimamente al alma de María Santísima en el momento de su dichoso tránsito, coronado por la gloriosa Asunción al cielo?

Pero no sólo en un sentido puramente espiritual brillan las glorias de María en el mundo. En los días de la reciente glorificación de la Madre de Dios una creciente marea de júbilo ha inundado los corazones cristianos y con irresistible impulso se ha propagado gozosamente hasta los confines de la tierra, cuando en la inmensidad de la basílica vaticana el Vicario de Cristo ha pronunciado las mágicas infalibles palabras que permiten a nuestra mirada de fe fijarse con absoluta certeza en la gloria triunfante de la Asunta, en la que hemos depositado nuestras esperanzas. Nuestro corazón ha exclamado: "Una gran señal ha aparecido en el cielo: la Mujer vestida del sol..."

Sí, se nos ha aparecido María ceñida con el sol de la gloriosa resurrección, con el cuerpo transfigurado por los rayos de la luz divina que la inunda, junto a Cristo, delante del trono del Padre celestial, en actitud de intercesión para nosotros.

¡Oh tú, Madre del amor hermoso, inefable consuelo de nuestros corazones, ilumina con el rayo de tu esplendor nuestro camino terrenal, protégenos, santifícanos y guía nuestras almas a este estado de unión que contemplamos en Ti coronado con los más radiantes fulgores!

EL ESPIRITU SANTO Y LA VIRGEN MARIA, SEGUN SAN JUAN DE LA CRUZ

Ismael Bengoechea

En no mismo tiempo es abundante la bibliografía mariana española. Se reducen a cinco o seis los estudios directamente relacionados desde el plano doctrinal con la Madre de Dios y el santo carmelita. Consignamos lo más señalado en la materia:

— Gabriel de Santa María Magdalena, O. C. D.: *Aspetti e sviluppi della grazia di Maria Santissima secondo la dottrina di San Giovanni della Croce*, en "Rivista di vita spirituale", Firenze 2 (1951), pp. 52-70.

— Sebastian of the Holy Face, O. C. D. (Ramsay): *Our Lady in the theology of St. John of the Cross*, en "Miami Carmel", London, 9 (1951-1952), 44-50.

— Gregorio de Jesús Crucificado, O. C. D.: *La maternidad de María*, en "Estudios Marianos" 9 (1950), 239-268.

— Jerónimo de la Inmaculada, O. C. D.: *Nueva prueba de la maternidad de la Mariología*, San Juan de la Cruz descubre la identidad de la perfección de María, en "Misión" 13 (1963), 115-118.

El presente trabajo merece para una presentación más explícita el "estudio fundamental" que se ha publicado sobre la materia de la mano de los autores fundadores de la Sociedad Mariológica Española.

"Estudios Marianos" 31 (1961), 51-70.

El Espíritu Santo y la Virgen María, según San Juan de la Cruz*

Es archisabido que San Juan de la Cruz escribió poco sobre la Virgen María; pero también se sabe que en eso poco dijo mucho, haciendo honor al "non multa sed multum" de Quintiliano. La densidad de su pensamiento mariano compensa con creces a la sobriedad de los textos.

Por eso mismo tampoco es abundante la bibliografía mariana sanjuanista. Se reducen a cinco o seis los estudios directamente relacionados desde el plano doctrinal con la Madre de Dios y el santo carmelita. Consignemos lo más señalado en la materia:

– Gabriel de Santa María Magdalena, O. C. D.: *Aspetti e sviluppi della grazia di María Santissima secondo la dottrina di San Giovanni della Croce*, en "Rivista di vita spirituale", Firenze 5 (1951), pp. 52-70.

– Sebastian of the Holy Face, O. C. D. (Ramge): *Our Lady in the theology on St. John of the Cross*, en "Mount Carmel", London, 9 (1961-1962), 44-50.

– Gregorio de Jesús Crucificado, O. C. D.: *La muerte de amor de María*, en "Estudios Marianos" 9 (1950), 239-268.

– Ildefonso de la Inmaculada, O. C. D.: *Nuevo principio místico de la Mariología. San Juan de la Cruz descubre la técnica de la perfección de María*, en "Miriam" 15 (1963), 115-118.

De propósito hemos dejado para una presentación más explicitada el trabajo fundamental que se ha publicado sobre la materia debido a uno de los socios fundadores de la Sociedad Mariológica Española:

* "Ephemerides Mariologicae" 31 (1981) 51-70.

– Otilio del Niño Jesús (Rodríguez), O. C. D.: *Mariología de San Juan de la Cruz*, en “Estudios Marianos” 2 (1943), 358-399.

El P. Otilio, después de presentar las fuentes de la mariología sanjuanista en base a un exhaustivo alarde histórico crítico, desarrolla cuatro puntos de la doctrina mariana de San Juan de la Cruz: 1) El consentimiento de María. 2) Su divina maternidad. 3) El culto debido a sus imágenes. 4) María como modelo de alma perfecta.

Se trata de una exposición muy pormenorizada de esas cuestiones a la luz del místico doctor del Carmelo.

En otros ensayos posteriores se han analizado y estudiado nuevos ángulos del tema mariano-sanjuanista, pero en conjunto el trabajo del P. Otilio resulta modélico e insuperado.

Mariología y pneumatología

Nosotros no quisiéramos incidir sobre lo ya tan brillantemente escrito. Nuestra visión de la doctrina mariana del doctor místico quisiera reconsiderarla desde la óptica del Espíritu. Naturalmente que este enfoque, tan visible en el autor de la *Subida del Monte Carmelo*, no ha pasado inadvertido a los excelentes sanjuanistas de quienes hemos hecho mención. Pero pensamos que no se le ha prestado toda la consideración que se merece, aparte de que en el contexto pneumatológico actual adquiere un singular relieve, a la vez que nos servirá para establecer sobre el testimonio de Juan de la Cruz una reivindicación histórica de la mariología.

Efectivamente, se va generalizando una acusación contra la mariología tradicional. Los protestantes tachan de antipneumatológica a la mariología católica (1). Es más, según el cardenal Suenens, los hermanos separados “no están muy lejos de juzgar que nosotros hemos puesto a María en el lugar y papel del Espíritu Santo” (2).

(1) LAURENTIN, R.: *Esprit-Saint et théologie mariale*, en “Nouvelle Revue Théologique” 89 (1976), 26-42.

(2) SUENENS, L. J., Cardenal: *¿Un nuevo Pentecostés?*, 4.^a edic., Desclée de Brouwer, Bilbao, 1976, pp. 198-201.

G. Philips recogió ya esta acusación hecha a la Iglesia católica y que sirvió para cuestionar la legitimidad del culto mariano, causante de la usurpación hecha al Espíritu Divino. Philips rechaza esa incul-pación, resalta la presencia del Espíritu en la Iglesia oriental y ad-vierte entre los latinos una cada vez menor penuria pneumatológica (3).

Por otra parte, se ha querido ver en la misma moderna explosión pneumatológica mariana actual como una reacción a las restriccio-nes y reservas anteriores en sentido minimista:

“El tema de la relación Espíritu Santo-María es el último grito de la moda teológica mariana. Se intenta hacer resaltar el papel del Espíritu en la transformación de María y en la comunión de los Santos, y así llenar de pneumatología una mariología tradi-cional excesivamente marianizada, valga la expresión, en la que poco le quedaba que hacer al Espíritu Santo” (4).

Si en la mariología tradicional “poco le quedaba que hacer al Espíritu Santo”, sí podemos afirmar desde ahora que en la mariolo-gía de San Juan de la Cruz todo lo hizo el Espíritu Santo. Creo que con toda razón y justicia habría que eximir al doctor del Carmelo de la acusación antipneumatológica en relación con María (5).

Mucho escribió Juan de la Cruz sobre el Espíritu Santo, poco sobre la Virgen, pero si se puede hablar de una mariología sanjuanis-ta es forzoso admitir que esta mariología es esencialmente pneuma-tológica.

Por este motivo juzgamos oportuno subrayar la relación estrechí-sima María-Espíritu Santo según San Juan de la Cruz ahora que estamos inmersos en pleno movimiento pentecostal, en que se ha

(3) PHILIPS, G.: *Le Saint-Esprit et Marie dans l'Eglise. Vatican II et prospective du probleme*, en “*Etudes Mariales*”, 1968, I, pp. 7-11.

(4) GUERRA, Santiago: *Santa María del Posconcilio*, en “*Revista de Espiritualidad*” 36 (1977), p. 236, nota.

(5) Algo semejante habría que decir de San Juan de Avila, que tiene en sus sermo-nes expresiones que se harían familiares al santo carmelita. Cfer. MOLINA PRIETO, Andrés: *Valores pneumatológicos de la mariología avilista*, “*Estudios Ma-rianos*” 41 (1977), 130-149.

pasado del Espíritu como "el gran desconocido" al Espíritu como la Persona más en boga de la Trinidad. "El gran desconocido" llamó al Espíritu de Dios Escrivá de Balaguer en una célebre homilía, y así tituló Royo Marín su libro sobre el mismo tema (6).

Un nuevo Pentecostés parece que irrumpe hoy en la Iglesia, con la particularidad de que, como en el Cenáculo, también ahora y aquí se siente presente y visible a la Virgen María. Así lo han puesto de relieve muchos autores modernos (7).

El cardenal Suenens, al sostener que el Espíritu de Pentecostés se prolonga indefinidamente en la vida de la Iglesia y se hace particularmente compareciente y activo en algunos santos, menciona expresamente a Juan de la Cruz entre los más destacados carismáticos, en unión con Teresa de Ávila. Pero con la reserva de que ambos santos carmelitas "vivieron esa experiencia de Dios en profundidades místicas supremas", que sobrepasan la vía común normal y ordinaria del cristiano que busca a Dios (8). Es decir, que Teresa y Juan de la Cruz fueron santos carismáticos excepcionales. No diremos nosotros que no, sino que esa vivencia superior no les impidió ser transmisores de su carisma y que, en el caso de fray Juan, tuvo una proyección característica en la materia que nos ocupa: María y el Espíritu Santo.

En el último capítulo de su libro Suenens se esfuerza en resaltar la acción del Espíritu en María y lo hace con tales expresiones que parecen arrancadas del clásico texto de la *Subida del Monte Carmelo* sobre la cuestión. Sin embargo, el cardenal no cita a fray Juan en todo ese apartado donde le hubiera podido prestar el más autorizado refrendo.

Suenens aboga por una revisión del papel de María desde el Espíritu: "La valoración de la obra del Espíritu Santo en toda la

(6) *Palabra*, 1971, 56, p. 13. BAC-Minor, 1972.

(7) Suenens, I. c., pp. 198-208; Laurentin, R.: *Pentecotisme chez les catholiques*, París, Beauchesne, 1974; Blat, Vicente M., O. C. D.: *La renovación carismática a la luz de la Virgen María*, Managua (1975), 168 pp.; Falvo, Serafino: *¿Creemos en el Espíritu?*, 2.^a edic., Ediciones Paulinas. Madrid, 1976, pp. 176-186; Fiores, Stefano De: *María nella teologia contemporanea*. Roma, Centro "Mater Ecclesiae", 1978, pp. 144-148.

(8) Suenens, I. c., pp. 38 y 68.

apertura y el misterio de María me parecen susceptibles de ser mejor aceptados" (9). Para esta alegación del primado belga Juan de la Cruz es la respuesta.

Tampoco Manteau-Bonamy cita a Juan de la Cruz en su conocida obra sobre María y el Espíritu Santo. En cambio, sí se acordó de citarle Vicente Blat, aunque muy someramente (10).

Creemos que aún se podría ahondar en el pensamiento pneumatológico-mariano de Juan de la Cruz y que el momento es oportuno, tanto por la actualidad del magisterio sanjuanista como por la irradiación universalizada del movimiento de renovación carismática en esta "Hora del Espíritu Santo".

Texto clave de San Juan de la Cruz

Pasemos al estudio directo de la doctrina de San Juan de la Cruz en torno al Espíritu Santo y María.

Los textos son pocos, pero son definitivos. El principal es éste, tan conocido y repetido:

"Tales eran las (obras) de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado (de las almas perfectas), nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (11).

"Esta sola cita del Doctor Místico —ha escrito el P. Otilio— vale por todo un libro de mariología" (12).

Así es, en efecto. Yo añadiría que Juan de la Cruz ha logrado además condensar en esa frase todo su sistema de espiritualidad y lo ha hecho desde una visión radicalmente pneumatológica. Ningún escritor carismático moderno ha expresado con mayor profundidad la absoluta acción del Paráclito en María.

(9) SUENENS, *l. c.*, p. 201.

(10) BLAT, Vicente: *La Virgen María en la renovación carismática católica*, "Revista de Espiritualidad" 36 (1977), p. 375.

(11) *Subida del Monte Carmelo*, libro III, c. 2, n. 10. BAC, 10ª edic., 1978, p. 579.

(12) OTILIO, *l. c.*, p. 396.

Vale la pena analizar este pasaje en todas sus palabras para deducir la hondura y densidad del pensamiento sanjuanista aplicado a María desde la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

1) *Tales eran las obras.*—Viene el santo hablando en este capítulo de la *Subida* de las almas que han alcanzado ya la cima del Monte de la perfección, después de todas las purificaciones, y han llegado al estado de la unión perfecta con Dios. En este estado “*las operaciones de la memoria y de las demás potencias todas son divinas y todos los primeros movimientos de las tales potencias de las tales almas son divinos*”. Y da el argumento de tan peregrina y categórica afirmación: “*No hay que maravillar que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinos, pues están transformadas en ser divino*” (13).

Como ejemplo excepcional de tales almas y de tales operaciones divinas Juan de la Cruz nos presenta de improviso a María y las acciones de María: “*tales eran*” las obras de Nuestra Señora.

Con lo cual ya nos insinúa el místico doctor que la Virgen ha trascendido de inmediato la barrera de las purificaciones y transformaciones y que ha llegado al estado, o mejor, que está en el estado de la unión con Dios, por lo que sus obras son divinas, como procedentes de unas potencias que ya son divinas y de unos primeros movimientos que también son divinos.

El movimiento y modo de esta transformación de María y las matizaciones de su unión con Dios nos lo dirá en seguida. Adelantemos únicamente una observación que se desprende de la doctrina del doctor místico: las operaciones de María, unida a Dios y movida tan sólo y en todo por Dios, fueron tan verdaderamente y en tal manera divinas que nos dio, justamente Ella, al mismo Dios hecho Hombre en Ella y de Ella por la obra del Espíritu Santo.

2) “*De la gloriosísima Virgen nuestra Señora.*” (En algunos códices se añade al texto: “*Madre de Dios*”).—Típica formulación mariana del santo carmelita, que aquí adquiere el matiz peculiar de referirse a María precisamente en su condición de alma que se halla en el altísimo estado de unión con Dios, que es de suyo un estado inundado de gloria. La más gloriosa situación que puede lograrse en

(13) *Subida III*, 2, ns. 8 y 9.

esta vida, por lo que bien merece la Virgen ser calificada de "gloriosísima".

3) "*Estando levantada a este tan alto estado*".—He aquí la clave de todo el misterio. María ha culminado todo cuanto en esta vida es susceptible de perfección. Ha sido elevada por alguien que puede hacerlo y lo ha hecho hasta su grado más eminente, constituyéndola en ser y en estado radical habitual y permanente de unión. No se dio en ella *camino* para la unión, sino *estado* de unión. Ese *alto estado* en Juan de la Cruz comporta: "la cumbre del Monte" (*Subida*, argumento), la unión con Dios (*Cántico*, 1,11), la confirmación en gracia (*Cántico* 22,3), el estado perfecto, beatífico (*Cántico*, argumento), en que se es Dios por participación (*Llama*, 2,34), aunque no es todavía el estado pleno de gloria (*Llama* 1,14,27).

Lo que en este inciso de la *Subida* ha escrito Juan de la Cruz referido a María lo repite en la *Llama* casi con las mismas palabras aplicado al alma que llega a este mismo estado en el que está la Virgen en forma fontal y total. Ya que esa alma, llegada a esta altura tiene la voluntad "arrebataada y absorta en la llama del Espíritu Santo", de modo que "en este estado no puede el alma hacer actos; que el Espíritu Santo los hace todos y la mueve a ellos, y por eso todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios" (14). La correspondencia entre este pasaje y el que dedicó a la Madre Virgen es cabal en todas sus partes y hasta en sus matices, si bien la diferencia radica en que en María se da ese estado y esa operación desde el origen, desde la iniciativa primitiva de Dios y desde la esencialidad, acción y moción absolutas del Espíritu. Adviértase que el levantamiento de María a este alto estado es obra del Espíritu Santo, como, por otra parte, es enseñanza ordinaria del doctor carmelita (15).

4) "*Desde el principio*".—Esta es una peculiaridad del santo del Carmelo. María está levantada al estado perfecto de unión con Dios y sus acciones son divinas *desde el principio*, desde el origen, desde siempre. Un origen de constitución y de ser, como lo reafirmará más adelante.

(14) *Llama de amor viva* 1, 4.
(15) *Llama* 3,46.

Queda insinuada aquí y ratificada después la Concepción Inmaculada de María, pero trascendida con percepción integralmente positiva. Juan de la Cruz rebasa en su visión mariana la recortada atención de los discutidores de la Inmaculada, no sólo en cuanto a la concepción como en cuanto al débito del pecado. No sólo no hubo pecado ni memoria de pecado, sino que ni siquiera hubo en ella criatura alguna que no fuese el mismo Criador, como veremos en seguida. En el origen de María está el Espíritu Santo y nada hay en ella que no provenga de El ni nada que se sustraiga a la acción de ese Espíritu de Dios.

El P. Gabriel de la Magdalena supone que la idea inmaculista original y radical de María la bebió el joven Juan de Santo Matía en el libro de formación de los claustros carmelitanos *De Institutione primorum monachorum* (16).

Teniendo en cuenta esa valoración trascendente del origen de María ¿podría afirmarse que San Juan de la Cruz sugiere la concepción de la Inmaculada *en gracia y gloria*? No lo dice el santo, pero opinamos que su pensamiento se mueve en esa esfera de trascendencia: "La gloriosísima Virgen... levantada... a tan alto estado... *desde el principio*..."

Sin embargo, no se puede apoyar en San Juan de la Cruz la teoría de la concepción en gloria de la Virgen, con todos sus efectos, porque éstos podrían quedar en suspenso, como de otros dones místicos escribe el doctor y citaremos más adelante.

Necesitamos insistir en que todo esto se verificó en María por la acción anticipada del Espíritu Santo, según San Juan de la Cruz. Con lo cual está dicho que la actuación preparatoria vocacional y misionarial del Espíritu en María no arranca de la Anunciación, como afirman Laurentin. Suenens y otros escritores pentecostales, sino *desde el principio*. Es decir, desde el inicio de su ser y su existir. Con razón antes del anuncio propiamente dicho María estaba "llena de gracia" y había hallado "gracia delante de Dios".

Laurentin considera a María en clima carismático desde la Anunciación (*proto-pentecostés*) y a través del Cenáculo de los apóstoles (*Pentecostés*) (17). También Suenens contempla la acción

(16) GABRIEL, *l. c.*, p. 54.

(17) LAURENTIN, *Pentecotisme...*, pp. 244-249.

del Espíritu en María como arranque en la Encarnación y luego en toda su existencia como prolongación de aquélla:

“María no se abre solamente a la acción del Espíritu Santo a los comienzos, *en el acto inicial* de la Anunciación; ella permanece para siempre bajo la acción del Espíritu. El Espíritu le es concedido a ella según una alianza que se mantiene como prolongación de la misma Encarnación” (18).

Sin embargo, Falvo adelantó una leve alusión a la actuación precedente del Espíritu:

“Bajará el Espíritu Santo no para hablar del Verbo, sino para traer el Verbo a otro cielo que El había preparado en el seno y en el corazón de María” (19).

Juan de la Cruz no solamente anticipa la acción del Espíritu *al principio* de la esencia y existencia de María, sino que a la misma Encarnación la intuye no como causa, sino como efecto de esa posesión antecedente de ella por el Espíritu, como veremos más adelante.

5) “*Nunca tuvo impresa forma de alguna criatura ni por ella se movió.*” —Obsérvese el contraste fundamental de las expresiones positivas y negativas en el santo doctor: Aspecto positivo de María: *Desde el principio levantada a tan alto estado.* Aspecto negativo: *Nunca tuvo impresa forma de alguna criatura ni por ella se movió.*

En ambos casos los términos son absolutos y entrañan absorción total de la enseñanza sanjuanista de la purificación.

En este binomio tenemos resumido todo el típico sistema sanjuanista: Su fin es llevar al alma a la unión perfecta con el Creador; la condición indispensable es purificar al alma de toda forma de criatura mediante las purgaciones del sentido y del espíritu, las noches y las nadas. De ahí el profundo sentido en la teoría sanjuanista de lo que es *toda forma de criatura* y lo que es *alto estado de unión*.

(18) SUENENS, *l. c.*, p. 204.

(19) Falvo, *l. c.*, p. 52.

Pues bien, en María encuentra realizado cabalmente este ideal de transformación = Elimina de ella toda criatura, que es oposición al Creador, la ve constitucionalmente levantada al estado de unión con ese Creador. Y todo esto, *desde el principio*. Todo esto, por la intervención inmediata del Espíritu Santo.

Transformación original, de una vez y para siempre, sin noches de mácula ni sombra de imperfección ni de primer movimiento. Gracia preventiva y purificación preveniente de la naturaleza.

Consecuentemente, al no estar poseída María por ninguna criatura tampoco "se movió por criatura". Su ser, sus mociones y sus acciones no procedían de abajo, tenían otro origen y otro motor.

6) "*Siempre su moción fue por el Espíritu Santo*".— Aquí tenemos la explicación satisfactoria a tan singular caso de ausencia de toda criatura, de la posesión plena del creador, de la divinización de ese ser y del carácter divino de sus operaciones.

Todo lo explica y todo lo hace y ha hecho el Espíritu Santo. Otra vez la absolutez de la terminología sanjuanista: *desde el principio, nunca tuvo, alguna criatura, siempre su moción...*

Aunque Juan de la Cruz nombra al Espíritu en el último lugar de la cláusula es evidente que es lo primero que está en su mente y lo que aclara y razona todo cuanto ha expresado antes.

En primer lugar, se echa de ver que la iniciativa del ser y del hacer de María parte del Espíritu. El Espíritu se adelantó en ella a toda otra criatura (sabemos lo que *criatura* significa para el místico doctor) y la poseyó plenamente y para siempre. En adelante, de ese Espíritu vendrá todo, desde el primer movimiento, y toda acción será impulsada y actuada en El.

Por eso, ciertos gestos, palabras y actitudes de María, que algunos tuvieron dificultad para comprender y hasta disculpar, para Juan de la Cruz no constituyen problema, sino que son expresión del alma perfecta guiada desde lo alto. Por ejemplo, la petición de la Virgen en Caná para nuestro doctor es sencillamente un modelo de oración cristiana (20).

(20) Cántico 2, 8.

Creo que no es posible decir más sobre la perfección de María con menos palabras. El Espíritu Santo es el motor divino y el principal agente de cuanto se refiere a Nuestra Señora y lo es en modo más eminente y en el grado máximo que realiza el Espíritu en las almas. Porque ninguna otra estuvo exenta de toda forma de criatura desde el origen y ninguna otra había de recibir en sí el don supremo de la Encarnación del Verbo.

Por esto mismo María es una excepción entre las almas llegadas a la unión con Dios porque ella sí, a diferencia de las otras, fue "movida de Dios en *todo* y por *todo tiempo*" (21).

Razón suficiente para considerar a María con San Juan de la Cruz como la primera carismática, y no sólo la primera, sino la única en cuanto a ese apoderamiento inicial y original de ella por el Espíritu y en cuanto a la forma plena de esa posesión, que llega al fondo del ser y a toda la moción y acción de la Virgen.

Esto hace que el santo carmelita contemple a María más en clave pneumatológica que en clave mariana, en contraste con algunos pentecostales modernos que presentan a María en la acción del Espíritu Santo más que al Espíritu Santo en la acción de María. Si hubiera que establecer una gradación de influjos en este juego de operaciones cabría afirmar según el contexto de la *Subida del Monte Carmelo* que hace más el Espíritu Santo en María que María en el Espíritu Santo (22).

San Juan de la Cruz y otros autores

La diferencia básica entre San Juan de la Cruz y otros autores que se han ocupado de esta cuestión se halla en el punto de arranque y en la motivación de la presencia y acción del Espíritu en María, así como en lo característico de su formulación: mientras en los demás el punto de mira es la Encarnación y en ella su inmediata o remota preparación y, por consiguiente, su razón de referencia, en el doctor místico es algo que va a la raíz y al ser e incluso a la más radical moción de María y en María.

(21) Llama 3, 46; *Subida III*, 2, 16.

(22) SUENENS, l. c., p. 202.

Autores como Olier, Lallemant, Montfort y Eudes contemplan a María como Esposa del Espíritu Santo (23).

El autor de la *Subida* no llama a María esposa del Espíritu Santo. Su visión del tema va más allá y más al fondo aún que esa consideración esponsal, ya que la mira en su ser constitucional transformada y trascendida *ab imo*. María, antes de ser esposa del Espíritu, ya es toda cuanta es en su ser y en su persona posesión y obra de ese mismo Espíritu Santo.

Quizá haya alguna analogía en alguna frase de la sobria posición de De Bérulle a este respecto:

“Le Saint-Esprit l’approche, la prépare, l’environne, l’élève á une si haute puissance et opération” (24).

Idea que encaja en la consideración que el oratoriano francés hace del Espíritu Santo como “le seul principe de nos opérations” (25).

Los dones del Espíritu

Del magisterio de San Juan de la Cruz se desprende lógicamente que si María estuvo levantada desde el principio al alto estado de unión con Dios, si poseyó al Espíritu en plenitud y siempre su acción fue por el Espíritu Divino recibió con superabundancia la gracia, los dones, los frutos y mercedes de ese mismo Espíritu de Dios. Es cuestión de pura lógica y así sería aunque el santo no lo dijese explícitamente.

Por de pronto son de inmediata aplicación a Nuestra Señora los efectos que la posesión del Espíritu produce en las almas según el doctor del Carmelo, a saber: que alumbra el entendimiento recogido (2 *Subida* 29, 1-6), infunde gracias, dones, virtudes y frutos (*Cántico* 26,3; 1 *Noche* 13,11), imprime los grados de amor (*Cántico* 26,3).

(23) DUPY, M., en su estudio sobre el Espíritu Santo y María en la Escuela Francesa, en “*Etudes Mariales*”, 1969, II, pp. 33-34.

(24) DUPOY, I. c., p. 21; *Grandeurs de Jésus*, XI, 12.

(25) DUPOY, p. 33; *Collations* 107.

de ese amor por el que el alma aspira en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre (*Cántico* 39, 3-4).

El mismo texto bíblico nos daría pie para reconocer en María algunos dones concretos: la fe (Lc 1,45), la profecía (Lc 1,48), los milagros (Jn 2,3), la glosolalia (Act 2,4).

Por otra parte, la proliferación de dones, virtudes y carismas en el alma de María como fruto de la posesión del Espíritu Santo se podría extraer de la doctrina sanjuanista acerca del Espíritu Santo como Aposentador. Esta teoría de San Juan de la Cruz consiste en considerar al Espíritu Santo en visitación al alma como Aposentador que prepara posada para el Esposo Hijo de Dios y la dispone descubriendo sus dones, arreándola de sus gracias, poniendo sus virtudes a punto de sabroso ejercicio y comuniándola más estrecho amor, con todo lo cual transformada el alma por medio del Espíritu Aposentador da al Hijo de Dios sabor y suavidad para que se sustente, se deleite y persevere en ella (26).

En ninguna alma, en ningún santo tiene aplicación este texto de San Juan de la Cruz como en la Virgen María, en la que el Espíritu Santo preparó aposento al Hijo de Dios no sólo en sentido espiritual místico, sino hasta en el físico para la encarnación del Verbo Hijo de Dios en su seno.

Nos permitimos respaldar nuestras observaciones con la autoridad del P. Gabriel de la Magdalena, el cual, por otras vías deduce también de la doctrina de San Juan de la Cruz la infusión y acción de singulares dones en la Madre de Dios. Una vez demostrado que el estado de unión se verificó en María en su grado y expresión máxima es legítimo atribuir explícitamente a la Virgen todas las propiedades y prerrogativas del alma que llega a ese sublime estado y que San Juan de la Cruz ha resaltado con insuperable maestría. Entre esas muestras carismáticas señala el P. Gabriel: 1) Estar en todo bajo el impulso permanente del Espíritu Santo; 2) Nada de turbación, serena; 3) Dueña de las emociones de la sensibilidad; 4) Amor en el Espíritu, sobrenatural; 5) Vida trinitaria, invadida por la doble posesión de luz y amor; 6) Eficacia intercesora para el milagro; 7) Con-

(26) *Cántico* 17, 8-10.

- fianza de Dios en María, demostrada al poner la Encarnación en su palabra, porque sabía que contestaría movida por el Espíritu Santo; 8) Aumento constante de la gracia por el Espíritu; 9) Muerte de amor (27).

Todo esto representa mucho si tenemos en cuenta que en toda su exposición doctrinal Juan de la Cruz "apenas dedica algunas alusiones explícitas" a los dones del Espíritu Santo (28).

Cerramos nuestra consideración sobre este aspecto de los dones en María con la bella presentación que de ella hace como prototipo de oración bajo el impulso del Espíritu un espiritualista de nuestros tiempos, eximio conocedor de San Juan de la Cruz, P. Eugenio del Niño Jesús, O. C. O.:

"Tal fue la oración perfecta de la Virgen María, iluminada y abrasada por completo por los ardores divinos, pero cuya fe apacible y ardiente parecía ignorar las riquezas que poseía para ir cada vez más lejos, siempre adelante entre la sombra luminosa del Espíritu Santo que la envolvía y penetraba" (29).

La merced de la "obumbración"

Respecto a la efusión de los dones del Espíritu a María, según San Juan de la Cruz, es esclarecedor su comentario a la tercera estrofa de la *Llama de amor viva*, donde torna a hablar de la Virgen y también esta vez relacionándola con el Espíritu Santo. Efectivamente, la glosa al verso "*En cuyos resplandores*" está referida a la acción del Espíritu Divino en el alma a modo de vibramientos, llamaradas y glorificaciones. Aquí Juan de la Cruz toma de la Anunciación un término que quedará inserto en la nomenclatura mística: *obumbración*:

(27) GABRIEL, P., *l. c.*, pp. 57-69.

(28) EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D.: *Quiero ver a Dios*, trad., Ed. El Carmen, Vitoria, 1951, p. 266.

(29) EUGENIO, *l. c.*, p. 417.

“Para inteligencia de lo cual es de saber que *obumbración* quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar, favorecer y hacer mercedes; porque, cubriendo la sombra, es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar. Y por eso aquella gran merced que hizo Dios a la Virgen María en la concepción de el Hijo de Dios la llamó el ángel San Gabriel *obumbración* de el Espíritu Santo, diciendo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra* (Lc 1,35)” (30).

Podemos asentar el carácter carismático de todo este proceso teniendo en cuenta que en todo este comentario de *lámparas de fuego* / en cuyos resplandores Juan de la Cruz se refiere al Espíritu Santo y más en concreto en esta referencia inmediatamente conexionada con María a través de la *obumbración*:

1) “La sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz. Pues como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean lámparas encendidas y resplandecientes, estando tan cerca del alma, no podrán dejar de tocarla con sus sombras, las cuales también han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen, y así estas sombras serán resplandores” (31).

2) “Hacer sombra es hacer mercedes”: El Espíritu hizo sombra a la Virgen, y por eso le hizo la gran merced de la Encarnación. Por donde vemos que, en la mente de San Juan de la Cruz, la misma Encarnación sería una gracia carismática, una merced, la mayor merced del Espíritu Santo. Y si se le concedió un don tan singular, quiere decir que se le otorgarían con creces otros atributos menores, a saber, los demás dones del Espíritu Santo.

A propósito de la *obumbración* de María es oportuno anotar aquí el tratamiento que ha tenido esta singular acción divina entre los escrituristas y teólogos.

(30) Llama 3, 12.

(31) Llama 3, 13-14.

Los teólogos se han ceñido particularmente a escrutar a cuál de las personas de la Trinidad habría que atribuir esta operación o cuál de ellas es la insinuada en la expresión *virtus Altissimi*.

Hasta el siglo XVI *virtus Altissimi* se había interpretado del Hijo. Después se han diversificado las interpretaciones. Dos exégesis se han señalado a este propósito en la época más próxima a nuestro santo: la del maestro Francisco de Toledo (1534-1595) y la de Juan de Maldonado (1535-1583).

Para el teólogo Toledo se trata del Padre. Según él, al Padre se atribuye la *obumbración*, o sea, la fecundación de la Virgen para unir esa naturaleza a la persona del Verbo.

El biblista Maldonado, siguiendo a Eutimio, lo interpreta del Espíritu Santo. Y en este sentido ha sido seguido casi unánimemente por los autores posteriores. Trata bastante extensamente esta cuestión Máximo Peinador, CMF, en *La maternidad divina de María en el mensaje del ángel* (Luc 1,30 - 35), "Estudios Marianos" 8 (1949) 38 - 50.

Por nuestra parte hemos podido comprobar que San Juan de la Cruz, por la vía mística, coincide en la línea prevalente de Maldonado, a saber, de la *obumbración* por el Espíritu Santo.

Transformación e inhabitación

Dos palabras aún sobre los fenómenos místicos referidos a María. Según San Juan de la Cruz, ¿puede hablarse de verdadera *transformación* en la Virgen y se dio en ella la *inhabitación*?

Desde luego que sí. Podría objetarse, ciertamente, que la transformación presupone un estado de imperfección sujeto a laboriosas purificaciones a través de los cuales se llegaría a la unión transformante y al estado transformado. Pero se ha de notar que en San Juan de la Cruz la transformación no tanto mira al punto de donde se parte y al medio por el que se atraviesa cuanto al término adonde se llega, que es lo que verdaderamente importa y a lo que en realidad se tiene. Y en María tenemos esa transformación consumada. Ella está transformada de verdad, aunque de distinta manera que los demás: ella lo es *desde el principio*; su purificación como su redención fue preservativa, no hubo en ella impresa forma ninguna de criatura, y

además toda esa transformación fue acción y moción del Espíritu Santo. En María desde siempre el amor fue perfecto y "cuando está perfecto el amor es cuando se hace la transformación del alma con Dios" (32).

Sabemos que María fue movida en todo por el Espíritu Santo. Ahora bien, para el doctor místico "los hijos de Dios, que son estos transformados y unidos en Dios, son movidos por el espíritu de Dios" (33).

La inhabitación de las Tres Personas en María es lógica derivación de lo que expresó el doctor del Carmelo en su célebre texto mariológico. Ella estuvo levantada desde el origen al alto estado de la unión con Dios, que es donde se da perfectamente la inhabitación.

Por eso podemos aplicar a Nuestra Señora la doctrina del santo sobre la inhabitación, ya que coincide hasta en el vocabulario con su conocida cita mariana. Véase si no este resumen de un estudio sobre "*La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma, según San Juan de la Cruz*":

"De esa participación misteriosa en las operaciones divinas nace lógicamente el endiosamiento del alma, el amar por el Espíritu Santo como el Padre ama al Hijo (*Llama* 3,82). En ese estado "no puede el alma hacer actos que el Espíritu Santo las mueve a ellos, y por eso todos los actos de ellos son divinos, pues es hecha y movida por Dios" (*Llama* 1,4); sus potencias se han trocado en divinas (*Llama* 2,33), y aunque da su voluntad y entendimiento para tales operaciones (*Llama* 1,9), ya son una misma cosa con el Espíritu Santo" (*Llama* 3,33)" (34).

Estas citas sanjuanistas vienen a ser glosa de su texto mariológico citado. A la luz de esta situación carismática de María en su grado más eminente, ¿podría afirmarse, desde el magisterio del doctor carmelita, que la Virgen supo la divinidad de su Hijo y conoció el misterio de la Santísima Trinidad experimental y conscientemente?

(32) *Subida I*, 2-4.

(33) *Subida III*, 2, 16.

(34) ANICETO DEL DIVINO REDENTOR, en "Revista de Espiritualidad" 2 (9143), 49.

San Juan de la Cruz nada dice sobre estas cuestiones particulares. A juzgar por lo que enseña acerca de la ilustración de estas levantadas almas en torno a los misterios de la fe habría que suponer que, de suyo y en razón de su estado, la Madre de Dios conocería de una manera superior esos misterios sobrenaturales. A no ser que, por otros respectos, Dios suspendiera en su caso el efecto de estos resplandores divinos, como a propósito de su capacidad de padecer se pronuncia expresamente el místico doctor (35).

Visión beatífica

¿Tuvo la Virgen visión sustancial gloriosa de Dios en esta vida? La visión beatífica es posible en esta vida. Juan de la Cruz la admite "aunque por vía de paso" (*Llama* 1,14).

Según el santo carmelita estas visiones rarísimamente acaecen y casi nunca y a muy pocos y por vía de tránsito y dispensando Dios o salvando la condición y vida natural, y lo hace Dios en aquellos que son muy fuertes del espíritu de la Iglesia y ley de Dios (36).

Fray Juan la afirma en Moisés (37), en Elías (38) y en Pablo (39). No menciona aquí a Nuestra Señora, pero podemos colegir que en ella se daban las peculiares condiciones que el doctor señalaba para esta clase de manifestaciones sobrenaturales. Pero además tenemos otra pista para presumirlo, y es la referencia a San Pablo. Para Juan de la Cruz el apóstol Pablo constituye el ejemplo típico para la visión más alta posible en este mundo, para la transformación más profunda y para la unión más penetrante en Dios hasta el punto de que por razón de este su altísimo estado de unión le convenía por derecho y ley lógica aun en esta vida el don de la impassibilidad y de la gloria, si bien Dios dispensó con él en esto por otros respectos, como, por ejemplo, para mayor mérito suyo y para mayor intensidad de fervor en su amor.

(35) *Cántico* 20, 10.

(36) *Subida* II, 24,3.

(37) *Subida* I, 24,3.

(38) *Subida* II, 23,3.

(39) *Cántico* 14,15.

Pues bien, en la misma situación trascendente se hallaba, según el mismo místico doctor, y antes que San Pablo, la Madre Virgen del Señor:

“Algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella (el alma), dándole a sentir cosas y a padecer en ellas porque más merezca y se afervore en el amor, o por otros respectos, como hizo con la Madre Virgen y con San Pablo y otros; pero *el estado de suyo no lo lleva*” (40).

Aquí vemos nuevamente a María según San Juan de la Cruz, a la que, “levantada a tan alto estado” y movida en todo por el Espíritu, en razón de su situación le convenían los más subidos dones de ese Espíritu, como ese ser como ángeles sin lugar a sufrimientos y padecimientos. Solamente para un mérito mayor y a título excepcional pasó por los dolores y penalidades del destierro, “*pero el estado de suyo no lo llevaba*”.

Con más fundamento, pues, que en Moisés, Elías y Pablo podría darse en María la visión beatífica, aunque, en todo caso, en forma transeúnte según San Juan de la Cruz no en modo permanente y habitual como apuntó el cardenal Lépicier (41).

Por vía teológica, y fundados en el mismo caso de San Pablo, la mayoría de los teólogos postridentinos, a partir de Bartolomé de Medina y apoyados por Suárez, afirmaron la visión beatífica terrena en María. A ello les movió sin duda el principio de eminencia y singularidad debido a la Madre de Dios (41 bis).

(40) Cántico 20,10.

(41) *Subida II*, 24, 2-3; LÉPICIER, A. H. M.: *Tractatus de Beatissima Virgine María*, Romae, 1926, pp. 255-257.

(41 bis) ALDAMA, J. A. DE, *¿Gozó de la visión beatífica la Santísima Virgen alguna vez en su vida mortal?*, en “Archivo Teológico Granadino”, 6 (1943), 121-140.

Actualmente los autores se muestran más remisos ante el hecho de la visión beatífica en esta vida. Cfr. v DE DEO UNO ET TRINO, en “*Sacrae Theologiae Summa*”, II, BAC, Madrid, 1945, pp. 43 y 47.

Muerte de amor de María

Los teólogos y escritores místicos dan por consumada la muerte de amor de María. En documentado estudio el P. Gregorio de Jesús Crucificado fundamentó dicho fenómeno en la doctrina de San Juan de la Cruz:

“Todas las características del amor de muerte y de la muerte de amor que indica Juan de la Cruz en la *Llama* pueden aplicarse a María, si bien la intensidad de su amor fue incomparablemente mayor que en ninguna otra alma mística.

Supuesta la mortalidad de María, no podemos menos de admitir que la muerte de amor entraba dentro del desarrollo de la vida de la gracia en la Santísima Virgen y que puede aplicársele con mayor razón que a ningún otro santo cuanto de ella escribió San Juan de la Cruz” (42).

Nosotros añadiríamos una acotación que hace más a nuestro propósito. La doctrina sanjuanista de la muerte de amor de María no es la que expone Juan de la Cruz en el *Cántico*, propia de almas sujetas a purificación a causa de sus imperfecciones, sino la que describe en el comentario a la primera estrofa de la *Llama de amor viva*, de las almas llegadas al alto estado de la unión. Ahora bien, en ese contexto esa *muerte de amor* es obra y merced del Espíritu Santo, según el mismo doctor carmelita: “Esta ‘llama de amor’ es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo” (43).

“En aquella deleitable comunicación del Esposo la está el Espíritu Santo provocando y considerando con aquella inmensa gloria que le está proponiendo ante sus ojos, con maravillosos modos y suaves afectos. Todas estas cosas siente el alma y las entiende distintísimamente en subido sentido de gloria, que la está mostrando el Espíritu Santo en aquel suave y tierno llamear con gana de entrarle en aquella gloria” (44).

(42) *La muerte de amor de María*, en “Estudios Marianos”, 9 (9150), pp. 263 y 267.

(43) *Llama* 1,3.

(44) *Llama* 1,28.

Por eso caben en labios de María, mejor que en ninguna otra alma, las palabras encendidas que Juan de la Cruz pone en su canción, que tiene resonancias del repetido texto mariano sanjuanista:

“Oh llama del Espíritu Santo..., pues son ya delante de tus ojos más válidas y estimadas mis peticiones, pues salen de ti y tú me mueves a ellas, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido..., rompe la tela delgada de esta vida y no la dejes llegar a que la edad y años naturalmente la corten...” (45).

De esta suerte, aunque Juan de la Cruz no nombra a María al tratar de la muerte de amor, su enseñanza le atañe tan directamente que a nadie cuadra mejor que a ella. Hasta tal punto es esto así que, como ha observado el P. Llamas, los mariólogos carmelitas (como José de la Madre de Dios, José de Jesús María y Diego de Santiago) afirman la muerte de amor de la Virgen y lo hacen movidos por el magisterio del doctor del Carmelo sobre este asunto (46).

¿Relación “personal” con el Espíritu Santo?

Una cuestión más acerca de la consideración pneumatológica que respecto a la Virgen María hace San Juan de la Cruz.

Nos referimos al problema que se han planteado algunos teólogos sobre si se dio “una comunión peculiar y unas relaciones personales del Espíritu Santo con la persona de María” (47). Así lo afirma Manteau-Bonamy e incluso lo ve insinuado en el Concilio Vaticano II cuando enseña que se dio una *misión visible* del Espíritu Santo a la persona de María (48).

¿Hay base en Juan de la Cruz para afirmar algo de ese tenor en el binomio Espíritu-María?

(45) *Llama* 1,36.

(46) Enrique del Sagrado Corazón, O. C. D., *Doctrina mariana del Carmelo*, en “*Miriam*”, 15 (1963), p. 81.

(47) Domínguez, Olegario, O. M. I., *María y el Espíritu Santo*, en “*Estudios Marianos*”, 41 (1977), p. 68.

(48) Manteau-Bonamy, H. M. O. P., *La Vierge Marie et le Saint-Esprit*. París, 1971, pp. 12-47.

El doctor del Carmelo sabe que el proceso de la Encarnación se debe a toda la santa Trinidad, como dejó plásticamente de manifiesto en el Romance de la Encarnación:

“En la cual, la Trinidad – de carne al Verbo vestía” (49).

En el orden de la vida espiritual es también obra de la Trinidad la santificación del alma hasta la unión transformante: “No sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las Tres Personas de la Santísima Trinidad” (50).

Pero en el orden de las atribuciones respecto a la acción del Espíritu en María es tan incisivo y tan radical el místico doctor que parece prohijar en su tesis el máximo posible de presencialidad e intervención entre ese Espíritu y una criatura.

En efecto: 1) Todo el ser y misterio de María (esencia, existencia, potencia y acción) conjuntamente considerado por Juan de la Cruz lo es desde, en y por el Espíritu Santo; 2) Ese Espíritu Santo no pasa rápidamente por María para “producir en ella” alguna operación aislada, sino que en ella actúa desde el principio y a ella mueve siempre y en todo; 3) Hasta la misma Encarnación la contempla el santo como una merced del Espíritu de Dios, que verifica en la Virgen esta suprema obra en forma de *obumbración*; 4) Al tratar de ese fenómeno de la “obumbración” del Espíritu Santo en María, Juan de la Cruz emplea términos que expresan aproximación e inmediatez, como “cubriendo la sombra, la persona cuya es está cerca”, “las lámparas encendidas, estando tan cerca del alma no podrán dejar de tocarla con sus sombras” (51).

Todo esto induce a pensar que para el doctor místico cabe la posibilidad apuntada por el P. Olegario, de una actuación no común en el orden de la causalidad *cuasi-formal* y que la misión del Espíritu en María fuera personal y no meramente apropiada (52).

(49) Edic. BAC, 10.^a, p. 392.

(50) *Cántico* 39, 3.

(51) *Llama* 3, 12-14.

(52) DOMÍNGUEZ, O., l. c., p. 68.

María, modelo carismático

Nos resta dejar asentado que según el maestro carmelita la Virgen María no sólo fue el prototipo del alma carismática en la que el Espíritu previno, inspiró y actuó más profundamente que en ningún otro cristiano, sino que también fue la que mejor se dejó invadir por el Espíritu y la que más intensamente correspondió a su aspiración perenne y la que colaboró con todo su ser a la realización de las maravillas que el Todopoderoso obraba en ella y por ella.

Juan de la Cruz, después de exponer y describir todo el desarrollo de la espiritualización del hombre y después de afirmar que, una vez llegado al estado perfecto de la unión con Dios, las acciones de estos espirituales son divinas, pone como modelo máximo y ejemplar de esta culminación espiritual el caso de María: "*Tales eran las obras de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora.*" Y la razón sanjuanista de tan suprema ejemplaridad es argumento inapelable en su sistema, porque ella "nunca tuvo impresa forma de alguna criatura ni por ella se movió, sino que siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (53). Y porque María no sólo no resistió a esa moción, sino que se dejó llevar siempre por ella estuvo permanentemente levantada al alto estado de la perfecta unión con Dios. Siendo el logro de ese estado de unión el fin último del magisterio sanjuanista dicho se está que el santo doctor presenta el caso de la Virgen como ideal puesto en la cumbre del Monte para las almas que aspiran a alcanzar la cima de la unión bajo la acción y moción del mismo Espíritu Divino.

Como corolario y corroboración de lo expuesto parece como si del ejemplo de María Juan de la Cruz extrajera este consejo suyo que es determinante:

"Consideren (los directores espirituales) que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos, sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas" (54).

(53) *Subida III*, 2,10.

(54) *Llama* 3,46.

Esto se verificó y lo vemos palmariamente realizado en María más y mejor que en ningún otro espiritual. Por eso resulta de neto sabor sanjuanista, aunque Suenens no reparó en ello, esta conclusión del cardenal belga:

“En unión con la Virgen y a su ejemplo, María nos ayuda a acoger al Espíritu, a vivir bajo su acción” (55).

En la trayectoria de San Juan de la Cruz la Virgen Madre no hizo otra cosa que seguir el impulso del Espíritu en todo el transcurso de su existencia terrena.

De ahí que si María es la obra cumbre del Paráclito, “el mayor éxito del Espíritu” (56), también ella es el espejo donde han de mirarse cuantos quieran ser invadidos, poseídos y movidos por ese Espíritu de luz y de amor.

Así nos lo muestra a nuestra admiración y a nuestra imitación el santo del Carmelo, de modo que vemos en María cuanto hoy vemos que debe ser y hacer el Espíritu en las almas y en la Iglesia: aliento vital, animador de comunidades, motor que mueve desde dentro, desde lo hondo; voz que se escucha, impulso hacia el encuentro de Dios, a la unión con Dios. Todo esto se proyecta ahora como ideal de la renovación carismática. Todo eso está en directa línea sanjuanista y se halla implícitamente contenido en su panorámica de esta obra, hija y esposa del Espíritu Santo.

Modelo de alma carismática, María nos presenta el aspecto positivo no el negativo de nuestro ideal. Sabemos que nuestra transformación la ha de hacer el Espíritu Divino en nosotros y sabemos que nuestra actitud ha de ser la de dejarnos mover y hacer por esa fuerza vital. En profundidad, en totalidad, a ejemplo de María. He ahí la lección básica de la Virgen para esta hora de renovación pentecostal de la Iglesia de Dios.

El Espíritu hizo todo en María, María nos conduce intuitivamente al Espíritu. El es el principal agente; lo fue en María, lo es en nosotros. Como ella, dejémonos conducir, dejémonos mandar. Es impagable el servicio doctrinal y pastoral que “el doctor del Espíritu Santo” hizo a los carismáticos del neo-pentecostalismo.

(55) SUENENS, I. c., p. 207.

(56) SUENENS, I. c., p. 206.

Ejemplaridad modélica de la Virgen desde su relación con el Espíritu que, como ya se ha hecho notar, podría expresarse gráficamente con la magistral canción del Poeta:

*Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio (57).*

Peculiaridades sanjuanistas

Después de esta disertación sobre el magisterio sanjuanista en torno a la relación Espíritu-María podríamos extraer algunas consecuencias de interés para enmarcar en su justa medida la típica posición del doctor carmelita.

1) *Originalidad*.—En lo poco que escribió Juan de la Cruz sobre Nuestra Señora es bien patente su originalidad, pues la presentó desde una faceta que no era corriente entonces ni lo ha sido después: enfoque básico espiritual de María, acción capital y fontal del Espíritu Santo en ella, efectos singulares de la acción del Espíritu sobre ella, carácter carismático de la Encarnación, modelo de espirituales en el estado más alto de la unión transformada por moción del Espíritu de Dios.

2) *Novedad*.—La novedad mayor de la visión sanjuanista de María radica en presentarla en su plenitud pneumatológica, como la obra cumbre del Espíritu Santo, desde el origen de su vida, no desde la Encarnación ni desde Pentecostés.

3) *Actualidad*.—Esa misma configuración carismática que de la Madre Virgen hace San Juan de la Cruz se encuadra y conecta con la actual posición mariana de la Iglesia, a la luz de las enseñanzas del Vaticano II y de los Papas Pablo VI y Juan Pablo II, que tan de relieve ponen el aspecto pneumatológico de María. Todo llega en su momento y hora, tras de la hora de María la hora del Espíritu, y no sin alguna razón de interdependencia.

(57) Cántico 28; DOMÍNGUEZ, O., l. c., pp. 76-77.

“Es la hora de dar al Espíritu Santo en mariología el lugar que le corresponde” (58).

Parece como si esta manifestación pentecostal de nuestros tiempos estuviera ya presentida y preanunciada en días antiguos. Grignon de Montfort auguró para estas fechas no sólo una “era mariana”, sino también una “era del Espíritu Santo” (59). La transición de una a otra época la podemos verificar sin ninguna violencia de la mano de San Juan de la Cruz.

4) *La mariología vindicada*.—En contra de la inculpación a la que aludíamos al principio bien demostrado queda que la doctrina mariana de San Juan de la Cruz es un testimonio elocuente de que la teología católica no desdeñó la acción superior del Espíritu Santo en la santificación de las almas y en la misma persona de la Virgen María, y mucho menos patrocinó ninguna suplantación del Espíritu por parte de María. Por el contrario, el doctor del Carmelo habló de la Virgen únicamente para resaltar la supremacía del Espíritu Santo en ella y sobre ella. Si se hubiera tenido en cuenta en la mariología y en la piedad mariana la enseñanza y mentalidad de San Juan de la Cruz jamás se hubiera obnubilado el papel del Espíritu Divino so pretexto de honrar a la Madre de Dios.

Aunque haya habido en esta materia algunos excesos viene bien dejar probado que la doctrina más autorizada de los doctores de la Iglesia, como Juan de la Cruz, Juan de Avila, jamás dio pábulo a un marianismo que fuera en detrimento de los fueros exclusivos de Dios y de cada una de las Personas de la augusta Trinidad. Para el santo carmelita no hubo desenfoque en la consideración mariana: vio y vivió el misterio mariano en su exacta dimensión y en su justa profundidad.

Y no se piense que por el realismo de su visión mariana y por presentar al Espíritu Santo como principal agente y motor de toda su moción y acción queda disminuida la dignidad de la Madre de Dios. Por el contrario, nadie vio tan levantada a María como la vio San Juan de la Cruz: desde el principio, toda poseída por la divinidad, toda movida y actuada por el Espíritu de Dios, hasta el punto de que

(58) LAURENTIN, R., *Court Traité sur la Vierge Marie*, 5.^a ed., 1968, p. 100.
(59) LAURENTIN, *ibídem*.

sus potencias quedaron divinizadas y sus pensamientos, sus afectos, sus palabras y sus actos fueron todos divinos, hasta el extremo de que como una eclosión de su persona divinizada por el Espíritu de luz y amor alumbró a Dios humanamente en sí y se lo dio al mundo (60).

No cabe un encumbramiento mayor de la persona de María ni cabe un argumento más sólido y cierto para afirmarlo: el Espíritu Santo.

El Espíritu y la esperanza

El Vaticano II llamó a María “signo de esperanza” (61). Por otra parte, hoy aparece en la Iglesia el Espíritu Santo como la nueva esperanza de una nueva Epifanía en un nuevo Pentecostés. Se ha podido escribir “Soy hombre de esperanza, porque creo en el Espíritu Santo” (62). Por otro lado, la “Redemptor hominis” de Juan Pablo II nos recuerda que Jesucristo es la única esperanza de la humanidad (63).

¿En qué quedamos definitivamente: María, el Espíritu Santo o Jesucristo? No hay contradicción, hay sólo concatenación de verdades, porque “el verdadero Cristo es siempre el que nació del Espíritu Santo y de María” (64).

(60) *Subida III*, 2, 8-16.

(61) *Lumen Gentium*, n. 68.

(62) SÜENENS, l. c., p. 11.

(63) *Acta Ap. Sed.*, 71; 15-3-1979.

(64) SÜENENS, l. c., p. 221.

LA "NOCHE OSCURA" DE LA FE DE MARIA EN LA ENCICLICA "REDEMPTORIS MATER"

José Ferreira

Segundo el método conciliar, Juan Pablo II va recorriendo los textos del Evangelio que hablan de la Virgen, buscando ver la semejanza que hay entre Cristo y María, dentro de un mismo misterio, el de la salvación de los hombres.

Aunque la interpretación de los textos bíblicos es la más importante, una novedad en la Encíclica que conviene ser conscientes en toda y cada una de la fe de la Virgen. Hasta el punto de que se le va convirtiendo en la máxima veneración de la jerarquía. Es la nueva primera de los santos, papel que juega María en el misterio de la Redención. "Todo lo que nos hace creer", dice, "semanalmente la humanidad. Pero por la fe de María se han abierto las puertas de la Redención. Por la fe de María agradó a Dios, vive a Dios, hizo la voluntad de Dios se entregó con todo al plan de Dios."

El Papa se ve obligado a citar a San Juan de la Cruz. Aunque en su tesis doctoral fue sobre el santo. Calcedonio. Y que más tarde, desafortunadamente, una publicación en la se citó al Doctor Juan de la Cruz. Doctor de la Iglesia San Juan de la Cruz. Con la intención de que todo llamado al Doctor de la Fe, que sea todo santo, santo, santo, santo, toda palabra y todo lo que sea, sea y sea, sea y sea, sea y sea.

La "noche oscura" de la fe de María en la encíclica "Redemptoris Mater" *

El Papa Juan Pablo II ha regalado a la Iglesia, en el Año Mariano que estamos viviendo, la encíclica *Redemptoris Mater*. El Romano Pontífice la ha definido como una "meditación" sobre el misterio de María, "una meditación que recorre de nuevo el magisterio conciliar; concretamente el Capítulo VIII de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia".

Siguiendo el método conciliar, Juan Pablo II va recorriendo los textos del Evangelio que hablan de la Virgen, haciendo ver la estrechísima unión entre Cristo y María, dentro de un mismo misterio, el de la salvación de los hombres.

Aunque la interpretación de los textos bíblicos es la tradicional, hay una novedad en la Encíclica que consiste en atender en todos y cada uno a la fe de la Virgen. Hasta el punto de que la fe se convierte en la columna vertebral de la Encíclica. Es la razón primera del singularísimo papel que juega María en el misterio de la Redención. "Feliz tú porque has creído". Feliz, bienaventurada la humanidad porque por la fe de María se han abierto las puertas de la Redención.

Por su fe María agradó a Dios, tuvo a Dios, hizo la voluntad de Dios, se incorporó con todo su ser al plan de Dios.

El Papa se ve obligado a citar a San Juan de la Cruz. Recuerden que su tesis doctoral fue sobre el santo Carmelita. Y que nadie ha hecho descubrimientos tan profundos en la fe como el Doctor Místico, el Doctor de la Iglesia San Juan de la Cruz. Con la autoridad de haber sido llamado el Doctor de la Fe, dice que toda imagen, noticia, figura, noción; toda palabra y luz, la más alta y esclarecida visión, no son Dios.

* De María, Hoy -3- Sevilla, 1988, 15-17.

Y el Papa repite que la Virgen "avanzó en la peregrinación de la fe": es decir, su vida fue una peregrinación como la nuestra por las oscuridades y noches de la fe, creyendo y no entendiendo: poseyendo a Dios por la fe.

Cuando el Papa recorre la presencia de la Virgen en el Evangelio tiene en cuenta la doctrina de San Juan de la Cruz, que voy a recordar en sus principios fundamentales..

La fe "escala y penetra hasta lo profundo de Dios" (S2, 1,1). Y nos da a Dios tal cual Dios es. Más cierta que la visión. "Ningunas formas ni noticias sobrenaturales son Dios". "Ninguna forma, ni figura, ni imagen, ni otra noticia que pueda caer en la memoria es Dios".

"Lo que es más luz en Dios, totalmente nos es tiniebla; cuanto las cosas de Dios son en sí más altas y más claras, son para nosotros más ignotas y oscuras" (S2, 8,6).

"Dios —dice en la Llama— excede al entendimiento, y así es incomprendible e inaccesible al entendimiento, y por tanto cuando el entendimiento va entendiendo no se va llegando a Dios sino antes apartando... a Dios se va creyendo y no entendiendo" (L. 3,48).

Podemos fabricar un Dios a nuestro gusto: representaciones ingenuas, disquisiciones filosóficas, endebles espiritualidades, un Dios experimental. ¡Falsificaciones! Esto no es Dios. No hay más Dios que el de la fe. Los pasos de la fe se dirigen directamente a Dios. No a una parte, a un leve resplandor, sino a El mismo, al misterio, al Todo.

El que busca a Dios de verdad no puede contentarse con menos de Dios mismo. Ni se expone a dejarse engañar. Sólo en la fe tiene absoluta seguridad. Y Dios mismo le sale al encuentro haciéndose su presencia cada vez más transparente, así como la comunicación de sí mismo y la transformación del alma.

El secreto no está en cambiar las obras de pecado por prácticas de piedad; no es suficiente un cambio superficial y externo. Es el corazón lo que hay que transformar totalmente. Porque "todas las cosas de la tierra y el cielo comparadas con Dios son nada". Y "todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito ser de Dios, nada es".

El gran hallazgo de San Juan de la Cruz y su mayor profundización en la fe se encierra en esta frase: "Dios es la sustancia de la fe y el concepto de ella, y la fe es el secreto y el misterio". Lo descubrió en San Pablo que iba por esta misma línea: "Sperandarum substantia rerum, la sustancia de cuanto esperamos".

Esta es la teología de la fe. Vale, por tanto, para mi fe, para la vuestra y para la de la Santísima Virgen.

La Encarnación se lleva a cabo, en gracia salvadora –para Ella y para toda la humanidad– por la fe: "bendita porque has creído".

San Pablo escribió a los Efesios (1,3) que Dios "nos ha bendecido con toda clase de bendiciones en Cristo". El primer eslabón de esa cadena de bendiciones, larga como la misma humanidad, es este: "bendita tú entre las mujeres". Y la razón: "porque has creído".

La Anunciación es la revelación a María del misterio de la Encarnación. Después de siglos y siglos en que Dios había hablado por medio de los profetas, descorriendo apenas el velo del misterio, a María se le descorre del todo: ha llegado la hora; concebirás y darás a luz un hijo; el Espíritu Santo descenderá sobre ti; será únicamente hijo de Dios y tuyo: será llamado Hijo del Altísimo. La Anunciación y la Encarnación se juntan en un punto, en un instante: en el acto de fe de María. Y María comienza a ser Madre, y el Verbo comienza a ser hombre. María inicia su peregrinación por el camino de la fe. Y el Verbo pone su tienda entre los hombres.

MARIA, TIPO DE LA IGLESIA Y MODELO DE LAS ALMAS, SEGUN SAN JUAN DE LA CRUZ

Ildefonso de la Inmaculada

María, tipo de la Iglesia y modelo de las almas, según San Juan de la Cruz *

Personalmente fue devotísimo de Nuestra Señora. Conocemos varios favores recibidos en su niñez y a lo largo de su vida y atribuidos por él a la intercesión de la Virgen Santísima. Entró en el Carmelo por amor a la Virgen. Lo testifican en el *Proceso* canónico dos testigos que le trataron por aquel tiempo, primero en el hospital y luego en el convento de Santa Ana donde entró religioso (21). Estaba destinado para ser el gran Reformador, con Santa Teresa, del Carmelo masculino. Con sus escritos ha sido el formador y maestro de todo el Carmelo reformado.

No tiene ningún tratado u opúsculo mariano. No obstante, conocemos una parte importantísima de su visión mariana. Donde hay ocasión manifiesta unos conceptos altísimos sobre la santidad de María. Preferentemente la contempló en su lugar de *ejemplaridad* sobre las almas. María para San Juan de la Cruz es el modelo perfecto de los caminos de Dios. Más que al detalle de las virtudes se va a la raíz de toda perfección, que es la *docilidad* a la acción interna del Espíritu Santo que habita en nosotros y es origen de toda obra buena sobrenatural, de toda virtud, de toda eficacia, en el campo personal y en el campo eclesial. Según San Pablo, todo lo que procede del Espíritu es espíritu y santidad; todo lo que procede de la carne, tomándola incluso en sentido amplio, es carnal (22).

* "De cultu mariano s. XVI", v. V, PAMI, 1984, 28-30.

(21) Son J. López Osorio y P. Fernández Bustillo. Cf. *Proceso apost.* de Medina, ms. Vaticano, sig. 25, folio 58v y folio 62. Cf. P. CRISÓGONO, *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, BAC, 15, p. 56.

(22) Cf. Rom, 8, 1.5; 9,8; Gal 5,16-17.

María, en el pensamiento del Santo de Fontiveros, siempre actuó bajo el impulso del Espíritu Santo; nunca bajo otro impulso —y este campo es amplísimo—. De aquí que en María todo fue santo, sublime, oportuno, eficaz. Todo su subconsciente estaba limpio y controlado por el Espíritu de santidad. Por esta singularísima actitud fundamental en el orden de la gracia, ella es modelo y tipo de la Iglesia y de todas las almas llamadas a la santidad.

San Juan de la Cruz contempla a María en su ser *dinámico*, en su acción interna que parte de la libertad, suponiendo que su ser, diríamos substancial, aquel de donde parte la acción y la libertad, se halla lleno de gracia. El campo subconsciente que en los demás hombres es un pozo de desequilibrios o desorden a consecuencia del pecado original, en María es un lago de tranquilidad, orden y pureza, de donde todo surge limpio. Esta es la doctrina que se enseña en la *Subida del Monte Carmelo* y que traducimos a nuestro lenguaje moderno (23). Para el Santo de Fontiveros ya no hay dificultad de interpretar o leer las actitudes evangélicas de María, en la encarnación, visitación y nacimiento de Jesús, presentación, cuando se pierde el joven Jesús, en Caná, en la Cruz, o en cualquier otra circunstancia: siempre era movida por el Espíritu. Nunca procedió por razones de móviles extraños. Nada pudo haber banal, ligero, afectado por el más insignificante desorden. El principio no condiciona la lectura del Evangelio, la ilumina, y está conforme con los demás principios mariológicos, con los enfoques patrísticos aceptados por la Iglesia en su Magisterio.

Sublime principio que irradia luz en toda la vida de María y explica su ejemplaridad perfecta respecto a la Iglesia como tal y a las almas en particular. Vale por toda una obra mariana. Es como el descubrimiento de un elemento fundamental en una ciencia, ya en gestación desde San Efrén y San Ambrosio.

Es la base teológica y mística de la ejemplaridad de María propuesta por el Santo a la Reforma teresiana, pues su libro de la *Subida* va dirigido especialmente a “algunas personas de nuestra sagrada Religión de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes como monjas” (24).

(23) Cf. *Subida*, II, 3,10; cf. *Cántico*, canción 2ª, 8.

(24) *Subida*, Prólogo, 9.

LAS VISIONES DE LA VIRGEN EN LA DOCTRINA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Efrén de la Madre de Dios

Las Visiones de la Virgen en la doctrina de San Juan de la Cruz*

Visión, en general, es la captación de una figura por una potencia cognoscitiva. En nosotros las potencias cognoscitivas son tres: corporal, sensitiva y sobre ellas la intelectual.

La *corporal* es captada por los sentidos externos, de la vista por las formas, del oído para el sonido, del tacto para las dimensiones. Ocupan la zona ínfima de nuestro ser, y San Juan de la Cruz, que sigue una escala gradual, las apropia a los principiantes: "Acerca de la vista se les suelen representar figuras y personajes de la otra vida, de algunos santos y figuras de ángeles, buenos y malos, y algunas luces y resplandores extraordinarios. Y con los oídos oír algunas palabras extraordinarias, ahora dichas por esas figuras que ven, ahora sin ver quien las dice. En el olfato sienten a veces olores suavísimos sensiblemente, sin saber de donde proceden. También el gusto acaece sentir muy suave sabor, y en el tacto grande deleite, y a veces tanto que parece que todas las médulas y huesos gozan y florecen y se bañan en deleite" (2 Sub., 11, 1).

La *sensitiva* es captada por los sentidos internos: imaginación y fantasía para las formas y sonidos, sentido común y memoria para los efectos. Estas captaciones "pueden ser en dos maneras: unas sobrenaturales que sin obra de estos sentidos se pueden representar y representan a ellos pasivamente, las cuales llamamos visiones imaginarias por vía sobrenatural; otras son naturales que son las que por su habilidad activamente puede fabricar en sí por su operación, debajo de formas e imágenes" (2 Sub., 12, 3).

* "Miriam" 15 (1963), 211-212.

La *espiritual*, o intelectual, es captada por el alma en cuanto incorpórea, y así recoge las esencias, los universales, los espíritus, las ideas, etc. En este género incluye San Juan de la Cruz cuatro especies: visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales: "se ofrecen al entendimiento clara y distintamente por vía sobrenatural pasivamente, que es sin poner el alma algún arte u obra de su parte, a lo menos activo" (2 Sub., 23, 1).

En todas estas tres formas el alma es el único sujeto que las sustenta. Son por tanto, tres ramas del mismo tronco y animadas con la misma savia. No puede darse ninguna de estas captaciones truncadamente sin ofender la dignidad del alma. Una sensación que quedase en el cuerpo y eludiese el mando del alma, sería una invasión incorrecta. Digamos lo mismo de las impresiones sentimentales. Si no llevan alma, son indignas de una persona. Cualquier impresión somática, realizada en forma inteligente, debe trascender las formas sensibles, y transformarse automáticamente en ideas o verdades espirituales que iluminen al alma vitalmente. También se sigue de esto que las reacciones producidas en los sentidos, para ser "humanas" han de respetar la libertad y la conciencia, y no imponer formas mecánicas, en que la voluntad está ausente. Así el dar voces sin sentido, moverse maquinalmente, danzar el cuerpo como zarandeado, desatinadamente, arguye la presencia de poderes incomprensivos, hirientes a la dignidad humana. El estilo de Dios sobrenatural no puede ser así. Un gesto suyo ha de encerrar un significado que juntamente es infundido en el alma. He aquí el principio luminoso de San Juan de la Cruz: "La visión corporal o sentimiento en alguno de los sentidos..., si es de Dios, en ese mismo punto que parece o se siente, hace su efecto en el espíritu, sin dar lugar que el alma tenga tiempo de deliberación en quererlo o no quererlo. Y así son las visiones y representaciones buenas, que aunque el alma no quiera, hacen sus efectos en ellos primera y principalmente que en el cuerpo" (2 Sub., 11, 6).

Dios, espíritu, habla al espíritu del alma; pero esta, que no sabe prescindir de su cuerpo, necesita de él para captar los mensajes; y Dios, adaptándose, se los da, pasando por sus sentidos; pero no para detenerse en ellos, sino para llegar mejor al espíritu a través de ellos. Y así su contacto con el espíritu da serenidad, paz profunda. Cuando, por el contrario, las señales son remedadas por el demonio, el

alma echa de menos esa paz, pues presente como si un ser extraño, invasor, penetrara en ella, y si no la ofuscaran sus pasiones con deseos desordenados se percataría enseguida de la presencia del enemigo. Así dice San Juan de la Cruz: "Las que son de parte del demonio, sin que el alma las quiera, causan en ella el alboroto o sequedad o vanidad o presunción en el espíritu" (2 Sub. 11, 6).

Limitémonos, sin embargo, a las visiones corporales. San Juan de la Cruz las describe de la siguiente manera: "Así como ven los ojos las cosas corporales mediante la luz natural, así el alma con el entendimiento... ve interiormente esas mismas cosas naturales y otras, cuales Dios quiere, ahora del cielo, ahora de la tierra, no haciendo impedimento ni al caso ausencia ni presencia de ellas... De tal manera se quedan en ella impresas aquellas cosas que con el espíritu vio en aquella luz, que cada vez que advierte las ve en sí como las vio antes..., que ya aquellas formas de las cosas que vio, nunca jamás se le quitan del todo del alma, aunque por tiempo se van haciendo algo remotas" (2 Sub., 24, 5).

Así concibe San Juan de la Cruz las visiones corporales y no de otra forma. El demonio las puede, cierto, remedar pero las señales que llevan son inconfundibles. El concepto que corrientemente nos formamos nosotros de las visiones corporales, se reduce a unas apariciones puramente sensibles, propias de niños que no alcanzan a ver sino cuerpos. Es como si tomásemos la materialidad de la visión, sin entrañas de Dios. Y en realidad, si carecen de ese efecto íntimo, que satura el alma de Dios, como se aprecia en las visiones de Bernadette, hay que repudiarlas como indignas de Dios.

Pero aún suponiendo que sean verdaderas y que Dios hable en ellas; tomadas así, en su materialidad, San Juan de la Cruz nos impone un programa de condiciones para discernirlas, que lo mejor ante ellas es rechazarlas a bulto. En los capítulos 19 y 20 (de 2 Subida) hace un análisis magistral para interpretar las revelaciones divinas. Pero la norma nítida, inconfundible y segura es: "Siempre conviene al alma desecharlas a ojos cerrados, sean de quien fueren; porque si no lo hiciese, tanto lugar daría a las del demonio, y al demonio tanta mano, que no sólo a vueltas de las unas recibiría las otras, mas de tal manera irían multiplicándose las del demonio y cesando las de Dios, que todo se vendría a quedar en demonio y nada en de Dios" (2 Sub., 11, 8).

Cuando se trata de mensajes sociales, como parecen significar las apariciones de la Virgen en nuestros tiempos, las apariciones corporales tienen un sentido de garantía social. San Juan de la Cruz reconoce que en el Antiguo Testamento estos mensajes eran corrientes, y aún necesarios, para interpretar la voluntad de Dios para su pueblo (2 Sub., 22, 3-5). Pero en la nueva Ley sería hacer agravio al testimonio de Cristo, que nos lo dejó completo en su Evangelio y en la Iglesia. Si se trata de analizar las apariciones en sí mismas, como fenómenos exteriores, entramos en un laberinto, donde apenas es posible hallar salida. En principio deberíamos asentar como base el respeto a la personalidad humana. Pero en realidad, el único testimonio fehaciente de su origen divino tendría que ser externo, el *milagro*. La garantía del milagro y el florecimiento de virtudes cristianas sería la única razón humana para confirmar la presencia de Dios en aquellos fenómenos, que de sí no dicen nada a la sociedad expectante. Los efectos internos de la gracia no se ven. Los que se ven, pueden ser producidos por causas diversas; luego sólo con la piedra de toque con que Cristo corroboró su doctrina estaremos obligados a acatarlos, si van avalados con el milagro, lenguaje de Dios.

A pesar de todo esto, hay normas orientadoras, que nos pueden dar cierta tranquilidad para inclinarnos a una sumisión reverente. Son entre otras las que siguen:

1.º *Finalidad honesta*. La intervención extraordinaria de Dios o las apariciones de la Virgen para un mensaje colectivo, debe ir justificado por un bien igualmente colectivo, que no pueda obtenerse con los medios ordinarios.

2.º *Bien público*; pero no de origen material, que ordinariamente es minero de ruinas morales, sino evangélico, austero, de santidad comprobada y permanente.

3.º *Medio extraordinario*. Lo que puede alcanzarse con los medios que Dios ha puesto al alcance del hombre, debe éste alcanzarlos con su esfuerzo; Dios no trabaja para hacernos vagos; sólo ayuda cuando el trabajo del hombre es insuficiente.

4.º *Sometido al criterio de la Iglesia*. Sólo ésta tiene oficialmente la autoridad divina para decidir en cada caso la voluntad de Dios. Si Dios quiere intervenir por otra parte, ha de ser siempre respetando los valores morales que El ha cometido a la Iglesia; y por muchas maravillas que viéremos, si no fueren comprobadas por

el asenso de la Iglesia no podrán ser recibidas como auténticas obras de Dios.

Estas normas generales bastan para orientar. Detenernos en detalles minúsculos sería no acabar. Querer decidir en concreto el valor particular de tal o cual aparición de los que modernamente corren sería cuestión de un estudio particular, aplicando a cada uno los principios aquí apuntados, que se ajustan a la doctrina de San Juan de la Cruz.

LA MUERTE DE AMOR DE MARIA A LA LUZ
DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Gregorio de Jesús Crucificado

LA MUERTE DE AMOR DE MARIA A LA LUZ DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Gregorio de Jesús Crucificado

La muerte de amor de María y la doctrina mística *

En la vida mística el anhelo y el ansia de morir son una de las notas más características, fácilmente explicables desde el momento que se considere que toda la mística no es más que el camino hacia la perfecta unión con Dios, que es sólo compatible con el estado de los bienaventurados. El “que muero porque no muero” de los Santos Reformadores del Carmelo, es el estribillo obligado de las almas contemplativas en las diversas etapas de su camino hacia la perfecta unión.

A este final, a un tiempo fatídico y glorioso, tienden todas las energías del alma y dentro de la naturaleza mortal constituye una exigencia de la santificante.

Ya en las primeras fases de la unión las ansias de ver a Dios suelen ser tan fuertes, que ponen al alma en trance de muerte. Dice a este propósito San Juan de la Cruz, exponiendo precisamente el último verso de la primera estrofa del Cántico Espiritual: “Salí tras ti clamando y eras ido”:

“Estando ya perdido a todas las cosas y a sí mismo por el Amado, no he hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la posesión del que ama su alma. Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande a los que van llegando al estado de perfección al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyere el Señor morirían”, porque como tienen el paladar limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da a gustar algo de la dulzura del amor divino que ellos sobre todo modo apetecen, padecen sobre todo modo, porque como por resquicios se les muestra un inmenso bien y así es indecible la pena y el tormento (31).

* “Estudios Marianos” 9 (1950) 260-267.

(31) Cántico Espiritual, I, 20.

cual dice porque le parecía que volaba el alma fuera de las carnes" (36).

Es evidente que tampoco estas ansias de amor son aplicables a María Santísima, ya que los efectos descritos por los místicos son debidos a la imperfección del natural que por ello no puede sufrir la intensidad de la divina contemplación. Efectivamente, esto sucede *al principio*, ya que más tarde, cuando el natural está purificado aún con una luz más intensa, desaparecerán esas ansias y esas inquietudes y temores.

María, constituida en la perfección desde su primer instante, no necesita recorrer ese camino negativo de purificaciones ni de noches oscuras. Si hay algo en su vida que pueda asemejárseles, no será como etapas del camino de la unión, sino en cumplimiento de su misión como Corredentora.

Muy diversos son los efectos que el amor produce en el alma cuando ya ha llegado al estado de matrimonio, y que San Juan de la Cruz describe de mano maestra como de quien sabe estas cosas por la experiencia íntima y deleitosa. Dice así explicando el verso "Acaba ya si quieres", de la canción primera de la Llama:

"Es a saber: acaba ya de consumir conmigo perfectamente el matrimonio espiritual porque éste es lo que pide el alma: que aunque es verdad que en este estado tan alto está el alma tanto más conforme y satisfecha cuanto más transformada en amor, y para sí ninguna cosa sabe... porque vive en esperanza, todavía aunque no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la acabada posesión de adopción de los hijos de Dios, donde consumándose su gloria se quitará su apetito. El cual, aunque acá más juntura tenga con Dios, nunca se hartará ni quietará, hasta que parezca su gloria, mayormente teniendo ya el sabor y golosina de ella como aquí se tiene. Que es tal que si Dios no tuviese aquí favorecida la carne, amparando el natural con su diestra... a cada llamarada de éstas se rompería el natural y moriría..." (37).

(36) *Cántico Espiritual*, XIII 2.

(37) *Llama* c. I, 27.

Todas las características del amor aquí descrito pueden aplicarse a María, si bien la intensidad de su amor fue incomparablemente mayor que en ninguna otra alma mística.

Aquí no se trata ya de imperfección del natural sino de una incapacidad radical por la que el vaso de la parte inferior no está hecho para sufrir tan encendido fuego de amor.

María, cuya naturaleza era idéntica a la nuestra, tenía también limitado la capacidad de su parte sensitiva y debía, lógicamente, llegar un momento en que la intensidad de su amor rebasase esta capacidad. Los autores espirituales afirman con frecuencia que durante toda su vida debió hacer Dios el milagro de impedir este efecto connatural del ímpetu de amor que era en Ella tan intenso que debía ocasionarle la muerte.

Ya hemos visto cómo es ésta precisamente la explicación que de la muerte de amor de María da San Francisco de Sales, Bossuet y Santo Tomás de Villanueva.

Mas como el hombre es mortal y sin el paso insoslayable de la muerte no puede conseguirse la plena unión con Dios tras la que el alma suspira y que constituye su destino sobrenatural, llega un momento en que el milagro cesa y la muerte acontece realmente a los impulsos del amor.

San Juan de la Cruz describe esta muerte de amor en la Llama explicando el último verso de la canción primera "Rompe la tela de este dulce encuentro". Dice así: "La cual tela es la que impide este tan grande negocio: porque es fácil cosa llegar a Dios quitados los impedimentos y rompidas las telas que dividen la junta entre el alma y Dios" (38).

Explica luego cómo hay tres clases de telas que impiden la unión con Dios: "temporal, en que comprenden todas las criaturas; natural, en que se comprenden las operaciones e inclinaciones permanentes naturales; la tercera, sensitiva, en la que sólo se comprende la unión del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice San Pablo: Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitación de Dios en los cielos".

(38) *Ibidem.*

Ya el alma en las purificaciones ha roto la tela temporal y la natural y no le queda por romper más que la tercera de la vida sensitiva. "Que por eso dice aquí tela y no telas, porque no hay más que ésta que romper, la cual, por ser tan sutil y delgada y espiritualizada con esta unión de Dios, no la encuentra la llama vigorosamente como a las otras dos hacía, sino sabrosa y dulcemente, que por eso dice aquí y llama dulce encuentro, el cual es tanto más dulce y sabroso, cuanto más le parece que le va a romper la tela de la vida."

Por eso el alma suplica al Señor que "ahora que estoy tan fortalecida en el amor que no sólo no desfallece mi sentido y espíritu, mas antes, fortalecidos en ti mi corazón y mi carne, se gozan en Dios vivo con grande conformidad de las partes, donde lo que tú quieres que pida pido y lo que tú no quieres, no quiero, ni aun puedo ni me pasa por el pensamiento querer; y pues son ya delante de tus ojos más válidas y estimadas mis peticiones, pues salen de ti y tú me mueves a ellas, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, ...rompe la tela delgada de esta vida y no la dejes llegar a que por la edad y años, naturalmente, la corten para que te pueda amar, desde luego, con la plenitud y hartura que desea mi alma, sin término ni fin."

Es de notar que aquí pide el alma acortamiento de la vida, suplicando que el amor se adelante a la obra de los años y produciendo, por consiguiente, la muerte por su misma intensidad.

Dios escucha la petición del alma, y así el romperse la tela del dulce encuentro viene a ser para San Juan de la Cruz el coronamiento de la vida mística. Dice así el Santo:

"Donde es de saber que el morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de su muerte cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y el modo de la muerte hay mucha diferencia: porque si las otras mueren de muerte causada por enfermedad o por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse consigo la joya del alma. Y así la muerte de semejantes almas es muy suave y muy dulce, más que les fue la vida espiritual toda su vida: pues que mueren con más

subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellos como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere" (39).

Esta muerte de amor que aquí describe San Juan de la Cruz, se dio por ejemplo en Santa Teresa. Algunos autores modernos pretenden explicar como un resultado de la muerte de amor la herida del corazón de la Santa, que puede verse todavía en su sagrada reliquia de Alba de Tormes. El ímpetu de amor le había hecho reventar el corazón. Novoa Santos (40) la explica como consecuencia de una angina de pecho; explicación que dista mucho de ser científica, ya que no podrá presentarnos el pretencioso médico un solo caso de anginosos en el que se haya producido tal efecto.

Tampoco la otra explicación, aunque teóricamente ortodoxa, parece encajar con un análisis severo de la descripción sanjuanista, ya que parece difícil coordinar un reventarse el corazón con esa dulzura y suavidad extremas, que es la nota característica de esta muerte de amor.

Pasando a la muerte de la Santísima Virgen nos encontramos con que todos los elementos de la descripción sanjuanista son aplicables a María.

Para San Juan de la Cruz el amor, alma de la vida mística, es el eje de todo su desarrollo. El ha servido para romper las dos telas que impedían la unión, sobrenaturalizando la vida sensitiva y la vida psíquica.

La Santísima Virgen, que por su dignidad de Madre de Dios fue constituida en gracia y libre de toda traba de imperfección y de pecado tuvo, desde el principio de su existencia, sobrenaturalizadas su vida sensitiva y psíquica; no precisando en manera alguna que rompiese esa doble tela cuyo desprendimiento forma la base de toda la doctrina de la Subida y de la Noche. A María no puede aplicarse más que las encendidas y apasionadas etapas de la Llama, en las que todo es incendio y flamear con el mismo amor del amado en transformación íntima de todo el ser en el ser de Dios.

San Juan de la Cruz lo reconoce expresamente en varios pasajes de sus obras.

(39) *Ibíd.* núm. 30.

(40) *Patografía de Santa Teresa*, p. 39. Madrid, 1933.

En la Canción XX del Cántico Espiritual, admite que la Santísima Virgen tuvo que padecer y sentir en muchas cosas, mas no con una finalidad purificativa, sino por "otros respectos", que bien pudieron ser en la mente del Santo, los que exigía su colaboración a la Redención de la Humanidad. Mas de suyo el estado en que se encontraba su alma excluía todo dolor y sufrimiento.

"Aunque algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir cosas y a padecer en ellas; porque más merezca y se afervore en el amor o "por otros respectos", como hizo con la Madre Virgen..., pero el estado de suyo no lo lleva" (41).

Que la Santísima Virgen no precisase de purificaciones por estar constituida en el amor, lo reconoce expresamente San Juan de la Cruz en la Subida:

"Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (42).

Y como precisamente todas las purificaciones tienen por objeto despegar las potencias del alma de todo lo que no es Dios, es decir, de las criaturas, se sigue que María, que en todo era movida por el Espíritu Santo, no precisaba desprenderse de ningún apego a través de las purificaciones.

Sin embargo, tenía que romper la tela de la vida para que la Visión Beatífica, que era el fin supremo al que en María, como en nosotros, tendía todo el desarrollo de su vida sobrenatural, llegase a su coronamiento, la unión a un cuerpo pasible y mortal impedía que el alma de María pudiese quedar totalmente absorta en el Verbo. Sólo durante breves momentos podía gozar de la Visión Beatífica mientras permanecía en el estado de viadora.

(41) Cánt. XX, 10.

(42) *Subida* III, 10.

Yo creo, sin embargo, que este desarrollo de la vida mística de María, que necesariamente debe alcanzar su cumbre con la muerte de amor, no puede aducirse como prueba del hecho de la muerte de María. Concuerta esto perfectamente con la doctrina de San Juan de la Cruz, quien tratando en el Cántico, canción XI, de los deseos de morir que tiene el alma, escribe comentando el "Máteme tu vista y hermosura":

"...es de saber que el alma habla aquí condicionalmente cuando dice que la mate su vista y hermosura, supuesto que no puede verle sin morir, que si sin eso pudiera ser, no pidiera que la matara. Porque querer morir es imperfección natural; pero supuesto que no puede estar esta vida compatible de hombre a hombre con la otra vida inmarcesible de Dios, dice "Máteme, etc." (43). De aquí se deduce que tanto la justificación del anhelo de morir, como la necesidad de la muerte como coronamiento de la vida mística, responde a la naturaleza de nuestro ser, que es corruptible y, por lo tanto, mortal, y no puede, sin morir, resistir la vista y hermosura de Dios. Para aplicar estos principios a María hemos de partir, lógicamente, del supuesto de que su naturaleza era corruptible y mortal como la nuestra.

Nuestros primeros padres, en el estado de justicia original, estaban llamados a recorrer todas las etapas del desarrollo de la gracia en la que habían sido creados y hubieran alcanzado la plenitud de la vida mística sin que interviniera la muerte. Al ser "trasladado" a la visión beatífica el *illapsus* de la Divinidad causaría a un tiempo la glorificación del alma y del cuerpo, sin necesidad de separarlos. De hecho éste sería el efecto que produciría en el cielo después de la Resurrección, y responde a las mutuas influencias que pueden verificarse en las relaciones psicosomáticas.

Santo Tomás afirma esto en su Suma Teológica cuando escribe citando a San Agustín: "*Tam potenti natura Deus fecit animam ut ex eius beatitudine redundet in corpus plenitudo sanitatis et incorruptionis vigor*" (44).

(43) *Cánt.* XI, 9.

(44) 197, a. 7.

No obstante, supuesta la mortalidad de María, no podemos menos de admitir que la muerte de amor entraba dentro del desarrollo de la vida de la gracia en la Santísima Virgen y que puede aplicársele con mayor razón que a ningún otro Santo, cuanto de ella escribe San Juan de la Cruz. Responde asimismo maravillosamente a la situación psicológica de su alma después de la Ascensión al Cielo de su Hijo, en la que, por una parte, la estela luminosa dejada en su alma por el glorioso Resucitado y, la imposibilidad de unirse definitivamente a El con la unión plena de la Visión Beatífica, eran un estimulante y un impulso irresistible que podían menos de romper la débil tela que todavía la separaba del Amado de su corazón.

PSICOLOGIA Y MUERTE DE AMOR

Intuición de los místicos

Ildefonso de la Inmaculada

Psicología y muerte de amor*

Hemos estudiado la psicología de María frente al dolor y, de rechazo, su relación con el gozo, conforme a los principios de la mística. Los mismos se pueden aplicar a otras pasiones o reacciones conscientes.

Por fin vamos a ver qué es lo que nos enseña la mística en el campo de la psicología de la muerte, para aplicarlo luego a la *psiqué* de María ante esta tremenda realidad humana.

Ya el P. Gregorio de Jesús Crucificado, C. D. nos ofreció hace unos años un valioso trabajo sobre "*La muerte de amor de María*" (45). En dicho artículo dedica un apartado a *la muerte de amor de María y la doctrina mística* (46).

Nosotros estudiaremos la misma doctrina en su aspecto psicológico. Es un dato curioso; observamos muy distinta actitud de los místicos frente a la realidad de la muerte, según el estado en que se encuentren. Hasta parece que se rompe la lógica. Cuanto más avanzan hacia la perfección van produciéndose cambios contrarios. Hasta las sextas *Moradas* de Santa Teresa el alma a medida que va desprendiéndose de todas las cosas terrenas y adhiriéndose a Dios, suprema realidad, va perdiendo asimismo el miedo a la muerte y a la vez surge un deseo de romper su frontera para ver a Dios cara a cara. Este proceso parece lógico en la mística. También parecería lógico para Freud, conforme al *principio de destrucción*.

El hombre, en su estado caído, cara a la muerte, como si fuese ésta una realidad extraña a su vida, la mira con temor, y diría con espanto y tremenda ansiedad. En parte es natural, sobre todo si no se

* Estudios Marianos, vol. 38 (9174) 152-159.

(45) Estudios Marianos, vol. IX, 1950, pp. 239-268.

(46) *Ib.*, pp. 260-267.

tiene esperanza de otra vida. Pero es que también se constata el fenómeno en los que tienen esperanza en la vida eterna. Freud enseña que en el hombre hay un instinto primario de *destrucción*. Pero el instinto nos conduciría a buscar la muerte. Y no es así: la rehuimos con gran fuerza.

Es cierto que la cultura occidental moderna, en ese sentido distanciada de la cristiana, ha aumentado el temor a la muerte. Sin querer le ha montado una poderosa propaganda de terror. Pero, aún siendo esto cierto, el hombre naturalmente tiene cierto horror a la muerte, a su destrucción corporal.

El místico lo va perdiendo. Profundiza en las regiones de otra vida, en otras experiencias que no son del todo corpóreas, que descubren una realidad inmortal e indecible, y esto le anima a superar la muerte, incluso a desearla como una liberación del peso de la tierra para elevarse plenamente a la experiencia sobrenatural. La fe juega un papel primario en esta superación que anuncia la vida eterna. Pero en el místico hay otro factor importantísimo: la experiencia de lo divino, y esto les hace exclamar fuertemente:

Que muero porque no muero (47)

o aquello otro de San Juan de la Cruz:

*Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura...* (48).

¿Luego tiene razón Freud? ¿El instinto de *destrucción* aflora en los estados superiores?

No. San Juan de la Cruz coloca estos versos en la Canción 11. Después el alma se remansa y ya no se acuerda de este drama interno. Santa Teresa asegura que el alma en las sextas *Moradas* ansía fuertemente la muerte para ver a Dios. Esto es, ha perdido el miedo, pero le preocupa psicológicamente como un obstáculo para su entera paz.

(47) Santa Teresa, *Obras cit.*, p. 499; San Juan de la Cruz, *Obras*, p. 51.

(48) *Cánt. esp.*, canción 11.

En cambio, y eso es lo grande, la actitud del místico cambia en las *Moradas séptimas*, es decir, en el estrato psicológico más cimero. No cambia respecto al *temor*, que sigue no teniéndolo, pues en frase de la Santa de las *Moradas*, "*temor ninguno tiene de la muerte, más que ternía de su suave arrobamiento*" ... (49). Pero la psicología de muerte va tornándose en psicología de vida: "*No sólo no desean morir, más vivir muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos...*" (50). "*No desean por entonces verse en ella* (la gloria de los santos); *su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado*" (51).

Tal actitud psicológica es ya la victoria sobre la muerte en la tierra. Ni la temen ni la desean. El enemigo se ha vuelto tan pequeño que lo miran con cierta indiferencia. Ha perdido importancia para ellos. No es el fantasma tremendo que se teme en los principios. También han superado el principio de Freud, de la propia destrucción: no la desean ni aun con el aliciente de hacerse eternos bajo otro ropaje distinto del enfermo y mortal.

Tal *psicología*, que llamo *de vida*, es propia de los perfectos. Tal debía ser la de María donde todo estado inferior se ve superado. Ella venció a la muerte mejor que ningún mortal; ella superó todo instinto. Ella, constantemente, se sentía en medio de la vida, invadida de la vida, sin que la gloria le pudiese dar más si no un cambio de estado, el de la fe por la gloria.

Los perfectos alcanzan cimas de victoria que hemos descrito, pero no las alcanzan de modo perfecto o cumplido. María, sí. Los perfectos mueren, en el cuerpo y también por el peso psicológico, porque no son del todo perfectos. Incluso, como enseñan los psicólogos, primero llega la *muerte psicológica* que la *muerte física*, a no ser que suceda un accidente violento, como en Cristo la muerte de Cruz. Sin embargo, el último aliento del Señor fue de vida, como lo afirmó el Centurión. De ese modo no moría ningún hombre.

No conocemos todavía todo el alcance del poder de la psicología sobre la vida. Sabemos que puede *prolongarse*. El sentimiento de vivir, el deseo de vivir prolonga la vida. La psicología de juventud

(49) *Mor. VII*, c. 3, núm. 5.

(50) *Ib.*, núm. 4.

(51) *Ib.*, Cf. San Juan de la Cruz, *Cántico esp.*, c. 3, núm. 11.

prolonga la juventud. ¿Pudo ser un día secreto de la vida, de la llamada inmortalidad paradisíaca perdida por el pecado? No lo sé. Los hombres tenemos la *psicología de muerte* y esto adelanta nuestro fin. El mundo moderno hace evolucionar esa psicología. La medicina no puede contrarrestarla. Habría que crear un nuevo ambiente, revolucionario. No conseguiríamos la meta, pero aliviaríamos a la humanidad. No conseguiríamos la meta porque dado el pecado el hombre no puede ya alcanzar toda la *psicología de vida*, además que se interfieren las enfermedades.

La inmortalidad de los primeros padres no significa la inmortalidad o perpetuidad de su cuerpo humano tal como vive en este mundo. Tenía que haber un *tránsito* del cuerpo *terreno* al cuerpo *inmortal* en un momento de *transformación*, que no sería como la muerte, sino como una *dormición* o fenómeno extático cuando Dios hubiera terminado: después del transcurso de la vida terrestre.

El secreto de la muerte de María queda teológicamente todavía en el aire. La Iglesia no lo ha querido definir; nos ha dado una definición de *psicología de vida*: "*La inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena...*" (52).

¿Murió María por causa del amor? El amor de María, por más intenso que fuese, no iba a originar necesariamente la muerte. ¡Más intenso que fue en toda la vida el de Cristo! Y, sin embargo, Cristo murió, no por la intensidad del amor, sino por la muerte de cruz, llevando en el corazón un infinito amor. Hay, sin embargo, datos oscuros para nosotros en la muerte del Señor. Pilatos se extrañó de que muriese tan pronto en la cruz. El grito de Jesús al morir no fue un grito de moribundo, sino de uno que tiene potestad sobre la vida. Lo cual podría suponer que Cristo dispuso de su vida (cf. Juan, 10, 17-18). "*Doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla*".

La muerte de María no fue violenta; no fue de enfermedad; no la provocó una psicología de muerte.

(52) *Munificentissimus Deus*, 1 de nov. 1950, AAS XLII, 753.

Pero si murió, murió de amor. Esta es la enseñanza de los místicos para las almas perfectas. Escribe a este propósito San Juan de la Cruz:

"Donde es de saber que el morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de su muerte cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y el modo de la muerte hay mucha diferencia: porque si las otras mueren de muerte causada por enfermedad o por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de su edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse consigo la joya del alma. Y así la muerte de semejantes almas es muy suave y dulce, más que les fue dada la vida espiritual toda su vida: pues que mueren con más ímpetus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellos como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere" (53).

Psicología de amor: lo que había resumido toda su vida y que alcanza todas sus consecuencias bellas sobre la tierra. Tengo mis reparos en la *muerte psicológica* de María. No veo su *condición de muerte en cuanto a su natural*, presupuestos que pone el Santo, pero si hubo muerte nunca se vio nada tan bello como la muerte de María en esta tierra de muerte y de angustia. Es la victoria de la psicología de la vida en Cristo y con Cristo, el que venció a la muerte con su muerte.

Intuición de los místicos

Los místicos poseen un modo muy personal de considerar y contemplar las cosas. Viven muy en su interior y esto les descubre, aunque parezca paradójico, un mundo nuevo, bello y tranquilo, como un paraíso, que luego proyectan a sus conocimientos externos.

(53) Llama, canción I, núm. 30.

Tal fenómeno se manifiesta en el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. Concretamente, por citar un lugar, fijémonos en la canción 14, *Mi amado, las montañas*, etc.

Los místicos viven al Amado dentro de sí de una manera absorbente. Luego proyectan esa vivencia hacia afuera y lo convierten todo en su Amado. Psicológicamente sucede otro tanto en todo amor fuerte.

"Por cuanto en este caso —comenta el Santo— se une el alma con Dios, siente todas las cosas..., siente serle todas las cosas Dios...

Mi Amado, las montañas.

Las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, hermosas, graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí... (54).

Los valles solitarios, nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí" (55).

Y así, a este estilo va discurrendo el comentario de la canción: las ínsulas, el río sonoro, el silbo de los aires, la noche, la aurora, la música, todo es el Amado para él.

No es la única proyección que poseen los místicos. Hay otra y es la que aplican a María. Ellos conocen por la fe la grandeza y perfección de la Virgen. Saben que todo lo bello que se experimenta en el alma lo ha poseído María en sumo grado, pues es modelo y tipo de todas las almas cristianas, esto es, tipo de la Iglesia.

(54) *Cánt. esp.*, canción 14^a, núms. 5 y 6.

(55) *Ib.*, núm. 7.

Entonces, cuando consideran estas almas levantadas y puras a María se apoyan, además de la fe, en el mundo sencillo y hermoso contemplado dentro de sí mismas, atisbando el mundo de María, su psicología. Es un camino de entendimiento mejor que el de la reflexión.

De este modo se pueden explicar muchas páginas bellísimas que sobre María han escrito las almas místicas. Permítaseme que sólo cite una mística reciente, Sor Isabel de la Trinidad. Sus páginas marianas valen por muchos tratados. Algunas —como afirma el P. Philipon, O. P.— *tendrán que ser leídas de rodillas*. Escojamos algunas que nos dan una semblanza sublime de María, muy propia del místico, vista a través de su interior (56).

“Me parece a mí que esa actitud de la Santísima Virgen, durante los meses que transcurrieron entre la Anunciación y la Natividad, es el modelo de las almas interiores, de esos seres privilegiados, que el Señor ha escogido para vivir “allá dentro”, en el fondo sin fondo del abismo interior. *En aquella paz, en aquel recogimiento, María se rendía y se entregaba a todas las cosas. ¡Ah, y cómo hasta las cosas más vulgares quedaban divinizadas por Ella, puesto que, a través de todo, la Virgen era adoradora del don de Dios*” (57).

“¿Se piensa en lo que debería acontecer en el alma de la Virgen cuando, después de la Encarnación, poseía en ella el Verbo Encarnado, el don de Dios? *En qué silencio, qué recogimiento, qué adoración, debía ella sepultarse en el fondo de su alma para estrechar a ese Dios cuya Madre era*” (58).

“Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo (Mt., 11, 27). A mí me parece que de la misma manera podemos afirmar también que *nadie ha penetrado*

(56) Cr. *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, por M. M. Philipon, O. P., Edic. Desclée. Bilbao, 1963, pp. 173-188.

(57) *¿Cómo se puede hallar el cielo en la Tierra?*, Obras completas, Edit. de Espiritualidad, Madrid, 1958, p. 413.

(58) Carta a su hermana, nov. 1903; cf. P. Philipon, p. 180.

toda la hondura del misterio de Cristo como la Virgen María... ¡Qué pálidas aparecen las figuras de todos los santos frente a la figura luminosa de la Virgen! ¡Es inefable! No ha habido lengua capaz de revelar ni pluma capaz de transcribir todas aquellas cosas que María guardaba y meditaba en su corazón” (cf. Lc., 2, 19) (59).

Cuando más tal vez penetró Sor Isabel en el alma y psicología espiritual de María fue en los postreros Ejercicios de su vida. El día decimoquinto escribe:

“Después de Jesucristo, pese a la distancia que existe entre lo finito y lo infinito, hay una criatura que ha sido también la gran alabanza de gloria de la Santísima Trinidad. Una criatura que supo responder plenamente a esa elección divina de que nos habla el Apóstol. Ella fue, en efecto, pura, inmaculada e irreprehensible a los ojos de Dios tres veces Santo.

Fue tan sencilla su alma y sus movimientos tan íntimos, que es imposible analizarlos. Da la impresión de ser aquí en la tierra un trasunto de la vida del Ser divino. Tan luminosa, tan transparente se nos muestra que se la podría tomar por la luz misma. Y, sin embargo, no es otra cosa que el —espejo del Sol de justicia—: Speculum justitiae.”

“María guardaba todo esto... en su corazón (Lc., 2, 19). Toda su historia puede resumirse en estas breves palabras. Porque, efectivamente, *Ella vivió recogida siempre en su corazón y en una profundidad tan íntima, que nuestra mirada es incapaz de penetrar. Cuando leo en el Evangelio que María se puso en camino con presteza y se dirigió a la montaña, a una ciudad de Judá, para cumplir allí sus deberes de caridad para con su prima Isabel, me lleno de gozo al contemplarla tan hermosa, tan serena, tan majestuosa, tan recogida allá en su interior, con el Verbo de Dios en su seno.*

(59) Primer día de los *Ultimos ejercicios esp. de Laudem Gloríae*, Obras, p. 420.

Como la de Jesús, también su oración fue siempre la misma: *Ecce. He aquí. ¿A quién? A la esclava del Señor, a la última de sus criaturas. ¡Ella, la Madre de Dios! ¡Oh, qué sincera fue su humildad! ¡Cómo vivió siempre en un olvido total de sí misma. Como ignorante de su grandeza, en un desprendimiento pleno de sí misma!* Por eso pudo cantar: "Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo nombre es santo" (Lc., 1, 48) (60).

"Mas esta Reina de las vírgenes es al mismo tiempo Reina de los mártires. Lo que atravesó la espada no fue su cuerpo, sino su alma (cf. Lc., 2, 35). *Y es que en ella todo se realiza allá dentro... ¡Oh, qué hermoso es contemplarla durante su prolongado martirio, tan serena, envuelta en una especie de majestad que transpira a la vez resignación y fortaleza!*" (61).

¿De dónde parte el análisis tan certero y profundo de Sor Isabel de la Trinidad? Desde luego, de una reflexión profunda sobre los textos evangélicos. Pero, además, de una intuición mística basada en la contemplación de ese mundo maravilloso que el místico descubre en sí mismo y de un mundo todavía más maravilloso que se atisba desde lejos.

Es decir, el místico siente en su vivencia interior la paz, el silencio, la serenidad y majestad del pensamiento; experimenta cada día más la simplicidad, la transparencia de su psicología, la luminosidad que procede de dentro, de lo más profundo; comprende la sinceridad de la humildad, el olvido propio y la memoria del Creador. Todo esto es bello, armonioso como música callada, como soledad sonora. Y adivina que todavía hay algo más bello y armonioso.

Cuando contempla el místico a María proyecta y ensancha todas esas realidades vivas sobre el alma de María, porque sabe que Ella ha poseído todo eso y más, lo ha debido poseer, por ser Ella el modelo de las almas perfectas y amadas a Dios, el tipo de la perfección humana y cristiana. Guiado por la fe limpia y experimentado en las realidades sobrenaturales, el místico se halla en inmejorables

(60) *Ib.*

(61) *Ib.*, pp. 454-456.

condiciones para ampliar los campos de la teología en intensidad de luz, en particular los campos relacionados con una vivencia interior.

Hemos llegado al término de nuestro modesto trabajo. Pienso que penetrar en la psicología de la Virgen, como simple analista, para satisfacer una curiosidad, sería una profanación de lo más sagrado después de Dios. El estudio del alma de María ha de tener la finalidad que ya le señalaba en su tiempo San Ambrosio: "*Sit in singulis anima Mariae, ut magnificet Dominum; sit in singulis spiritus Mariae ut exultet in Deo*" (62).

Y no se olvide que, en luz y amor, Isabel de la Trinidad fue la discípula más aventajada de San Juan de la Cruz.

(62) Sobre San Lucas, 1, 2.

LOS ESTUDIOS MARIANOS EN TORNO A SAN JUAN DE LA CRUZ

Ismael Bengoechea

A la vista de este rico y extenso material herencia ahora como en aquellos un tesoro de todo lo hasta ahora estudiado y realizado sobre la Virgen María. Una, dar a conocer y poner de relieve lo que se le ha hecho y averiguado sobre los estudios marianos de torno a San Juan de la Cruz, a fin de que, a la vista de lo verificado, no se desperdicie tiempo y energía volviendo sobre lo que ya está investigado y estudiado, pero que los estudiosos del Santísimo Jesu y de la Virgen María continúen sus investigaciones y descubrimientos sobre los puntos de observación, bien ampliando o reduciendo o mejorando o mejorando o bien aportando nuevos datos o nuevas ideas sobre la Virgen María y su santísimo hijo por el mundo de este del Cielo. Reiterando, pues, en estos la idea de la necesidad de las diversas combinaciones de esta especie de estudios marianos.

La Virgen María en los escritos de San Juan de la Cruz. El P. Juan de la Cruz ha realizado un estudio exhaustivo de cuanto el Santo escribió cuando estuvo de la Madre de Dios. Desde un punto de vista doctrinal, teológico, litúrgico, ascético, místico y los de la vida interior. Los que se refieren a la Virgen María y los que se refieren al Santo. Como se ve en los escritos de San Juan de la Cruz, tanto que se ve en ellos, especialmente en la parte de la vida interior, tanto por lo que se ve en los escritos de San Juan de la Cruz, como por lo que se ve en los escritos de San Juan de la Cruz.

El estudio mariano en torno a San Juan de la Cruz

El estudioso sanjuanista ha podido leer y examinar reunidos en un haz los trabajos que hasta el presente se han publicado acerca de la Virgen María a través de la doctrina de San Juan de la Cruz. Reproducidos por primera vez en una obra de conjunto, ofrecen, por una parte, una visión amplísima sobre la temática mariano-sanjuanista en general, y, por otra, permiten analizar detenidamente aspectos interesantes de la original manera que San Juan de la Cruz tiene de afrontar algunas cuestiones marianas específicas.

A la vista de este rico y extenso material hacemos ahora como en apéndice un resumen de todo lo hasta ahora estudiado y realizado con una doble finalidad. Una, dar a conocer y poner de relieve lo que ya se ha hecho y averiguado sobre los estudios marianos en torno a San Juan de la Cruz, a fin de que, a la vista de lo verificado, no se malgasten tiempo y energías volviendo sobre lo que ya está trabajado. En segundo lugar, para que los estudiosos del sanjuanismo y del marianismo enderecen sus investigaciones y lucubraciones hacia nuevas pistas de observación, bien ampliando o rectificando lo anteriormente expuesto o bien abordando nuevos pasos o nuevas materias acerca de la Virgen María y su misterio vistos por el santo doctor del Carmelo. Retengamos, pues, en síntesis la suma de lo tratado en las diversas colaboraciones de esta sección doctrinal mariano-sanjuanista.

— *La Virgen María en los escritos de San Juan de la Cruz.*—El padre José Vicente ha realizado un expurgo exhaustivo de cuanto el santo carmelita escribió acerca de la Madre de Dios. Están ahí todos los textos mariano-sanjuanistas: los relativamente extensos y las referencias breves, los que expresamente hablan de María y los que solamente aluden a ella. Como la obra escrita de Juan de la Cruz puede decirse que es obra clausa, entendemos que en esta parcela no es posible avanzar más, por lo mismo que no es presumible que se incremente el acervo definitivo de las obras de San Juan de la Cruz.

– *La mariología de San Juan de la Cruz.*—Esta mariología sanjuanista esbozada por el padre Otilio comprende el siguiente esquema: Después de una introducción histórico-bibliográfica, presenta las fuentes del estudio (que son fundamentalmente los textos marianos del santo) y luego aborda las cuestiones mariológicas a que dan lugar esas fuentes; a saber, el consentimiento de María a la obra de la Encarnación, y, como consecuencia, su maternidad divina. Una mayor atención se dedica al tema del culto debido a las imágenes y con motivo de esto al culto correcto que se debe a las imágenes de la Virgen, con la consecuente referencia a las advocaciones, santuarios, solemnidades, fiestas y oraciones a la Virgen María. Concluye su consideración el padre Otilio exponiendo el texto mariano principal de San Juan de la Cruz (3 *Subida* 2,10) en el sentido de presentar a María como ejemplar del alma perfecta, extendiéndose además sobre otros puntos concomitantes de la espiritualidad mariana.

– *Principio místico de Mariología.*—Como tal principio presenta el padre Ildefonso el socorrido texto del Santo en el tercer libro de la *Subida del Monte Carmelo*. Lo expone minuciosamente y extrae de él importantes consecuencias mariológicas de gran alcance de lo que llama “principio fértil y luminoso que San Juan de la Cruz ha incorporado a la mariología”.

– *La Virgen en la teología de San Juan de la Cruz.* —El padre Sebastián, siguiendo a los padres Otilio y Gabriel de la Magdalena y al hilo de la experiencia mística mariana, dirige la doctrina del santo doctor hacia el alma llegada a la unión con Dios: Dios en el alma divinizada y el sufrimiento en el alma transformada.

– *Los misterios marianos a la luz de San Juan de la Cruz.*—Abundando y ahondando en el principio místico mariano de la *Subida* el padre Ildefonso lo aplica a la singular psicología de María y explica los textos marianos del Evangelio a la luz de ese luminoso pasaje del santo carmelita, procedimiento que permite interpretar esos misterios mariano-evangélicos con nueva y mayor claridad.

– *Imagen mística de María.*—El padre Llamas contempla por su parte en el famoso texto sanjuanista la *definición mística* de la Virgen María. De paso, contrapone las distintas maneras de ver a María en Suárez y en Juan de la Cruz, es decir, como teólogo y como místico.

- *Retablo de Santa María.*—El padre Efrén ofrece una sugestiva visión mística del alma de María en las cumbres más altas de la unión con Dios conforme a las enseñanzas de San Juan de la Cruz. No se limita al texto estrictamente mariano de fray Juan sino que trae a colación toda la doctrina del santo en estas cimas místicas.

Descendiendo a zonas más concretizadas de la doctrina mariana de San Juan de la Cruz vemos tratadas otras cuestiones de singular interés para la mariología trascendente.

- *Desarrollo de la gracia en María.*—El teólogo espiritualista Gabriel de la Magdalena se fija en la gracia de María y la analiza a la luz del doctor del Carmelo. Levantada la Virgen al elevado estado de la unión con Dios “desde el principio”, deriva de este axioma místico las consecuencias lógicas para su vida de gracia y en primer lugar la transformación de su voluntad en voluntad divina, transformación de amor en estado de unión. Ese será el estado habitual de María, en ascensión divina de su oración y de abandono en Dios en su acción. Explica el padre Gabriel el alcance del desarrollo de la gracia en el estado de unión de María según la doctrina de San Juan de la Cruz.

- *El Espíritu Santo y María.*—Es un tema muy sanjuanista. San Juan de la Cruz no habla de la Virgen sin que de inmediato no aparezca el Espíritu Santo en su mente, en su palabra y en sus escritos. Desde esta perspectiva analizamos el texto clave de la *Subida del Monte Carmelo* y exponemos todo el misterio de María, con especial atención a los dones del Espíritu, la merced de la “obumbración”, la transformación e inhabitación de la Trinidad, la visión beatífica, la muerte de amor, para concluir presentando a la Virgen como modelo de alma carismática.

- *La “noche oscura” de la fe de María.*—El papa Juan Pablo II en la encíclica que dedicó a la Virgen María en el Año Mariano, la “*Redemptoris Mater*”, al referirse a la fe de Nuestra Señora que se puso tan de relieve en la pobreza de Belén, la huida a Egipto, el largo período de la vida oculta de Jesús y el abandono en Dios, fe viva en medio de la más absoluta oscuridad, en ese contexto el papa cita a San Juan de la Cruz y su “noche oscura”. Por primera vez se sitúa a la Virgen en la noche oscura sanjuanista. Es una nueva visión de la contemplación de María a la luz de la enseñanza del santo doctor del Carmelo. El padre José Ferreira comenta este interesante pasaje papal mariano-sanjuanista.

– *María, tipo de la Iglesia y de las almas.*—Hace aquí el padre Ildefonso un corto empleo por extensión del alcance de la frase clásica sanjuanista para presentar a María, según el doctor, como tipo y modelo de la Iglesia por su ejemplaridad.

– *Las apariciones marianas a la luz del Santo.*—El padre Efrén adosa a las apariciones de la Virgen la doctrina del santo acerca de las visiones y revelaciones y da unas normas aplicativas para esta clase de fenómenos inspiradas en las enseñanzas del doctor.

– *La muerte de amor.*—El padre Gregorio transfiere a la muerte de María lo que San Juan de la Cruz escribió acerca de la muerte de amor. Supuesta la mortalidad de la Virgen Madre, la muerte de amor es la más conforme al desarrollo de la vida de la gracia en Nuestra Señora.

– *Psicología y muerte de amor.*—El padre Ildefonso, a su vez, desde la psicología sobrenaturalizada de la Virgen contempla la muerte de amor como el final más coherente de María, de acuerdo con el magisterio de San Juan de la Cruz y de acuerdo también con la penetrante intuición de los místicos.

Como en todo este proceso se juega con la inevitable penuria de textos marianos sanjuanistas se comprenderá y se aceptará con indulgencia que cuantos han indagado sobre el pensamiento mariano de San Juan de la Cruz se hayan servido casi exclusivamente del mismo párrafo que el doctor místico dedicó a María en el libro tercero de la *Subida del Monte Carmelo*. Aunque no es ése el único fragmento mariano-sanjuanista sí es el más significativo y el más pródigo en comentarios, aparte de ser también el más extenso y el más directamente referido por fray Juan a la Madre de Dios. Suple así la intensidad a lo que falta de estiramiento. Pero pensamos que no se agota con esto la aportación de San Juan de la Cruz a la mariología. La presencia del místico doctor en la “Redemptoris Mater” es un buen indicio de nuevos horizontes para renovadas exploraciones. Además ya se habrá observado que a pesar de manejar casi en exclusiva la misma locución nuclear del santo ninguno de los ponentes de la teoría mariana de San Juan de la Cruz se repite en el planteamiento ni es uniforme en las ideas ni infiere las mismas conclusiones. Hay variedad de contornos entre todos ellos.

De todas formas, esto es, en líneas sintéticas, cuanto se ha estudiado y analizado sobre el pensamiento de San Juan de la Cruz.

Naturalmente no hemos más que esbozado un somero guión de cada uno de los trabajos aquí reproducidos. Es obligada su atenta lectura para quien desee hacerse cargo cabal de la doctrina mariano-sanjuanista en la seguridad de que el diligente lector hallará en cada una de esas exposiciones esclarecedores perfiles para la ajustada interpretación y se encontrará asimismo con gratas y refulgentes sorpresas (1).

(1) Para no ser reiterativos en demasía no hemos incluido en este repertorio otros trabajos acerca de la misma materia de análoga interpretación que han aparecido en diversas publicaciones y a los que nos hemos referido anteriormente. A título de simple información bibliográfica los reseñamos en este lugar: Conaghan, David: *Our Lady in the writings of St. John of the Cross*, "Carmel in the World" 17 (1978) 15-29; Mondel, Jean: *La purification de la Sainte Vierge dans la perspective de St. Jean de la Croix*, "Carmel" (1967) 32-46; Nilo di S. Brocardo: *Il figlio di Maria*, "Vita Carmelitana" 2 (1942) 17-23; Valabek, R. M.: *Mary in the Summit of Mt. Carmel: the Devotion of St. John of the Cross for Our Lady of Mt. Carmel*, "Carmel" 21 (Washington, 1982) 135-157.

Sólo queremos subrayar, como más original, el artículo del jesuita Jean Mondel, acerca de *la purificación de la Virgen*. No hubo necesidad de purificación de los sentidos ni del espíritu en la Virgen Inmaculada. Su *noche oscura* es a la vez rutilante, que corresponde a ese momento en que no se sabe si es la aurora o si ya es de día. *La purificación de la Virgen* estaría significada en el conocimiento y amor gradual de Dios en el lapso que va desde la Anunciación hasta la Asunción. Se desarrolló en la espera paciente y en la oscuridad luminosa de la altísima fe de María.

No resistimos la tentación de evocar aquí las atinadas y agudas observaciones del padre Marceliano Llamera acerca del tema "¿Cuándo conoció la Virgen la divinidad de su Hijo?"; observaciones insistentemente respaldadas con la autoridad de San Juan de la Cruz, a quien el buen mariólogo dominico cita con reiteración y sabiduría ("Estudios Marianos" 26 (1965) 209-229).



Santa Teresa y San Juan de la Cruz mostrando a Nuestra Señora. Alba de Tormes. MM. Carmelitas Descalzas. Anónimo del siglo XVII.

III

LA VIRGEN MARIA EN LOS VERSOS DEL POETA

LOS VERSOS DEL POETA

La Virgen María en los versos del poeta

¿Qué fue antes, qué fue más, en Juan de la Cruz? ¿El hombre? ¿El santo? ¿El doctor? ¿El poeta?

Pienso que todo iba combinado en él y que su humanidad, su santidad y su sabiduría estuvieron impregnadas vitalmente de poesía. Pues lo que estuvo en él tan íntimamente conjuntado no lo disociemos nosotros, si bien para estudiarle más adecuadamente hagamos distinción de partes en su personalidad analizando por separado sucesivamente los varios aspectos de su actividad como santo, como doctor y como poeta. Por eso, en esta última sección nos fijamos más de lleno en el poeta y, como el resto del contenido de este volumen, visto desde la faceta mariana, o, si es posible, como poeta mariano.

Si de la mujer se dijo: *poesía eres tú*, para el poeta Juan de la Cruz la Mujer por excelencia, la Madre de Dios, fue sin duda la más sublime poesía. Hasta se nos ocurre imaginar que el estudiante de artes Juan de Santo Matía ensayaría sus escarceos literarios y sus pinitos de versificador componiendo poemas en honor de la Virgen. Todos los poetas, y más los que tenía fray Juan como modelos, Boscán y Garcilaso, suelen cantar en sus versos a la mujer amada. Fray Juan no tenía que renunciar a esa norma, pues tenía en su haber a la Mujer a la que amó fervorosamente todos los días de su vida: la Virgen María. Ella pudo ser su musa ideal y temprana.

Tenemos a este propósito una declaración contemporánea algo ambigua del que llegó a ser inopinadamente el primer biógrafo de nuestro santo, José de Velasco, que en el proceso canónico que se instruyó en Medina del Campo en 1616 para la beatificación de fray Juan dijo lo siguiente:

—“Juan de la Cruz fue siempre muy devoto de la Virgen Nuestra Señora, a la cual fue muy agradecido por haber recibido el

hábito en su santa religión, donde se mostró siempre muy su devoto y capellán y dio muchas muestras de lo mucho que la amó, y lo mismo hizo con su santísimo Hijo Cristo Nuestro Señor, y en agradecimiento de la merced que le había hecho en hacerle digno de estar en la dicha religión debajo del amparo de su santísima Madre, le compuso unas canciones en verso heroico en estilo pastoril, las cuales declaró con tanto espíritu después.” (1).

Esta palabras de Velasco dieron pie para pensar que el carmelita Juan de Santo Matía había compuesto durante su noviciado unas canciones para agradecer a la Virgen el don de su vocación carmelitana. En este supuesto tendríamos un aval expreso de que sus primeros versos fueron para María y hasta para poder afirmar que la Virgen le hizo poeta. Pero nos tenemos que conformar con la simple hipótesis, porque parece suficientemente claro que Velasco se refería en su declaración a las *Canciones entre el alma y el esposo Cristo* (el Cántico Espiritual) que luego comentaría fray Juan de la Cruz, y no a otra composición que no ha llegado hasta nosotros (2).

A falta de esos presuntos versos marianos primerizos nos contentaremos con los bellos y tiernos romances de la Encarnación, en los que campea la dulce silueta de la “graciosa Madre de Dios”.

La Virgen en los Romances

El autor de los grandes poemas *Cántico Espiritual* y *Llama de amor viva* lo es también de otros poemas menores que, si no tan celebrados como aquéllos, tienen igualmente gracia poética y flete de singular mensaje.

Aquí nos referimos obviamente al *Romance sobre el evangelio “In principio erat Verbum”*, acerca de la Santísima Trinidad.

Este romance lo compuso el santo durante su estancia en la cárcel conventual de Toledo (1577-1578).

(1) *Proceso*, ed. P. Garrido, Madrid, 1982, 326.

(2) Pacho, Eulogio. *San Juan de la Cruz y sus escritos*, Madrid, Cristiandad, 1989, 44-55.

Es una composición bastante extensa dividida en nueve partes en las que va describiendo el misterio de la Santísima Trinidad para derivar en la creación y la redención y terminando con la Encarnación del Verbo y el Nacimiento de Cristo.

Es de advertir que aunque el romance se anuncia como una explanación poética del prólogo del evangelio de San Juan, en la parte final, que es la que a nosotros especialmente nos concierne, es la historia romanceada de la Anunciación y de la Natividad del Señor según San Lucas. Es una deliciosa narración del nacimiento del Hijo de María.

Podemos entablar respecto a este poema dos consideraciones perfectamente diferenciadas: la forma y el fondo, que responden a su unidad literaria y a su unidad doctrinal.

La forma. En cuanto al ropaje poético en el que está envuelto este relato eminentemente bíblico y evangélico corresponde al género chico de los romances. Es decir, en su expresión popular, fácil y pegadiza, al estilo de los viejos romanceros, tan extendido en nuestra literatura, hasta el punto de ser conocidos como la poesía nacional de España en los siglos XV y XVI.

A pesar de su sencillez y monotonía, no dejan de poseer un peculiar encanto.

El defecto que se denota en ellos es la persistente asonancia convertida en consonancia reiterada hasta la saciedad a lo largo de sus nueve estancias. Se nos antoja pensar que la adopción de esa monorrítmica medida fu motivada para Juan justamente por el nombre de la Virgen: *María*. Como este nombre tenía que repetirlo al final del romance, y muy lindamente por cierto, ya mantuvo esa terminación en *ía* para todas las partes del romance.

Soniquete que, por otra parte, queda bien compensado por el valor intrínseco de la popular melodía. Nos atenemos al criterio de Miguel de Santiago:

“No tienen los romances la perfección de los poemas mayores, pero llevan en su hechura los rasgos inconfundibles del poeta; la densidad dogmática y la sublimidad mística de los conceptos teológicos desarrollados o apuntados compensan la endeble estructura literaria” (3).

(3) *Obra poética*, Libros Río Nuevo, S.A. 1982, 95-96.

El fondo. El fondo de este romance es grandioso y abarca el misterio sublime de la vida íntima de las Tres Divinas Personas, la historia de la creación y de la salvación, el misterio de la encarnación y de la redención, y en ciernes, la historia de la transformación por la unión de Dios con el hombre y de la unión del hombre con Dios. Podría decirse que en líneas grandes y poéticas está esbozado en este romance todo el sistema de la vida de perfección y de unión con Dios, que será el argumento constante de los grandes libros de San Juan de la Cruz. Asombra ver cómo expresó el santo tanta biblia y tanta teología a la vez que tanta divina historia en unos versos tan populares y corrientes. Ya lo señaló el padre Crisógono:

“Causa extrañeza cómo pudo encerrar materias tan profundas en versos tan frágiles y dar color poético a tan abstrusas materias” (4).

Fijémonos, en relación con nuestro tema, en ciertos matices especialmente expresivos de algunos de los versos referidos a María.

*De cuyo consentimiento
el misterio se hacía.*

He aquí expuesto tan sencillamente uno de los principios de la teología: la colaboración consciente y libre a la vez que necesaria de la Virgen a la obra de la Encarnación. Ese *consentimiento* dará mucho juego en mariología.

*en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía.*

De este modo se conjuga teología y poesía: la profundidad de conceptos y la forma poética de definir la Encarnación: *de carne al Verbo vestía.*

*aunque no como cualquiera
que de varón concebía.*

(4) San Juan de la Cruz, *Obra Literaria*, II, Avila, 1929, 235.

Clara distinción real y afirmación de la concepción virginal de Cristo.

*que de las entrañas de ella
él su carne recibía.*

Con estas palabras queda gráficamente cincelada la verdadera maternidad física de la Virgen Madre y la humanidad humanísima del Hijo de Dios.

*abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía.*

El sublime epitalamio de Dios con la humanidad expresado también aquí por Juan de la Cruz en la gracia de un romance. Juan de la Cruz no concibe la relación de Dios con los hombres si no es en cifra esponsal.

El divino Esposo Cristo abrazado con su esposa, la naturaleza humana, a la cual como Dios "en sus brazos la traía". Bellísima metáfora para decir cómo Dios asumió esponsalmente nuestra condición humana: todo un poema de amor y de belleza.

Y en todo este remate del poema romanceado resuena como trasfondo y como melodía del maravilloso concierto el nombre repetido de *María*, la "graciosa Madre", "*la Madre que estaba en pasmo - de que tal trueque veía*".

Lástima fue que Juan de la Cruz no nos hubiera declarado también estos versos, porque a no dudarlo nos hubiera proporcionado en sus comentarios la más maravillosa de las mariologías. Nunca perdonaremos a las monjitas que no le pidieran que les declarase aquel bonito romance de la Encarnación del Verbo. Sirva en su descargo conceder que ellas entendían bien la letra de estos romances populares, que son pura historia evangélica rimada; cosa que no sucedía con la poesía mística de la *Noche*, *Cántico* y *Llama*, poemas éstos divinos en los que asombrosamente ni una sola vez comparece la palabra *Dios*. Esto, tratándose de un santo, precisaba una explicación, y Juan de la Cruz la dio. En cambio, el romance de la Encarnación habla de Dios nominalmente desde el principio hasta el fin y además un Dios que Juan de la Cruz designa con los tres nombres de la augusta Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Ya sólo nos resta transcribir en la página terminal de este libro el romance mariano-sanjuanista de la *Encarnación* y de la *Natividad*, que es todo un dije de primor.

La Encarnación

Entonces llamó a un arcángel
que San Gabriel se decía
y enviolo a una doncella
que se llamaba María,
de cuyo consentimiento
el misterio se hacía;
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía;
y aunque tres hacen la obra,
en el uno se hacía;
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.

Y el que tenía sólo Padre,
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía,
que de las entrañas de ella
él su carne recebía;
por lo cual Hijo de Dios
y de el hombre se decía.

Del Nacimiento

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había,
así como desposado
de su tálamo salía
abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía,

al cual la graciosa Madre
 en un pesebre ponía
 entre unos animales
 que a la sazón allí había.

Los hombres decían cantares,
 los ángeles melodía,
 festejando el desposorio
 que entre tales dos había;
 pero Dios en el pesebre
 allí lloraba y gemía,
 que eran joyas que la esposa
 al desposorio traía;
 y la Madre estaba en pasmo
 de que tal trueque veía:
 el llanto de el hombre en Dios
 y en el hombre la alegría,
 lo cual de el uno y de el otro
 tan ajeno ser solía.

II. La Virgen María en la doctrina del Doctor

Aspectos generales.

Presencia de María en los escritos de San Juan de la Cruz. José Vicente Rodríguez 25

Mariología de San Juan de la Cruz. Otilio del Niño Jesús 75

Nuevo principio místico de Mariología. Ildefonso de la Inmaculada 121

Nuestra Señora en la teología de San Juan de la Cruz. Sebastián de la Santa Fe 131

Las misterios de Nuestra Señora a la luz de San Juan de la Cruz. Ildefonso de la Inmaculada 143

Imagen mística de María. según San Juan de la Cruz. Enrique Lirio 161

El Retablo de Santa María de San Juan de la Cruz. Libro de la Madre de Dios 173

INDICE

Pág.

Introducción

3

I. La Virgen María en la vida del Santo

Desde el principio hasta el fin - Salvado de las aguas por María - La Orden de la Virgen - Entre el Paular y el Carmelo - La Virgen en la cárcel de Toledo - Las fiestas con María - A cantar maitines con la Virgen - Con la Virgen en la gloria - La Madre de Dios es mía - La oración a la Virgen - Hubo sobre todas una Mujer - El Ave María y la Llama de amor viva. ISMAEL BENGOCHEA

11

II. La Virgen María en la doctrina del Doctor

Aspectos generales.

Presencia de María en los escritos de San Juan de la Cruz. José Vicente Rodríguez

55

Mariología de San Juan de la Cruz. Otilio del Niño Jesús

75

Nuevo principio místico de Mariología. Ildefonso de la Inmaculada

121

Nuestra Señora en la teología de San Juan de la Cruz. Sebastián de la Santa Faz

131

Los misterios de Nuestra Señora a la luz de San Juan de la Cruz. Ildefonso de la Inmaculada

143

Imagen mística de María, según San Juan de la Cruz. Enrique Llamas

167

El Retablo de Santa María de San Juan de la Cruz. Efrén de la Madre de Dios

175

Aspectos especiales.

Pág.

<i>Aspectos y desarrollo de la gracia en María, según la doctrina de San Juan de la Cruz.</i> Gabriel de la Magdalena	183
<i>El Espíritu Santo y la Virgen María, según San Juan de la Cruz.</i> Ismael Bengoechea	203
<i>La "noche oscura" de la fe de María en la encíclica "Redemptoris Mater".</i> José Ferreira	233
<i>María, tipo de la Iglesia y modelo de las almas, según San Juan de la Cruz.</i> Ildefonso de la Inmaculada	239
<i>Las visiones y apariciones de la Virgen en la doctrina de San Juan de la Cruz.</i> Efrén de la Madre de Dios	243
<i>La muerte de amor de María a la luz de San Juan de la Cruz.</i> Gregorio de Jesús Crucificado	251
<i>Psicología y muerte de amor de María en San Juan de la Cruz.</i> Ildefonso de la Inmaculada	263
<i>Los estudios marianos en torno a San Juan de la Cruz.</i> Ismael Bengoechea	275

III. La Virgen María en los versos del Poeta

ISMAEL BENGOCHEA	285
------------------	-----

Indice

295